DANIEL ROJAS

VIENTOS DE HISPANIA



Vientos de Hispania

Daniel Rojas

Para Ana María y Francisco

Incluso la peste que me rodea es menos letal que la falsedad, la mala conducta y la falta de un verdadero entendimiento.

MARCO AURELIO

Roma vence.
Roma es la luz.

161 d. C.

Marco Aurelio sucedió a Antonino Pío y, junto a su hermano adoptivo Lucio Vero, fue proclamado coemperador. Durante sus primeros años de gobierno, el imperio disfrutó de una estabilidad económica sostenida y de una paz que consolidó la vida en ciudades, colonias y provincias alrededor del Mediterráneo, donde la cultura latina se afianzaba cada vez más.

Hispania se mantuvo como una de las regiones más prósperas gracias a sus ríos y la fertilidad de sus campos. Lo que en otro tiempo fue Iberia, ahora abastecía al imperio de vino, aceite y sal. Desde la derrota de Aníbal Barca y la expulsión de los cartagineses, la península había quedado bajo el amparo de Roma, por lo que la agricultura y la ganadería hispanas llevaban el sello de una administración que garantizaba el orden, la producción y la seguridad.

La riqueza del territorio fortalecía a Roma: el oro de la Tarraconense, así como la plata, el cobre, el hierro y el mármol de la Bética y la Lusitania. Sus puertos prósperos y bien resguardados ofrecían tal confianza que las legiones podían concentrarse en

defender las fronteras del norte y el este, en Germania y Partia, dejando en la península solo algunas guarniciones para mantener el control interno.

Ese equilibrio, sin embargo, se quebró con un nuevo conflicto en África. El estrecho que unía a hispanos y mauritanos se convirtió en un punto de violencia y devastación. Ciudades como Baelo, Carteia y Malaca fueron arrasadas por el fuego, y la Vía Hercúlea quedó asediada bajo una hostilidad constante. Los mauros avanzaban con ferocidad saqueando poblaciones, asesinando a sus habitantes y apropiándose de riquezas con las que se rearmaban para después dirigir su ofensiva contra Gades, Corduba, Hispalis e Itálica.

Mientras los rebeldes extendían la destrucción y Lucio Vero combatía en Oriente, Marco Aurelio buscaba respuestas en un Senado envejecido, habituado ya a los años de concordia y de paz, sin capacidad para afrontar los desafíos de un imperio que entraba en una nueva etapa de incertidumbre.

PRIMERA PARTE

I

La culpa fue de Adriano

161 d. C.
Volubilis[1]

El palacio del gobernador fue reducido a cenizas. Primero cedieron las columnas del atrio y después el techo entero se desplomó con un gemido. Las baldosas se partieron, las estatuas se quebraron bajo el calor, y el altar de la Paz se convirtió en un montón de piedra calcinada. No hubo misericordia. El fuego arrasó los frescos, los tapices, los muebles tallados, los documentos, los mapas del imperio… Todo lo que Roma había traído a Volubilis ardía.

En las calles, los cuerpos formaban un camino irregular. Había soldados, sí, pero también niños, ancianos y campesinos. La revuelta no eligió a sus víctimas. Fue una tormenta ciega que barrió la ciudad con una furia acumulada durante generaciones. El humo se mezclaba con el olor de la sangre y la grasa quemada. Algunos romanos intentaban escapar, pero no había salida. Otros corrían hacia el fuego, no para huir sino para terminar lo que habían empezado. Los callejones eran un laberinto de gritos. Los legionarios

resistían, aunque estaban superados. No entendían por qué los atacaban con tal fiereza.

Los insurgentes mauros no seguían órdenes. No sabían de estrategia, pero peleaban como si cada golpe fuera el último. Tenían cuchillos de carnicero, hoces, palos con clavos. Atacaban en grupo, rugiendo. Saltaban sobre los romanos como animales acorralados. Mordían. Escupían. Usaban sus propias manos para arrancar carne, pero también cabello, ojos, trozos de piel. Se aferraban al invasor como si quisieran desarmarlo con las uñas. Los arañaban hasta hacerlos sangrar por debajo del metal, y no los soltaban. Parecía que cada herida que causaban fuera una deuda cobrada.

El viento arrastraba la ceniza hacia los campos. En la ladera, campesinos sin tierra miraban en silencio. Algunos lloraban. Otros apretaban los puños. Habían perdido sus casas, a sus hijos, a sus dioses. Lo único que les quedaba era un nombre y un recuerdo.

Uno a uno, comenzaron a moverse. Bajaron hacia Volubilis con paso firme. No hablaban entre ellos. No hacía falta. Algunos llevaban lanzas oxidadas y otros palas, herramientas de labranza, huesos afilados. Pero lo que de verdad los armaba era el cansancio de una vida humillada. Eran los que siempre habían obedecido, los que siempre habían agachado la cabeza. Pero ese día la levantaron. Eran los harapientos. Los expulsados. Los que crecieron sin techo, sin leyes, sin promesas. En cambio, de nuevo demostraron a Roma que no conocían la rendición.

«¡El romano no despertará!», vociferaban los descendientes de los gétulos, de los nigritas y de los pharusios. Guerreros nómadas que, cegados por el odio y el deseo de libertad, anhelando cruzar el estrecho y llevar la guerra hasta Hispania, ahora solo seguían a un

único caudillo: Ascalis. «¡Libertador! ¡Libertador!», clamaban al unísono.

Desde la cima de una colina, Ascalis de Volubilis contemplaba la escena. A su lado, su hijo, a quien escrutó con los ojos enrojecidos por el humo, el cansancio y la emoción. Todavía no habían ganado nada, pero la lucha los había fortalecido.

Levantó su *pilum* y se inclinó para besar la mejilla tiznada del niño. Orgulloso, el padre lo alzó sobre su hombro, mostrándolo a la multitud, pues él también había combatido. Él también era un guerrero. Un rugido de júbilo estalló entre los suyos, y con las armas en alto corearon su nombre: «¡Ascalis! ¡Libertador!».

A lomos de un caballo pardo, los alcanzó una mujer agotada por la batalla. Su silueta se recortaba contra el cielo nocturno. Era su madre, Aminara, que desde lo alto del cabezo observó a su hijo, sin acercarse. La lección que debía enseñarle era más importante que cualquier gesto de afecto, por lo que, rodeada de antorchas, alzó el rostro con orgullo. Ella era la verdadera impulsora de aquella rebelión. Su odio hacia Roma no era solo por el presente, sino por la afrenta que sufrió su abuelo, Lusio Quieto, ejecutado como un traidor. Los años habían pasado, pero la sed de venganza no se había extinguido.

Aminara recorrió con la mirada a su pueblo vencedor. Eran nómadas, supervivientes, herederos de una sangre guerrera que había sido empujada hasta los confines del Sáhara. Pero ya no más. Enderezó la espalda sobre su montura. Era así como recordaba a su padre, el númida perseguido, traicionado y asesinado a sangre fría. Su imagen volvía a ella con cada paso del caballo, y en el fondo de su corazón supo que él la observaba desde algún lugar.

La lucha no había terminado. Tras el valle los esperaban los macenitas y, en Tingis,[2] los bacuatas. Miles de mauritanos dispuestos a unirse a su causa. Pronto no serían un ejército desorganizado, sino una horda con un único líder. «¡Ascalis! ¡Ascalis!», vociferaron a la vez que golpeaban sus armas contra el suelo.

Cuando Aminara la Grande llegó a la cima y se situó entre los dos Ascalis, el padre le entregó al hijo con la mirada. Ella lo entendió. Lo tomó entre sus brazos y cerró los ojos un instante. Todo había comenzado como un deseo imposible, una ilusión de libertad. Pero ahora, con la sangre de los romanos empapando la tierra y el eco de la victoria en el aire, supo que el sueño se había hecho posible. ¡Su pueblo era libre! Aminara levantó la lanza y el clamor de su ejército sacudió la noche: «¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!».

Con un movimiento firme, clavó la punta en el suelo. Era como si de aquel modo quisiese marcar el inicio de una nueva era, y la multitud enmudeció a la espera de sus palabras. Recordó entonces el dolor del parto en pleno desierto. La lucha por traer a su hijo al mundo, la sangre que derramó y la promesa de los dioses. Ella había sobrevivido para este momento y miró al niño con ternura. «Tú serás el futuro cuando acaben las guerras. Unirlos y gobernarlos será tu destino».

La emoción la embargó. Su voz tembló cuando empezó a hablar.

—Este… —dijo, y se detuvo unos segundos para recomponerse. Elevó la barbilla del niño y lo mostró a los suyos—. ¡Este es mi hijo! —bramó, desenterrando la lanza para alzarla de nuevo—. ¡Mi hijo Ascalis! ¡Mi hijo Ascalis!

161 d. C.
Roma

La delegación llegó a Roma casi arrastrándose a causa del sofocante calor tras largos días de viaje. A medida que se acercaban al corazón del imperio, la magnificencia del palacio imperial, iluminado por el tono rojizo del atardecer, los obligó a detenerse en mitad de la escalinata. Deslumbrados, admiraban la grandeza que los rodeaba: las imponentes columnas, las estatuas de mármol que parecían cobrar vida bajo la luz crepuscular y la actividad incesante de la metrópoli.

Dos de ellos, acompañados por la suave brisa del Palatino y la sobria guardia bátava, comenzaron a ascender los peldaños con paso ceremonioso, aunque en su interior no podían ocultar la obnubilación. Bajo las pesadas corazas de cuero, el sudor se adhería a sus cuerpos, mientras la sequedad les quemaba la garganta y sus respiraciones se volvían entrecortadas por la fatiga del viaje. Era lógico que, al ser recibidos, solicitaran agua en lugar de falerno. Sin embargo, una vez situados frente a las dos grandes ánforas, sintieron la tentación del aroma embriagador y no pudieron resistirse. Se miraron con avidez y, después de saborear el licor que descendía por sus gargantas, repitieron de nuevo, esta vez brindando por su dios preferido, Baco.

Aquellos soldados habían partido de Tarraco, embarcaron en Emporion para cruzar el vasto Mare Nostrum y, tras arribar a Ostia, cabalgaron sin descanso hasta la capital con un propósito claro: solicitar audiencia con el emperador. Habían recorrido un largo y arduo camino, y aunque estaban acostumbrados a transitar las

intrincadas rutas comerciales de Hispania, jamás habían puesto un pie en Roma. Ahora, en la cuna del poder absoluto, su destino pendía del capricho del césar.

Un hombre llamado Mario Recio, de piel estirada en su semblante, aunque con pelo blanco y codos arrugados, actuó en su nombre. Se presentó ante el emperador y, con susurros ensayados, le dio la noticia.

—César —dijo inclinando su torso en señal de respeto—, el mayor en edad, que roza la veintena, ha recalcado con impertinencia que se ha descuidado la Mauritania.

Marco Aurelio, que llevaba una toga color marfil, diferenciada de la blanca y púrpura que portaba Recio, se la enrolló en el brazo con hastío. Sus pensamientos lo llevaron de inmediato a su infancia. «Hispania —reflexionó con el peso de los recuerdos—. Ahora no puede ser posible. Ahora no». Luego suspiró y dijo:

—Convoca al Senado, Mario, pero primero quiero hablar con ellos.

El césar, que no tardó en recibir a los soldados y escuchó con atención sus pareceres, asintiendo en cada apreciación y valorando la importancia de enviar tropas de inmediato, después de sofrenarlos, pues parecían haber visto de cerca la boca del león, les recompensó con todo cuanto desearan antes de su partida. Una vez más, el afamado césar fue generoso con quienes le servían con lealtad, y aunque su rostro no mostrase que estaba afectado, lo cierto era que se hallaba realmente preocupado. Marco Aurelio, contemplándose en el agua del estanque de palacio, se consideraba fiel amante del espíritu hispano de la Bética y temió por ella, como por toda la península.

El Senado de Roma lo esperaba. Ubicado en el Foro, el edificio de piedra reflejaba el poder y la tradición de la república que había dado forma al imperio. La fachada de la Curia Julia, flanqueada por columnas, imponía respeto, y en su interior, las voces de los senadores ya resonaban en anticipación a su llegada. Se percató de que los rayos del sol se filtraban por las aberturas superiores, de modo que el *opus sectile* del suelo y las estatuas de antiguos líderes que parecían observar cada debate estarían recibiendo su luz. Se decía que en aquel lugar era donde se forjaban las decisiones que marcaban el destino del mundo conocido, y Marco Aurelio fue consciente de que, en cuanto aquellas luces desaparecieran, él ya habría determinado el futuro de Hispania.

Su guardia pretoriana se detuvo en la puerta, y mientras él se adentraba hasta ocupar su asiento, percibió cómo las voces del Senado se calmaban.

—Quizá… —decía Mario Recio.

—Continúa, no te detengas —ordenó Marco Aurelio, y su consejero, tras un asentimiento reverente, prosiguió.

—Quizá, y digo solo quizá, si con Antonino se le hubiera concedido la oportunidad de crecer como provincia, no estaríamos ante esta fatalidad.

—¿Es que soy el único que lo ve claro? La condescendencia ha de acabarse de inmediato —respondió Cayo Vergilio, el hombre más alto y más joven de la asamblea—. Aunque tan solo sean dos tribus anárquicas que han aprovechado la ocasión, no hay que subestimarlas. La Mauritania Tingitana se la tiene jurada a Roma.

—A veces, Cayo, y más ahora con la nueva empresa en Partia, las palabras son más efectivas que el metal de tu gladio —respondió

Mario Recio sin levantarse de su escaño, el hombre con más años en el consejo imperial, como también el más cercano al emperador.

—¿Palabras? ¡Yo digo castigo! —Vergilio miró de soslayo a Marco Aurelio, que se mostraba impasible. Y luego añadió—: ¿Acaso las villas devastadas en la Bética no son suficientes como para emprender una campaña? Mi buen padre siempre lo dijo: la muerte del jefe de caballería de Trajano traerá consecuencias. Desde África resurgirá la ira reprimida por aquel asesinato. ¡El encono ha crecido y ahora hay que erradicarlo!

Recio quería responder, pero el emperador levantó la mano.

—Explícate, joven Vergilio.

—César —dijo arrugando la voz—. Estoy convencido de que se trata de campesinos ingratos que siguen a líderes veteranos que una vez combatieron por Roma. No soy el único que sabe que nos la tienen jurada desde la proclamación de Adriano.

—Si te refieres a la condena por la conspiración de Lusio Quieto, fue una decisión justa. —Los ojos ladinos de Recio se clavaron en los de Marco Aurelio, pues conocía la sobrada admiración que sentía por todo lo relacionado con su antecesor y se postuló aún más del lado de sus pensamientos.

—Se le ejecutó de manera violenta ante todo el regimiento de fieles a su rango y a su persona. Bravos jinetes mauritanos que se vieron sin nada después de que Adriano diera la orden de que la tropa se licenciara al completo. Eso sí que genera odio. Eso es lo que ha iniciado la revuelta.

—Por supuesto que sí, Vergilio —respondió Recio—. De no ser por Marcio Turbón, que llegó desde Judea para apaciguar el levantamiento, Roma hubiera sufrido en demasía.

—Me hablas, buen Recio, como si yo fuera en contra de Adriano. —Levantó el dedo—. Y no es así. Solo doy argumentos y un porqué al alzamiento de los mauritanos. La voz de mi padre, fiel empleado de Roma, sale de mi boca aquí y ahora ante el consejo.

—Todos queríamos a tu padre, Vergilio —dijo Marco Aurelio con templanza—. Y tu voz ha sido escuchada con atención, como la de todos los miembros del Senado. —Se levantó y miró al suelo. Era blanco y fresco, como una manta de bruma al alba sobre el Tíber—. He escuchado vuestras opiniones que, bienintencionadas, desean lo mejor para Roma. Sobre ser flexibles o ser duros ante un levantamiento de este calibre, que puede provocar un auténtico desastre en el imperio. Curiosamente, nadie ha hecho referencia a mi marcha hacia Partia excepto el consejero Mario Recio. Nadie ha hecho mención de lo importante que es frenar el avance del rey Vologases hacia Armenia.

La *caliga*(1) derecha asomó bajo la túnica color marfil y detuvo su avance. A continuación, miró detenidamente a Vergilio y después lanzó una mirada fugaz a Recio.

—La decisión final será ponderada —dijo solemne, apuntando con la barbilla a Vergilio, que de inmediato tomó asiento.

Luego, como poseído por los amarillentos haces de luz que penetraban insolentes por una ventana, miró un instante a un punto vacío e insignificante de la sala. Todo el Senado estaba expectante.

—Tomo la decisión de que cada levantamiento que se produzca en la provincia de Mauritania, ya sea Tingitana o Cesariense, se sofoque con dos legiones. Las más cercanas, dejando parte de ellas en las colonias que residan. ¿Cuáles son esas, Mario?

Y Mario contestó raudo.

—En Gallaecia[3] se encuentra la legión VII Gemina comandada por Lucio Valerio Nepos y, en Cirta,[4] la III Augusta de Antonio Furio Macro.

—Sea entonces así, y que el avance de las tropas por Mauritania y por Hispania estreche las ansias de conquista de los mauritanos. Quiero que se realcen los muros tanto en las colonias como en las poblaciones para evitar el mayor derramamiento de sangre en la Bética. Y, ante todo, quiero a los cabecillas vivos para que den explicaciones aquí. En Roma.

—¿Entonces? —preguntó Vergilio—. ¿Será como si nada hubiera sucedido?

—¿Te parece poco, tribuno? Hemos vivido tiempos de paz con Antonino Pío y no seré yo quien acreciente el rechazo que se siente por Roma. Un odio que al parecer, según los delegados, ha emergido de pronto de algunas tribus del interior de la Mauritania Tingitana. Por supuesto que se hablará con la espada y correrá la sangre, Cayo Vergilio, hijo de Cayo Lucio de Sardinia, porque con quienes nos enfrentaremos en la Bética son bravos guerreros que no se dejarán dominar de otra manera. Se dará ejemplo, pero no quiero la debacle de un pueblo dividido. No quiero a los mauros en contra de Roma, sino a favor de Roma.

II

El niño

161 d. C.
Itálica

Amaneció con una neblina insólita, un velo gris que borró la media sonrisa del cabrero Emilio. Antes de salir, besó con ternura a su esposa y recibió de sus manos la nueva zamarra de piel de oveja negra. Al rozarla, sintió la aspereza de la lana y también el calor que atesoraba en su interior, como si resguardara ya del aliento del invierno. Buscó la mirada de Silvia y entendió que el verano, tan duro en las largas horas de faena, había quedado atrás. El grandullón inclinó la cabeza para agradecérselo y luego, llevado por la agilidad de sus piernas, salió y se acercó a su hijo.

Era un día distinto, marcado por la expectativa, pues era la primera vez que Facio lo acompañaría. Así, el padre le dedicó un firme asentimiento. «¿Todo se halla listo?», le preguntó con el ceño. Y el joven, seguro de sí mismo, echó la vista atrás para comprobar que la comitiva entera ya se encontraba sobre los carros.

Todos parecían animosos. Los semblantes revelaban la ilusión por hacer un buen negocio; regresar con una talega repleta de denarios

o un trueque que les permitiese aguantar otro invierno alrededor de la colonia: pagar sus cuotas, mantener sus casas, sus animales y sus formas de vida. De ese modo obtendrían una protección para sus familias que no se les concedería si tuvieran que vivir alejados de la colonia.

Esta vez no eran demasiados, pero contaban con que en la bifurcación se les unieran los de Hispalis.

El rechinar de los ejes de las carretas marcó el inicio de la partida. Poco a poco, los carros fueron avanzando; las ruedas golpeaban las piedras sueltas del sendero, y el sonido de los cascos de los caballos resonaba en la muralla. Desde lo alto, algunos centinelas, acostumbrados a ver marchar y regresar a los mercaderes, observaban con indiferencia la comitiva. Sin embargo, la inquietud flotaba en el aire. Una polvareda se alzó en remolinos mientras, en la cola de la caravana, se escuchaban las voces entrecortadas de quienes se despedían. Mujeres y niños se agrupaban junto a los remolques sujetando con firmeza las riendas de los mulos, al tiempo que los más pequeños tiraban de los mantos de sus padres intentando prolongar el adiós. Algunos hombres ajustaban los últimos fardos en los carros, comprobando que las telas, el grano y los utensilios de trueque quedaban bien sujetos. Otros intercambiaban apretones de manos y palmadas en la espalda, como si esos gestos les concedieran protección contra los peligros del trayecto.

Se trataba de un viaje acostumbrado, no muy largo; en cambio, según rumores que salieron por boca del alfarero Salomón el día anterior, esta vez podría ser peligroso. Se hablaba de movimientos extraños en los caminos, de caravanas asaltadas más allá de la

bifurcación de Hispalis y de patrullas romanas que parecían más preocupadas por vigilar a los propios mercaderes que por defenderlos. La tensión era evidente, pero no había vuelta atrás. La polvareda siguió su danza en el aire mientras el último de los carros cruzaba la puerta de Itálica y se internaba en el camino amparado por encinas y olivos.

—Padre —dijo Facio—, ¿no viene Salomón con sus barros?

Emilio Nevio no le respondió. Dejó que los chivos balasen en el remolque y él calló. Conocía el porqué, pero prefirió no contestar a su hijo. No hizo gesto alguno, tan solo miró al frente y arreó al caballo.

El hijo admiraba al padre. Entre otras cosas, lo adiestraban sus silencios. Aquel hombre que sirvió en la legión VII Gemina era cuatro veces más grande que Facio y le sacaba dos cabezas a cualquier soldado que él, apenas entrado en la adolescencia, hubiera visto en su corta vida como ganadero. Por otro lado, Emilio Nevio era diferente. Era imponente, sí, pero también tenía la barba y el cabello de bronce, y, por esta razón, todos en la colonia le apodaban Ahenobarbus.

Así, mientras los carros iban abandonando Itálica, Emilio Nevio recordó las palabras que mantuvo con el alfarero Salomón.

—No arriesgaré el trabajo de medio año por ir a Gades. Ya he hablado con Cayo Albio y lo acepta —le dijo Salomón.

—¿Lo acepta? —Nevio receló—. No suele suceder eso con Albio.

Salomón lo miró como a un hermano, tal vez como al hijo que nunca tuvo y deseó tener.

El alfarero era un mercader de raíces fenicias mezcladas con turdetanas y cartaginesas, instaladas desde siempre en las orillas del

Betis. Ese mestizaje se adivinaba en su rostro, en el brillo de sus ojos y en las múltiples arrugas en su piel, que revelaban haber sobrevivido por la astucia y no por la fuerza de los brutos.

—Mis cuentas están zanjadas con la administración y tú deberías hacer lo mismo. —Colocó la mano sobre el recio hombro de Nevio—. Mi buen Emilio, escúchame. Tendrías que esperar a que los africanos sean expulsados de la Bética. Cayo Albio insiste en que no hay peligro porque la VII Gemina ya está en camino. Pero yo no me fio. Entablaré comercio con los pocos que lleguen al río, y con eso me bastará. Tengo lucernas acabadas como para cubrir el año entero.

—A él no le interesa que perdamos la carga. Él quiere su vino, su seda y su cuota. Además, no puedo faltar a mi palabra con el vendedor de falerno en Gades. Un acuerdo es un acuerdo. Eso es sagrado, Salomón. Tú ya deberías saberlo.

—Haz lo que quieras, Nevio. Pero, por lo que se escucha, a esos mauros no les tiembla la mano cuando se trata de rebanar el pescuezo a un romano. ¿Y luego qué? Luego ya no habrá más acuerdos que valgan. Piensa en Silvia, en tus hijos.

El hombretón agachó la cabeza. Pensó que sus ovejas y sus cabras eran las mejores. Su queso y su leche eran insuperables, pero se dio cuenta de que no tenía tanto como Salomón para ofrecer a Albio. Si bien su amistad con el duoviro al cargo de Itálica era fiable, contaba con él para dirigir la caravana de comerciantes hasta la misma punta del estrecho si con eso se le proporcionaba su vino o cualquiera de los encargos que llegaban por mar desde el imperio.

—Yo no iré, Nevio, y te recomiendo que intentes convencer a Albio para que retrase la marcha. Sabes tan bien como yo que lo primero que harán esos africanos será arrasar Gades.

—Gades —dijo Nevio.

Se la imaginó en llamas; en cambio, fulminante como un rayo, se le cruzó la figura codiciosa del duoviro. Porque Gades era la entrada principal a una Bética tan rica que no necesitaba más que manufacturas y artículos de lujo, y los patricios como Cayo Albio los deseaban para diferenciarse de la plebe: seda de Oriente, condimentos para sus sabrosas comidas, ornamentos típicos de naciones y pueblos conquistados, brazaletes o cofias para engalanarse. Regalos para las esposas y amigos en la curia.

Nevio, por sus deudas, se veía obligado a arriesgar. De nuevo tenía que complacer a quien debía su existencia y regresar de Gades con la cuantía que le correspondía por contrato.

—Gades —repitió resoplando, como si aquel pedazo de tierra se hubiera trasladado a los confines del mundo.

Cuando llegaron a Hispalis, los de Itálica se detuvieron. Se les unieron varios comerciantes cargados con cereales, olivas y almendras, además de aceite y trigo cuidadosamente almacenados en grandes ánforas de barro y sacos de lino. También transportaban aperos de labranza, cántaros de cerámica y algunos rollos de tela teñida, bienes que siempre encontraban comprador en las rutas comerciales.

Mientras los viajeros hacían los últimos ajustes, la bruma continuaba posada en la explanada. Los mulos resoplaban con impaciencia, sacudiendo las orejas para espantar las moscas, al tiempo que los arrieros aseguraban los aparejos con firmes nudos de carga. Entre los mercaderes de Hispalis destacaban los que ya habían recorrido el camino decenas de veces, pero también había jóvenes en su primer viaje, con los ojos encendidos de expectación y

un leve temblor en las manos al sujetar las riendas. En ese momento Facio miró a Nevio, esperando que se desvaneciera la sombría expresión que lo acompañaba desde su partida. Sin embargo, el veterano ganadero seguía con el ceño fruncido, observando el horizonte con una preocupación apenas disimulada. Facio sabía que su padre no era hombre de temores infundados, y el hecho de que permaneciera tan callado, con los labios apretados y la mirada fija en el sendero, le hizo sentir un escalofrío en la nuca.

—Ahora somos muchos, padre. No hay por qué preocuparse, ¿verdad?

Nevio no solía sonreír, pero esbozó una medio sonrisa porque era padre. Se dio cuenta de la intranquilidad de su hijo y soltó las riendas. Se miró las manos y luego, con fuerza, le desgreñó la melena.

—Todo saldrá bien. Antes de que llueva estaremos de regreso junto a tu madre y tu hermana.

Cuando alcanzaron el cruce, la niebla se disipó y el calor del octavo mes del año comenzó a azuzarles. Hacia el norte, el camino conducía a Carmo y, más allá, a Corduba. Luego, al este, la ruta llevaba a Malaca, donde el comercio con los puertos era intenso. En la bifurcación, cada cual conocía el acuerdo con los de Gades y juntos, confiando en la seguridad que daba el grupo, avanzaron en fila por la calzada sur.

Entonces Facio se percató de que, al igual que los de Itálica, los tratantes de Hispalis respetaban a su padre. Sabían que, aunque no llegó a nada en la VII Gemina, era un veterano de guerra que surcó mil veces las calzadas que conectaban toda Hispania. En cierto modo, lo admiraban por haberse asentado en Itálica. Así, su

severidad no estaba reñida con su prudencia, y sus férreas manos no se paralizaban cuando alguien necesitaba de su ayuda. Era un hombre de fiar. Un hombre de provecho, decían, porque también, de la buena cría de sus cabras y sus ovejas, se apreciaba su excelente tejido y el sabroso queso que se elaboraba en su casa.

Emilio Nevio, sin querer, era el líder de aquellos marchantes.

Al anochecer, en un claro junto al sendero, lo bastante amplio para albergar a la caravana, se hizo un fuego en el centro de una circunferencia delimitada por los carros. Casio Balbino asó uno de sus puercos destinados a la alimentación y no al apareamiento, como los que formaban el resto de su piara.

—Es cortesía de mi casa. Mañana le toca a otro —dijo mirando a Nevio con venia.

—Estamos agradecidos. Da por hecho de que mañana en Asta Regia[5] saborearás la carne de uno de mis corderos.

—Toma, come. —Casio Balbino le dio un pedazo de lomo a Facio.

Este lo agarró y le hincó los dientes. Miró a su padre cuando él también lo hizo y estiró de un nervio.

—¿Es productivo? —preguntó Nevio.

—¿El qué?

—La crianza de puercos.

—Comen mucho, pero apenas dan trabajo. Yo vivo entre cerros y encinas, y los dejo casi en libertad como si fueran jabatos.

—Claro —dijo Nevio mirando el fuego—. La bellota es lo que más les gusta.

El porquero señaló el interior de su carro y sonrió fanfarrón.

—Luego, con cinco o seis de esos guarros que se crían solos, ya te puedes imaginar. ¿Y tú? ¿Cómo te va con las cabras y las ovejas?

¿Dejan mucho? ¿Son todas tuyas? —Casio Balbino frotó los dedos pulgar y corazón con velocidad.

—Pues sí y no. Son mías porque las crio yo, pero no puedo olvidar que están al servicio del duoviro. No es que me queje; no soy de los que se quejan. El pastoreo es afanoso, pero da para continuar viviendo. Después de tantos años y con la raza que amamanto, pocos pueden hacerme la competencia en Itálica.

—Pero tienes la paga por licenciarte, con eso ya puedes ir sobrado.

—Me alisté con diecisiete… He pasado más de media vida en la legión —dijo Nevio, con un tono que sonaba a lejanía—. Y aun así logré licenciarme antes de tiempo.

Casio Balbino lo miró con cierta duda. No veía en él ninguna deficiencia que justificara una retirada anticipada; al contrario, Nevio mostraba un estado de forma envidiable.

—Cosas que suceden —añadió Nevio, dejando una intriga—. Si hablamos de la paga, te diré que fue escasa, y se esfumó con la epidemia.

—Todos sabemos que fuiste legionario. ¡Cuéntanos una hazaña!

—No soy buen contador de cuentos. Déjalo, no quiero.

Facio lo miró con expectación. En su vida había soltado palabra alguna referente a su servicio en la VII Gemina. Nunca le enseñó a manejar un palo y mucho menos el gladio que escondía bajo el jergón.

—¡Vamos, Ahenobarbus! —lo animó Crispino, uno de los olivareros de Hispalis.

—¡Cuenta cómo rompiste huesos en la Gallaecia!

—¡Sí, padre! ¡Cuenta! —Los ojos de Facio echaron chispas frente al fuego.

Nevio se vio en combate contra aldeas aisladas de los astures, rebeldes que nunca cedían al progreso y la civilización. Por un instante, se halló rodeado por la ferocidad de hombres cubiertos con pelaje del lobo gris de las montañas, saltando desde las rocas y los árboles, lanzando piedras, flechas y lanzas, ensartando a sus compañeros.

—No —dijo con parquedad.

Apuró el vino de cortesía, se levantó y se echó junto a la rueda de su carro. Su reacción calmó con rapidez a los viajeros consiguiendo que el silencio fuera sepulcral. Y mientras Nevio entrecerraba los ojos, todos los presentes alrededor del fuego se fijaron en el joven Facio que, con los hombros encogidos, no llegaba a comprender por qué su padre actuaba de aquel extraño modo.

Con la primera luz lechosa de la mañana, la cáfila se puso en marcha. Iban lentos a causa de la neblina y la sobrecarga que llevaban, pues debían tener mucho cuidado con ella. Sobre todo, los que transportaban el aceite en ánforas tan grandes que sobresalían de los varales protectores de sus carros. Ellos, los de la oliva, eran los más adinerados, y en ocasiones se les veía titubear. Se apartaban de las conversaciones en grupo y no se separaban de sus mercancías.

Pasadas unas horas, Nevio seguía de abanderado y eso le permitía tener plena visibilidad de la calzada. Se escuchaban los silbidos, los arreos a las bestias y algún que otro bramido desesperante por el

calor, pero él se sentía cómodo y satisfecho por aguantar el sol más que cualquier otro de aquellos mercaderes que presumían de poseer la piel tostada. Sin embargo, al percatarse de los goterones de sudor resbalando por el cuello de su hijo, detuvo la caravana.

Aunque no se encontraban lejos de la costa, el sol era fuego sobre sus cabezas, así que después de la comida de mediodía Nevio decidió cambiar de rumbo en Vgia. En lugar de proseguir por el camino de Asta Regia, se desviaron para tomar otra senda más corta y fresca cercana al río Criso.[6]

—Es la menos segura y la más bacheada. —Casio habló por los demás, porque la mayoría de los de Hispalis fueron reticentes a la decisión repentina del cabrero.

—Iremos más despacio, pero llegaremos antes —dijo Nevio—. Llenaremos los pellejos y los animales podrán refrescarse. Confiad en mí porque conozco la vía. Pensad que esta noche acamparemos junto al río, podremos darnos un buen baño y comer la carne de mi cordero. ¡Recordad, viajeros, que Mercurio está con nosotros!

En efecto, todo sucedió como dijo Emilio Nevio. Fue un alto placentero junto a las aguas cristalinas del río Criso. Hidratados y limpios, comieron y bebieron alegremente alrededor de una hoguera, confiados en que dos días más tarde llegarían a Gades para hacer negocio.

Nadie mencionó la guerra, posiblemente para evitar que su líder abandonara la reunión. Tampoco se habló de la incursión de los mauros que tanto había amedrentado al fenicio Salomón y a otros que tenían recursos suficientes para hacer frente a sus gastos.

Entre bocados y tragos apresurados, la conversación fue cobrando vida. Las risas estallaron cuando Crispino, con gestos soeces,

comenzó a imitar a uno de los muchos patricios que gobernaban en Hispalis. Con exagerada teatralidad, simuló ser la esposa del aristócrata en plena sodomía, sujetándose un grueso palo con forma de falo en el cinto, y Nevio, al ver los ojos brillantes de Facio, no pudo contener la risa. Soltó una carcajada plena, resonante, mientras se dejaba caer sobre la hierba bajo el inmenso cielo cubierto de estrellas.

—Bebe, pruébalo —dijo aproximando el vaso a la mano de su hijo —. Ya eres mayor. Es hora de que sepas diferenciar un vino de otro, pues será lo primero que te pedirán los patricios cuando quieran hacer trueque con tus cabras. Querrán el mejor de los sorbos y para entonces deberás conocer su aspereza.

—Pero tú nunca bebes, padre.

—Tú haz lo que veas. Nunca abuses, pero debes hacerlo por cortesía.

El teatro de Crispino dio pie a una conversación sobre uniones entre familias. No era un tema ajeno a la caravana; al contrario, era inevitable, ya que los acuerdos matrimoniales fortalecían los lazos comerciales y aseguraban el porvenir de las generaciones futuras. Facio, que escuchaba en silencio, sintió que una presión sorda se instalaba en su pecho. No le desagradaba la idea de casarse, pero tampoco quería que su futuro se decidiera como si fuera una transacción más. Sabía que no era el único aprendiz a quien más pronto que tarde enlazarían con la hija de algún comerciante de la zona, siempre que el destino no torciera sus planes; sin embargo, en su interior ardía un anhelo distinto, uno que no podía compartir abiertamente en aquellas charlas donde los intereses pesaban más que los sentimientos.

En mitad de la conversación, Casio Balbino se acercó y les habló de una hija de más o menos su edad, a quien le encantaría vivir cerca de la colonia. A Facio le suscitó curiosidad, y con la pronta subida del vino a la cabeza y los anteriores ademanes de Crispino, no solo se le agrandaron los ojos, sino que otra parte aún poco explorada de su cuerpo comenzó a tomar dimensiones un tanto incómodas. Pero cuando el porquero de la sierra aseguró que era hermosa, el joven no pudo creerlo. Se imaginó la misma nariz peluda y los mismos ojos saltones de su padre; no quiso escuchar más y comenzó a alejarse. Esa era una prueba más de que él amaba a Mesalina, la hija del fenicio Salomón, y estaba seguro de que la diosa Venus acabaría uniéndolos en una sola vida.

Al día siguiente se despertaron con la misma fría niebla. Los envolvía y los siguió acompañando hasta que el sol en lo alto rompió el blanco con el amarillo de sus potentes rayos. Esta vez la bruma era tan densa que Nevio, en primera posición, no alcanzaba a ver los carros que estaban a la cola. A su izquierda, los juncos altos del río se desdibujaban en la niebla, y a la derecha, el sendero de tierra al que ansiaban regresar se perdía en la espesura.

—Es el fin del calor, padre. —Facio sonrió cuando introdujo las cuatro ruedas en la calzada—. Puede que se haya acabado el verano y esta insistente niebla dé paso al otoño. Lloverá, la hierba volverá a crecer y los animales pastarán.

—No lo creo, hijo. Esto solo se debe a la proximidad del agua… — El cabrero se quedó rígido. Adelantó el ancho cuello y tensó cada uno de sus músculos: como cuando un perro salvaje se encontraba ante una amenaza o una de sus presas más peligrosas.

—¿Qué ocurre, padre? ¿Qué ha visto?

Los carros que estaban deshaciendo el círculo no pudieron divisarlo; en cambio, Emilio Nevio sí que lo vio.

—Quédate aquí, Facio —dijo apeándose sin dejar de mirar a la junquera.

Nevio, cayado en mano, se fue aproximando a la blanca espesura hasta que su hijo lo perdió de vista.

Balbino acudió rápido.

—¿Qué ocurre, joven Facio? He visto cómo la niebla se tragaba la zamarra negra de tu padre.

Facio estaba mudo.

—¡Crispino, Alypio, Baro! ¡Venid! ¡Dejad los carros y venid corriendo!

De pronto, Nevio salió de la bruma sujetando a un hombre maltrecho. Arrastraba los pies y sangraba de manera profusa por el abdomen, donde tenía clavada una flecha.

—¡Ayudadme! ¡Ayudadme a tumbarlo!

Pero el grupo de mercaderes, tras ver las facciones y las indumentarias del herido, se quedó inmóvil.

—Me ha dicho que hay más en una barcaza —dijo Nevio.

—¿Es africano? —preguntó Casio.

—¡¿Me ayudáis o tengo que cargar yo solo con ellos?!

Casio Balbino, lanzando una mirada de incomprensión a los demás, dijo que se trataba de los mauros que intentaban conquistar sus tierras. ¿Por qué quería ayudarlos? El africano de piel oscura entrecerraba los ojos y balbuceaba palabras ininteligibles. Su respiración, entrecortada y débil, daba señales claras de que no le quedaba mucho tiempo de vida.

—Ya veo —dijo Nevio—. ¡Facio! ¡Quédate con él mientras traigo a los otros! ¡Dale agua y escucha sus ruegos!

La barca de pesca se alejaba poco a poco, y Nevio, tras sortear la maraña de juncos y cañizales, tuvo que meterse en el agua. Las flechas romanas clavadas en la madera eran prueba de una huida que había terminado mal. Cuando la alcanzó, no hubo sonidos ni lamentos. Asomó sus pobladas barbas cobrizas y entonces los vio: un hombre y dos mujeres ensartados por más de cinco flechas en piernas, brazos, tórax y cuello. Al darse cuenta de que el suelo de la embarcación estaba encharcado de sangre, su rostro se endureció. En aquel momento, a Nevio le pareció imposible que alguno de aquellos mauros todavía respirara. De todas formas, impulsó la barcaza hasta la orilla.

—¡Por Marte! ¡Por más enemigos que sean, son personas y están muertas! ¡Qué menos que una quema para que sus dioses los vean!

Tomó tierra y, al ponerse de pie, se percató de que el cuerpo de una de las mujeres se movía. Al principio creyó que aún vivía, pero no. No era ella, sino un ser pequeño y fibroso, parecido a su Facio cuando tenía siete años, que apartaba una pierna ensangrentada y asomaba la cabeza.

—¡Es un niño! —musitó con asombro. De inmediato le tendió las manos—. Ven. No te haré daño.

Era claramente un niño mauro a cuyos padres habían acribillado a flechazos. Parecía no poder hablar. Estaba conmocionado y tiritaba de frío en mitad de la niebla.

—Ven —insistió Nevio, que, sin tener en cuenta la mirada desafiante del chico, le mostraba las grandes palmas blancas de sus manos.

Al rato, cuando el crepitar de la hoguera se hizo más intenso, Nevio apartó la vista. La niebla se aferraba al suelo y el aire traía consigo el aroma salobre del río, mezclado con el olor ferroso de la sangre aún fresca en la barca varada. El niño permanecía inmóvil, envuelto en una tela áspera, con la mirada perdida en las llamas que empezaban a devorar la madera. No hablaba, no lloraba. Solo mantenía la expresión endurecida de quien había visto demasiado.

Los carros en círculo formaron una barrera y los mercaderes se reunieron en el centro, en torno a una improvisada pira. Nadie preguntó de quiénes eran aquellos cuerpos, porque la respuesta se adivinaba en las flechas romanas clavadas en sus extremidades y torsos.

—Dos hombres y dos mujeres africanas, ensartados sin piedad, que en su huida no llegaron lejos —se escuchó al fin con desgana.

Nevio entrecerró los ojos para intentar reconstruir la historia que seguramente se escondía tras aquella escena. Una semana antes, la legión VII Gemina, al mando de Lucio Valerio Nepos, había empujado a los mauritanos hacia el estrecho, arrasando todo a su paso. No, no dejaron con vida a ningún hombre que portara un arma. Los que escaparon, intentaron abordar navíos en Baelo,[7] pero los interceptaron. Algunos corrieron hacia los montes y otros hacia el río, donde fueron atrapados con redes por la caballería romana y les obligaron a hablar.

Ante el fuego, Nevio contempló al niño con un pensamiento latente. ¿Eran aquellos sus padres? No podía saberlo, pero algo en su mirada vacía y en la tensión de sus pequeños puños apretados le hacía suponer que sí.

Las llamas ascendían consumiendo la madera, la sangre y los recuerdos. La densa columna de humo se perdía en la brisa y el resplandor iluminaba los rostros sombríos de los mercaderes.

Poco después, cuando la pira comenzó a menguar y cedió al peso de su propia destrucción, Nevio tomó las riendas del carro y arreó al caballo. Al instante, sin una palabra, la caravana se puso en marcha. Al observar a su hijo Facio y al niño, tuvo un presentimiento. Todo aquello parecía obra de los dioses y quizá lo era, pero una extraña sensación de fatalidad lo envolvió mientras dejaban atrás el lugar.

«De sus cuerpos no quedará rastro alguno», se dijo cuando la bruma, que volvía a apoderarse del paisaje, pareció devorar los restos de aquellos que una vez fueron caudillos de la Mauritania Tingitana.

Once días con sus once noches fue lo que la comitiva de comerciantes tardó en regresar a sus casas. Sin incidentes, exceptuando lo del niño y la rotura de un eje que arreglaron de vuelta en Asta Regia.

Emilio Nevio llamó a las puertas de Itálica.

—¿Y este? —preguntó uno de los guardias que lo conocía, y a continuación señaló al niño con la punta de la lanza.

Nevio no dijo nada porque ninguna explicación tenía que dar a un simple *tiro*;(2) en cambio, sí que estaba obligado a explicar a su gobernador Albio cómo y de qué manera no solo cargaba con su vino y los preciados objetos para su esposa y sus hijas, sino que también lo hacía con un crío mauro de dudosa procedencia.

El niño, de ojos grandes, pelo y cejas tan negras como la noche, no tenía la piel tan tostada como la de su supuesto padre, y tanto Facio como Nevio no pudieron dejar de examinarlo durante toda la travesía. Reconocieron en su apariencia la tez clara y las facciones hermosas de una de las mujeres de la barcaza y dieron por hecho que se trataba de su madre.

Mientras dos jóvenes esclavos les ayudaban a descargar la mercancía de su carreta, vacía de cabras y repleta de delicadas ánforas, escucharon aproximarse las pisadas y la voz imperativa de Cayo Albio.

—¡Nevio! ¡Amigo mío! —dijo a la vez que espantaba las moscas.

—Cayo Albio. —Nevio inclinó un poco la cabeza mostrando su mata de pelo cobrizo.

El duoviro abrió una de las vasijas e inspiró el aroma.

—Falerno —dijo exaltando su exquisitez—. Fabricado en el monte Falerno con uva aglianico. —De pronto, su gesto de placer se tornó inquisitivo y mordaz—. Serán todas iguales, ¿verdad? ¿No te habrán dado perro por jabato? ¿Y los adornos? ¿Dónde están los aderezos, Nevio?

—Ya se han descargado, mi legado. Los tienes justamente detrás.

—¡Precioso! —exclamó al ver los brazaletes, los pendientes y los colgantes manufacturados—. ¡Magnífico, mi buen Nevio! —añadió pasando la mano por la delicada seda que provenía de Oriente—. ¿Algún incidente con el cuestor de Gades?

—Ninguno. Le gustó mucho mi género. Dijo que no había cabra ni oveja como la de Cayo Albio Umbro.

—¿Le regalaste queso?

—Sí, mi legado.

—Bien hecho, soldado.

El duoviro se acercó a Facio. Lo miró sonriente y relajado, sin duda complacido por los excelentes servicios de Nevio.

—Joven Nevio —le dijo—, tu padre es más efectivo ahora como cabrero que hace años como *triarius*. Y eso ya es decir. Aprende de él, de su asta y de su gladio, como aprendieron muchos de los astures que fueron sometidos, pero no abandones el oficio y sirve a Itálica, que es quien de verdad podrá dar de comer a tu familia.

En ese preciso momento, un giro lento e inesperado del duoviro dejó boquiabierto a Facio.

—¿Quién es ese niño? —Miró a Nevio frunciendo el ceño.

—Ahora me disponía a hablarte de él, mi legado. Es un abandonado; supongo que es huérfano. Presa fácil para los lobos que rondaban por el bosque. Apareció sin más.

Cayo Albio se le acercó. Enrolló todavía más la toga en su brazo izquierdo, y con un espantamoscas que sostenía en la derecha le levantó la barbilla. Lo escrutó como si acechase a un ciervo herido. Clavó su intensa mirada celeste en los negros y grandes ojos del pequeño, intentando causar pavor en ellos, pero el niño no se inmutó. A cualquier otro, a su temprana edad, le habrían asomado las lágrimas hasta arrancarle un llanto o un triste y temeroso gemido de su garganta.

—No cabe duda de que es de procedencia africana. La piel clara de sus mejillas no me engaña. Seguramente sea hijo de esclavos, tal vez un bastardo. ¿Qué piensas hacer con él, Nevio?

—No lo sé aún, mi legado. Quería pedirte permiso por si acaso a Silvia se le ocurre aceptarlo en la familia. Durante la travesía, Facio

se ha hecho amigo de él, y bueno… a mí, mientras no sea un estorbo y produzca, no me importa cuidar de otro más.

—Me has quitado la palabra de la boca.

Albio apartó el espantamoscas de su barbilla y le sonrió. Vio unos nuevos brazos y unas fuertes piernas que cuidarían de su ganado en la colonia cuando Nevio se volviese anciano.

—¿No hablas, niño? —preguntó travieso.

—De momento, solo por señas —respondió Nevio—. La herida en la cabeza parece haberle trastornado el habla.

—Por mí, puedes hacer lo que quieras. Tú lo has dicho antes, aunque serás el responsable de que sepa servir bien a Roma.

Cayo Albio miró a su empleado como si todavía fuese un legionario a sus órdenes.

Nevio, sin tierra y viviendo de prestado en los exteriores de Itálica, apretó los dientes y asintió.

—Eso si tu esposa lo quiere, claro.

Albio se carcajeó antes de darles la espalda, y se perdió entre las columnas del *atrium* trasero de su *domus*.

En un claro apartado, pasado el cerro más alto de cuantos envolvían las gruesas murallas de la colonia, el cabrero, a pocos pies de alcanzar su casa, detuvo el carro. No estaba seguro de presentarse ante Silvia con aquel pequeño mauro, así como tampoco estaba seguro de si el pequeño mauro aceptaría a Silvia. ¿Cómo explicar que nadie, salvo él, se prestó a cuidarlo? Lo primero que le diría su esposa sería que era un terco y un descerebrado. Porque todos, sin excepción, quisieron entregarlo a las autoridades de Gades, y porque

Casio Balbino propuso que fuese vendido y se repartieran las cuantiosas ganancias.

—De ningún modo —les había dicho Nevio—. Imaginaos estar en su lugar. Es solo un cachorro con miedo. ¿No pensáis que ya ha tenido bastante con perder a sus padres?

Nevio pensó en los abusos que podría sufrir siendo guapo y esclavo en manos de un adinerado con costumbres romanas.

—Pues tendrás que cargar tú con él. Una boca más que alimentar para los tuyos —le respondió Balbino con malicia.

En ese momento, mirando hacia su casa entre frondosas higueras, dudaba. Podía ver a su esposa y a su hija preparando quesos, calentando la leche y preguntándose a cada instante cuándo regresaría el padre de familia. ¿Cómo explicarle a Silvia que llevaba otra boca más que alimentar? ¿No era bastante con lo que tenían sobre las espaldas? Era un niño de unos siete años que no sabría de cabras, ni de ovejas, ni de otra cosa que no fuese jugar, comer y dormir, ocupando espacio en una casa pequeña.

Entonces pensó que Silvia lo reprendería con lo que más le dolía. Escuchó en su mente la voz de su esposa reprochándole que jamás tendrían algo verdaderamente suyo. Así, Nevio lanzó un pesaroso suspiro y quiso dar media vuelta, pero cuando giró la cabeza y vio cómo Facio jugueteaba con el mauritano, mordió su lengua. Recordó cómo su hijo aprendió rápido a esquilar y a ordeñar una cabra. ¿Por qué no iba a ser igual con aquel niño? Ambos, en aquella lenta marcha y con sus continuas miradas de agradecimiento, ya se habían encariñado. ¿Por qué no podía ocurrir lo mismo con su hija y su esposa?

De pronto, los perros salieron a su encuentro, y Facio con el mauro, guiados por los rabos inquietos, corrieron tras ellos hacia la casa.

«Ya no hay vuelta atrás», se dijo, y arreó al caballo.

Para su sorpresa, Silvia lo aceptó sin que hiciera falta convencerla; sin tener que contarle más que lo sucedido.

—Aspellus —dijo ella pasando su mano por la pequeña y churretosa cara—. Tienes el pelo tan negro y tan largo que te llamaremos así.

Luego, a su hija Ania le brillaron los ojos. Le ofreció un cuenco con almendras tostadas y se sonrojó, y con rapidez fue a esconderse entre las largas y recias piernas de su padre.

«¡Por Júpiter! —exclamó para sí Nevio—. ¿Es posible que el niño tenga poder de seducción? Sin duda, está bien formado. Es pura fibra este Aspellus».

Con el pasar de los días, aunque con cautela, el niño comenzó a integrarse en la rutina de la familia. Al principio observaba desde la distancia, como si temiera perturbar aquella vida que no le pertenecía, pero, poco a poco, se fue acercando más, imitando los movimientos de Facio, recogiendo leña o espantando a las cabras con un suave chasquido de la lengua. Su presencia, lejos de ser una carga, parecía aligerar el ambiente. Nevio, si bien lo notaba, no lo decía en voz alta. Silvia tampoco lo mencionó, pero sus gestos hablaban por ella: un pedazo extra de pan en la cena, una manta doblada junto al fuego…

Pasaron algunos días más y Nevio se encontraba entre cientos de hojas secas de higuera. Lascaba una rama caída con la idea de

convertirla en apoyo de pastoreo para Facio, cuando Aspellus se acercó sigiloso. Luego se agachó y comenzó a limpiar el terreno.

«Ella lo habrá enviado», se dijo, y pensó en su esposa sintiéndose dichoso.

Silvia era una mujer excepcional. Cariñosa, comprensiva, y lo quería a pesar de las continuas terquedades que él solía mostrar. Nunca lo dio por muerto y lo esperó cinco largos años mientras servía como legionario en la Tarraconense.

Lo que Silvia no sabía era que, a cientos de leguas, su amor era lo que lo mantenía vivo.

Emilio Nevio, un simple soldado de Roma, allá donde anduviese y sin que su esposa lo oyera, cada noche daba gracias a Júpiter por haberle concedido a Silvia. A veces, al cerrar los ojos recordaba el día en que la vio por primera vez, su risa clara entre los campos dorados y el modo en que su corazón endurecido por la guerra se rindió sin remedio. Atravesados por las flechas de Cupido y bendecidos por la diosa Venus, ninguno de los dos tuvo relaciones con terceros. Unidos por el destino, aquel amor era tan cierto como que los higos eran dulces y que en otoño las higueras perdían sus hojas. En cambio, otras veces, Nevio se despertaba a oscuras con temores y escalofríos, preguntándose si sería capaz de soportar la pérdida de alguno de los suyos. ¡Había sido testigo de tanta crueldad! Había visto tanto abuso y tanta muerte que le resultaba imposible dormir una noche entera sin sobresaltos.

—¡Ven, Aspellus! —dijo Nevio con la rama de higuera ya terminada—. ¡Levanta y deja de recoger hojas secas!

El niño era completamente consciente de todo cuanto le estaba sucediendo. Aquel hombre grande y fuerte, cuya mano le cubría la

cabeza entera, se había comprometido a cuidarlo. Y delante de él, Nevio podía sentir en sus ojos el doloroso sentimiento de haber perdido a sus padres y el recuerdo de la tierra lejana de donde procedía.

«Debió de ser terrible, verlos desangrarse lentamente en aquella barcaza», pensó. Y a continuación le dijo:

—Deberías decir tu verdadero nombre. ¿Cómo te llamas? ¿Cómo se llamaban tus padres?

Pero Aspellus, aunque su cuerpo le hacía parecer mayor, seguía siendo un niño que apenas dominaba su lengua materna, y menos aún el latín.

—¿Entiendes lo que te digo? ¿Cuál es tu nombre? ¿Tu verdadero nombre?

Y Nevio, al no hallar respuesta inmediata, se desesperaba.

—Yo, Aspellus —le contestó—. Tú, Nevio.

—¡Bah! —dijo—. Aprenderás nuestra lengua y luego me lo dirás.

—¡Qué más da cómo se llame! —Una voz por detrás lo sobresaltó —. Ahora se llama Aspellus y tendrá tu apellido romano.

—¡Por todos los dioses, Silvia! ¡Eres más silenciosa que un lagarto!

—Y tú qué, ¿eh? Te conozco muy bien y escondes algo. Tu hijo me ha contado que cuando os encontrasteis al niño nadie quiso hacerse cargo de él, excepto tú.

—¿Y tú qué hubieras hecho? ¿Abandonarlo a los lobos? ¿Que pagasen por su esclavitud?

Silvia, que llevaba un cántaro de leche apoyado en el vientre, se arrimó al pequeño.

«¿Un esclavo? ¡Nunca!», se dijo.

Ella provenía de madre esclava y padre pastor con apellido romano, un veterano legionario a quien se le concedió aquella tierra en arrendamiento para trabajar con parte del ganado del gobernador. Conocía el trato vejatorio que debían soportar la mayoría de aquellos pequeños esclavos en caso de tener encima a un amo caprichoso, y de ninguna manera lo permitiría.

—Donde comen cuatro, comen cinco —respondió Silvia.

Nevio la miró arrobado. Podrían pasar mil lustros o ser devorados por los enviados de Plutón, que aquel tosco hombre la seguiría viendo como el primer día. Porque todo en ella seguía igual. La luz que desprendía en cada gesto. En cada mirada. Y su voz: su dulce voz. Resultaba imposible olvidar su nombre saliendo de su boca. «¡Emilio! ¡Emilio Nevio!», escuchaba cuando estaba en combate o cuando descansaba sobre la húmeda hierba en mitad de los bosques. Y él recordaba su cuerpo, su semblante tal cual lo tenía ahora enfrente. De niña a mujer y de mujer a niña, pasaba en un feliz y alocado segundo.

Él, bruto, borracho y desdeñoso, sin más familia que el águila dorada de la VII Gemina, tras dejar la legión se convirtió de la noche a la mañana en esposo, luego en padre, y después en un generoso vecino de Itálica. Su suegro, Tertio Luliano, humilde, aunque destacado ganadero, no pudo resistirse a los ruegos de su única hija, así que, viéndola enferma de amor, se la entregó en matrimonio con la condición de que se instalaran cerca y ayudasen con el pastoreo.

Aquellos buenos padres confiaron en Juno. Le proporcionaron un hogar y un oficio pacífico con el que poco a poco se fue integrando en una sociedad fácil de sobrellevar. Tertio y su esposa Asina

supieron comprender a un legionario joven y lleno de fuerza como Emilio Nevio. Por ello, el nuevo hijo puso empeño. Se esforzó, trabajó duro, y con su ayuda pudieron ver cómo aumentaban las cabezas de ganado. Así, la compraventa fue satisfactoria, consiguieron una mejor raza ovina y caprina, y sus quesos se vendieron sobrados, llegando a Gades, Corduba… y a diferentes provincias del imperio.

Aquellos primeros años fueron tan buenos que consideró la idea de comprar la deuda con el gobernador; hacerse con toda la tierra y el ganado. Pero una repentina y perversa epidemia causada por el agua envenenó a los animales y a las gentes de la colonia. Itálica se había contagiado y la familia entera sufrió fiebres altas. Durante semanas la muerte rondó la casa de Nevio, hasta que finalmente se llevó a los más ancianos. Tertio y Asina fueron recibidos por los dioses Manes, y el caos inundó el hogar.

Nevio, en aquellos tiempos amargos, no sabía qué hacer. El pequeño Facio no superaba la calentura, y Silvia, que también padecía de fiebres, estaba encinta. Fueron momentos trágicos porque, amén de estar sin fuerzas, menos de la mitad del ganado todavía respiraba y los acreedores de Itálica les pedían cuentas.

Toda aquella agonía, que pensó que no podría ser remontada con éxito, ocurría paralela al nombramiento de Cayo Albio como gobernador de la colonia; el hombre que comandó la VII Gemina y tuvo la fortuna de conocer a un excelente Nevio cuando prestaba servicio en el norte de Hispania.

Eso lo salvó, y Nevio jamás olvidaría aquel encuentro.

—No lo resuelve todo, pero el oro y la plata ayudan, amigo Nevio, legionario leal de la VII —le dijo Albio, tan rojo y sano como una

manzana mientras que en Itálica la gente moría a puñados de mil formas diferentes—. ¿Por qué no acudiste a mí antes? Podría haber enviado a mis sanadores y tus suegros aún vivirían.

Nevio inclinó la cabeza.

¿Cómo pagar? ¿Con sangre de nuevo? Por su culpa, ya recibió en la Tarraconense una estocada en el costillar, así que si tuviera que poner su otro costado en aquel instante para salvar a su familia, lo haría sin pensar.

Cayo Albio se quedó pensativo ante un desesperado legionario que le sirvió bien.

—Sé cómo actúan los viejos veteranos de Roma; y tu suegro, Tertio, prefirió morir antes que pedir un favor a su gobernador. Pero tú, Emilio, tú no llegaste a veterano. Abandonaste la legión por amor. ¿Eso te convierte en débil? Diría que no. ¿Necio? Tal vez. Lo cierto es que estás ante mí pidiendo un favor que te salvará de la ruina. Salvará a tu familia y eso te honrará de nuevo. Por los servicios prestados en el pasado, te enviaré a mis médicos. Olvídate del arrendamiento por el momento. Te proporcionaré plata, agua y comida sin contaminar y tu gente sanará.

—Gracias, mi legado.

Pero Cayo Albio sabía mirar al futuro. Su próspero futuro.

—Esa plata servirá para que todas las cabras y las ovejas que compres en un año sean mías. La lana, la leche y los quesos que fabriques con ellas serán míos. Se las marcará, y las crías que tengan también serán mías. Con el tiempo y los años irás adquiriendo las tuyas, y algún día, siendo tan leal a Roma como sé que eres, algún día, mi buen amigo Nevio, Roma te premiará con ese pedazo de tierra que tanto sueñas tener.

Después de aquella conversación, toda la ilusión por poseer alguna propiedad quedó enterrada junto a las monedas para el barquero Caronte que colocaron en los ojos de los macilentos cadáveres de Tertio y Asina.

III

El nuevo procurador

Cayo Albio Umbro era un hombre justo dando uso a las leyes romanas. Gobernaba en la colonia de Itálica desde que Antonino Pío, tras sus buenos servicios en Britania, le concediera una parte de su magistratura; la mitad, pues la otra mitad se la concedió a Máximo Valerio, combatiente de la VII y voluntario acérrimo allá donde hubiese problemas en Hispania. Después de que a Máximo le llegase una muerte tan repentina como extraña, Cayo Albio gobernó en soledad dando cuentas a los procuradores que acudían desde la capital de provincia. El procónsul pretoriano que residía en Corduba confiaba en Albio. Los procuradores especializados que enviaba el emperador Antonino siempre hablaron bien de él y, por consiguiente, nunca dieron la menor queja de las herencias (aduanas, minas, cultivos, ganadería…).

Con las revueltas de los mauros, Marco Aurelio, recién instalado en el trono, había enviado desde Roma a un nuevo procurador de confianza que asistiría tanto a la colonia de Hispalis como a la de Itálica. Este, apadrinado por el consejero del césar, llegó al puerto de Gades, donde lo recibió la legión de Lucio Valerio Nepos, que se encargaría de guiarlo hasta las murallas de Hispalis.

En la quinta tarde del mes de octubre, con la primera caída de las hojas de los árboles, la tropa de infantería pesada con caballería ligera acampó en un llano entre las dos colonias.

Muy cerca del río Betis, que convierte a Hispalis en una isla, un grupo comandado por el propio legado escoltaba al procurador. A lo lejos, cuando el estandarte de circunferencias concéntricas con un punto rojo en el centro comenzó a asomar en el horizonte, las primeras señales no pasaron desapercibidas. Desde la torre vigía, un centinela lo divisó y, sin demora, dio la orden de abrir las puertas.

Las antorchas titilaron con el viento de la tarde, mientras el sonido de los cascos de los caballos retumbaba sobre el empedrado, marcando un ritmo solemne. Conforme la comitiva avanzaba y las miradas se alzaban con cautela desde las murallas, como suele ocurrir ante figuras de autoridad que llegan desde lejos, se percibía una mezcla de expectación y recelo. Así, la guardia recibió a los recién llegados con la corrección debida, aunque sin pompa ni grandes ceremonias, pues eran soldados oxidados, más habituados a la repetición de la rutina que a los gestos solemnes. Aun así, conscientes de la importancia del recién llegado, se apresuraron a cuadrarse con disciplina.

Delante, en formación impecable, los centuriones y los legionarios de la VII, con sus yelmos refulgentes y sus corazas plateadas, se posicionaron para escoltar al afamado tribuno y al nuevo procurador hasta las dependencias del duoviro.

—¡Ave, Cayo Albio! —saludó el joven Lucio Valerio Nepos, que sujetaba el casco con penacho bajo su brazo.

El gobernador de Itálica, entre pebeteros y columnas decoradas con símbolos, frisos y bajorrelieves, asintió con una sonrisa afable. A

su lado se encontraba su mano derecha, Flaco Silano, y acababa de terminar de leer el documento que hacía semanas un emisario les había entregado para avisar de su pronta llegada.

—Me place tenerte aquí, Lucio. Eras un *miles*(3) delgado e inseguro cuando partiste al norte con tu tío Máximo. Ahora llegas convertido en legado. Eres grande y hermoso. Fuerte como un toro.

—Han pasado los años, pero tú sigues igual, Cayo.

—Igual de mayor. —Albio respondió raudo, y en su mirada se advirtió un sombrío pensamiento.

El cuerpo de Lucio Valerio restaba visibilidad y el duoviro ladeaba la cabeza. Tras él, dos centuriones acompañaban a un hombre pulcro, imberbe, cuyos rasgos y vestiduras le recordaban a la más pura y añorada capital romana.

—Él es Poncio Recio, hijo de Mario Recio, consejero del emperador Marco Aurelio y distinguido miembro del Senado de Roma.

Albio se sorprendió, pues en el mensaje solo se hacía mención a un nuevo procurador que llegaría de Roma, pero no de tan alto nivel y tan cercano al emperador. Esquivó el cuerpo de Lucio y se aproximó a él.

—Eres bienvenido, Poncio Recio —dijo hospitalario—. Un nuevo emperador y, por lo tanto, un nuevo procurador en Hispalis. Lo veo lógico.

—Gracias, duoviro —respondió lacónico.

—Y dime, ¿únicamente se trata de Hispalis o se ha enviado a otros procuradores a otras colonias?

—No es un acto de desconfianza, si es a lo que te refieres —dijo Poncio—. El emperador quiere informes más detallados. Solo eso. Y sí. También ha enviado procuradores a otras gobernaciones.

—Pero no a la Bética.

—De momento, solo a mí.

Las palabras cortantes del procurador borraron la sonrisa de Albio.

—Marco Aurelio quiere zanjar la revuelta maura —intervino Lucio.

—Ya, claro. Por supuesto.

—Una vez elaborados los informes y concretadas las reformas, se le escoltará hasta el estrecho de Gades, donde la III Agusta lo acomodará en la Mauritania Tingitana —añadió Lucio.

—¿Reformas?

—No tiene por qué haberlas, duoviro. Pero en caso de encontrar soluciones para alcanzar mayor rendimiento a estas tierras, se harán.

—Ya, claro. Por supuesto. ¡Cómo no!

Albio dejó escapar una leve risa, como si con ello disipara cualquier duda o incomodidad que hubiese surgido en la conversación. Pero tras ese gesto, se tomó un instante para observar a los recién llegados. Lucio Valerio, con su porte erguido y su semblante firme, le recordaba al joven soldado que partió años atrás, aunque ahora con la madurez que otorgan la experiencia y la guerra. Poncio Recio, en cambio, irradiaba otra clase de presencia, una que no necesitaba palabras altisonantes ni gestos ampulosos. Su silencio era tan elocuente como su linaje, y Albio supo al instante que no había viajado hasta la Bética solo para redactar informes.

Cayo Albio Umbro poseía un carácter expansivo que, a ojos de un hombre inteligente, podía pasar por vulnerable. Su mano derecha, Flaco Silano, buen luchador y mejor consejero, influenciado por la esposa del propio duoviro, intentaba corregirlo a base de lecciones

matutinas, dando largos paseos por el interior de las murallas con cavilaciones que solucionaban poco menos que nada.

Por el contrario, el procurador Poncio tenía una mente fría y calculadora; difícilmente penetrable si se lo proponía. No subestimaba al duoviro, pero algo le decía que no sería complicado poner en práctica las nuevas ideas del emperador sin que hubiese oposición y, por tanto, retrasos.

Al rato, cuando Poncio Recio se instaló en sus aposentos, tras alisar la colcha de su cama, un hábito de disciplina tan arraigado como las palabras que su padre le había dicho en el puerto de Ostia, estas le vinieron a la mente.

—Cayo Albio Umbro se ha acomodado —le dijo Mario Recio—. Solamente ha vivido tiempos de paz. Las minas y la agricultura de la provincia son las más ricas del imperio, y algo me dice que se puede exprimir y sacar más jugo de aquella tierra. Hay que reforzar la Bética con hombres que sepan de Roma y de su nuevo emperador Marco Aurelio, pues Lucio Vero es licencioso y no quiere responsabilidades. Conoce al legado Valerio y averigua si es apto para regir junto a Albio. Debe ser un hombre tanto justo como desaprensivo que mire a Roma en exclusividad; porque esta paz impuesta por Antonino se acabará pronto. De hecho, ya se ha acabado. Habrá guerras en Germania y Marco Aurelio está decidido a reconquistar Armenia. Tanto es así que su hermano Lucio Vero ya se encuentra en Oriente para aumentar los límites del imperio en Partia. ¡Se necesitan recursos, Poncio! Plata y oro para sobornar a los bárbaros. Ganado y vino para abastecer a los romanos. Pacificar el sur y la Mauritania para poder combatir en el norte con tranquilidad.

Al anochecer, la *domus* de Cayo Albio resplandecía. El jardín se teñía de tonos dorados y púrpuras, mientras las hojas de los laureles y las parras temblaban con la brisa. La luz de las antorchas y el reflejo de los pebeteros encendidos destacaban los detalles de la arquitectura, los bustos, las fuentes de mármol y las esculturas que adornaban los peristilos. El aire estaba impregnado de aromas que se entrelazaban en una mezcla embriagadora: el dulzor del vino especiado, el humo de la leña, la fragancia del incienso que flotaba entre las columnas del *atrium*… ¡Era noche de festín, y no de uno cualquiera! Dentro, el trajín de los sirvientes se sumaba a la algarabía de los primeros invitados. La mesa alargada cubierta de manjares se había dispuesto en paralelo a un fuego que caldeaba el salón, y los músicos afinaban la cítara y el aulós, ensayando melodías que pronto acompañarían la velada.

En sus aposentos, el legado Lucio Valerio se vestía para la ocasión. Su *calon* le ofrecía su mejor túnica y la toga, asegurándose de que cada pliegue cayera con la elegancia esperada en un hombre de su rango. Pero él apenas prestaba atención a los paños que se ceñirían a su cuerpo porque su mente estaba en otro lugar, como si no llegara a creerse que se encontraba de nuevo en Itálica.

Detrás de la puerta entreabierta, dos pares de ojos chispeaban fascinados. Belonia y Varinia, las hijas adolescentes de Cayo Albio, reprimiendo risas nerviosas y susurrándose comentarios al oído, espiaban la desnudez de su trasero. Era de apariencia carnosa, pero también tenso y de curvatura precisa, muy suave y con una firmeza que hablaba de años de entrenamiento militar.

A Lucio Valerio le precedía su fama. Alto, fuerte, su sola presencia encendía la imaginación de las patricias. Sabía que aquella noche

debía lucirse, no solo ante los hombres que lo respetaban, sino ante las mujeres que lo deseaban. De pronto escuchó susurros y se aproximó a la puerta, pero no vio a nadie y enseguida regresó a sus pensamientos. Con decisión, se puso la túnica y luego soltó un breve suspiro.

Se encontraba en Itálica, su Itálica.

Cuando pasó al lado de los pebeteros verticales, el aroma del incienso lo envolvió. Al entrar en la sala del banquete, sus ojos se clavaron en la mesa donde ya estaban acomodados los primeros invitados. Dos de sus centuriones compartían risas con Poncio Recio, y al encontrarles tan alegres, Valerio les sonrió. Se les veía relajados, disfrutando del vino y de la expectación de la velada que tanto se merecían. Pero aquella sonrisa de bienvenida desapareció cuando Cayo Albio le señaló un lugar cercano a su asiento; entre su jovencísima esposa y Flaco Silano, que se levantaba con premura para favorecer el saludo.

«El tiempo debería detenerse», pensó con nervio.

Lucio Valerio todavía no sabía cómo se llamaba y ya la deseaba.

—Ella es Adriana, mi esposa —dijo Albio—. La florecilla de Itálica.

Adriana, que se había percatado, presentía que su tierno corazón se le podía salir dando tumbos por entre sus labios carnosos. Era inevitable. La pura excitación los había atrapado a ambos y los arrojaba a una mágica soledad compartida solo por ellos.

Valerio asentía. Durante toda la cena mantuvo la compostura evitando esos ojos perfilados, y respondía a la verborrea alegre de Albio con palabras que ni él mismo reconocía, porque solo pensaba en Adriana.

En un momento dado, ella se le quedó mirando. Fue por algo que había dicho, algo gracioso que levantó el ánimo de Flaco, de Albio y de las hijas de su anterior esposa.

«Si estuviera en el norte, arrasaría poblados enteros por ella», pensó Valerio. Se bebió de un trago el vino y le sonrió. Le demostró con sus blancos dientes que podía morderla, masticarla en el lecho, gozarla como un animal salvaje, pero enamorado.

El murmullo del festín se entremezclaba con el tintineo de copas y el crujido del fuego en el brasero central. Los esclavos se movían con rapidez, reponiendo escudillas y sirviendo vino sin descanso. De pronto, un golpe seco rompió la armonía: una copa resbaló de las manos de una esclava y el vino oscuro se derramó sobre las sandalias de Flaco.

La reacción de Flaco fue inmediata: levantó la mano y golpeó con fuerza la cara de la esclava. Belonia y Varinia, las hijas adolescentes de Cayo Albio, explotaron en risas, y Adriana, ante la turbación de Valerio, apenas logró esbozar una sonrisa tensa. Mientras tanto, Albio, indiferente a lo sucedido, siguió conversando con la misma energía, como si nada hubiera alterado la cena.

Tanto en su casa como en la colonia, su autoridad era indiscutible.

—¡Más falerno! —ordenó Albio con la lengua tan roja como su cara inflamada—. ¿Y Flavia? —preguntó a Flaco.

—Necesita descanso —intercedió Adriana.

—¡Quiero hacer un brindis por la mayor de mis hijas y mi futuro nieto, que está al nacer!

En la distancia, pues los separaban más de diez cuerpos, Poncio Recio examinaba al duoviro. Observaba sus gestos y sus distintos tonos de voz: la infantil y aflautada al reír, pero también la gruesa al

dar órdenes a sus esclavos. Y posiblemente el procurador fuera el único en percibir la atracción existente entre el nuevo legado y la esposa del duoviro. Un aroma joven, quizá hermoso, pero también lleno de acrimonia y descarada traición. Aunque, con su mente fría y calculadora, Poncio no podía evitar pensar que, tal vez, aquel dirigente acomodado en una de las colonias más fértiles del imperio se mereciera tal deshonor.

—¿Resultaron bravos, legado? Me refiero a los mauros.

La pregunta de Flaco Silano coincidió con el mordisco de Valerio a una pechuga de codorniz. Se limpió con el dedo pulgar y tragó.

—Todos los que luchan por la libertad de su pueblo lo son, pero su desorganización y la falta de disciplina los condena al fracaso.

—¿Murieron muchos? —preguntó Albio, ya beodo—. Tengo entendido que el emperador no desea su exterminio.

—Si lo que quieres saber es si capturamos a muchos… —Miró al duoviro con cara de valorar el negocio—. En el campamento tenemos a más de cien hombres y unas veinte mujeres destinadas a la esclavitud.

—¡Ay! —exclamó con delicadeza Adriana—. ¿Las mujeres mauritanas también luchan?

Era la primera vez que Valerio se dirigía a ella y se mostró impetuoso.

—No en primera línea, pero saben manejar la lanza. —Se detuvo para mostrar un cuchillo de cortar carne—. Y también esto. Tal vez esto lo usen mejor que la lanza. Una mujer cuerpo a cuerpo es peligrosa. Nunca sabes cómo va a atacar. Por dónde va a salir.

Los ojos del legado chispearon como el alocado fuego del esparto impregnado de alquitrán. Y Adriana tuvo que desviar la mirada.

—No me importaría quedarme con algunos —irrumpió Albio, feliz y acalorado—. Si les pones un buen precio, claro.

—Hay tiempo de sobra para ajustar el precio. Mis legionarios y yo no nos moveremos hasta que Poncio cumpla con su cometido y tome posesión en Tingis. Hay tiempo de sobra. —Valerio hizo una pausa—. Para todo…

El legado, que no pudo evitar mirarla de nuevo, y Adriana, que había estado esquivándolo para no causar celos a su esposo, terminaron por sonreír con disimulo.

—Según se dice, no se consiguió atrapar al caudillo —dijo Flaco—. Creo que en Roma se le esperaba con verdadero interés.

Flaco, en mitad de ambos, lanzó una directa, pues le molestó que la posible insinuación de Valerio le hubiera pasado desapercibida a su ajumado duoviro.

Valerio frunció sus pobladas cejas oscuras y sus profundos ojos rozaron el desafío.

—Seguro que murieron ahogados —medió Albio—. Nadie escapa a nuestra VII. ¿No es así, Flaco?

Flaco Silano aguantó un segundo. A veces, el vino le jugaba malas pasadas a su duro temperamento; sin embargo, acabó por relajar la mandíbula y, después de asentir a su *dominus*, prosiguió la conversación como si nada hubiera sucedido.

IV

Traición

Desde su llegada, el legado Lucio Valerio daba todas las tardes un largo y vigoroso paseo a caballo por el campo. Al regresar donde la guardia lo esperaba, siempre se detenía en el mismo alcor para contemplar lo que por derecho le correspondía gobernar. Un enorme sauce llorón se mecía suavemente con la brisa, extendiendo su sombra hacia colonia romana. Valerio, que en más de una ocasión se había quedado bajo sus ramas, encontraba allí un refugio donde los recuerdos se entrelazaban. El aroma y el clima de la infancia, los olivares y la tierra roja que se levantaba en terrones bajo el sol, le invadían con una profunda añoranza.

Al legado, el tiempo se le pasaba deprisa. Llevaba más de dos semanas instalado e Itálica entera le seguía causando admiración. La ciudad fundada por Publio Cornelio Escipión, hacía ya casi cuatrocientos años, espejeaba con sus murallas de piedra formando un círculo casi perfecto. En sus recuerdos, las puertas reforzadas y las torretas defensivas, iniciadas por el emperador Trajano y completadas después por su pupilo Adriano, ofrecían una seguridad imponente. El agua corría con fuerza por los acueductos que atravesaban las amplias calles de sus barrios. Admiraba las *domus*

con mosaicos de cien colores, las estatuas, los mármoles importados de Grecia y las aceras porticadas que lo conducían hasta la puerta flanqueada por dos torres rectangulares…

En sus infatigables viajes por Hispania, su mente siempre volvía allí. Al anfiteatro, a la arena, lugar que años atrás fue escenario de un momento crucial: cuando ayudó a su tío a decidir el destino de un gladiador africano. Desde aquel día, el pueblo de Hispalis vitoreó a un niño que, con su magnanimidad, salvó a su héroe, y desde entonces lo llamaron Nepos, Lucio Valerio Nepos.

¿Se acordarían de él y de aquel magnánimo gesto? En ese momento se percató de que algo había cambiado. Era un detalle minúsculo y tardó en detectarlo. En la ciudad, las banderas rojas del imperio de Marco Aurelio no ondeaban sobre las torres. Una sola lo hacía en la principal y más alta, pero era osado dejarla huérfana ante el dios Júpiter que todo lo veía. ¿Y las demás? La tela se estremecía, se enroscaba y llegaba a agitarse pero sin desplegarse entera.

Valerio enarcó una ceja y arreó al caballo. Bajó con pliegues de furia en la frente hasta donde sus escoltas lo esperaban vigilantes. Les lanzó órdenes concisas y muy directas, y después, cuando ya trotaban hacia las murallas, él volvió a ascender. Estaba rígido, tenso, igual que un palo de avellano, a la espera de que aconteciese algo que debería darse por hecho. Si por él fuera, aquellas faltas no se pasarían por alto. A los responsables, para dar ejemplo, habría que azotarlos hasta desgarrarles la piel y cortarles las manos, pues los estandartes de Roma se debían mantener siempre en alto.

—Sí —dijo aliviado al ver cómo los soldados alzaban con orgullo las enseñas del imperio—. Así se hace.

Lucio Valerio había sido llamado para sofocar a los rebeldes mauros, pero presentía que el procurador enviado por Roma no solo traía consigo el encargo de realizar drásticas revisiones económicas, sino que, en su austeridad, podría llegar incluso a corregir actitudes que ponían de manifiesto la dejadez en una gobernación tan importante como era la Bética. Eso le gustaba. Él no permitiría la curvatura en la espalda de un soldado a las puertas de la ciudad, y un bostezo equivaldría a una semana en el calabozo con una hogaza de pan y agua. En los días que llevaba allí, no había visto prácticas de tiro ni despliegue militar alguno. Los caballos en las cuadras estaban de adorno; pastaban aburridos hallándose igual de gordos que sus amos, siempre ebrios de vino. Y aquellas dejadeces lo torturaban. Sentía que las colonias del imperio necesitaban un dirigente como él, que pusiera orden y disciplina, y no uno como Albio, que disertaba en exceso. Con el semblante agrio, retomó su cabalgada. Trotó alejándose de nuevo de las murallas, y en un pestañeo del vigía en la torre se perdió de vista.

Valerio, que hablaba en alto mientras galopaba, sentía cómo una idea obsesiva le retumbaba en el estómago. Lleno de sueños por cumplir y no viendo el momento, deseaba gobernar con honor la ciudad que le dio la vida, tal como hizo su tío cuando él era un niño.

Sin pensarlo, él realizaría inminentes cambios en tributo al imperio. Subiría la paga de los soldados y se llevarían a cabo juegos en el anfiteatro cada semana, con lo que la milicia y el pueblo gritarían su nombre porque lo temerían y al mismo tiempo lo amarían. El procurador y, por tanto, el emperador Marco Aurelio, estarían orgullosos de él porque exprimiría a una Itálica entumecida, embobada en teatros que adormecían la sangre de los romanos.

—¡Arriba Marte! ¡Abajo Eros! —gritaba al trote.

Cabalgando daba rienda a sus sueños. Incluso fantaseaba con llegar al mismo Senado de Roma para dar ejemplo a los carcamales que rodeaban al emperador. Pero eran tan solo eso, los sueños de un hombre que ya gobernaba soldados, aunque no la colonia que por derecho le pertenecía.

Lucio Valerio Nepos era un virote en llamas deseando ser lanzado contra los muros que impedían la prosperidad del imperio. Era joven e impetuoso, y se sentía desaprovechado. Inmerso en sus pensamientos, aflojó la marcha. Al igual que Itálica lo llamaba, no podía evitar pensar en ella, en Adriana. A cada instante, se imaginaba colándose en su cámara, desnudándola y devorándola, pero sabía que esa locura ocasionaría un conflicto que no estaba dispuesto a provocar. Si algo sabía el legado era que, al igual que el fuego, las infidelidades se propagaban rápidamente. Debía reprimir sus impulsos para que las cosas siguieran su curso sin altercados y así tener la oportunidad de gobernar algún día. «Cayo Albio me colgaría en la plaza y toda la colonia lo aplaudiría», se dijo, y apretó los dientes cuando volvió a la realidad. Teniendo que regresar al norte de Hispania, no vislumbraba cuándo se verían cumplidos sus anhelos, pero quizá aquel astuto procurador, Poncio Recio, de íntegra conducta y coincidentes ideas, en un futuro próximo tuviese la llave que le abriese de par en par las puertas de Itálica.

A poca distancia del sendero, una joven pastora conducía cuatro vacas lecheras. Valerio tiró de las riendas para frenar al caballo. Estaba sediento y se acercó despacio con la saliva pegajosa, sintiendo su virginidad. «No, no se parece en nada a ella», se dijo. Con unos ojos claros que denotaban miedo, la joven le ofreció agua.

Fue entonces cuando Valerio notó que su frente se perlaba con un sudor febril y se estremeció. Decidió descabalgar. Luego, la muchacha se llevó la mano trémula a su lastimero y churretoso rostro y eso lo sedujo. Así, su inmensa vanidad y su rango precedieron a la cortesía. El legado no dijo nada. Bebió hasta saciar su sed, y después la empujó hacia la hierba entre las patas de las vacas.

Ni se preocupó en mirar por si algún familiar o amigo anduviera cerca. Él era el oficial al mando de la legión VII Gemina y se veía con poder como para forzar a una labriega, plebeya, liberta o esclava, sin tener que rendir cuentas a nadie.

Sabía que no estaba bien. Que era un abuso cruel, pero… ¿acaso no había que satisfacer los deseos del hombre que protegía sus hogares? Valerio llevaba mucho tiempo sin ser consciente de las lágrimas de aquellos que sufrían su control. En el norte se había convertido en una bestia incapaz de frenar sus impulsos; un hombre que había dejado toda compasión por el camino. La empatía, el honor y el respeto que le enseñaron sus padres, ahora parecían pertenecer a otro ser. Seguramente, a alguien que ya no reconocía.

Cuando terminó, Valerio entristeció la mirada; y ya sobre el caballo le lanzó a la joven una moneda con la cara del nuevo emperador. En este caso, la de uno de ellos. La de Marco Aurelio.

Los dinteles de la cuadra, firmemente apoyados sobre las jambas, formaban un cuadrado espacioso. El legado pasó entre fardos bien atados sujetando las riendas de su caballo y se detuvo. Al

desmontar, se dio cuenta de que había suficiente paja y heno alrededor para alimentar a toda la VII Gemina.

Valerio soltó un resoplido, irritado. Aún no era de noche y ya se sentía agotado. Había liberado su frustración en silencio, descargándola sobre esa joven que, en su mente, representaba la pureza y la furia de un mundo ajeno a su persona. Un mundo que, a pesar de todo, no dejaba de tentarlo. Y no le quedaban fuerzas para protestar, ni siquiera para arrepentirse de lo sucedido. ¿Era posible que un atisbo de remordimiento lo atacara en un momento de debilidad? «Tal vez sea esta tierra en la que me crie. Quizá sea Itálica», se dijo.

Abatido, el legado reprimió todo lo que había visto, todo lo que había hecho, y se dirigió hacia sus aposentos. Su piel, empapada en sudor, parecía cargar con el peso de una tristeza que no entendía. Pensaba en Adriana, en Cayo Albio, en el procurador… Cuando llegó, se desplomó en la cama y se sumió en un sueño profundo.

Al despertar, la luz de la mañana se filtraba en la estancia. Frente a él, Paulo Graciano, su primer centurión, el más leal de sus hombres y con quien compartía mesa y vino de vez en cuando, aguardaba en silencio. Estaba sentado, con la mirada expectante.

—¿Es algo grave? ¿Dónde está Lotus? —preguntó Valerio sin sorprenderse, aún con la pesadez del sueño en la voz.

—La avanzadilla que enviaste ha regresado —respondió Graciano —. Dicen que por la tarde llegará el destacamento procedente de los *metalla* de Onuba.[8]

—¿Y me lo tienes que decir tú? ¿Por qué no está Lotus? Él es quien debería informarme.

—El procurador Poncio quiere que te reúnas con él antes de que lleguen y se haga el recuento. Parece muy interesado.

Valerio enarcó la ceja. Era su forma de indicar que una nueva intriga asomaba a sus puertas.

—Alcánzame la ropa y dile que estaré en el *balneum*.

—Ha remarcado que debe ser en privado.

—¡Ah! En ese caso, puedes decirle que tras el baño lo estaré esperando aquí.

—Lotus sabe que estamos hablando —dijo Graciano de forma contenida, sobria y directa.

—Desde luego que lo sabe. Es su cometido, pero de esto ni una palabra, ¿entendido, Paulo?

Cuando fue a los aposentos de Valerio, Poncio Recio llevaba el rostro marcado por todo lo opuesto a la desidia. Tras un esmerado cuidado, estaba aseado tanto por dentro como por fuera. Lucía con elegancia la toga, y si bien era consciente de que no se ajustaba a un romano de rasgos bien cincelados, también sabía que su rango y su mirada de águila se encargaban de sustituir tales defectos.

El procurador se había dedicado al recuento de todo lo que entraba y salía de Itálica. Lo apuntaba todo al detalle con la intención de luego compararlo con los registros que había obtenido antes en Corduba. Después y sin demora, el obligado cumplimiento en su primera misión sería comunicar los resultados a Roma. En concreto, llegarían a las manos arrugadas y temblorosas de su padre, el consejero del emperador, que ante la partida de este para

combatir por las tierras de Armenia se había quedado al cargo de la ciudad.

Ambos deseaban lo mejor para el imperio, y ambos sabían que el descuidado duoviro de Hispalis se quedaba con buena parte de los beneficios que debían ser destinados a la gloria de Roma.

Valerio fue quien habló primero. Su joven e impetuosa arrogancia tumbada sobre un alargado y mullido *triclinium* no permitió lo contrario.

—Vienes a pedir ayuda, lo sé.

—¿Qué sabes, legado Nepos?

—Tanto tú como yo queremos lo mismo. Te has dado cuenta de que Cayo Albio desatiende una de las colonias más productivas y la ira te abrasa por dentro.

—¿Acaso lees la mente?

—Has venido por eso. Dime que no es cierto y dejaré que me claves mi daga en la garganta.

Valerio sacó la difícil sonrisa de Poncio.

—Te necesito vivo. Roma te necesita vivo.

Ahora fue el general quien soltó una breve y seca carcajada.

—Dime qué necesitas, procurador, pero recuerda que pediré algo a cambio.

—Los dos hablamos el mismo idioma, legado, así que nada de lo que digamos a partir de ahora nos sorprenderá.

—Habla. —Valerio extendió la mano con la copa de la que acababa de beber, y Poncio, aguilucho del Aventino, clavó sus garras en la suave plata y, en señal de acuerdo, mojó su pico curvo.

—No hay gran diferencia con los años anteriores. No hay pérdidas. —Hizo una pausa—. Pero Roma quiere más.

—No te detengas, por favor. Estoy ansioso por escuchar la conclusión final.

—Cayo Albio se guarda un porcentaje que no es excesivo y temo que cuando llegue el grueso de Onuba, las cuentas queden equilibradas. En ese caso, no podré hablar en contra de este duoviro.

—Y por consiguiente… —Valerio lo animó con aspavientos para que continuara—. ¡Vamos, Poncio Recio! ¡Culmina ya de una vez!

—Y por consiguiente todo se quedará tal como está. Albio permanecerá aquí y tú te quedarás para siempre en la Tarraconense. Itálica seguirá sin sacar la productividad que se merece.

El rostro alegre y vivaz de Valerio se ensombreció de repente.

—Esperaba que fueras más directo conmigo —dijo casi musitando, con ese brote de tristeza del que parecía no poder desprenderse desde lo de la joven vaquera.

—No soy legionario. No me salen ciertas palabras.

El cuello musculado de Valerio se giró veloz hacia él.

«¿Acaso este loco pretende asesinar a un duoviro como Cayo Albio?».

—No se me ocurre otra manera, legado —añadió Poncio encogiéndose levemente de hombros. Hombros como alas de cuervo replegándose.

—Podrías cambiar los informes. Decir que es un inepto. Cualquier cosa para que lo expulsen. Tu padre es la mano derecha de Marco Aurelio, una palabra suya y… ¡ris, ras! —Su pulgar recorrió su propia garganta de izquierda a derecha—. Adiós duoviro, sin que tengas que mancharte las manos.

—No sucederá tal cosa. Cayo Albio tiene muchos adeptos en el Senado, de modo que el emperador se basará exclusivamente en los números.

—Cámbialos y di que la copia del duoviro es falsa.

—¿Y mi sello? —dijo Poncio negando con la cabeza—. Sería un riesgo que no estoy dispuesto a correr.

Lucio Valerio lo penetró con la mirada. Deseaba con todas sus fuerzas instalarse definitivamente en la tierra que le vio nacer, pero una cosa era eliminar vidas en combate y otra muy distinta asesinar a sangre fría a un duoviro que, si bien era descuidado, amaba a Roma y era fiel servidor de sus emperadores.

También tenía muy presente que durante años Albio fue la persona más allegada a su familia, y aunque fuera algo indolente, lo respetaba. Él podría poseer rasgos abominables, gustos que rozaban la perversidad, pero no era ningún asesino de gobernadores.

—No cuentes conmigo para tal cosa. Tal como hizo mi tío, todavía tengo esperanza de que se me asigne la gobernación compartida con Cayo Albio. Y entonces todo se hará de forma correcta. Yo me encargaré de exprimir esta tierra.

—Puede que eso ocurra con los años, y siempre que se encuentre a otro capaz de comandar la VII, pero de momento no será posible, legado.

Valerio se quedó pensativo, y su duda evidenció debilidad.

Poncio Recio insistió.

—¿Ni por un premio tan goloso como Adriana? He visto cómo os devorabais con los ojos.

—¡Por los dioses! ¡Dime que solo tú te diste cuenta!

—Desde luego. Albio iba tan beodo que no se percató de nada, pero temo que su mano derecha, Flaco Silano, sí llegó a sentir cómo el fuego era incapaz de derretir los puñales que Adriana te lanzaba. Diría que incluso se sintió herido.

Valerio tomó aire como si estuviera a punto de ahogarse.

—Yo también bebí en exceso —respondió azorado—. Es perdonable. Es una mujer muy hermosa y Albio lo sabe.

Un instante de silencio, en el que bebieron de sus copas, permitió que brillase una idea.

—¿Y si todo sucede mientras estamos lejos? —dijo Valerio arqueando la ceja—. Tú y yo, lejos de aquí.

Poncio asintió y su rostro escuálido, delimitado por finos y cortantes huesos, se relajó. Parecía que todo lo hablado ya se hubiera borrado para siempre; en cambio, la confabulación, por muy alejados que estuvieran el uno del otro, uno en África y otro al norte de Hispania, era tan sólida como las piedras del Coliseo de Roma o las de las pirámides de Egipto.

El procurador sonrió, una mueca de ganador que acompañó con un giro lento de joven soberano sin escrúpulos. Un gesto de espalda estrecha aprendido de su padre, que sin duda advirtió a Valerio de que nunca habían mantenido aquella secreta y malévola conversación.

V

No, no era el día

Emilio Nevio pastoreaba un gran rebaño. Aquel día tenía mezcladas las ovejas con las cabras y, como acostumbraba, las condujo a los pastizales cercanos al arroyo, un lugar donde reinaba la calma y podían pacer con tranquilidad.

Estaba pensando que era buena hora para aposentar el trasero a la sombra y lascar un pedazo de queso cuando escuchó los ladridos de Cástor. No fueron simples quejidos para acotar el rebaño, sino uno característico y único para él. El pequeño perro, con su infalible olfato, el rabo tieso y las orejas picudas, le avisaba de que había personas cerca; no se trataba de animales, pues en ese caso ladraría, pero correría a esconderse tras sus piernas. El cabrero miró a Magno, el gran mastín, levantó el dedo y con eso le indicó que lo dejaba solo al cuidado del ganado.

Descendiendo, aligeró el paso hasta superar a la bola peluda con patas. Y en ese momento la divisó: una larga columna avanzaba por el sendero que atravesaba el puente y se perdía a lo lejos, aún visible en la cresta más distante. La infantería marchaba en relajada formación, y la caballería soltaba polvareda cabalgando a los lados del interminable ejército.

Nevio observó a los más cercanos. Los legionarios, próximos a los carros de suministros, cargaban con demasiadas libras a sus espaldas. Seguramente eran reclutados del norte porque iban con vestimentas raídas y descoloridas, propias de los diferentes pueblos de Hispania, que se dirigían a un ritmo colosal hacia la vía Augusta en dirección a Legio.[9]

—En cuatro días lo más estarán en Saguntum —dijo, y soltó un suspiro de añoranza que duró un segundo.

Como buen romano, de padre legionario, también romano de Hispalis, fueron demasiados años sirviendo al imperio y, aunque no todo fueron asperezas, no cambiaría su vida de pastor de cabras junto a su familia por volver a la rigurosidad de la legión. Se veía años atrás recorriendo calzadas a pie, soportando la lluvia, la nieve, el frío y el calor; durmiendo a la intemperie; afrontando interminables turnos de noche; sometiendo a insurgentes o a compañeros legionarios indisciplinados: camaradas de fatigas a quienes había que castigar con azotes antes de enviarlos a los calabozos.

El cabrero se quedó inmóvil, igual que cuando de niño los vio por primera vez.

Asombrado por la grandeza de Roma, se le pasó más de media vida vivida, y negaba. Le era imposible escapar a sus recuerdos más violentos, las vejaciones a las mujeres y los llantos de los niños que eran separados de sus padres. Era la memoria triste de un hombre manchado con la sangre de muchos inocentes, de pueblos enteros que se resistían al poder de los más fuertes.

Nevio, con gesto reflejo, se llevó la mano derecha a la cadera como si todavía portase el gladio; sin realmente desearlo, le salió el

ademán de apretar la empuñadura.

Cástor movía el rabo. Lo miró con los ojos arrugados, como cuando se emborrachaba para olvidar y con motivos para ser olvidado. El eco de una voz resonó en su testa cobriza. En otro tiempo, si un superior le hubiera ordenado que atravesara a su animal —el mismo al que cuidaba y daba de comer—, el legionario Emilio Nevio lo hubiera hecho sin dilación. Lo hubiera trinchado como a una simple rata de cloaca.

Eran tantas las borracheras y se encontraba tan vacío por dentro que el legionario no le temía a nada. Ni siquiera a la ira de los dioses. Sin embargo, ahora, no creyéndose merecedor de tanta dicha, temía su castigo. Desconfiaba de esos mismos dioses que eludía y que sobradamente lo habían bendecido. Porque ellos sabían lo que había hecho; ellos lo veían todo y sentía que aún no se lo habían cobrado.

—Vamos, Cástor —dijo preocupado—. Pronto lloverá. Regresemos con el ganado.

Ese mismo día, al atardecer, Nevio emitió un sonido grave y gutural; un gruñido. Estaba oscureciendo y llovía. No había dejado de hacerlo en horas y sus hijos todavía no habían vuelto del pastoreo. Lanzó una mirada de molesta preocupación a Silvia, y tras abrigarse se marchó empuñando el cayado. No hacía falta más que un portazo para decirle que se lo advirtió. «¡No era el día para entretenerse recogiendo ramajes! ¡No! ¡No lo era!».

La tromba era de órdago y a Nevio le costaba ver el caótico paisaje que se desplegaba ante él. El gris del cielo y el agua velaban

los árboles que se le aparecían según iba sorteando charcos y barrizales; troncos y ramas arrancadas con violencia por el incesante viento. Vio una de sus cabras y más adelante otra solitaria chorreando bajo el aguacero. Pensó que con la que estaba cayendo ni un lobo se atrevería a cazarla. Así, escamado por el hecho de que Ania no hubiese tirado hacia arriba en cuanto se escucharon los primeros truenos, se dirigió a donde seguro les pilló la tormenta. Allí encontraría una señal de su hija, pues era prudente y confiaba en que ella hubiese evitado cualquier acción arriesgada; alguna tontería por parte de Facio para hacerse el valiente delante de Aspellus o de ella misma. El agua caía a raudales, el viento rugía sin tregua, pero en esas condiciones incluso los más sensatos podían tomar decisiones equivocadas.

«Sí, un cobijo, pero ¿dónde? —se dijo tragando saliva—. Lo mejor hubiese sido subir de inmediato para la casa». Nevio sintió que algo malo les había sucedido y debía ser precavido, por lo que aminoró el paso.

Al rato, todavía en el bosque aunque ya cerca del río, frenó en seco. Vio a dos de sus animales destripados, y dos zancadas más allá Cástor, con media cabeza arrancada, lo miraba con un solo ojo.

—¡Lobos!

A Nevio lo invadió la inquietud. Miró a su alrededor, pero el paisaje gris, desvaído y frío lo emborronaba todo. Se acuclilló y tocó a su pobre perro sintiéndolo aún caliente.

—Esto no lo hace un lobo —musitó buscando huellas.

Cuatro pasos lentos en dirección al cauce lo llenaron de angustia. Si se trataba de una jauría de perros, ni Magno podría con ellos.

Nevio agarró con fuerza el cayado. Corrió zigzagueando entre los troncos de los pinos que le salían al paso, saltando hoyos camuflados por la hierba hasta que dejó atrás la espesura. Sintió el corazón salírsele por la boca, y rezó a los dioses, a quienes pidió protección y suficiente tiempo para poder alcanzarlos.

El llano no resultó menos nebuloso. La lluvia y la rabiosa ventisca lo frenaron en mitad de lo que debía de ser un lugar que le permitiese atisbar un posible refugio. No había ladridos, ni llanto, ni gritos que pidieran auxilio.

—¿Dónde estáis?

El agua le resbalaba fría como el caudaloso río que tenía frente a sí, y Nevio se limpiaba la cara, la frente ancha y las pobladas cejas para poder ver.

Un montón de ramas a sus pies y unas ruedas de carro le dejaron sin pulso. El escalofrío lo paralizó; recorrió veloz por su espalda apoderándose de él, clavándole un fatídico punzón en la cervical.

Un primer e indeciso paso pidió el segundo, y la carrera hacia el puente erigido por los tartesios fue testigo de su furia. Fue cuando los vio. Llevaban perros y eran al menos dos con los que enfrentarse, pero ni Júpiter poniéndose en su contra lograría vencerlo. Vio los bultos en movimiento a lo lejos, en el cerro por donde esa mañana las tropas del general Lucio Valerio se despedían de Itálica.

Nevio no se detuvo por miedo. No se quedó anclado en aquel puente por las dudas. Se quitó el abrigo y lo partió en dos. Reforzó sus mangas con la piel de la espalda y se protegió los brazos con ellas. Luego, con el palo golpeó la piedra del arco tartesio hasta que

saltaron lascas tan afiladas como para cortar un buen pedazo de carne.

Ya era de noche cuando los alcanzó. El carro llevaba teas en sus varales que no se apagaban con la fina lluvia y pudo verlos. Las pocas cabras que atraparon eran azuzadas por dos perros salvajes a los costados, y en la caja, amontonados como estiércol mojado, maniatados y amordazados, se hallaban sus tres hijos vigilados por un bellaco. Magno, que también había sido capturado, iba asfixiado, ahogado con una soga alrededor del cuello. Delante, junto a la retranca, y como seres sin entrañas, había otros dos que animaban a los caballos para tirar de todos ellos.

Nevio, decidido a darles caza, avanzaba. Ya no se detendría. Avanzaba y avanzaba dándose cuenta de que el viento del norte había cesado, y que Marte, como rayo de cólera, lo conducía de nuevo a la guerra.

—¡¿Qué ocurre?! ¿Por qué ladran los perros? —se preguntaban los raptores.

Nevio, poderoso en la noche, corría hacia ellos como un trueno.

Los dos canes, tan grandes como Magno, se abalanzaron sobre él. La vara con punta de hierro se quedó clavada en uno. Los colmillos del otro apenas le mordieron la piel del antebrazo y, aun así, la desgarraron provocándole dolor y sangre. Era tal la fuerza de su mandíbula que Nevio tuvo que hincar las rodillas para defenderse.

—¡Padre! —gritó Facio, que consiguió zafarse de su mordaza, pero un bofetón a mano abierta le dijo que se callase.

Magno comenzó a gruñir y a ladrar con rabia al bellaco, que se balanceó en la caja.

—¡Cállate, perro estúpido, o te atravesaré!

Los otros dos canallas detuvieron el carro y se apearon. Eran unos desarrapados, oportunistas sin escrúpulos que los venderían como esclavos en cualquier aldea cercana.

—No lo mates —dijo quien tenía la voz cantante, uno con tan mala sombra como una *estirge*(4)—. No te precipites, porque no podrá con Ursus y lo remataremos.

Nevio, de rodillas, bregaba con el enorme perro. No veía el instante en que aquel demonio asesino se soltase y le dejara maniobrar. Le rasgaba la piel con sus colmillos y no podía hacer otra cosa más que golpearlo sin fuerza. Pero en uno de sus giros lograría engancharlo. Uno de sus brazos sangraba con profusión, pero tenía el otro libre y con él sostenía una piedra; cortes en las orejas, el hocico y la cara entera. Con un impulso de arriba abajo logró introducirla en su garganta. En ese instante, Magno hincó sus dientes en la pierna del bellaco, haciéndolo trastabillar y caer en la caja. Los tres niños fueron a por él, y mientras el gran perro le arrancaba la pierna, ellos le sujetaban de la cabeza y las manos.

Ninguno de los tres hermanos se había enfrentado jamás a semejante dilema: decidir entre perdonar o quitar una vida. Pero Aspellus no lo dudó, le quitó el puñal y, como si estuviera acostumbrado a hacerlo, se lo clavó en el pecho.

Los ojos del africano centellearon a la luz de las antorchas, y tanto Ania como Facio no daban crédito a la inaudita frialdad del pequeño, pues retorció el metal en los adentros como si necesitase escuchar el crujido de los huesos.

Nevio agarró el cayado. Todavía quedaban dos. Su descomunal figura y la proeza contra aquel perro los había amedrentado.

Magno seguía gruñendo. Les mostraba los colmillos ensangrentados y babeaba con rabia desmedida, con lo que la idea de que aquellos desalmados intentaran subir a por los niños quedaba neutralizada.

Nevio avanzó lento. Igual que cuando era legionario, podía sentir el miedo en sus adversarios. Era corpulento. Estaba ensangrentado y mostraba su ira. «Son escoria, pero tienen arrojo; así que no huirán», se dijo. Los apuntó con el cayado.

—Aquí estoy. Aquí me tenéis.

Los meses pasaron rápidos y las yemas de las higueras y los almendros brotaron con el inicio de una primavera que se anticipó.

Desde el suceso con los maleantes, durante aquel invierno, Facio rogó repetidas veces a su padre que le enseñara a utilizar el gladio. «No es justo que este pequeño a quien trato como a un hermano sepa defenderse mejor que yo», pensaba.

Cuando Facio y Ania le confesaron la pericia con la que Aspellus introdujo el cuchillo en la carne del bellaco, Nevio supo que había adoptado al hijo de un importante guerrero. Y esa misma noche hubo discusión alrededor de la lumbre.

Emilio llegó a casa con un carro tirado por dos caballos, y tras él las cabras con los tres críos sanos y salvos. Silvia, que no se había separado de su altar de dioses Lares, corrió a abrazar a sus hijos.

—¡Nunca más os dejaré ir solos! —sollozaba dándoles besos y caricias trémulas.

Pero Nevio entendía que aquellas cosas podían suceder, y que si no era en el bosque o en el llano mientras pastaban sus cabras,

podría ocurrir en su propia casa. Él no podía permanecer siempre cerca de sus hijos, como tampoco de su esposa.

—Padre —dijo Facio, molesto pero respetuoso—. ¿Has considerado mi petición?

—¿Qué consideración es esa? —preguntó Silvia mientras llenaba los vasos de agua, pues Nevio no bebía vino ni cerveza, ni ninguna otra bebida que le recordase quién fue en el pasado.

—Ya lo hablaremos mañana —respondió cortando el pan.

—No, padre, quiero que madre se entere de que Aspellus sabe cómo usar un cuchillo. Sabe defenderse y sabe cómo atacar.

Todos miraron a Aspellus, y él, con los ojos muy vivos, se introdujo un trozo de pan en la boca.

—Explica eso, Emilio —dijo Silvia colocándose en jarras—. Si el niño hablase nos lo diría él mismo, pero como no sabe, lo harás tú.

—Aspellus sabe hablar, pero no le da la gana hacerlo —refunfuñó.

Toda la atención se dirigió hacia pequeño, que se limitaba a responder con la mirada; los ojos muy abiertos, casi salvajes, se clavaban en las diferentes expresiones de su nueva familia.

—¡Está bien! ¡Está bien, mujer! Te diré lo que sé y lo que pienso, pero primero deja que coma y beba un poco de agua.

Ania, aun siendo menor que Facio y sin haber estado presente el día que lo encontraron, ya entendía que aquel niño era diferente del resto de los de su edad. Cuando observaba en él gestos semejantes a los de su mismo padre, se desconcertaba. La decisión con la que se empleaba, la forma de agarrar los útiles y la mirada de felino lo convertían en un ser tan curioso como atractivo para sus cinco sentidos. Sin duda, los varoniles ademanes del mauro eran

impropios de los niños que conocía, y aquello le gustaba. Le gustaba mucho.

—Veamos, Aspellus, ¿por qué sabes luchar?

Pero Aspellus no hablaba.

—Padre —dijo Facio—. Deberías contarle a madre cómo eran los hombres que iban en la barca.

Nevio escondió un poco la mirada.

—¡¿Acaso es hijo de un dios?! —preguntó Silvia con los nervios a flor de piel.

—¡Eran guerreros, madre! ¡Guerreros bárbaros de África!

A la pequeña Ania todo aquello le resultaba fascinante y no podía evitar sonreír a un niño que, en ese momento, parecía cohibido. Mientras se hablaba de guerreros y de dioses, casi sin darse cuenta, sus cautivadores ojos se clavaban en los de Aspellus.

—¿Y por eso sabe manejar un cuchillo? ¡Dime y no te quedes callado, grandullón!

—Creo que sí —dijo Nevio, cabizbajo.

—Tú mismo me dijiste que los soldados buscaban a los mauros que huyeron de la contienda. Si se enteran de que escondes a uno nos castigarán.

—¡No se enterarán, mujer!

—¿Y los demás mercaderes? Dijiste que ninguno se quiso hacer cargo de él. ¡Ellos podrían delatarnos, Emilio!

Nevio enmudeció un instante, mientras todos alrededor de la mesa lo escrutaban.

—Es poco probable —dijo al fin—. Conozco a estos mercaderes, la mayoría tienen sangre extranjera y ninguno quiere arrimarse demasiado a los soldados. Son temerosos de Roma.

—Demasiado sabes tú con toda esa paja que tienes dentro de la cabeza.

—Padre —insistió Facio—. Si Aspellus tiene aprendidas las bases de la guerra, yo también deseo adquirirlas. Lo que ha sucedido con esos malnacidos se podría repetir.

Nevio calló. Masticó el guiso de carne de ternera con los ojos cerrados.

—Ahora, ¿qué harás, Emilio?

—No lo sé.

—Te diré lo que harás, pues yo no seré impedimento. Si tu hijo quiere aprender a usar el arma que juraste no empuñar nunca más, le enseñarás. Tendrás que romper la promesa que me hiciste el día que renunciaste a la VII para formar una familia. ¿Me has oído, grandullón?

Desde aquel día, los tres hermanos fueron inseparables. Lo hacían todo juntos. Se levantaban y de la mano desempeñaban las labores hasta el anochecer, momento en el que cenaban con sus padres junto al fuego.

—Hasta mañana —les decía Silvia tras darle un beso a Ania, pues los hombrecillos de la casa no ponían sus mejillas.

—¿Puedo dormir con ellos, madre?

—No.

—¿Y por qué no?

—Una no puede dormir con uno. Eso es así y ya está. No insistas. —Y viendo en su cara de pena que no lograba entenderlo, añadió—: Mira, Ania, uno nunca huele como una, ¿comprendes?

—Pues a mí estos dos no me huelen mal, madre.

—Bueno, tal vez no sea el mejor ejemplo, pero no te hagas la lista conmigo. —Silvia miraba a su esposo de reojo—. Si no lo entiendes ahora, pronto lo comprenderás. Hasta mañana, Ania, y que sueñes con Lares y Penates.

Cada día, después de sus obligaciones, Facio y Aspellus practicaban las enseñanzas de Nevio mientras Ania los contemplaba con cierta desazón, como si deseara ser un chico más para sujetar uno de aquellos palos que simulaban ser gladios y lanzas para matar. A veces, le resultaba frustrante verlos tanto tiempo practicando, sudando, esquivando y deteniendo porrazos con los escudos, y se iba junto a su madre o su padre para ayudar en la elaboración de quesos o la comida del día. «Es injusto —pensaba—. Ellos se lo pasan en grande mientras yo tengo que volver a la rutina. Pero ¿qué pasaría si me rebelase, sujetase una de esas lanzas y me enfrentase a ellos para demostrarles que una niña puede luchar? No —se respondía—, mi padre, y mucho menos mi madre, jamás me permitirían empuñar un arma».

Cuando Ania y su padre no estaban delante, los dos pequeños combatientes se empleaban con fiereza y todo terminaba con el mismo final. Facio, cansado de tanto bregar, solía caer en el error del impaciente y, después de atosigar el escudo de Aspellus, se le echaba encima; era más alto, más fuerte y tal vez más inteligente. Sin embargo, Aspellus siempre le tendía la misma trampa y le vencía. Lo agotaba y en el momento justo se apartaba, se inclinaba o se lanzaba al suelo para hincarle el palo en cualquier parte del cuerpo. Probablemente se trataba de algo innato en el mauro que se le sumaba a la experiencia. Pero aquel atardecer, con el sol trayendo oro viejo a las piedras del corral, bien porque Facio ya supo cómo

atacarle o bien porque algo no funcionó en los cálculos del mauritano, sucedió que Facio lo tumbó: le asestó un golpetazo en la espalda que dejó a Aspellus tragando tierra.

—Así aprenderás a no reírte de mí —le dijo, y como no se movía se acercó a él—. Anda, levanta. No te hagas el loco.

El corazón de Facio se apretó. Por un instante, la crueldad quedó suspendida y asomó la preocupación. Aspellus no movía ni un pelo de su cabeza y mantenía la boca contra el barro. Pero cuando la pierna de Facio llegó a su círculo de alcance, se giró como un caimán, lo agarró del tobillo y también lo derribó. Luego, con la rabia de un salvaje, se puso a horcajadas sobre el pecho de Facio, momento en el que soltó un espeluznante chillido.

—Me rindo, me rindo —farfulló Facio, que levantó las manos en son de paz.

Pero el mauro no atendió a la rendición. Agarró una piedra y alzó la mano. Llevaba tanta ira dentro que parecía haber perdido la razón, pues su mente había regresado a un pasado en el que luchaba por su vida en mitad de un combate.

—He dicho que me rindo —insistió Facio sin arredrarse—. ¿Es que quieres acabar conmigo? Soy yo, Facio, ¿no me ves?

El silencio duró apenas un segundo, en el que se concentraron todas las pequeñas historias que se habían tejido entre los dos: las risas, los juegos, las lecciones de Nevio, las noches en las que Silvia los llamaba a cenar con voz tranquila. Facio, tendido, estaba convencido de que no le haría daño y, mientras lo pensaba, el gesto de Aspellus empezó a destensarse.

En ese instante, con el sol moribundo detrás, la figura de su padre apareció en la entrada del corral. Tenía una herramienta en la mano

y, en la mirada, una mezcla de severidad y cansancio, ese tipo de cansancio que parecía haberse quedado colgado en sus hombros para siempre. Pero cuando se percató de la escena, su voz cortó el aire como una hoz.

—¿Qué es esto que veo? —preguntó sin necesidad de elevar el tono para imponer su ley—. ¿A qué viene esta violencia entre hermanos?

Ambos se congelaron. Aspellus, con la piedra aún a medio alzar, bajó la mano como si alguien le hubiera atado los nervios, y Facio soltó un resoplido de alivio.

Emilio Nevio se acercó, recogió la piedra del suelo y la soltó con desprecio. Luego, señalándolo, clavó la mirada en Aspellus y le dijo con voz firme:

—Aquí, la fuerza no es ley si no la gobierna la razón. Lo que vale para la guerra, no sirve para la casa. Aprende a dominar la rabia, o será ella quien te gobierne y acabe contigo. —Luego cruzó los brazos y añadió—: Cualquiera sabe golpear, niño; pero hay que aprender a contenerse. Un guerrero sin medida no pasa de ser una tormenta que se revuelve contra su propia gente. —Después dirigió la mirada hacia Facio—. Eso es para los dos.

Facio, sacudiéndose el barro, se incorporó por sí mismo, y Aspellus, todavía con el pulso acelerado, comenzó a sentir vergüenza. Era como si los fantasmas de los mauros lo hubieran dominado, y no sabiendo cómo expresarlo, su mirada y su cabeza se inclinaban como si fuera un perrillo abandonado.

—Yo no quería —dijo Aspellus apretando los labios.

Entonces dio dos pasos largos, fue directo hacia Facio y lo abrazó con fuerza. Sorprendido, Facio también lo estrechó y le lanzó una

mirada de sosiego a su padre. «Tranquilo, déjalo estar —le decía—. Lleva dentro mucha rabia, pero nos quiere y nos respeta. Si hay algo de lo que estoy convencido es de que daría su vida por cualquiera de nosotros».

A medida que anochecía, la casa fue recuperando sus aromas y ruidos cotidianos: las cabras modorras en el corral, el crepitar de una lumbre que Ania encendía de nuevo, el olor de la leche cuajada en los rincones frescos. Los dos chicos recogieron los palos y fueron a quitarse la suciedad de sus cuerpos: los brazos, las piernas, las caras ennegrecidas. Mientras se frotaban con agua, se miraban como si lo sucedido no hubiera sido más que otro de sus juegos. En esta ocasión, uno por el que tenían que pasar para conocerse mejor, más en profundidad y sin reservas. Facio miró a Aspellus y le dio un suave cachete en la cara y, sonriente, dejó que Aspellus se lo devolviera. No había lugar para dudas entre ambos. Aspellus también sonrió y luego los dos rieron al unísono. Rieron tanto y tan fuerte que las cabras los acompañaron con su balido.

VI

Tingis

Poncio Recio observó al plebeyo que sujetaba su corcel y encontró similitudes entre ambos: la quijada, las crines, incluso sus ojos ovalados y perfilados eran como grandes almendras negras.

—Tienes cara de caballo —le dijo—. ¿Cómo te llamas?

—Mi nombre es Bulus.

—¿Bulus? —repitió sorprendido. Echó un vistazo a su alrededor, donde los uniformes de lascivo rojo, las corazas de cuero y el insolente metal de los soldados de la III Augusta pisaban la arena blanca de Tingis—. ¿Como el rey Bulus?

El plebeyo mauritano inclinó la cabeza, escondiendo así la mirada.

—No debes avergonzarte, sino al contrario. Tus padres te pusieron el nombre de alguien fuerte y capaz. Imagino que sabrás su historia. ¿La conoces?

El joven negó tímido.

—Está bien, Bulus. Quizá un día te la cuente. Ahora ayúdame a subir.

Quien fuera esclavo, se agachó hasta situarse de rodillas y ofreció el lomo desnudo para que el nuevo procurador de la Mauritania Tingitana le hincara la sandalia.

Desde arriba, cuando Bulus se irguió, Poncio le dedicó una mirada amistosa.

El procurador estaba llegando a Tingis, la capital de la Mauritania Tingitana, a cien millas romanas de Lixus[10], treinta de Zilis[11] y ciento cuarenta y cuatro de Volubilis. Poncio Recio había visitado los graneros, los campos de ganado, los almacenes de oliva y de sal, y los de *garum.*(5) Tenía una lista previa de cifras parecidas, pero nunca pensó que fueran tan aproximadas y ciertas.

Escoltado por tres de los mejores hombres de Antonio Furio Macro, legado de la legión III Augusta, le fue inevitable recordar la voz satinada de su padre. «Una rica y hermosa tierra que no hay que dejarla ir de la mano, hijo —le dijo en Ostia cuando ya ascendía por la pasarela del trirreme—. Te enamorarás de Tingis y ya nunca desearás volver a Roma».

Poncio, que se hallaba clavado en la pasarela, entre el navío y su padre, no comprendió y sonrió vagamente. ¡Era imposible no desear regresar a la capital del mundo! Pero si en un principio creyó que se trataba de una manera de hablar o de una broma de su padre, luego intuyó en su mirada la franqueza, pues el propio Mario Recio pudo respirar de joven, durante muchos años, el aire de aquella impresionante costa.

Aun así, indiferente, Poncio subió a la nave de guerra sin dar mayor importancia a aquellas palabras; eran las que ofrecía un buen padre cuando se despedía de un buen hijo antes de atravesar el Mare Nostrum.

Antonio Furio Macro lo estuvo esperando todo el día. No pasaba de los cuarenta años; en cambio, al lado de Poncio, su veteranía lo convertía en casi un anciano.

Durante su estancia en Itálica, el legado había logrado con pleno éxito limpiar los barrios de bandidos que conjuraban contra Roma. Persiguió y expulsó a los que quedaban de las tribus mauras que ofrecieron resistencia, hasta perder de vista a una minoría que se desperdigó por el desierto, y todo para que el procurador pudiera regir en una capital ordenada, con una paz romana civilizada y plagada de legionarios.

Así pues, logrado el propósito, deseaba abandonar Tingis y regresar a Cirta,[12] donde su esposa e hijos lo estaban esperando. De ahí sus ansias por querer dejar hechas cuanto antes las presentaciones.

Antonio Furio iba por la columnata vinculada por un arquitrabe común en compañía de un hombrecillo de intenciones litigiosas. Su capa, del mismo color que sus astutos ojos, se deslizaba por el mármol de Carrara con la solemnidad de los ancestrales reyes y príncipes mauritanos. No era coincidencia que las mismas tribus que un día logró unir lo llamasen el Zorro de la Tingitana, aunque su verdadero nombre fuera Mastán de Rusadir, [13] de la tribu de los bacuatas.

El caudillo mauro parecía no estar conforme con el trato recibido tras el levantamiento de las tribus del interior, y aquel recelo romano lo incomodaba. Lo habían separado de su mano derecha, al que enviaron, según Furio, a la provincia Cesariense, menos conflictiva y donde mejor se entendería con sus dirigentes. Además, habían encerrado sin pruebas a supuestos confabuladores a quienes tenía

aprecio, argumentando simple y llanamente que atentaron contra el imperio.

Pese a su rostro desabrido, no exento de gravedad ante el encuentro con el nuevo procurador, acabaría por sucumbir a las nuevas doctrinas de Roma, o de lo contrario…

—Necesitaremos más grano para el invierno —comenzó Poncio de manera sutil.

—Los *horrea* están repletos. No cabe ni una semilla más —contestó Mastán.

—Hoy mismo se vaciarán y habrán de llenarse de nuevo.

—Sí, pero ¿cuándo?

—Con rapidez. En este mes próximo. El imperio necesita alimentar a sus legiones en el este.

—Pero, procurador Poncio, el grano que hay es para los mauros… Si los dejas sin trigo, el pueblo pasará hambre.

—He visto a la plebe —dijo Antonio Furio—. ¿Cuándo te ha importado eso, Mastán?

—¿Insinúas que no me preocupo de la provincia? ¿De los míos?

—Si te temieran, no habrías tenido que salir huyendo como un conejo.

—Es fácil hablar así con una legión entera que te respalda, legado Antonio.

—Calmaos, os lo ruego —medió Poncio—. No cabe duda de que, salvo a unos pocos, las medidas que se tomaban no beneficiaban a esta tierra.

—Mi conciencia está tranquila, procurador. Roma siempre ha recibido su grano en su justa medida. Todo lo que pide se le da, de modo que no soy más culpable que cualquiera de vosotros. La

rebelión no ha sido por hambruna, sino porque tribus nómadas del interior persuadieron a ganaderos y labriegos de que los mauros son una raza pura y libre.

—Todos somos puros dando igual la raza, pero la libertad hay que ganársela, Mastán. Si los labriegos y los ganaderos hubieran estado contentos, no se habría producido esa revuelta.

—Siempre existen rebeldes difíciles de someter —respondió el caudillo.

—Roma puede doblegar a cualquiera. —Poncio miró severamente a Mastán, como si le pidiera que se inclinase o arrodillase ante él en aquel preciso momento.

—Procurador Poncio —dijo rendido a sus pies—. He tenido un mal consejero, pero ahora, con tu presencia y tu sabiduría, todo dará un vuelco.

Poncio Recio era un hábil estratega, de eso podían dar cuenta sus compañeros de estudios en Roma. Tenía bien aprendida la lección para un noble conquistador que necesitaba de su tierra y sus caudillos para mantener al imperio. Pero a ese joven impasible, criado entre algodones, también le gustaba jugar a ser poderoso; someter a hombres que le doblaban la edad y ver cómo inclinaban la corona le causaba auténtica satisfacción.

—Un rey puede elegir valentía o puede elegir comodidad, pero nunca puede tener ambas a su vez. Vete, Mastán, y saca todo el grano de Rusadir.

Tingis en invierno era impresionante. Ni el agua en forma de barro ensombrecía la belleza que se contemplaba desde el palacio de

Poncio Recio en la cima. El sol, ni tímido ni insolente, salía al instante marcando un eterno riel de plata sobre el pedazo de mar estrechado por Hispania a lo lejos. Y las naves mercantes, cargadas hasta los topes, fluían como las olas queriendo alcanzar sin prisas la suave arena blanca de la playa.

El procurador tenía entre sus manos el documento sellado con el anillo de Valerio Nepos, que ya se hallaba en Legio; por lo tanto, todo se iba cumpliendo según los cálculos de su padre. Los destacamentos de la Bética, en breve, se verían multiplicados y el grano procedente de Mauritania ya estaba asegurado.

Poncio respiró hondo, dejando que la brisa marina le recordara lo lejos que estaba de Roma y lo cerca que se sentía de sí mismo. Acababa de hacer el amor con el joven Bulus y sonrió pensando que tal vez su padre tuviera razón. ¿Quién deseaba volver a Roma?

En la capital del imperio no podría conducirse con libertad; en cambio, en la Tingitana su cuerpo era la continuación inmediata de sus ideas, podía ser quien realmente era sin tener que esconderse ante los miembros honorables del Senado o unos sacerdotes con cultos tan antiguos como castos. ¿Por qué rechazar lo que tantos emperadores consideraron lícito? Adriano era un ejemplo, en una descastada Roma que siempre le puso trabas.

Recordaba la última frase de su padre en el embarcadero de Ostia y no podía sino darle una vez más la razón. ¿Acertaría al pensar que el consejero del emperador Marco Aurelio, su sabio padre Mario Recio, deseaba ante todo que su hijo fuese feliz? Contempló a Bulus recostado y desnudo boca abajo entre cojines de seda.

Poncio seguía sosteniendo el pergamino sellado por el general Valerio. Lo volvió a leer y después lo quemó. «El plan beneficia a

muchos sacrificando una sola vida».

«Beneficia a Roma; eso es lo importante», se repetía obcecado, hallando en aquel preciso momento el mayor de los placeres. «¿Y Albio? ¿Qué estará haciendo ahora?», se preguntó.

VII

La ofrenda

Cayo Albio estaba muy atento a los preparativos. Rara vez realizaba un sacrificio a los dioses, pero su hija Flavia, con diecisiete años, se había quedado preñada de un joven noble a la altura de su familia.

Gallo, el sacerdote mayor de Itálica, se empeñó en que la ceremonia fuera doblemente significativa. Primero habría una celebración hermosa, con flores, guirnaldas y aromas dulces de incienso en el patio de la casa, y después, aprovechando la gran luna llena de aquella noche, considerada un momento de máxima potencia para la purificación y la bendición de la estirpe, se realizaría una *lustratio*.

El sacerdote fue directo y muy claro en sus palabras:

«Será algo excepcional porque te lo mereces, querido amigo. Se sacrificarán animales cuidadosamente seleccionados para purificar y bendecir a tu familia, pero ojo con Flavia, porque ni una sola gota de sangre debe salpicarla. Así, todo debe efectuarse con precisión y respeto, combinando solemnidad y cuidado para honrar a los dioses. Cuando nazca tu nieto, al octavo día le haremos otra».

La ceremonia no podía retrasarse. El tiempo se les echó encima y había que conseguir con urgencia los mejores animales de Itálica. El

boyero llevaría el buey y el cabrero el resto, pues su amigo Nevio, aunque no le hiciera gracia, era quien cuidaba de su mejor ganado.

—Flaco, haz llamar a los ganaderos —dijo Albio, requiriendo su presencia inmediata.

—¿A todos?

—No, por supuesto que a todos no. Llama a Nevio. —Su tono caprichoso resonó alto y claro.

—¿El cabrero?

—Sí. El cabrero. Confío en él, y sabrá traerme lo mejor de Itálica.

El boyero Junio, el alfarero Salomón y el cabrero Emilio Nevio, quienes debían acudir con premura a la llamada del gobernante, iban despacio por el camino a Itálica.

El fenicio Salomón, como se referían a él los mercaderes, debía llevar consigo una vasija enorme que sustituiría a otra resquebrajada que colgaba en el *atrium* de su *domus*. En esta se almacenaría la sangre animal para luego verterla sobre los cuerpos purificados de los familiares del duoviro. Un sacrificio que debía realizarse sí o sí, pues Cayo Albio era devoto de los ritos que aseguraban la voluntad de los dioses.

Los tres caminaban a pie, mientras que Facio y la hija del alfarero arreaban a las bestias que tiraban del carro.

—Los esclavos de Albio Umbro tardarán meses en limpiar los restos de mi Lunero —dijo Junio con pena, señalando el enorme cuello de su buey.

—Ahora colocan telas debajo para evitar que suceda eso —respondió Salomón.

—Es un sacrificio importante y debemos dar gracias por ser los encargados de suministrar la ofrenda. —En el fondo, Nevio creía en los dioses. Jamás lo habían abandonado y, por tanto, se sentía cercano a todos ellos.

—Tu hijo estuvo el otro día en mi casa con las cabras. Gracias por la leche y el queso, Nevio —dijo el alfarero con firmeza.

—Gracias a ti y a tu esposa Galla por comprárnoslos.

—Le pregunté por los rasguños que llevaba. Bueno… que aún lleva, por lo que veo.

—Le estoy enseñando a pelear.

—Eso me dijo, aunque no le creí del todo.

—Me he visto forzado porque no quiere ser menos que Aspellus. El pequeño sabe cómo manejar el metal.

—Todavía no he visto de cerca a tu adoptado. Es africano, ¿verdad?

Nevio asintió, pero no deseaba continuar con la conversación.

—Con respecto a Facio, te diré que lo entiendo, Nevio. Es importante saber defenderse, pero descuida porque es un buen chico. Ya es adolescente y tiene buena base. No se te malogrará, tranquilo.

—Estoy tranquilo, Salomón.

Nevio le guiñó un ojo al fenicio y lo retuvo tras la carreta. Aun a riesgo de levantar sospechas, ambos progenitores debían dedicar un segundo a cierta cuestión, pues entre Mesalina y Facio la dulzura manaba desbordante en mitad de aquel verde prado.

—Ahora que no nos escucha nadie salvo la brisa de la mañana… —Nevio miró de soslayo a Junio—. ¿Crees que estos dos…? Quiero decir, Salomón, que se nota a leguas que estos dos… Verás, yo… —

No sabía cómo explicarse—. Yo te pido disculpas si no lo ves apropiado para tu Mesalina, pero creo que estos dos ya piensan en casamiento.

Salomón, al ver farfullar al cabrero, sonrió satisfecho. Él nunca obligaría a su única hija a desposarse por ver ampliadas sus cuentas. En aquellos momentos, la familia de Nevio no era un buen partido, pero si a su Mesalina le complacía Facio, poco o nada tenía que decir él sobre los sentimientos de la que ya era mujer. El fenicio no creía que tan solo existiese una vida por vivir, sino que tras la muerte en la tierra se continuaba en un más allá junto con el amor elegido. ¿Cómo condenarla a permanecer al lado de alguien que no amaba?

—Deja que el tiempo nos vaya deleitando con la felicidad que ahora mismo compartimos. En caso de que se anticipen a la boda, no te pediré cuentas.

Nevio agradeció el gesto con un afable asentimiento de cabeza. Veía en Salomón a un hombre sensato. Y no abundaban en un mundo de lobos y serpientes venenosas.

—Es un acto de dos —añadió el fenicio—. ¿Acaso mi hija no sería igual de culpable? Lo importante es que se amen, amigo Nevio. ¡Que se amen! —dijo con un brillo en los ojos.

Nevio clavó la mirada en la espalda de su hijo. «¡El chico ha cambiado tanto en los últimos meses!», pensó. Vio en él al hombre en el que pronto se convertiría. Facio era delgado, y a pesar de que las facciones de su cara y el cabello oscuro correspondían a su madre, sus brazos y sus largas piernas daban cuenta de lo alto y fuerte que sería en un futuro próximo. El joven soñaba con ser algún día como Ahenobarbus. Soñaba con que muy pronto le crecieran los

huesos y los músculos, y ansiaba tener una barba tan espesa como la de su padre.

Por su parte, Salomón sabía que Mesalina era esquiva con todos menos con Facio. Su melena ondulada y negra le alcanzaba el final de su espalda, y solo se la recogía cuando realizaba las labores de artesanía. Veía en ella a su madre de joven, y suspiraba recordando las palabras de su amada Galla: «No perderás una hija, sino que ganarás un hijo con el joven Facio».

Así, recordando a su esposa, cuando las fortificaciones de Itálica comenzaron a recortarse en el horizonte, Salomón echó un vistazo furtivo a su hija. El paso que estaba a punto de dar era muy importante. Verla tan segura, caminando con tanta determinación, le hacía dudar de si había meditado bien su decisión. Sin embargo, Mesalina parecía tan convencida de que su destino estaba irremediablemente unido al de Facio que cualquier consejo sería en vano. Sabía que nada lograría hacerla cambiar de opinión. Y en aquel camino se selló el compromiso, pactándose que, con la llegada de la siguiente luna llena, los enamorados podrían verse siempre que lo desearan.

A medida que avanzaban, la calzada se volvía más transitada. Comerciantes, viajeros y campesinos se mezclaban en un ir y venir constante hasta llegar a la gran muralla oeste, en donde el paisaje cambió. Las *domus* con sus imponentes fachadas dominaban la vista. Los tejados elevados proyectaban sombras sobre las calles más estrechas y humildes, lugares en los que flotaba una mezcla de aromas: el pan recién horneado, el sudor de las bestias de carga y el inconfundible olor a tierra húmeda. A ese lado, las casas bajas se agrupaban sin orden aparente, amontonándose unas contra otras en

un laberinto de callejones angostos y plazas bulliciosas donde los mercaderes ofrecían sus productos a gritos. Tabernas de vino barato, talleres de artesanos y termas modestas se encajaban en aquel entramado apretado, donde la vida transcurría entre el trajín diario y el eco de voces en un latín vulgar. Era la zona baja de la colonia, la rural y la plebeya; un contraste evidente de la convivencia de dos mundos dentro de la misma Itálica.

Aquella mañana, la Itálica rica se hallaba completamente despierta, llena de vida y pulcritud. Las calles de piedra bien trazadas reflejaban la grandeza del lugar. Las fuentes adornadas con estatuas de dioses vertían agua cristalina, y el aire estaba impregnado de suaves fragancias de mirra y lavanda, quemadas en pebeteros de bronce. Las *domus*, amplias y señoriales, poseían mosaicos que narraban gestas de héroes y divinidades, como si las paredes quisieran recordar constantemente la gloria de Roma. En sus patios, las columnas de mármol sujetaban pérgolas cubiertas de vides, y el rumor del agua en los *impluvia* acompañaba el desayuno compuesto de higos, pan de trigo y vino especiado. Los esclavos, siempre atentos para abanicar a sus amos o traer más uvas y aceitunas, se movían con la precisión de quien sabe que un solo error podía significar un castigo. Así, en la zona alta de Itálica era el momento en el que los patricios lucían sus impolutas túnicas y togas justo después de que sus esclavas les hubieran lavado los pies, primero con leche y después con agua tibia.

En su *cubiculum*, Cayo Albio acababa de sodomizar a una de ellas mientras su esposa, sentada en una silla, lo presenciaba. Y aquel acto era consentido por Adriana cuando no deseaba ser copulada,

para que su esposo desfogara a gusto el repentino impulso de su deseo carnal.

En uno de los parpadeos de Adriana, el duoviro quedó exhausto, aunque no pleno en satisfacción. Recostado en el suelo de la estancia sobre las finas teselas de un coloreado mosaico, jadeó como un enfermo agónico.

Pricila, la esclava de mayor estatus, irrumpió con naturalidad en el dormitorio. De mediana edad, era la mujer a la que se confiaba el rendimiento de las demás esclavas. Una africana de piel sedosa, tan oscura como la noche, en cuyos carnosos labios podría quedar dormida la luna llena. Al contemplar a su amo en el suelo, escondió lo que realmente pensaba de él, pues lo veía y lo sentía como un rubicundo cerdo empapado en sudor.

Desvió la mirada buscando a su ama.

—*Domina*, han llegado los animales —dijo prudente.

—Excelente —contestó Albio en lugar de su esposa—. Que los metan dentro y esperen. Mientras tanto, que gocen de la hospitalidad de mi casa.

La esclava y su *domina* intercambiaron una mirada cómplice no exenta de intriga, y Adriana, que se disponía a seguirla, vio cómo la mano sudada de Albio la detenía sujetándola por un tobillo.

—La ceremonia será mañana al alba —aseveró—. Encárgate con Pricila de que todo salga perfecto. Los animales tienen que ser purificados. ¿Sabrás hacer bien la *lustratio*? Será algo excepcional.

—Sí, esposo. Nada quedará profano. Esta noche cantaré y danzaré alrededor de las bestias para que los dioses estén contentos.

—Me he asegurado de que no falte ningún animal. Hasta gallinas y perros sacrificaremos para que mi nieto sea un varón sano.

—El culto será largo. Pero no te preocupes, Cayo, yo voy a encargarme de todo.

—Te lo agradezco. No es tu sangre la que corre por las venas de mis hijas y te reconozco las atenciones que les dedicas. Sé que Belonia y Varinia no son fáciles. Han sufrido mucho la pérdida de su madre y creo que eso les ha trastocado de por vida. —La miró complacido—. Una cosa más antes de que te vayas.

Adriana le sonreía mientras sentía el fuerte apretón en su fino y delicado tobillo. Pero aguantó el dolor sin emitir queja alguna.

—No es lo mismo introducir mi verga en una esclava que dentro de ti. —Adriana le sostuvo la mirada con los ojos brillantes y cariñosos a la espera de que la soltase—. Solo quería que lo supieses. Ya puedes irte.

La soltó.

En la *taberna* de la *domus*, Salomón y Nevio consolaban a un Junio que estaba desolado.

—Era mi Lunero —repetía con pena.

Por supuesto, Cayo Albio, al que seguía Flaco Silano, tardó en aparecer. Cuando llegó, sin mediar palabra pagó una cantidad irrisoria a Salomón por la vasija de barro y a Junio lo miró como se miraban a las roedoras de cloaca.

—A ti no te debo nada —le dijo.

Luego desvió rápido el semblante recién afeitado en busca de la mirada de Nevio. Este, que esperaba la misma contestación desagradable, comenzó a ladear el cuerpo para marcharse.

—Espero que te quedes para la ceremonia —le asaltó el duoviro con una extraña sonrisa.

Nevio, que no se lo esperaba, estiró su enorme cuerpo encogido, pero al instante, acordándose de su familia, inclinó un poco su peluda y cobriza cabeza.

—¿Qué ocurre, legionario? ¿No aceptas mi invitación? Será mañana al alba. Podrás descansar y hacer noche aquí. En mi casa.

—Mi legado, con todo respeto, debo regresar con mi hijo. En casa esperan que volvamos en el día de hoy.

—Eso no será problema, el fenicio se encargará de avisar a los tuyos. Necesito que esta noche me acompañe alguien que sepa de mis hazañas en el norte. Será como enviar a Marte mensajes de lucha anticipados. El dios de la guerra nos escuchará y Baco bendecirá mi vino.

Nevio, viendo que no le quedaba más remedio que aceptar, porque rechazarlo sería un insulto, dedicó una expresión dura a su hijo.

—Facio, hijo mío, debes volver con Salomón y avisar a tu madre de que regresaré mañana al atardecer.

Albio agitó las manos como espantando moscas para que todos se marchasen, incluido Facio, que todavía se despedía de su padre. Mientras, Flaco Silano, con los brazos cruzados y el rostro severo, los observaba desde arriba, pues era casi igual de alto y corpulento que Nevio.

—Bien —dijo Albio frotándose las manos y mirando a Flaco—. Ya tenemos a uno de la VII con nosotros.

—¿No cuentas con Tito y Marcelo? —La voz acerada de Flaco le hizo revolverse.

—Esos dos han sido puestos por la mano débil de Nepos y aconsejados por el procurador Poncio Recio. Por sus ineptitudes, en lugar de acompañar a la legión se han quedado conmigo en Itálica. Este hombre… —Cimbreó el hombro de Nevio—. Este sí que es un auténtico legionario romano.

En aquel instante, algunos mauritanos que llegaron en el último cargamento que trajo consigo la legión VII pasaban entre cabezas gachas de esclavas y esclavos, y Nevio no pudo evitar acordarse de Aspellus. Él podría haber sido uno de ellos, estar en una de esas casas de ricachos acarreando cacharros y viandas para la ceremonia.

De pronto, como si emergieran de la nada, se fijó en los bustos blancos hieráticos que había en las *fauces* de la casa.

—Las hemos puesto para la visita del sacerdote mayor. Creo que te causan el mismo asco que a mí. ¿No es cierto, legionario Nevio?

A Nevio, que siempre asentía a todo lo que su antiguo legado le propusiese o le ordenase que hiciera, le salía como una respuesta espontánea. Y esa condición honesta y solariega algunos podían confundirla con debilidad; una vulnerabilidad camuflada por aquel enorme cuerpo instruido para fulminar a los enemigos de Roma.

Mientras tanto, Flaco Silano lo acechaba receloso.

En el atrio, que recibía los oblicuos rayos del sol, los sirvientes intentaban colgar en alto la redonda y nueva vasija de Salomón. También había esclavos portadores de ánforas, escribas que tomaban nota de los suministros y dos legionarios en conversación con el intendente de la casa, dando al lugar un aire de constante actividad. Nevio, que contemplaba la escena en silencio, sentía que aquella casa bulliciosa escondía más de lo que dejaba ver.

En aquel instante, cruzando el atrio, dos jóvenes patricias se les acercaron alegres.

—Ellas son mis hijas menores, Belonia y Varinia, que como puedes observar son mellizas. No hablan mucho, pero son inteligentes como lo era su madre Claudia. —Albio sintió orgullo de sus bellezas—. Tal vez te acuerdes de mi otra hija, la mayor, Flavia. Por su preñez estoy preparando toda esta locura. Ella sí habla, pero ahora estará descansando en su *cubiculum*. Luego te la presento.

—Él es el cabrero —dijo Flaco estirando la cara.

—Él es nuestro invitado —respondió raudo el duoviro para mitigar la posible ofensa.

Belonia, que achicó los ojos, y Varinia, que los abrió mucho, lo miraron de arriba abajo y de abajo arriba como si fuera un ser mitológico proveniente de un norte helado y de congelación extrema. Siendo casi iguales, desde la repentina muerte de su madre, que coincidió con su primera menstruación, sufrieron una transformación abrupta en su conducta. Todos suponían que sería por la edad y que se les pasaría pronto, pero los pensamientos perturbadores les fueron a más, pues no había día o noche que no fantaseasen con cosas eróticas, con sangre o con la muerte de algún ser cercano. Ambas, que terminaron por detener la mirada bajo el ombligo de Nevio, se imaginaron un inmenso falo en un bosque cubierto por una tupida pelambrera roja.

Situados casi en el epicentro del patio, junto al estanque con nenúfares, rodeados por un pórtico y apuntados por los tejados suavemente inclinados, Nevio, cercano al *tablinum*, se fijó en las figuras de los antepasados de Albio.

—¿Quieres verlos de cerca, legionario? Son mis padres y mis abuelos, y a ellos les debo todo cuanto poseo en Itálica.

—No sabía de tan larga estirpe, mi legado.

—Provengo de legados que sirvieron bien a Trajano y después a Adriano. Tú y yo servimos al bueno de Antonino Pío, y mi nieto, si los dioses lo quieren, servirá a Marco Aurelio y a Lucio Vero.

Cuando vio que el *pater familias* se alejaba con Nevio, Flaco se arrimó a los dos soldados que custodiaban la entrada. Eran Tito y Marcelo, aquellos con los que el procurador Poncio Recio recompensó, por su buen servicio a Roma, a Cayo Albio en calidad de escoltas de la VII para fortalecer la protección de su *domus*. La entrega de aquel generoso premio tuvo lugar en uno de los festines de Itálica, a lo que el general Lucio Valerio se negó argumentando que esos hombres eran fundamentales para él, de ahí que, solo por ese motivo y harto de vino, Cayo Albio los aceptase.

«Si eran tan esenciales para el legado, debían de ser muy buenos legionarios», pensó. Por otro lado, Flaco también tuvo algo que ver en el capricho del procurador y, aunque los encontró sombríos, no dijo nada en contra.

A eso del mediodía, sabiendo de la expectación, con los ojos del sacerdote y de su opulenta esposa fijos en ella, Adriana danzaba ferviente al son de sistros, panderetas y címbalos. Giraba en torno al buey de Junio y se introducía entre las cabras de Nevio, como una tela sedosa, arqueando los brazos y las piernas embadurnadas de rojo. Eran los instantes violentos, en los que la melena anillada se enfurecía con la percusión cincelando en el aire una poesía erótica,

los ademanes eran más tensos y la joven hispana, regocijándose entre las bestias, entregaba toda su pasión a los dioses.

El sacerdote estaba casado con Tulia, una patricia rica que no solía acudir a las fiestas de otros patricios por compromiso. Pero la familia de Cayo Albio era una excepción. Se trataba del duoviro de Itálica, el lugar que su esposo Gallo controlaba y vigilaba todo lo relacionado con la divinidad.

Tulia admiraba a la hembra danzante, y deseaba sudar y lamer los cuernos del buey con la misma lascivia con la que se empleaba Adriana. En aquel preciso momento, hubiera entregado todos sus denarios por ser como ella. Pero era consciente de que no lo ansiaba más que los dulces de leche que iba introduciendo en su boca de piñón.

«No es porque seas tan gruesa como un tonel de cerveza. Es porque no puedes realizarlo en público». Mientras danzaba, eso era lo que le decía con la mirada, apiadándose de ella.

Gallo, que casi triplicaba la edad de la bailarina, asentía con exudaciones ardientes y al tiempo tomaba de la mano a su querida esposa. Sabía que una furtiva erección era lo menos que podía sucederle ante aquella locura de mujer que, según decían, de alguna manera oculta, podía hablar con los dioses.

Cayo Albio no quiso que la ceremonia fuese pública. Aparte de la familia, la guardia de la *domus*, los esclavos y los sirvientes, el sacerdote con su esposa y el *magister* de sus hijas, como último y repentino invitado destacaba un cabrero que durante muchos años fue legionario bajo las órdenes directas del gobernador.

Tras la *invocatio*, la *adoratio* y el *sacrificium*, Cayo Albio, como *pater familias*, fue el primero en recibir la sangre sobre su cuerpo.

Inmerso en el rojo y con todas las miradas depositadas en su figura, llamó a las dos hijas menores y a su esposa, quien, exhausta tras la danza, miró a su alrededor.

Alto, rudo, con el pelo y la hirsuta barba taheña… ¿Quién era ese romano?

Mientras los esclavos recargaban de nuevo la vasija, Adriana, como si hubiera encontrado otro animal al que sacrificar, fijaba sus hechizantes ojos en el cabrero.

—Hay sangre para cubrirte entero, Gallo, ¡ja, ja, ja! —dijo Albio con irónica fanfarronada.

—Todo se está realizando correctamente, querido amigo. Flavia y el hijo que lleva en su vientre, ambos, serán bendecidos mañana al alba.

El atrio se cubrió de rojo, y mientras la sangre salpicaba a los esclavos, Nevio no podía apartar la mirada de aquellos hipnóticos ojos que lo observaban. Adriana parecía haber visto en él algo más que un simple invitado, y Flaco, siempre presente allí donde estuviera el duoviro, permanecía erguido y atento, arqueando una ceja con discreta suspicacia.

¡Qué extraño se le hacía ver a ese cabrero por la *domus* del gobernador de Itálica!

Horas más tarde, la noche festiva se inundaba de luz. Respetada por el céfiro y con la luna llena de testigo, pues sin ella al alba no se permitiría el rito ceremonial, en el atrio los hachones eran encendidos y los pebeteros comenzaban a desprender aromas de aceites florales en un ala y de incienso en el interior, convirtiendo el espacio en fragancia divina para los comensales.

De inmediato aparecieron las esclavas danzantes, y no faltó el vino. Mucho vino para Cayo Albio y el sacerdote Gallo, que sin importarles la abstinencia de Nevio le sacaban una conversación tras otra al ritmo de las viandas, que no cesaban de ser repuestas.

—Baila, Adriana —le pidió Cayo Albio con deseo—. No te he podido ver en la ofrenda.

Ella sonrió. Su travesura juvenil parecía no tener límites, y dando un lento rodeo a la mesa se situó frente a ella.

Nevio no había visto semejante danza en su vida, y durante aquel baile le pareció poco hombre aquel que, por derecho, debiera gozar de su cuerpo en exclusividad. No obstante, aquello solo fue la picadura de Venus: un momento infiel a su amada Silvia que acabó por molestarle. Él sería incapaz de yacer con otra mujer que no fuera Silvia. Pero… ¿Por qué lo miraba así? En ocasiones, y a lo largo de su correosa vida, mujeres y también hombres se sentían atraídos por su gran envergadura y su color de pelo, característico de los salvajes guerreros de la Galia, de los britanos y también de los nórdicos provenientes del frío.

Ensimismado con los movimientos de Adriana, le era imposible adivinar lo que había tras sus hechizantes ojos. Era como si su alborotada melena al viento actuase como un casco impenetrable que le impedía leer sus pensamientos. Sin embargo, aquella joven criatura que era pura provocación tenía un plan.

En la casa de Nevio, la cena fue extraña para Silvia y sus hijos, pues siempre era el padre quien cortaba y repartía el pan, salvo cuando viajaba por mercadería.

Frente al fuego del hogar, en la parte cubierta por el bajo techo de zarzo, de la robusta parhilera de pino colgaban carnes secadas a la intemperie. Estas, previamente preparadas y dispuestas por la madre, eran cortadas con suma facilidad por Facio, que hacía buen uso del cuchillo. Luego no había discusión por quién debía poner la mesa, ya que a Ania, después de servir el agua, le gustaba colocar los nuevos cuencos de barro que Mesalina, la hija de Salomón, les cambió por queso.

Facio se hallaba pletórico porque la familia de Mesalina había accedido a su petición de mano. El alfarero fue muy considerado en el camino de vuelta de Itálica al pedirle a Silvia, por favor, que acudieran a una comida para que su esposa Galla pudiera conocerlos mejor.

La emoción de Facio contagiaba a Ania, que se alegraba de que se casara con Mesalina. Apenas la conocía, pero había algo en ella que le parecía ideal para alguien tan apasionado como su hermano mayor. Las pocas veces que Ania había hablado con la joven, siempre iba sentada en la caja del carro del fenicio, junto a cerámicas hermosas y sonriendo. Ania pensaba que la profesión de alfarero era maravillosa, pues le fascinaba que se pudieran crear cuencos de colores, grandes vasijas y platos con grabados que jamás habían surgido en su imaginación.

—Hacéis buena pareja —le dijo Ania delante de la madre.

Y a Silvia, que lo miró como si de repente su hijo se hubiera convertido en un hombre, se le humedecieron los ojos.

Aspellus lo entendía todo. Había visto cómo Facio miraba a Mesalina, del mismo modo en que su aguerrido padre clavaba los ojos en su madre en las noches de baile allá en la Mauritania.

Además, a veces, en pequeños roces sentía que la amabilidad de Ania se podía considerar parecida.

—¿Practicarás esta noche conmigo, Aspellus? —preguntó Facio guiñándole un ojo.

—Hoy debéis iros a descansar pronto —dijo Silvia—. Sin vuestro padre aquí, mañana hay que hacer muchas cosas. Ania y Aspellus, los dos debéis ir a por agua, y tú, Facio, tienes que llenar el carro de leña.

Aspellus se apresuró. Estaba ansioso por volver a agarrar los pertrechos de la muerte y, desoyendo la orden de Silvia, fue a por los gladios y las lanzas de madera.

—Solo será un rato, madre. Llevo todo el día deseando zurrar a este pequeñajo. Padre me ha explicado una técnica con la que no podrá defenderse.

—Facio morir —dijo Aspellus con una sonrisa traviesa.

Todos rieron, incluida Silvia. Para ella, Aspellus, siendo un incansable trabajador, era un ejemplo para sus hijos. Todos querían a un niño que con solo mirar de reojo se hacía querer. Tal vez por eso nadie notó que aquella noche su expresión se tornaba más seria, ni que sus manos jugaban distraídamente con el cuchillo de cortar carne.

Aspellus quería hacer un juramento. Se había guardado el cuchillo, y tras intercambiar varios palazos se llevó a Facio tras la casa.

«Ven», le dijo con las manos.

—¿Qué quieres ahora, Aspellus? ¿No te gusta este escenario para caer de culo?

Asegurándose de que ni Silvia ni Ania lo veían, dijo:

—Tú, hermano.

—Sí, claro. Hermanos.

Aspellus sacó el cuchillo y le mostró la palma abierta.

—¿Qué haces? No lo hagas.

—Tú, mi hermano.

Se hizo un corte del que manó sangre y le tendió el cuchillo.

—¿Es esto lo que hacen en tu tribu de África? —El niño asintió—. Bien, Aspellus. De acuerdo.

Facio replicó el corte y se unieron las manos.

—Tú y yo ahora hermanos de sangre —dijo Aspellus. Y mientras se guardaba el cuchillo con calma, sintió que aquel juramento no se disolvería como la noche. Al contrario, la promesa se volvería carne en su pecho y se convertiría en un segundo corazón.

De repente, sus alocados ojos se fijaron en el líquido que chorreaba de su mano. La sangre le trajo los recuerdos de la guerra y su mente, que viajaba al pasado, se nubló.

«¿Quién eres, niño? —le decía la voz de su padre—. Apenas te reconozco como un mauro. ¡Mírate, hijo mío! ¡Camina! ¡Camina! Hay un largo camino hasta Hispania».

A su alrededor veía el campo de batalla. A los hermanos de armas caídos, cercenados, clavados en lanzas sobre el hollín de un terreno cualquiera de aquella maldita Bética. Y aunque miraba a Facio, este ya no estaba. En su lugar había un humo espeso y las voces de su pueblo preparándose para el choque de las tropas. Catapultas vomitando piedra y fuego. Caballos como monstruos pisoteando y relinchando con sus melenas al viento.

«Quédate junto a mí —le decía su padre, y se colgaba la coraza que casi le cubría el costado. Luego apoyaba su mano abierta,

morena y cálida, en la frente de él y se lo repetía—: Quédate junto a mí, ¿entendido, hijo?».

Sin saber cómo, se encontraba allí de nuevo. Pequeño, rodeado de los escoltas de su padre y con una lanza entre las manos. Nunca imaginó el fatídico final.

En lo alto, los estandartes del águila brillaban. El retumbar de los tambores y el clamor de las trompetas de guerra, que parecían rugidos de bestias de metal, marcaban el compás de las pisadas.

Los auxiliares ligeros, jóvenes armados con jabalinas y escudos pequeños, corrían delante, lanzando sus proyectiles como una lluvia anticipada que mordía el suelo y obligaba al enemigo a cubrirse. Tras ellos, en líneas más compactas, surgían los legionarios de la primera cohorte, con sus *scuta* grandes como muros y sus *pilum* preparados para deformar escudos y brazos antes de que las espadas hablaran. Eran casi de su edad, y sin embargo avanzaban como si cada uno llevara dentro a un viejo centurión.

Detrás aguardaban las cohortes intermedias, hombres curtidos, con corazas segmentadas y cascos bruñidos que devolvían el sol como espejos cegadores. Su disciplina era más dura que el hierro de sus armaduras, y cuando la primera línea flaqueaba, ellos entraban como un río de acero, silenciosos y mortales. Más al fondo, inmóviles como montañas, estaban los *veterani*, soldados de campañas lejanas. Con sus lanzas y escudos gastados por los años, esperaban el momento justo, porque sabían que la guerra se decidía con paciencia.

Y el niño mauro se fijaba en todo. Cada centuria avanzaba bajo la voz grave de sus *centuriones*, hombres de cicatrices antiguas, con varas de vid en las manos para corregir cualquier titubeo en las filas.

«¡Que tiemble Roma!», retumbaba en su cabeza sabiéndose perdedor.

Lo vivía como un horroroso sueño del que no podía librarse, pues aquel niño que no entendía de emperadores ni de senados, sí que entendía de peligro, de la postura que tenía un caballo tras romperse delante de sus narices y de cómo la voz imperiosa de su padre era capaz de doblar las rodillas de cualquier hombre que le saliera al paso. El niño, como la mayoría de los niños mauros, fue adiestrado para asesinar, y en aquel último adiós lo hizo más y más; porque romano que le daba la espalda, romano que sentía la punzada de su lanza o su espada, o el frío de su cuchillo en la garganta. Y cuando los tenía de frente, grandes y poderosos, casi imposibles de vencer, resistía hasta que acudiesen en su ayuda. Así, una mujer cualquiera de su tribu, otro niño hermano o su misma madre, veloz y certera, aparecía para salvarlo.

«¡Madre! ¡Mírame, madre!».

Tras el horror de la batalla, la huida por el río y las flechas que acabaron con la vida de sus padres en aquella barcaza, el niño tenía que regresar a la época de las victorias. Al resurgimiento de su nación oprimida. Y se veía con una antorcha en la mano sobre una cincuentena de cadáveres amontonados como leños. Todos de romanos.

Aminara asentía con firmeza y él prendía la llama ante las gentes de su pueblo.

«¿Quién eres, hijo?». Escuchaba la voz que lo confundía…

Al sentir la mano fría de Facio en su hombro, el niño despertó del sueño.

—¿Te ocurre algo, Aspellus?

«Sí —le respondió con el pensamiento—. Aunque te cueste creerlo, he matado a muchos de los tuyos. He sufrido, sufro y sufriré por los míos siempre. Pero calma, hermano, mis dioses os reservarán el mejor de los lugares porque habéis sido buenos conmigo».

VIII

Al alba

La celebración continuaba en el *triclinium*, y Albio, reclinado sobre el diván, no cejaba en su empeño por alabarse excesiva y presuntuosamente. Admiraba los escudos con el distintivo de la VII y los emplumados yelmos, así como la coraza y un gladio con empuñadura de marfil que colgaban del muro formando su vieja panoplia. Recordaba sus misiones en Hispania cuando estaba al mando de la legión y Emilio Nevio, como tantos otros legionarios, mataba bajo sus órdenes.

Nevio pensaba que no se podía quejar. Cayo Albio le reconocía sus méritos, y por eso se encontraba entre sus familiares. Ese hombre lo auxilió durante la epidemia, lo salvó de la ruina y de tener que vagar con Silvia buscando otra tierra, y en consecuencia otro amo a quien servir. Así, Nevio le sería leal hasta la muerte, si con ello Silvia y sus hijos podían mantener la vida que con tanto esfuerzo se había conseguido labrar.

—¡Un brindis por Emilio Nevio de Itálica! —Beodo, el duoviro levantó la copa—. Mi mejor y más leal legionario de cuantos existieron en la VII.

El sacerdote le prestó su jarra y de ese modo Nevio pudo alzarla.

—Es extraño ver a un legionario que no bebe —le dijo Gallo.

—Cambió de trabajo y formó una familia en Itálica. Una buena y sana familia romana. Pero que el olor a cabra no te confunda, sacerdote, Nevio aún puede destrozar enemigos con esas enormes manos callosas que tiene.

—Por supuesto que no me confunde, se le nota que atesora fuerza y disciplina.

—Disciplina que le enseñé yo.

Nevio bebió y Albio se lo agradeció.

—Hoy es diferente, amigo mío. Bebe esta noche conmigo y honra a los dioses.

Flaco se levantó e inclinó la cabeza en señal de retirada.

—Si me lo permitís, voy a orar un poco antes de acostarme.

Albio torció la boca y levantó la mano flácida dándole permiso.

—Mucho tendría que aprender Flaco de ti, amigo Nevio —dijo Gallo a sus espaldas con expresión altanera—. Le falta… ¿Cómo lo diría…? Humildad, eso es. Tu humildad para servir a un hombre tan generoso como Cayo Albio.

—¡Oh! Muchas gracias por el cumplido. Tú también eres magnífico —respondió Albio lanzándole besos con las manos.

—Lo digo en serio, Albio. —Gallo se giró hacia Nevio, que, relajado tras la marcha de Flaco, se acababa de tumbar en otro diván. Lo cierto era que la falta de costumbre hacía que el vino se le subiera rápidamente a la cabeza. El sacerdote añadió—: De no ser por las libertades que otorgas a la plebe, las ayudas a los patricios y al sacerdocio, Itálica sería un cuartel general con la infelicidad que eso conlleva.

—No soy tan magnánimo, Gallo. Exageras como siempre. Hay quienes piensan lo contrario que tú.

—¿Quién? —dejó caer Gallo con la barbilla en alto—. Roma te muestra su gratitud por la ausencia de problemas aquí.

—Es cierto. —Albio se carcajeó—. El procurador se marchó contento por el rendimiento de Hispalis y eso, amigo mío, eso me enorgullece como duoviro.

—¿Tú qué opinas como arrendatario, Nevio? —Gallo sonrió amistosamente.

Nevio miró a Cayo Albio.

—¡Vamos, Nevio, puedes sincerarte! —le dijo el duoviro rellenando su copa de nuevo.

—Albio sabe que no me quejo. Después…, bueno…, la verdad es que cuando viajo me cuentan y escucho de todo, y no me gustan las restricciones que tienen que soportar algunos agricultores y ganaderos de ciertas colonias vecinas.

—¿Ves? —Gallo golpeó el hombro de Nevio mientras dedicaba gestos entusiastas a Albio—. ¡Eres un ejemplo, amigo Cayo!

—El procurador me pidió más renta. Más de todo lo que se explota en esta tierra fértil del valle.

—¡Qué avaricia! —bramó Gallo—. ¿Qué le contestaste?

—La verdad es que no se explicó con claridad, no me dijo que las cifras fueran mediocres ahora que el imperio se ve forzado a aumentar sus limes. Pero yo se lo vi en los ojos. Sentí su resquemor por no poder exponer con números en Roma la deficiencia exigida.

—Conmigo… —dijo Gallo sacando papada como un pelícano—. Además de hablar de números, el procurador hizo hincapié en lo permisivo que eres con los cristianos.

—¿Permisivo? Es una falacia ruin y traicionera. Yo empleo las palabras de nuestro césar. Soy leal a mis dioses y nunca entenderé el martirio que se infligen. Tú me conoces, sabes que hago todo lo posible por mantenerlos a raya. Yo soy de esos que piensan que…

—Ya lo sé, amigo. Ya lo sé —lo interrumpió Gallo con una sonrisa complaciente—. Al parecer, el nuevo césar tiene opiniones distintas a las de su antecesor, Antonino Pío. Poncio Recio es hijo del consejero de Marco Aurelio, y está muy cerca de lo que piensa y hace nuestro emperador; por eso creo en las firmes palabras que me dedicó antes de su partida.

—Dime, Gallo, ¿qué fue?

—Pues dijo una cosa tan palpable como juiciosa. Dijo que ahora no era como antes. Que había guerras por varios flancos y que se necesitaba de mucho músculo para combatir a los bárbaros. Un músculo que al parecer escasea.

—¿Es que los está enviando al frente por el mero hecho de ser cristianos?

—Algo así. Aseguró que, por ser blandas, se anularán leyes anteriores.

—Tú sabes que yo colaboraré en lo que se me pida, ¿verdad? Considero que esa idea es una ilusión falsa y necia, pero si tengo que dejar vacía la zona baja de Itálica, lo haré con tal de servir a mi césar.

—Tranquilo, amigo Albio. Eres un buen dirigente. El procurador ya hace tiempo que se marchó, así que no debes preocuparte. En Itálica somos muchos los que te apoyamos en la gobernación, y mañana, por cómo eres y por cómo sirves a Roma, los dioses

bendecirán a esta noble familia romana. Ten por seguro que tu nieto nacerá sano y obtendrás la merecida descendencia.

Nevio callaba por sensatez y, aunque le hubiera gustado debatir ciertos asuntos relacionados con las rentas… ¿Cómo hacerlo si desde Roma instigaban para que se subieran los impuestos y se explotara a la plebe todavía más? Respecto a la religión, por él, que cada uno se buscara la muerte de la mejor manera posible.

En el *lararium* y de rodillas, Adriana realizaba su ofrenda con un suave canto a los dioses lares. Los dedos largos y huesudos de Flaco se introdujeron como rastrillos por los rizos negros de la *domina*.

—Te deseo esta noche —le susurró apretando con suavidad la curva de su cuero cabelludo.

Adriana volvió la cara para mirarle desde abajo.

—He hablado con los dioses. Al alba todo habrá acabado, mi amor.

Unas horas más tarde, medio tambaleándose, el duoviro atravesaba el jardín y recorría el corto pasillo hasta detenerse ante las cortinas moradas de su *tablinum*. Siendo el último en desear abandonar el vino, los demás, el sacerdote y, por supuesto, Nevio, a quien le había afectado bastante, ya roncaban en sus respectivos *cubicula* para invitados.

Albio estiró el cuello y dijo algo ininteligible a la luna llena antes de dar cuatro pasos y caer redondo sobre la cama. La luz de los candelabros de plata era mortecina y la solemne habitación se hallaba vacía. Estaba realmente borracho, pero todavía tenía

consciencia como para abrir un ojo tras escuchar unas pisadas. Pensó entonces que se trataba de Adriana y, girando el cuerpo entero, se puso boca arriba.

—Ven aquí —balbució con los ojos cerrados.

En cambio, no eran las ligeras sandalias de su esposa las que se aproximaban, sino las de Pricila, que lenta y silenciosa se introdujo, felina como una pantera, en su cámara.

La esclava, junto a las cortinas y entre dos estatuas, lo observaba. Permaneció un buen rato al acecho, esperando el completo cosido de sus pestañas, cuando el duoviro de repente se sobresaltó.

—¿Qué haces ahí, negra?

Al instante se abrieron las cortinas, dando paso a las figuras de Tito y Marcelo, los dos soldados impuestos por el procurador.

No hubo advertencia ni palabras, y el duoviro no tuvo tiempo de preguntar más. Fue una penetración glacial en el pecho, falta de aire y pérdida del equilibrio.

Un súbito recuerdo lo asaltó: «La hoja de un gladio clavada en un pulmón», se dijo. Solo era eso; una clavada, una sensación de frío y ningún dolor. Cayo Albio Umbro en sus tertulias siempre lo describió así, y, en efecto, así era. En el rostro de Tito se dibujó una mueca de asco en el momento de sacar el palmo de metal, y el duoviro, al intentar gritar, constató que no tenía voz.

Marcelo se le acercaba por el otro lado del lecho. Parecía que aquel crimen pactado debía ser ejecutado por aquellos dos umbrosos legionarios. Primero uno y después el otro.

«¿Qué hacéis? —quería decirles—. ¿Por qué, soldados? ¿Por qué lo hacéis? Soy yo, soy Cayo Albio, vuestro general». Y en su mente confusa, vociferaba: «¡Flaco! ¡Flaco!».

Interpuso su mano para detener la cuchilla de doble filo pero eso solo sirvió para enfurecer al más rudo de los dos guardias. Marcelo, de ojos demoniacos, no tenía pensado ensañarse con su tórax, pero lo hizo, y durante un silencio agónico convirtió aquel vil asesinato en una escabechina.

El caos estalló poco antes del alba. Las voces de alarma de las esclavas despertaron a los invitados. Julio, el *magister*, y el sacerdote Gallo salieron rápidos al atrio mientras que Flaco y la guardia, empuñando sus armas, se apresuraron hacia el interior del *tablinum*.

Un grito de ira proveniente de dentro retumbó en la *domus*, y Flaco salió con las manos, los pies y la túnica blanca manchados de sangre.

—¡¿Quién ha podido hacer esto?! —dijo lleno de cólera.

Adriana, que salió del *cubiculum* de Flavia, pues había dormido con ella, se hincó de rodillas. La tragedia envolvió a las tres hijas, que de inmediato comenzaron a llorar sin consuelo.

—¡¿Y el cabrero?! —preguntó Flaco Silano.

Tito y Marcelo irrumpieron en la habitación donde todavía dormía Nevio. El coloso, inconsciente, se encontraba boca abajo con la mano flácida apuntando al suelo: un gladio manchado de sangre había dejado un charco grana y unos hilillos como venas se deslizaban lentos por el mármol hacia la puerta.

—¡Ha sido él! ¡Ha sido el cabrero! —alzaba la voz Tito, que avisaba a los demás para que vieran la escena.

Nevio, que se fue incorporando, se sobresaltó cuando Flaco y los soldados se acercaron a él y le pusieron un gladio en la garganta. Le dolía la cabeza y se palpaba la nuca. Notó una raja por un golpe de

empuñadura y sangraba. También tenía la ropa ensangrentada, las piernas; hasta la boca y sus barbas cobrizas estaban manchadas de sangre.

Una cruz de cuerda colgaba de su cuello, reposando en su pecho.

—¡¿Qué es esto?! —dijo Flaco señalándola.

Entre los presentes, el sacerdote Gallo estiró el cuello y sus ojos recorrieron la escena sin dar crédito a lo que veía. Miraba sucesivamente hacia atrás y hacia delante, y mientras que por un lado veía a las hijas y a Adriana en el suelo gimiendo de dolor, por el otro veía a Nevio, alto, grande, ensangrentado, negando con la cabeza.

—¡Ha sido él! —dijo Tito.

—¡Ha matado al duoviro! —dijo Marcelo.

En ese momento Gallo pudo imaginarse el cuerpo destrozado de su amigo Albio en el lecho. El sacerdote apretó los dientes y los hizo rechinar.

—Matadlo —ordenó en voz baja.

Fue un susurro hiriente que solo escuchó Julio, que se hallaba a su vera.

El *magister* lo miró sorprendido.

—¡Matadlo! —gritó esta vez Gallo, enloquecido—. ¡Matadlo y arrasad con todo lo que lleve su apellido! ¡Matadlo!

Aquella mañana, Silvia rociaba de sal una carne deshuesada. Pensaba asarla en cuanto Emilio regresara de su periplo, después de que su imponente presencia honrara la mejor *domus* de Itálica. A solas, se atormentaba imaginándolo entre los brazos de alguna

joven esclava, de esas que se deslizaban como serpientes sobre los cuerpos, entregando placer infinito a los remilgados patricios, tan hábiles para dar órdenes y tan torpes en todo lo demás. Porque tener delante a un hombretón como su Nevio debía de ser para ellas como poseer a un toro salvaje, de los que corren bravíos por la sierra.

Silvia, a pesar de llegar extenuada a las noches, no había perdido su apetencia y lo deseaba con más o menos asiduidad. Pero esta vez lo miraría a los ojos, y como encontrase un atisbo de infidelidad, le cortaría las criadillas delante de sus hijos.

Lanzó un suspiro que nadie escuchó. Se encontraba rodeada de pellejos y vísceras de animal y los limpió de inmediato. Se lavó las manos, se escamondó la cara y se recogió el pelo. Luego, con el rostro recibiendo los rayos templados del sol, se sentó delante de la fachada principal de la casa para esperar pacientemente a su esposo.

Al rato, se pasó una mano por la frente. El sol se hallaba en alto y el aire arrastraba el olor de la tierra caliente. Desde la entrada podía ver a las gallinas picoteando junto al pozo, donde el cubo se balanceaba colgado de la soga, y más allá, los campos que se extendían en una ondulación de olivos viejos y de higueras. Cuando vio que unos jinetes se acercaban pisoteando el huerto, Silvia se humedeció los labios resecos y abandonó el asiento. «Solo los cretinos sin alma hacen ese destrozo con gusto. Solo los malnacidos», se dijo. Las cabras y las ovejas balaban. Y Magno ladraba.

Las robustas patas largas de los caballos se clavaron frente a la casa, y con sus pezuñas levantaron el reciente barrido de la entrada.

—¿Eres la esposa del cabrero Nevio?

—Sí, ¿es que le ha ocurrido algo?

Tras la pregunta, Silvia ya supo que aquellos dos no eran trigo limpio. Miró con inquietud hacia el camino, y temerosa pensó que sus hijos no tardarían en aparecer con el carro repleto de leña y el resto del ganado.

—¡Danos vino, mujer! ¡Nuestros gaznates están secos!

—No tengo vino que daros —contestó, y aferró el cuchillo con el que despellejaba a los animales.

Tito, con una sonrisa torcida, la observó de arriba abajo. Esperaba encontrar una mujer joven y lozana, pero, aunque Silvia tenía la madurez marcada en el rostro, no le desagradó. Se relamió los labios con la lengua áspera y avanzó dispuesto a tomar lo que quería sin más preámbulos.

El filo relampagueó un instante y un chorro de sangre caliente le tiñó la mano. Mientras Marcelo reía como un demonio, Tito lanzaba gruñidos de furia. Con un golpe seco desarmó a la mujer y a continuación le retorció la muñeca. Ella gritó de dolor y entonces el rostro de Tito se endureció.

Silvia forcejeó, arañó, mordió, pero nada pudo hacer cuando fue derribada con brutalidad. La brega se convirtió en gritos ahogados, golpes y choques contra los muebles, hasta que los tablones del suelo crujieron. Así, el agotamiento por las embestidas trajo el sometimiento, y Silvia dejó de resistirse.

Facio iba por delante, tirando de las riendas del carro. Llevaba agua y ramas para la leña. Más atrás, Aspellus y Ania se entretenían

jugueteando con las cabras. Todo ocurrió muy deprisa. Facio apenas tuvo tiempo de procesar lo que veía cuando un espeso humo negro emergió desde la parte trasera de la casa, justo donde se encontraban la cuadra y el establo. De pronto, un escalofrío recorrió su cuerpo al distinguir entre las volutas grises la figura de Magno, inmóvil, atravesado por una lanza.

—¡Madre! —Su voz desgarró el aire.

Sin pensar, corrió hacia la casa y, en cuanto cruzó el umbral, su aliento se cortó. Silvia yacía sobre la mesa, desparramada, con la piel salpicada de sombras y manchas de sangre. Y Facio se quedó petrificado. No pudo llorar, no pudo tocarla para saber si aún respiraba. Solo pudo abrir la boca en un grito mudo cuando sintió cómo una soga se ceñía con fuerza alrededor de su cuello.

Aspellus reaccionó al instante. Desde la distancia, al ver los dos caballos romanos y la lanza clavada en Magno, entendió lo que debía hacer. Sujetó a Ania con firmeza antes de que corriera hacia la casa. Ella lo miró, y tal vez fuera el miedo en sus ojos lo que la detuvo a su lado. El mismo miedo que sintió cuando las llamas devoraron el campamento de su pueblo junto al río Betis, pues eran las mismas lenguas de fuego con las que su padre, Ascalis, redujo a cenizas el palacio de Volubilis en Mauritania.

—Ania, esconder —susurró, apretando su mano.

Las llamas se alzaban entre humo negro y cenizas mientras devoraban la casa. Sin tiempo para explicaciones, pues intentar hablar solo retrasaría la huida, Aspellus decidió que el silencio sería su mejor aliado. Temía por Ania, así que la tomó de la mano y la arrastró cerro abajo siguiendo un sendero que se perdía entre pinos, eucaliptos y cipreses. Las voces de los fantasmas mauros le

advertían de que luchar no serviría de nada y de que tenían que huir. A cada paso, el sonido del fuego quedaba atrás, pero el peligro no desaparecía. Sabía que los perseguirían, como sucedió el día de la derrota final. «¡Corre, corre! ¡No te pares!», escuchaba a su madre Aminara en retirada. No podían detenerse, no aún. Al rato, cuando la espesura del bosque se cerró a su alrededor, la brisa nocturna trajo consigo el olor de la tierra mojada, pero también una advertencia: el suelo estaba cambiando y muy pronto la tierra firme se volvería pantanosa y traicionera. No, no era el mejor refugio, pero sí el único donde podían esconderse. Un lugar tan inhóspito que ni siquiera un chacal hambriento se atrevería a acecharlos allí.

—Aquí estar seguros, Ania. Confía en mí.

Aspellus, que dudó antes de atreverse a rozar sus hombros, la envolvió con sus brazos. Ania no dejaba de tiritar y al mauro le dolía su miedo. Deseaba decirle que todo iría bien; que su madre y Facio estarían bien, pero aquellas voces internas le obligaban a callarse. Algo muy malo les había sucedido y ya no tenía remedio.

Cuando Aspellus afianzó el escondrijo con ramas y pedruscos, buscó los ojos de Ania. Ella los tenía muy abiertos y fijos en un mochuelo apostado sobre un grueso brazo de árbol, como si aquel pájaro inmóvil la estuviera hipnotizando. El mauro agachó la cabeza con frustración. Empezaba a sentir la rabia contenida, y no, de ningún modo la retendría más tiempo dentro porque, de aguantarla un segundo más, se moriría allí mismo. Algo en su fuero interno le pedía ir a la casa, desclavar la lanza que atravesaba a Magno y buscar a quienes habían causado tanto daño. Entonces, como si lo hubiera adivinado, la suave voz de Ania resonó en mitad de la noche como un trueno.

—Cálmate, Aspellus —le dijo—. Por favor, no me dejes aquí sola. Quédate conmigo.

IX

Castigo

La tormenta azotaba la vieja colonia. Los truenos provocaron que las concurridas calles se quedaran vacías. El agua con sabor a arcilla empapaba el suelo, mojaba los tejados y las techumbres de tela, calando a los portadores de luz que, en vano, prendieron las antorchas de las fachadas. En las tabernas, el vino aguado todavía corría mientras los comerciantes recogían sus puestos en el *macellum*. Las matronas cerraban las ventanas de sus casas. Los baños, antes llenos de vapor y de murmullos, estaban en silencio. Las risas se habían desvanecido, y en la arena del anfiteatro, aún manchada por la sangre de los gladiadores, solo quedaba un charco rojizo que estaba disolviendo la lluvia que se arrastraba desde las gradas.

Frente al templo de Trajano, entre una de las *domus* más lujosas de Itálica y las termas mayores, un madero vertical mantenía encadenado al cabrero. La plaza central, a vista de cuervo, era un punto teñido con la sangre de un inocente que suplicaba clemencia para su familia. Emilio Nevio se hallaba de rodillas. Flaco le había rajado la cara con sus nudillos. Tenía el rostro destrozado y pedía agua.

Nadie tuvo piedad. Nadie pidió juicio alguno.

Esa noche, el último niño en vela imitó al padre.

—¡Puerco cabrero! —le dijo tras escupir en su cara desfigurada.

En Itálica, la mayoría de los ciudadanos, sobre todo patricios, lo despreciaron de ese modo. Otros, en cambio, lo patearon, o le lanzaron piedras y palos. Eran los rabiosos que no podían controlar su iracunda conducta ante los sacerdotes que los contemplaban desde las escalinatas del santuario. Algunos de ellos, sobre todo Gallo, aplaudían el gesto despectivo.

El portavoz de los dioses había perdido un amigo infalible, y la angustia lo carcomía por dentro. «¿Qué será ahora de Itálica? ¿Y de mí?», se preguntaba. Las palabras terminantes de Albio durante la celebración le dieron que pensar. «Aquel procurador…».

Nevio tenía que permanecer de rodillas con los brazos atrás, extendidos y tirantes. Con el pasar de las horas, con la cabeza abierta y el cansancio, su torso grande y pesado cedería como un ligero pergamino hacia delante pidiendo perdón ante el templo. «¿Preguntar? ¿Para qué? ¡Es culpable! ¡Culpable!». Esa fue la solemne sentencia, y a Nevio se le resquebrajó la lengua de tanto decir que no.

—¡No, no! ¡Yo jamás lo haría! ¡Tenéis que creerme!

—Confiesa y todo acabará rápido —había dicho Flaco mientras lo sujetaban entre cinco hombres en la casa de Albio.

—Hoy estarás al alcance de todos, pero mañana serás crucificado. Mañana tú, con tu cruz cristiana, estarás deseando morir —fue la condena de Gallo, que de un tirón le arrancó la cruz y la estampó contra el suelo ensangrentado.

El agua que caía del grisáceo cielo encharcaba la piedra jaspeada del suelo. También mojaba la vestimenta que fuera nueva y blanca en la casa de Albio, ahora sucia, roja, negruzca. Nevio abrió la boca. Un gemido desolador. La acrimonia de la lengua, que buscaba desenfrenada las gotas que resbalaban desde la frente hasta las barbas, reflejaba su perdición. ¡Estaba tan cansado! ¡Tan desangrado!

Así, Nevio veía tan borroso que incluso dudaba de si el colérico soldado seguía frente a él. Ya le había clavado la lanza cuatro veces en el costado. Una por cada intento que, estirando de las cadenas con todas sus fuerzas para soltarse del madero, había hecho sin resultado. Eso sucedió de mañana, cuando todavía atesoraba energías. Ahora, apenas podía mover los dedos de sus manos.

Pestañear le causaba dolor.

—La muerte me acecha —musitó después de lamer la tela de sus ropas empapadas—. ¡Dioses! ¡Yo os maldigo!

Una figura encapuchada se inclinó ante él. Los brillantes ojos de Silvia lo miraban. Los grandes y negros luceros melancólicos de su esposa lo contemplaban en la noche.

—Lo siento. Perdóname, Silvia —suplicó Nevio, dejando débil e inerte el cuello.

La mujer inclinada no era ella, la reconoció en cuanto pronunció su nombre.

—Emilio —dijo suavemente, y de pronto, tras un potente trueno, un centelleante relámpago le permitió ver su rostro mojado—. Despierta, Emilio Nevio. Despierta.

—Yo no maté a tu esposo —respondió Nevio con macilenta voz.

Al instante, sintió la liberación de las cadenas, y después los recios brazos de un corpulento esclavo que lo levantó del suelo.

Adriana mojó sus dedos índice y corazón en la sangre que brotaba de la cara de Nevio y se pintó la suya.

—Está malherido. ¿Crees que podrá caminar? —preguntó.

—*Domina*, lo mejor será sacarlo en el carro —contestó Pricila—. Mañana se le buscará en cada rincón de Itálica.

—Sea, pues.

—Yo no lo hice —insistió Nevio, a quien ya cubrían con mantas antes de introducirlo en el carro.

—Tienes que vivir. Así lo quieren los dioses. ¿No ves cómo braman? Es por ti, Nevio. Por ti. Solo por ti.

Mientras el carro se alejaba, ella quiso quedarse ahí, en pie, con los brazos abiertos bajo la doliente tormenta. Era como si deseara atraer toda aquella agua punzante con los dedos, y luego acoger cada uno de los furiosos rayos que entre nubes negras lanzaba el dios más fuerte. El dios Júpiter que todo lo podía.

En la oscura lejanía se podía escuchar la voz desesperada de Nevio.

—i¿Y mis hijos y mi esposa?! ¡Dime que aún viven! ¡Dime que aún siguen con vida! ¡Dímelo!

El carro traspasó sin incidentes las defensas de Itálica y, en mitad del campo, las tableadas ruedas quedaron atrapadas en un barrizal. Al apearse, el esclavo de Adriana miró a Nevio. La verdad era que sentía pena por cómo lo habían dejado. Según su ama, los dioses romanos lo protegían, pero él no creía que aquel trozo de carne

agujereado viviese para ver el siguiente amanecer. ¿Por qué empeñarse en salvarlo de las fauces de la muerte?

Según se decía, ese cautivo era cristiano. Lo habían cogido con la cruz colgando de su cuello y el arma asesina entre las manos.

—No me caen bien los cristianos —mintió el esclavo en cuanto lo subió al carro.

—No soy cristiano —balbució Nevio.

—¿Y debo creerte? ¿Por qué lo ocultas?

«Pobre moribundo, que asegura no creer en el Dios que yo, esclavo, sí creo, así como cientos de miles de esclavos también creen. Creemos en Jesús, hijo de Dios, y llevando su dogma salvaremos la tierra».

Pensó que lo mejor para él sería que se dejara llevar. Dejar de luchar y acabar ahí, en el carro, desangrado para, en cuestión de minutos, al alba, alcanzar la vida eterna. Pensó que el cielo acogería al cabrero igual que ya había acogido a su mujer cabrera y a sus hijos cabreros, porque cuando Tito y Marcelo regresaron a la *domus* de la ama, se enteró de que aquellos dos malnacidos habían cumplido con lo ordenado.

Empapado de agua, el esclavo recordó lo que escuchó y miró al cielo, pues había sido testigo de la maldad de los hombres.

—Un pedazo de tierra más sin dueño, tu encargo se ha cumplido —dijo Tito con la mirada sombría.

A su mejilla derecha le faltaba un trozo de carne y le habían arrancado el lóbulo de la oreja.

Flaco Silano rio malicioso por el sacrificio del soldado.

—Es un pedazo de tierra, tal y como prometió el legado Valerio. Si la queréis, es vuestra. No entraba en los planes, pero si vuestro

deseo es seguir aquí, os repito que es toda vuestra —dejó caer Flaco con una expresión de duoviro que imitaba a la del recién fallecido Cayo Albio.

—Es una buena tierra y me gustan sus higueras —respondió Marcelo—. Me gusta el sol de la Bética y también sus feroces mujeres.

Flaco, experimentado en el arte de la cura de amputaciones, examinó la mejilla de Tito y se carcajeó doblando la espalda. Luego, como si se le hubiera pasado la borrachera y le invadiese una resaca atroz, respondió:

—Sí que tuvo que ser feroz esa cabrera.

—Mucho —admitió Tito—. Demasiado. —Y ante los jocosos ojos de Marcelo, de entre el cinturón y el vientre sacó el trozo de carne ennegrecido que le faltaba a su cara—. ¿Crees que se podrá hacer algo con esto? —le preguntó a Flaco.

El esclavo dedicó a Nevio una mirada afligida. Ya había liberado la rueda izquierda, y la negra noche lo inquietaba. La tormenta no amainaba y las teas se apagaban con facilidad. Los ruidosos caballos tiraban como ciegas bestias a golpe de fusta y, por cómo giraba la rueda encastrada, todo hacía pensar que muy pronto saldrían de aquel embarrado. Eso lo distrajo. Y al final lo consiguió. Sin apenas aliento por el esfuerzo, intentó encender una antorcha sujeta al varal para ver si el hombre aún seguía con vida, pero la manta y el bulto ensangrentado en la caja ya no estaban.

—Dios mío, protégelo —dijo al cielo el esclavo.

Nevio se dolía de los costados, la cara, los brazos… La deformidad por los golpes de anillo de Flaco en su rostro lo dejó sin visión, pero aun sin ojos, en plena oscuridad y con todas las trabas que le interpusiera Jano, el cabrero, al igual que sus cabras, encontraría el camino de vuelta a sus tierras. El amanecer significaba la muerte; sin embargo quería morir en su tierra, en su casa. El desaliento y la impotencia todavía no le llegaban y, con la esperanza de verlos aún con vida, no dejaba de caminar.

Dejó de llover y, en un fugaz segundo, el viento arrastró las nubes para abrir el cielo. Un lobo aulló y la nívea luna le prestó su luz. Nevio se aclaró la vista con las manos y reconoció la silueta de algunos árboles. Tragó saliva. La boca entera la tenía reseca. Luego aguzó el olfato, y el tufo por la quema en un cerro frenó su marcha.

«Higueras —se dijo—. Es el olor de sus hojas». Tuvo un presentimiento: adivinó que se encontraba muy cerca y el instinto le empujó a darse prisa.

Malherido, quería arrancar a correr. ¡Cuántas veces él hizo similar abominación! Quemar poblados y someter al nativo. Sin embargo, el grito del sacerdote Gallo lo detuvo otra vez. Recordó su nervudo semblante ordenando arrasar con todo lo llevase su apellido y se quedó absorto bajo la luna.

Flaco le golpeaba, sentía el anillo en su pómulo; y Tito y Marcelo quemaban su casa con su mujer y sus hijos dentro. Eran crueles fogonazos que le recordaban al que fue en un pasado sin familia, siempre ebrio y cegado de ira. Así que Nevio, bendecido por los dioses y maldecido por Roma, trémulo ante la mancha oscura de los restos quemados, soltó un grito desgarrador. Uno tan profundo y doloroso que hasta los pájaros que anidaban en las higueras

emprendieron el vuelo. Y con el viento, todo quedó en calma. Un viento que todavía levantaba un humo tan espeso como la sangre que le brotaba de los costados.

Al fin alcanzó lo que quedaba de su casa y, junto a un pilar a medio consumir, se arrodilló sobre lo que parecían ser huesos. El pulso se le detuvo con el arrebato y al instante se echó a llorar. Un llanto amargo y frágil como un susurro. Un hipo entrecortado que lo mantuvo derrotado, abatido, sujeto a un hilo de vida hasta que cayó sobre esas cenizas de amargura. «¿Muerto?». Él creyó que ya se encontraba en los Campos Elíseos junto a Silvia.

El azul se mezclaba con el negro, y en minutos amanecería. Las rapaces y las rapiñas del cielo aterrizaban sobre Magno, picoteando su cuerpo, comiéndose sus ojos. Nevio, confiando en que se llevaría por delante al menos a cuatro o cinco de esos indeseables asesinos, había decidido esperarlos entre los restos calcinados. Con suerte, Flaco, Tito y Marcelo estarían entre ellos, y ni Marte podría frenar los letales cortes de su gladio.

Su arma afilada y caliente fue lo único útil que encontró entre los escombros de su hogar. El metal no se destruía como la carne; como los sentimientos, las ideas y las bellas y buenas personas. El metal no perecía, no se volvía polvo como la carne de su carne. Como su familia entera.

Nevio buscaba calaveras y no las encontraba. Descorazonado y febril a causa de sus heridas y la pérdida de sangre, sentía la benigna mano de Silvia acariciándole la barba. Era el aire blanco lechoso de la mañana que le avisaba de que alguien se acercaba. Los descarados cuervos agitaban las alas y graznaban quejosos; en cambio, no alertaban de una amenaza, pues no dejaban de picotear

con fruición sobre el bueno de Magno, del que apenas quedaba el hocico.

De repente, alzaron el vuelo y el cabrero se hizo grande en mitad de aquel cementerio. Rodeado del negro hollín de sus muertos, empuñó el metal. Lo apretó con fuerza. Lo atenazó porque nada había en el mundo que le diese mayor satisfacción que encontrarse frente a uno de aquellos endemoniados asesinos.

Unas sombras, que parecían brazos y terminaban en pequeñas manos, se iban aproximando con temor.

En ese momento ya no estaba junto a Silvia. Y tuvo que frotarse los ojos porque no sabía si era un sueño.

—¡Padre! ¿Eres tú?

Nevio se hallaba tan desfigurado y sucio que únicamente su envergadura ofrecía señales de ser quien Ania deseaba que fuese.

—Por los dioses —masculló—. ¿Hija? ¿Ania? —Sus vidriosos ojos se cerraron de golpe, pero con igual o más fuerza se abrieron con rapidez—. ¿Aspellus? ¿De verdad sois vosotros?

El sol parpadeaba derramando su luz dorada sobre ellos, y Nevio, en un segundo, volvió a la vida de nuevo.

La cabalgada hasta las tierras expropiadas a Emilio Nevio no se hizo esperar. Al menos quince jinetes comandados por Tito y Marcelo peinaron durante todo el día el terreno para llevar al cabrero de vuelta ante el sacerdote Gallo. Hombres y mujeres a pie, plebeyos y esclavos con armas y perros, sondearon la tierra circundante hasta Hispalis, por si había decidido esconderse en las orillas del valle del río Betis.

Flaco rumiaba y Gallo estaba furioso. La cruz preparada en la plaza frente a las escalinatas del templo de Trajano no se levantaría por el momento.

—¡Solo por el momento! —prorrumpió Gallo, que viéndose de repente como la máxima autoridad exigía soberana justicia.

—El guarro está malherido —dijo Flaco—. No podrá ir muy lejos. Puede que incluso muera antes de que lo veas crucificado.

—Incluso así, muerto, como se espera que esté, lo crucificaré para que todos lo vean.

Flaco lo miró de soslayo y levantó una ceja para hacerlo desembuchar.

—Ya he informado a Corduba y pronto sabremos quién sucederá a Albio —dijo Gallo.

—Por ley tendría que ser alguien de aquí.

—Una ley tan absurda como antigua —respondió raudo el sacerdote.

—Esperemos que sea tan querido como lo fue Cayo Albio Umbro. Todavía no ha caído el sol y ya le echo en falta.

Flaco rara vez sonreía, todo lo más era una mueca despectiva, sombría e irascible que dirigía a quien la tuviese que recibir. El cabello áspero, los nervudos brazos y las chupadas mejillas le daban una apariencia servil, pero al tiempo austera.

Ni él se creía que Adriana pudiera amarlo como decía. Pero tampoco se imaginaba la retorcida trama que finamente se había tejido a su alrededor. De todos modos, los próximos días, sin Albio presente, sería el amo y señor de la *domus* junto Adriana.

Ella limpiaría sus pies y se los besaría. La gozaría. La poseería como siempre soñó hacer, sintiéndola como su ferviente esposa.

Porque ahora ella, diosa fértil de la Bética, contonearía su fascinante cuerpo únicamente para él; bailaría para él como bailaba para Albio y todos los dioses.

Así, quien fuera plebeyo, la preñaría con su amor para al fin otorgarle el privilegio de hacerla madre, y luego se desposaría con ella. Sacrificaría cien toros y a ojos de Roma sería un patricio con linaje y propiedades, y no el eterno esbirro que ofrecía consejos.

«¿Quién conoce Itálica como yo?», se preguntaba. Entonces se acordó de Lucio Valerio y sintió asco, aquel engreído pronto regresaría. Esa era la ley. Eso era lo firmado, porque el legado era el hijo pródigo de Itálica.

De pronto, una tensión descontrolada se apoderó de él. A Flaco le entraron unos celos terribles. «¿Cómo actuar ante él? ¿Debería ir en su contra?». Lo juicioso era concienciarse y pensar que el legado pondría las miras en otra mujer. Tal vez, la aguijonease por puro capricho y muy probablemente lograse yacer con ella. Aquel pensamiento lo atormentaba; sin embargo, se recompuso al pensar que Lucio Valerio disfrutaría de su cuerpo durante un tiempo, hasta quedar hastiado. Hasta que un nuevo y fulgurante aroma la sustituyera por otra.

Flaco lo había visto en sus ojos de soldado. Sí, se repitió, Lucio Valerio sería incapaz de desposarse con una mujer tan complicada como Adriana. Debía convencerse de que todo sucedería según sus elucubraciones, porque lo sensato era procurar que el nuevo duoviro lo tuviera en alta estima, y juntos, al igual que consiguió hacer con Cayo Albio, y sin que él lo sospechase, gobernarían la colonia.

—¡Flaco! —escuchó que lo llamaba Flavia.

—¡Flaco! ¿Es que estás sordo?

Las voces al unísono de las tres hijas de Cayo Albio: Flavia, Belonia y Varinia, le recordaron quién era.

—Voy —dijo destensando su estrecha mandíbula.

La piel no era de acero, no estaba hecha del metal golpeado por el yunque en las fraguas ardientes de Vulcano. Y Nevio se desangraba lentamente por los pinchazos de lanza en el costado. El soldado que lo vigilaba hizo bien su trabajo. Mermó sus fuerzas para que no arrancase de cuajo el madero al que estaba encadenado. Lo privó de agua y permitió que lo golpeasen, lo insultasen, y que toda la ciudadanía romana le escupiese en la cara.

Nevio y los niños cruzaban por el lado vadeable del río. En aquella irremediable huida había sido todo pundonor, pero ahora se tambaleaba y la luna llena reflejada en el agua lo cegaba y lo adormecía. Desde la lejanía, les llegaban los ladridos de los perros, y los gritos enardecidos de la barahúnda plebeya que, de no producirse un milagro, los alcanzaría en cuestión de minutos.

Resignado a morir en aquella limpia orilla, sin poder más que arrastrarse por ella ante las tristes miradas de los niños, se apoyó en un tocón crecido de eucalipto. Cerró los ojos sin aliento. Respiraba con dificultad.

—No te dejaremos, padre —dijo Ania con lágrimas en los ojos.

—Marchaos. Seguid el curso del río hasta que encontréis refugio. Yo los frenaré.

—Nevio solo está cansado —respondió Aspellus.

El niño le tiró de la mano para que se pusiera en pie. Con su mirada salvaje le decía que, de no proseguir la marcha, se quedarían

con él y lucharían.

—Eres un insensato. Llévatela contigo antes de que nos den caza.

Ania hizo un cuenco con sus pequeñas manos y le dio de beber. Luego acarició su cara rasgada, sus barbas cobrizas, y le besó la frente. Fue entonces cuando la voz de Silvia le susurró al oído y sus ojos marrones se abrieron sorprendidos.

«¡Ahenobarbus! ¡Ahenobarbus!».

¿Era posible que los dioses continuaran enviándole señales? Esa era la voz que escuchaba cuando estaba en la legión lejos de ella. La misma voz que lo mantuvo con vida hasta su regreso, con el propósito de regenerarse, redimirse y formar un hogar.

No, no moriría desangrado en aquel lodazal. Si se quedaba allí, lo mataría la locura. De repente le vino la imagen de Adriana embadurnada con su sangre en mitad de la tempestad: «Tienes que vivir. Así lo quieren los dioses. ¿No ves cómo braman? Es por ti, Nevio. Por ti. Solo por ti».

Ania retrocedió cuando su padre, no sin esfuerzo, se apoyó en el gladio y en el valiente Aspellus para levantar su pesado cuerpo.

—¡Vamos!

Cojeando, sus sandalias de cabrero arrastraron piedras rasantes y, viendo que avanzaba solo, se detuvo.

—He dicho que vamos. ¡Es que no me habéis oído!

Nevio no estaba dispuesto a caer en manos de una endemoniada plebe. Intentaría hacer todo lo posible por salvar a los niños. Porque su esposa le decía en susurros que todavía no había llegado la hora de reencontrarse, porque como un eco lo guiaba lento y pesado por la orilla sintiendo el frío lodo entre los dedos de los pies.

En la junquera, un tronco de encina con una gruesa corteza sirvió para que se echasen al agua.

—¡Flota, padre! ¡El madero flota!

Nevio, a pesar de que sujetaba a su hija con una mano e impulsaba el tronco con la otra, la miró. Luego arrugó la frente y las cejas que enmarcaban sus apagados ojos para finalmente sonreírle y asentir, como si ya no se desangrase o no le doliesen las heridas. Como si ya no se hallase al borde de la muerte.

Unas horas después, una arcada de barro lo despertó. El tronco encallado entre rocas y su cuerpo hundido se confundían en la abrupta orilla del río. El ancho cuello de Nevio crujió. Lento, debilitado y con la visión borrosa buscó a los niños. «¿Es de día o de noche?», se preguntaba. No tenía frío. Tampoco calor. No veía ni escuchaba nada, solamente sentía el pastoso y amargo sabor del lodo en su lengua.

Unas manos pequeñas le giraron la testa greñuda.

—Es él —dijo un hombre con voz grave.

Sin fuerzas más que para escupir el barro, notó que deslizaban su pesado cuerpo hasta sacarlo del agua. Un líquido caliente chorreó de sus orejas.

—Tranquila, Ania. No llores. Lo vendaremos aquí mismo.

Aquellas fueron las últimas palabras que Nevio escuchó antes de desvanecerse de nuevo. Y la voz que luego intentó recordar cuando se despertó en un jergón de paja.

Nevio, aunque sabía de aquellas tierras y de su dueño, nunca había llegado hasta esa parte del río. Era un extenso valle entre cerros no muy altos, donde el verde indeciso se entremezclaba con la amarillez de las malas hierbas.

Los antiguos olivos lo cubrían todo. Las aceitunas negras caídas, y las cetrinas o las glaucas desparramadas en las ramas, eran el fiel reflejo de la exuberancia cultivada, llevando hasta la nariz restituida de Nevio los efluvios del aceite.

La casa romana era grande y tenía arcos sucesivos que mantenían los *cubicula* en sombra. Se escuchaban los pájaros; gorriones y pequeños verderones revoloteaban sobre los tejados. Algunos, más impertinentes, se adentraban confiados, y otros, como los vencejos de pico corto, se lanzaban atravesando las *fauces* como si de jabalinas olímpicas se tratasen. Reinaba la tranquilidad y se apreciaba en la actitud de los esclavos y los libertos que la habitaban. Un pozo en el *atrium* y una buena alberca en el jardín regaban con agua dulce los vergeles de aquella impresionante villa.

Cuatro caballos de raza y el hombre al cuidado de la finca entraron en el establo. Nevio, con Ania sobre su regazo, hizo ademán de incorporarse.

—No te levantes, no hace falta. Hoy tienes mejor aspecto —dijo con una franca sonrisa. Después, y de manera teatral, hizo una morisqueta para sacarle a Ania una risotada alegre.

—Me encuentro mucho mejor. Gracias otra vez, Crispino.

—Y otra vez te digo que no hay de qué. Todos los mercaderes te debemos como mínimo esto. Por cierto, Aspellus no habla, pero no veas cómo mueve la boca para comer. Ha desayunado cuatro huevos y la sobra del guiso que dejaste esta mañana.

—Padre, tienes que comer. Tienes que ponerte fuerte.

—Poco a poco, Ania. Tu padre tiene reservas en ese ancho y largo cuerpo que los dioses…

—Por favor, Crispino, no menciones a los dioses, pues quiero olvidarlos —dijo Nevio con la faz enlutada.

—Lo siento. De veras que siento mucho todo cuanto os ha sucedido. Quienes te conocemos, sabemos que eres incapaz de cometer tamaña locura.

—Me tendieron una trampa y lo pagarán caro.

Nevio realizó un movimiento brusco y los puntos de su costado y su cara protestaron. También se quejaron los moratones repartidos por todo su cuerpo.

—Tranquilo, Nevio. Eso será cuando te repongas de las heridas; mientras tanto, a comer y a dormir como un niño de teta.

Crispino pensó que tal vez sería un buen momento para hablarle del auténtico Dios. El único y verdadero Dios sobre la tierra y que habitaba en los cielos. Lo miró de reojo, pero al percibir su cansancio decidió con una sonrisa que era preferible esperar a que tuviera hambre y mejor humor.

Crispino era un hombre afable, con una teatralidad cómica y aventurera que a menudo rozaba lo bufonesco, aunque podía volverse pendenciero en un visto y no visto. Era el encargado de cuidar la villa del general de la legión XIV, que en esos momentos se encontraba en Mogontiacum, en la Germania Superior, y su lealtad hacia él era inquebrantable. El legado no tenía familia que pudiera heredar la villa, por lo que Crispino solía tener el control, salvo en las raras ocasiones en que el gestor lo visitaba.

En los días previos, dos jinetes llegados de Itálica pretendieron meterle el miedo en el cuerpo. Dijeron que habían encontrado huellas en un claro de la orilla que enfilaba hasta la villa. Que se apreciaba sangre y ruedas de carro. La pregunta de si sabía algo sobre un cabrero malherido que se hacía llamar Emilio Nevio obtuvo una respuesta concisa y rotunda.

—No —les dijo.

Ahí fue donde sacó ese lado pendenciero que no dejaba de sorprender a quien poco o nada le conocía. Posiblemente, por su nobleza de carácter, quiso proteger por encima de todo a aquel cabrero, *pater familias* de una familia destruida.

La verdad era que a Crispino y a Cornelia todo aquello les resultaba difícil, y ver en Ania el rostro de su madre les rompía el corazón.

Durante ese tiempo incierto, Ania lloraba en silencio. No lo mostraba ante su padre o Aspellus, pero el niño mauro la observaba, y sabía que su pena tarde o temprano estallaría en rabia.

El día que Nevio se vio con ánimos para comer un muslo de pollo, Ania salió de las cuadras ensimismada. Parecía sosegada, pero no dejaba de pensar en su hermano y su madre. Los olivos cercanos con raíces emergentes la llamaron y ella se sentó en la base carnosa de uno de ellos a la espera de un atardecer que estaba al caer.

La primavera esparcía su aroma. El sol, que bajaba rápido, entibiaba el aire, y un caballo mediano de orejas picudas trotó en forma de sombra alargada hacia ella. El jinete lo sofrenó.

—¿Aspellus? —preguntó Ania situando el brazo a modo de visera para que el sol no la cegase.

Para Aspellus, sacarle una sonrisa valía la vida en aquel instante de pena, y su mano le tendió una flor. Era pequeña, silvestre y roja, muy común en los vastos campos béticos, y sabiendo que a Ania le gustaba su aroma la estuvo buscando con persistencia. La niña se la llevó a la nariz para olerla y le sonrió con candidez.

A veces, en momentos de aquella magnitud, el niño de tez bronceada podía sentir que sus pensamientos se cruzaban con los de Ania. Sobre todo eran los de tristeza y amargura los que conectaban fácilmente, dejando claro que el que se guardaba dentro le sería muy complicado de expresar.

Aminara, su madre, le había contado que la naturaleza era inmensamente generosa y que en ella cabían todos los sentimientos de la humanidad. «La naturaleza es sabia y dadivosa y acepta todas las alegrías y todas las desgracias de los hombres». Eso le dijo, y como siempre le había funcionado, quería mostrárselo.

Aspellus descabalgó, tomó de la mano a Ania y fueron a sentarse a campo abierto para que contemplara el horizonte. Los pliegues suaves del terreno y la vegetación se hacían una sola línea misteriosa a lo lejos, y juntos, sin prisas, despidieron a un desgastado sol naranja que parecía querer dar paso a la noche.

—Mira —dijo Aspellus—. La luna corta el manto de estrellas. ¿No es hermoso?

En aquel instante, sin poder hablar, sintiéndose parte de la naturaleza, Ania al fin desahogó su pena con un profundo llanto sobre el hombro de Aspellus.

Pasaron algunos días más y Nevio seguía debatiéndose entre huir o luchar. Absorto en sus pensamientos, sopesó las opciones. Una era seguir escondido de por vida, buscar un refugio en las montañas y empezar de cero. Cazar algunos caballos y después venderlos. Robaría y mataría si fuera necesario para mantener a los suyos, pero aquello suponía un riesgo que, por el momento, no estaba dispuesto a correr.

Crispino le había hablado de cambiar de provincia. Podría ir al norte, donde su cabeza no tendría el valor estipulado por la gobernación de la Bética. Posiblemente, por su aspecto pasaría desapercibido en la Gallaecia con suma facilidad.

Nevio conocía a los pueblos astures. Había convivido con ellos durante sus más de veinte años de legionario y no le sería complicado retomar sus costumbres. Fue una etapa que duró desde los veinte hasta los cuarenta y cinco años, cuando se licenció y regresó a la Bética; y al año Silvia tuvo a su primer hijo, Facio. Aquellos doce meses pasaron rapidísimo y Nevio ahora no podía creer lo que le estaba sucediendo.

Su mundo, construido con toda pasión, había quedado hecho cenizas.

Otra opción, quizá menos arriesgada, era viajar al sur. A África, donde no conocía las tradiciones, pero seguro que allí no sabrían ni remotamente quién era. Sus facciones, su pelo y su envergadura ni siquiera eran las de un hispano común. No intuirían su pasado, ni por supuesto el presente tan pesaroso con el que cargaba. Además, el pequeño Aspellus procedía de allí. Eso inclinaba la balanza.

Nevio salió a dar un paseo por los alrededores de la villa. Necesitaba despejar la mente, pero cada rincón le recordaba la vida

que había perdido. Las calles de tierra, las casas de adobe, incluso el murmullo lejano de los labriegos le traían imágenes de su esposa y su hijo, risueños, despreocupados, como si aún estuvieran allí. El pozo, los perros, las higueras, todo le recordaba a ellos. Entre olivos, pensaba y se desesperaba. Durante aquel mes en la villa, imaginó todas las formas posibles de vengar la muerte de su familia. Aunque seguía convaleciente de sus heridas, se sentía con fuerzas para enfrentarse a sus enemigos, por poderosos que fueran. Pero también se sentía impotente.

Al llegar a la casa, se detuvo en el *atrium*. Observó cómo, sin prisas, un esclavo con la cruz cristiana colgada del cuello llenaba su ánfora antes de perderse por el corredor que conducía a la *culina*. Con el calor pegajoso del paseo, se sentó en el borde de la alberca y el agua transparente reflejó su rostro. Apenas se reconocía. Se lo iba tocando con las yemas de los dedos y asentía por cada uno de los cortes provocados por la mano anillada de Flaco. Cada amenaza, cada golpe, cada insulto eran fogonazos que lo soliviantaban. Crispado, se estiró la tupida melena hacia atrás, y se dio cuenta de que donde hubo mechones de cobre oscuro ahora había blanco con reflejos de amarillo. Nevio sintió que había envejecido de repente. Sus años y el martirio habían arrugado su carne y blanqueado su guedeja sin previo aviso.

En ese momento, escuchó los pasos de Crispino y Cornelia acercándose. Para su sorpresa, al igual que el esclavo, también llevaban la cruz cristiana colgando de sus cuellos. «¿Es un descuido o con ese gesto pretenden hacerme saber que son cristianos?», se preguntó. Muchos lo ocultaban por miedo, pero a Nevio, en lo que

creyese una persona, mientras fuese respetuosa, le era del todo indiferente.

—Hemos recibido noticias del gestor —dijo Cornelia.

—Creemos que si os quedáis en las chozas de los trabajadores libertos pasaréis desapercibidos —añadió Crispino.

—Nos marcharemos —respondió Nevio, raudo y decidido.

—Contábamos con que os quedaseis hasta que tus heridas se hayan curado del todo. ¿Dónde iréis?

—A África.

—Es arriesgado, Nevio. Espera al menos a que mejore el tiempo.

—Nunca habrá mejor tiempo que el de ahora. Las lluvias han cesado y el viento no embravecerá la mar cuando crucemos el estrecho.

Cornelia apretó los labios. Siendo un matrimonio maduro y sin hijos, era lógico que la mujer se hubiese encariñado con su dulce Ania y el valiente y decidido Aspellus.

En la cena, Nevio aseguró que había llegado la hora de emprender un largo viaje para escapar de las garras de los intrigantes de aquella condena. El destino era África, pues si allí también dictaban las leyes romanas, al menos sería difícil que reconocieran su procedencia.

—¿Y qué plan tienes, Nevio?

—No hay más plan que el de huir y que la suerte esté con nosotros.

Tan solo un mes atrás, Nevio hubiera rezado a los dioses, a Jano o a Júpiter, y sacrificado a una de sus cabras más preciadas; pero ahora, desafiante, escupía en el suelo y agriaba el semblante cuando miraba al cielo.

Crispino y Cornelia sacaron las cruces que ocultaban en su pecho.

—Eres un buen hombre, Emilio —habló Cornelia—. Creemos que podrías escuchar lo que dice nuestro Dios. Un amigo profeta difunde su palabra con una pulcritud y un esmero que…

Nevio no deseaba ofenderla, pero arrugó la frente y cimbreó la cabeza negando.

A lo largo de sus infinitas marchas por Hispania con la VII, había visto a muchos así. Una fe obstinada que, a pesar de no estar bien vista e incluso de ser perseguida por la mayoría de los sacerdotes y los patricios leales a sus dioses de siempre, raro era no encontrar en una de cada diez casas romanas. Nevio pensaba que aquella idea se había extendido con argumentos convincentes solo para los débiles. Pero ¿qué tenía aquel Dios para que, aun siendo castigados, todavía permanecieran en pie?

«¿Acaso esta idea hace fuertes a los débiles?».

Nevio había presenciado un castigo atroz a una familia cristiana. Una imagen que quedó grababa en su memoria, entre tantas heridas del pasado que no llegarían a cicatrizar. Fue en Saguntum, y aquel día no iba borracho.

—No niegues tan aprisa —dijo Crispino—. Al menos considera la propuesta. No pierdes nada por escuchar a quien nos habla de amor y de la paz entre los hombres.

Nevio, que ya se había visto en algunas situaciones parecidas, volvió a negar.

—No es lo mío, dejadlo.

—¿Qué no es lo tuyo, Nevio? Tú has renegado de los dioses romanos y te hará falta creer en un Dios. Él todo lo ve, y con su bondad vencerá a cuantos dioses quieran ponerse por delante.

—No comparto muchas cosas. Dejadlo, por favor.

—¿No crees que haciendo el bien serás igualmente correspondido? Has sufrido mucho y necesitas paz. Quédate con nosotros, amigo Nevio.

Nevio miró a Ania como si lo que iba a decir fuera una lección para ella.

—No, Crispino. No, Cornelia —respondió—. Respeto vuestra fe, pero no creo en eso de poner la otra mejilla. Hay muchos dioses y encontraré uno que satisfaga mis sentimientos.

Ania, que entendía a su padre, asintió. Luego le sonrió y le acercó un pedazo de cabrito asado. Y también el cuchillo.

X

Velo

En lo alto del cielo algodonoso, el sol brillaba con intensidad y caía sobre el rostro de Adriana. Se cubrió con una ligera túnica roja y dejó atrás a un exhausto Flaco, que no se movería del lecho hasta que el deseo despertara de nuevo en su sexo.

Al pasar junto a las *imagines maiorum* y al mosaico de sus antepasados, se detuvo ante una biga con dos caballos blancos, cuyo auriga era su orgulloso padre que iba a desposarse con su madre en la *domus* donde creció. Se miró las manos y después acarició las máscaras.

—Mis padres —dijo como si hubieran pasado siglos y el tacto de la cera conservase algo de su piel.

Embelesada por el momento, giró el semblante y, en el más completo de los silencios, contempló a Flaco dormido; con la boca abierta, suspendido en sueños imposibles. En un instante de extrañeza, no supo qué lugar darle en su vida, ni siquiera si habría uno para él. Entonces se acercó despacio, casi sin hacer ruido, y se sentó a su lado en el lecho. El cuerpo tibio parecía invitarla al contacto, al consuelo. Quiso acariciarle la mano, rozó apenas su piel,

pero se contuvo. Permaneció así unos segundos, inmóvil, con la duda latiéndole en los dedos.

«¿Qué haremos contigo, Flaco?», pensó.

La hija de Décimo Marcio fue la niña más codiciada y admirada de Itálica. Y ahora lo seguía siendo a un nivel todavía más deseable porque muchos devotos creían que ella podía atraer y escuchar las indelebles voces de los dioses. Un don al alcance de muy pocos, según el sacerdote Gallo.

De padre centurión de las cohortes de la Legión III Cyrenaica y madre patricia, acunada entre sedas en la capital del imperio, nació una criatura hermosa, caprichosa en el suspiro y en el lento abanicar de sus eternas pestañas. Así fue como Adriana, a sus quince años, se convirtió en el trofeo más codiciado por los nobles de Itálica. El cambio había sido gradual, casi imperceptible para quienes la veían a diario, pues hasta hacía poco solo era una niña, compañera de juegos de las hijas de las familias distinguidas de la colonia. Ingenua y casta, soñaba con poco más que una caricia, un beso tierno y un futuro al lado de un joven soldado con tierras y una gran villa para formar una familia. Pero la sensualidad que atesoraba no se podía ocultar eternamente: la fuerza de su natural belleza explotó, empapando rostros y estallando corazones.

Un día frío de enero, cuando Cayo Albio enviudó, fue entregada a cambio de nada. O a cambio de mucho, porque los favores del gobernador de Itálica se antojaron suficientes para una familia como la de Décimo Marcio, aunque al poco, sin poder disfrutar de tales beneficios, sus padres sucumbieron por las epidemias del agua.

Adriana quedó huérfana, y ahora, por un asesinato cruel, era viuda.

«Está condenada. Mucho valor se necesita para arrimarse a ella», se murmuraba en Itálica.

El atardecer caía lentamente y la casa estaba sumida en un silencio solo interrumpido por los murmullos de quienes se deslizaban por el patio central, donde se había colocado la pira funeraria. Las antorchas proyectaban luces tenues, creando sombras sobre las paredes de piedra, y el aire estaba impregnado del aroma del incienso y las ofrendas de la familia. Las mujeres, cubiertas con el velo de luto, se agrupaban recitando las oraciones rituales, y mientras afuera resonaban las flautas y los cantos fúnebres, los restos de Albio, sobre la pira, estaban listos para recibir las libaciones que aseguraran su paso al inframundo.

Esa noche, Adriana se puso un vestido negro. La tela suave dejaba al descubierto sus brazos, adornados con brazaletes dorados, y su busto perfumado con aceite de mora. Mientras caminaba entre miradas y susurros, una raja se abría insolente desde la pantorrilla hasta el muslo. Flavia, pesarosa, le tendió la mano. Su abultado vientre y su macilenta delgadez la recibieron con cariño, como hubiera hecho con su misma madre Claudia; sin embargo, algo le decía a Adriana que, pasados los meses sin la presencia de Cayo, ninguna de las tres hermanas soportaría su estancia en la *domus*.

Las jóvenes tenían las cuencas moradas de tanto llorar, pues así estuvieron los dos días de duelo; de rodillas y ante los restos de su padre, sin llegar a creerse que los dioses hubieran permitido aquella ignominia. Y ahora miraban a Cayo Albio por última vez, preparado

para el viaje, maquillado y sobre la pira, con las monedas de plata sobre sus ojos.

Flaco Silano prendió el fuego, y la llamarada reflejó su luz en las máscaras que observaban la escena. Él buscó la mirada de Adriana, pero ella la evitó, manteniendo el semblante afligido.

«¡Cuánta falsedad! —pensó Flaco cuando los brazos del fuego derretían el cráneo de Albio—. Dos actores en aquel espectáculo. Los dos mentirosos que consumaron el delito, bendecidos por la sublime voz de los dioses. Bendecidos —bufaba Flaco, recordando el juramento que le hizo Adriana en el *lararium*—: "Todo saldrá bien, amor mío"».

Sin duda, en el *lararium* pensó que la celebración era el momento adecuado para cumplir lo acordado con el legado y el procurador Poncio Recio, pues el escenario resultaba perfecto, con los invitados correctos. Los dioses pedían un sacrificio mayor para favorecer al hijo de Flavia, y ese cabrero de aspecto imponente fue el elegido. Un legionario borracho con un pasado violento era ideal para hacer creer que él era el asesino, en lugar de Tito y Marcelo, como se había pensado inicialmente.

Flaco, rememorando lo sucedido aquella noche, se dijo que estuvo a la altura del mismísimo Esquilo. Y mientras recordaba el drama ante Gallo, los gritos acusatorios y aquellos espectaculares golpes al mísero cabrero, frente a la pira y la gente de Itálica, sonrió buscando a su amante. Fue entonces cuando Adriana lo miró al fin.

«¿Qué haremos contigo, Flaco?», volvió a preguntarse Adriana, y le sonrió vagamente. Una sonrisa tan traviesa y felina como la de una gata blanca que ocultaba toda su verdad.

En cambio, cuando le sonreía de aquel modo, Flaco lo interpretaba de otra forma. Para él, posiblemente desde que la vio por primera vez instalada en la casa de Cayo Albio, aquella mirada era como la de la diosa de la Victoria: verde como el envés de las hojas de los limoneros, pero también grisácea y oscura como su cabello recién lavado. Era una mirada fiera, como la de una leona hambrienta, y por momentos también distante, melancólica y triste, como la de las esculturas de los antepasados de Cayo Albio.

Lo que no sospechaba Flaco era que Adriana esperaba con gran ilusión la llegada del apuesto Valerio, y soñaba con que, de una vez por todas, su cuerpo estuviera en consonancia con el deseo de sus ojos de águila; su cuerpo entero de león hispano, ungido al nacer por los sacerdotes de Itálica. Ella, que había sido fornicada por un viejo y después por un ser a quien ya odiaba, sentía la excitación solo de pensar en su soñado legado. Porque él era un animal salvaje. Valerio era un soldado sin escrúpulos. Un animal cultivado, pero en definitiva un animal; y a Adriana no había animales ni soldados que se le resistieran.

Mientras tanto, Tito y Marcelo, que también esperaban con codicia la llegada de Valerio Nepos, se dirigían a Hispalis. Ambos sabían que el nombramiento de duoviro debía realizarse pronto para asegurarse una parte de las tierras de su antecesor, Cayo Albio. Así, en poco tiempo, todo lo que pertenecía a Emilio Nevio sería de ellos: el ganado, las higueras, y hasta el aire que bronceaba la piel de su esposa y sus hijos. Todo lo ansiaban con urgencia.

Era la retirada merecida por una obediencia infalible: dejar de hacer guardias para convertirse en granjeros y mercaderes favorecidos por el nuevo duoviro. Y, sobre todo, les permitiría dar rienda suelta a sus perversiones.

«Exprimiré el mundo como si fuera un limón —se decía Tito—. Sacaré todo su jugo y del vaso no quedará ni gota».

En un cuenco de barro con limón, Tito guardaba el trozo de cara pútrida que la zorra de la cabrera le arrancó antes de ser sometida. Eso fue lo que le dijo a Flaco.

Tito disfrutó mucho de su cuerpo sabiendo que tenía un verdadero motivo, mientras que Marcelo lo hizo por pura maldad y para causar dolor. Porque a Marcelo el dolor ajeno le proporcionaba placer.

Marcelo era un soldado venido a menos en el escalafón de las cohortes de Nepos. Un jugador de dados y un pésimo perdedor, y aunque ambos se enviciaban hasta los límites de la cordura, Marcelo lo concebía todo de una manera endemoniada. Jugaban, bebían y pernoctaban con prostitutas hasta perder la cabeza, o, si Marte les brindaba la oportunidad, con la sangre misma de otro romano. Los dos deseaban vivir, pero a ojos de los demás parecían odiar todo cuanto les rodeaba.

Esa noche, mientras Cayo Albio era incinerado, sintiendo que la vida al fin les sonreía, los asesinos se dirigían hacia la colonia de Hispalis. En la barca que cruzaba el ancho río que separaba una colonia de otra, Tito y Marcelo miraban sin remordimientos las llamas elevándose sobre las murallas de Itálica. A la par, contaban las monedas que Flaco les había entregado, muchos denarios que servirían para pasar cincuenta noches seguidas bebiendo en el burdel y para pagar al cuidador de esclavos.

Al poco, ya en Hispalis y guiados por la podredumbre, llegaron a una calle llena de estiércol que los condujo directamente a la plaza donde los presos de las jaulas clamaban por comida y agua. Voces de misericordia, rabia y desconsuelo que les causaban repulsión, y que se intensificaban a cada paso que daban.

—Seguidme —les dijo un guarda desarrapado que apestaba a vino agrio.

Tras algunas vueltas, pues una mala tea los guiaba entre rostros que salían de los barrotes de palo, se detuvo frente a una de las muchas pajareras.

—Sigue vivo, que ya es mucho —dijo tendiendo la palma sucia para aceptar la plata—. Los que están tiesos y verdes han muerto por disentería. No os preocupéis porque ahora mismo me los llevaré de aquí. El muchacho parece fuerte, y con esto lo mantendré hasta que un comprador puje por él como se debe. Hay mucho abusón que lo quiere regalado, pero como yo digo siempre… Quien tiene un buen esclavo, tiene un tesoro.

Tito miró a Marcelo y Marcelo miró a Tito. Nunca habían tenido un esclavo como inversión, pero les agradó escuchar la palabra «tesoro».

Cuando la antorcha iluminó la cara del preso, el guarda enseñó la dentadura más negra, más rota y más hedionda que Facio Nevio había visto jamás.

XI

El esclavo de Horacio

El hombre de poderoso mentón se le quedó mirando. No era alto, llevaba un *venabulum* en su mano izquierda y su voz sonaba grave como el carraspeo de un trueno.

—¿Es cristiano? —preguntó frunciendo el ceño.

Aquella no era una mirada libidinosa.

—¿Eres cristiano? —repitió el guarda con violento ademán.

Facio, acuclillado en un sucio rincón, negó con la cabeza y vio que el hombre tenía un tatuaje en su antebrazo derecho; se trataba de un legionario como lo fuera su padre, y aquello lo animó. El soldado llevaba prisa y dudó un instante, el suficiente para que el muchacho viera en su semblante la chispa de la benevolencia, así que se incorporó rápidamente.

—¡Si desea que lo sea, lo seré! ¡Seré cristiano! —dijo agarrado a los barrotes.

—El joven es fuerte y alto, prestará un buen servicio —añadió el guarda.

—Acepto —respondió el legionario sin pensar demasiado—. Tampoco hay mucho donde elegir. Pero si en diez días cae enfermo, lo traeré para que me devuelvas el dinero.

Se fijó en la sonrisa de pirata macedonio que esgrimió el guarda, y no le gustó.

—Y si no lo tienes… —añadió apretando los dientes—, te sacaré las tripas con esto.

El *pugio* afilado del soldado brilló delante de la hedionda cara del tipejo y este, paralizado por el miedo, no pudo ni asentir.

Facio, entre la bahorrina de la plaza, lo siguió como un perrillo sin dueño. Todavía no comprendía que aquel hombre de ceñudo rostro tenía poder para hacer cuanto quisiese con él. Su cuerpo y su mente le pertenecían de por vida, pero al menos no llevaba una soga alrededor del cuello ni lo arrastraba como a un animal.

En mitad de una calle tranquila, las cortas pero musculosas piernas del romano se detuvieron para mirar el celaje. Luego, de refilón, se aseguró de que su perro continuaba tras él. Facio se había tomado al pie de la letra lo que le dijo: «Pégate a mí si no quieres que te metan en otro saco y te vuelvan a vender».

Un arco con colgaduras de hinojo y otras hierbas aromáticas daba acceso a un patio de tierra, y en su balconada de madera se percibía el ajetreo de una casa de vecinos.

—¡Horacio! ¡Has regresado!

Una anciana lo atisbaba desde arriba. Una sola planta y después el cielo aborregado, era la altura límite de aquella comunidad de romanos. Horacio subió la escalera y se postró ante ella.

—¡Madre!

Se besaron y se tocaron los rostros con ternura. A ella se le humedecieron los ojos. La fragilidad de su cuerpo entumecido se acopló trémulo en el fuerte pecho del hijo. Y luego ella, mujer romana en carne viva, se percató de la presencia de Facio.

—Es un esclavo —le aclaró Horacio—. Tu esclavo.

—Ya tengo uno y no quiero más. Te habrá costado los ahorros de todos estos años. Si puedes devolverlo, será lo mejor.

—Te hará falta, madre. Livio ya es mayor.

Pronto se corrió la voz de que Horacio, hijo de Tersilia, había regresado de Germania, y muchos vecinos se acercaron. Primero para darle la bienvenida y después la enhorabuena. En mitad de aquel patio y frente a un altar de Jano, Facio estaba desconcertado. Su vida en el campo rodeado de cabras y espaciosa naturaleza en nada se asemejaba a la amalgama de cuerpos afanosos y en movimiento que conversaban, se saludaban, se miraban… Convivían.

«¿Es un simple legionario?», se preguntó. Pero sus dudas se disiparon cuando Horacio dio la noticia de que lo habían ascendido a centurión.

La mayoría de los que se habían aproximado sintieron orgullo. Quien parecía ser carnicero le asió del antebrazo tatuado, y quien por edad era reconocido como líder de la congregación vecinal no dudó en cimbrear sus hombros rectos y cuadrados, tensos por estar curtidos en el campo de batalla.

Pocos ostentaban las ventajas de un militar de ese nivel. El denario al día, o sea diez ases, pasaba a ser quince veces más, lo que se consideraba un sueldo de privilegiado. Ahora Horacio podría mantener una vida de auténtico patricio: una casa digna con esclavos, caballo y educación para sus hijos. Legalmente, alcanzaban beneficios soñados por los oficios, pues a un centurión, cosa que no ocurría con un legionario raso, además de poseer todas sus ventajas administrativas y judiciales, se le concedía el derecho a casarse si el legado lo consentía.

Horacio lo deseaba. Anhelaba aquella superioridad. Se lo había ganado a pulso sometiendo a pueblos tribales de la Germania Superior.

—¿Cómo se llama? —preguntó Tersilia.

—No lo sé. Puedes llamarlo como quieras. Es tuyo.

—Acércate, joven. ¿De dónde eres?

—No soy un esclavo. Mi padre era un legionario romano que sirvió en la VII. Unos hombres quemaron mi casa y mataron a mi madre.

—Eso dicen todos —dijo Horacio, frío como el acero.

—¡Señora! —añadió Facio apreciando bondad en los arrugados pero chisposos ojos de Tersilia—. ¡Por los dioses, le prometo que no soy un esclavo!

La anciana miró al hijo. Parecía reprenderle.

—¿Cómo te llamas?

—Mi nombre es Facio. Facio Nevio.

—¿Y qué propones que hagamos contigo, Facio Nevio? —preguntó Tersilia.

—¿Tienes dinero para pagar tu libertad? —sugirió Horacio.

Facio, ante la madre y el suspicaz hijo, agachó la cabeza, pues no le quedaba nada. Los malnacidos de Tito y Marcelo aseguraron que su padre ya estaba sentenciado. Dijeron que al alba del día siguiente moriría en una cruz levantada en mitad de Itálica, acabando así con la tortura que se le estaba infligiendo. La tierra, su tierra, por derecho expropiada, se la quedarían como recompensa por haber atrapado al asesino del duoviro.

Facio, al acordarse de su madre y la casa en llamas, apretó los ojos. El nudo que sentía en la garganta era tan grande que le impedía expresarse. Así, de ese modo tan bellaco, recordando,

admitió que no le quedaba nada. Nada salvo rezar a los dioses para que su hermana y Aspellus continuasen con vida.

—Acusaron a mi padre de asesinato. Pero él no pudo hacerlo —dijo al fin, y a continuación alzó la cara para mirar a Horacio.

—Entonces habla Facio Nevio, y no temas.

El muchacho, con recato, le contó lo sucedido a un hombre con principios. Le explicó con detalle lo que significaba su padre para el duoviro Cayo Albio; los años de servicio en la VII y el aprecio que este le tenía. Luego, sin poder evitar que lo invadiera la emoción, relató con lágrimas lo que aquellos dos crueles soldados le hicieron a su madre: la pesadilla vivida a su regreso a casa, y sus esperanzas de que Ania y Aspellus continuasen con vida.

Horacio, tras escuchar con atención su historia, asintiendo en cada apreciación y valorando la franqueza del joven, y después de ofrecerle su cuenco de agua para que se serenase, pues por momentos no le salía la voz, concluyó que poco más se podía hacer por él que acudir a sus tierras y rebuscar en el bosque.

—La ley romana ofreció su dictamen, muchacho, y yo solo soy una espada que guía a otros cientos de ellas a la guerra.

—Búscalos, Horacio —dijo Tersilia—. No queda tan lejos ese bosque.

—Nunca pudiste ver a un niño llorar, madre. Ni tampoco a un perro abandonado. Lo haré por ti antes de regresar a Germania.

—¿Tan pronto?

Horacio asintió y le besó las manos.

—El general Juliano me quiere con él a orillas del Istro.[14] Pronto habrá una guerra contra los insurgentes partos y la mayoría de las

legiones en la frontera septentrional se desplazarán hacia Oriente. Marco Aurelio ya estará de camino para reconquistar Armenia.

—Poco es mejor que nada, hijo. ¿Verás a la familia de Leontia?

El ceñudo rostro de Horacio se apenó.

—No hay día que no eleve plegarias por ella, madre.

Horacio cumplió con la palabra dada. Su madre, delicada de salud, era cuanto le quedaba, la única sangre a quien podía servir de todo corazón, así que el poco tiempo que estuviese en Itálica lo dedicaría a complacerla en cada uno de sus deseos.

«Averigua qué le ha pasado al padre del chico —le había pedido Tersilia—. Ayúdalo a volver con los suyos. Te lo ruego».

Pero antes, acompañado de Facio, fue a visitar al padre de la mujer cuyo recuerdo permanecía muy vivo en sus adentros. Hacía ya más de cinco años que unas fiebres se la llevaron, y todo aquel anhelo por querer formar una familia en Hispalis se desvaneció.

Horacio el Agricultor, como le llamaban en el ejército, no había noche que no orase por Leontia ante sus figuras de metal. Tras ser incinerada, él, enfermo de rabia, se alistó en la legión más combativa de cuantas había en el imperio: una que, instalada en las proximidades de la cuenca del Istro, resistía a las esporádicas embestidas de los fieros bárbaros de Germania, y por entonces ya se hablaba en la Bética de que el espeso y húmedo vaho de aquellos bosques penetraba en las armaduras de los legionarios, dejando cadáveres esparcidos, colgados o amontonados a lo largo y ancho de su lobreguez. Allí buscó la muerte con ahínco, y eso lo llevó al punto exacto en el que se encontraba. La maldita suerte le había

concedido un aura impenetrable, y en cada incursión, en cada arriesgada refriega, el dios Marte se mantuvo a su lado y le salvó la vida una y otra vez.

Horacio presentó de nuevo sus condolencias al padre de Leontia.

—Nadie tiene la culpa de la desgracia que sufrimos con mi hija. Eso es lo que posiblemente vean los dioses en ti, buen Horacio. Ahora que puedes, que eres joven y afortunado, comienza una nueva vida. Busca esposa y olvídate de ella. Si has venido a que te exima de la carga que te aplasta, yo te libero.

Facio, tras el soldado de anchas espaldas, sintió la nobleza de aquel instante, pero también la culpabilidad, la desesperación y el rencor hacia sí mismo. Se había familiarizado con la autodestrucción y de nuevo pensó en Mesalina. Recordó el vacío de la desesperanza, y la repugnante jaula en la que deseó la muerte. Sin embargo ahora, al conocer un poco más a Horacio, algo dentro de la roca en la que se veía atrapado comenzaba a abrirse.

—¿Sabes cabalgar? —le preguntó Horacio.

—No muy bien.

—¡Por mil rayos! ¿Qué sabes hacer, muchacho?

—Sé cuidar de un caballo y de los animales. Sé hacer un fuego. Sé hacer queso.

—Es insuficiente —respondió frunciendo su ceño saliente y poblado, casi prehistórico—. Si ese tal Salomón tiene el dinero, no me resistiré a venderte.

Horacio montó escopetado en su caballo y, siendo de baja estatura, demostró tener una agilidad pasmosa.

—Sube. —Le tendió la mano.

A Facio, pensar en Mesalina en esos momentos lo hacía sentirse como Horacio con Leontia. Su compromiso, poco antes de que sobreviniera la catástrofe, lo obligaba a hacer lo que fuese necesario para volver a estar con ella. Así pues, mantenía la fe de que el fenicio Salomón, amigo de su padre y pudiente mercader, pagaría por su libertad, y que aquel noble centurión accedería.

Pero la cosa, a medida que se desataba la cuerda, fue empeorando. Cuando llegaron a la que fue su casa, había un grupo de hombres y mujeres limpiando con arado el área chamuscada y dijeron que eran órdenes de los nuevos dueños de aquella tierra.

—¿Quiénes son esos dueños? —preguntó Horacio.

El capataz, un hombre seco pero cabal, se negó a darle sus nombres.

—Nosotros somos unos mandados. Si quiere explicaciones puede ir a Itálica a preguntar.

—Esta tierra es mía —respondió Facio, ofuscado.

El hombre de aspecto desgastado se encogió de hombros y continuó introduciendo restos calcinados en un carro.

Horacio, que estaba al tanto de las injusticias de Roma, de los abusos constantes del ejército y de los adinerados patricios, arreó al caballo para dirigirse al bosque. Y no pudo más que sentir lástima por Facio cuando, después de sondear la densa vegetación, solo encontraron algunas alimañas taciturnas que eran atraídas por el fragoso sonido del agua y el cantar de las tórtolas que la sobrevolaban.

—No desesperes —dijo viéndolo estallar de pena—. Quizá tus hermanos hayan ido a la casa de ese mercader que es amigo de tu

padre. Tu prometida se alegrará de verte —añadió asintiendo con afecto.

Facio cambió el semblante. Aspellus era capaz de eso y de mucho más. Su sentido de la orientación era tan agudo como el de una abeja reina. Y aunque sería arriesgado apostar por la esperanza, estaba seguro de que él había cuidado de Ania, y no podía descartar que ambos hubieran intentado llegar a la casa de Salomón.

Según avanzaban hacia la casa del alfarero, atravesando llanos y cerros de poca monta, Horacio sentía la necesidad imperiosa de llevar a cabo la venta de Facio. Lo miraba y el brillo acuoso de sus ojos le decía que aquel joven delgaducho, de pelo negro y bonancible mirada, era tan buen hijo como buen hermano; que se convertiría en un espléndido amante y, posiblemente en breve, en un excelente padre de familia romano.

Al divisar la casa, con alberca exterior y limoneros que marcaban un corto sendero hasta la entrada, el centurión aminoró la marcha del caballo.

Horacio podía sentir el bombeo rápido del corazón de Facio. La desbordante inquietud del momento antes de reencontrarse con su amada.

—¡Señora! —dijo la criada de Galla—. ¡El joven Nevio está aquí!

Galla salió a recibirlo, y tras ella se escucharon las pisadas rápidas de su hija. De inmediato, el impulso de Mesalina por querer abrazarlo fue refrenado.

—¡Esto ya está hablado, Mesalina! —le dijo enarbolando un amenazante dedo índice.

—¡Pero, madre, yo…!

—¡Que no salga de la casa! ¡¿Entendido?! —tronó la voz del padre.

La orden se cumplió con el estridente sonido de una puerta que se cerraba.

Salomón, con las manos manchadas de arcilla, se les acercó. El dolor que reflejaba su rostro ya les decía que no eran bienvenidos.

—Soy Horacio Catulo, centurión de la legión I Itálica de Roma, y traigo a Facio Nevio, mi esclavo.

Aunque sorprendido por su condición de esclavo, Salomón no mostró ni un atisbo de emoción en su arrugado rostro de fenicio.

—Te dimos por muerto y me alegro de que conserves la vida, joven Facio, pero con todo el dolor de mi corazón debo pedirte que te marches. La gobernación de la colonia castiga con la muerte a todo aquel que ayude a los de tu casa.

—Facio dice estar comprometido con tu hija. ¿Es cierto?

El imperioso tono de Horacio encorajinó a Salomón.

—Un esclavo no puede casarse con nadie. Además, Facio estará perseguido de por vida. Si el sacerdote Gallo y la familia del duoviro Cayo Albio Umbro se enteran de que ha estado aquí, matarán a toda mi familia.

—Pero, Salomón, ¡tú sabes que mi padre no lo hizo! ¡Tú eras su amigo!

Salomón volvió la cara porque no podía sostener su delirante y acuosa mirada.

—A ti te dieron por muerto —dijo con la cabeza gacha—. Y a tu hermana Ania y al mauro los buscaron en cada palmo de terreno, en cada árbol que circunda Itálica. Yo mismo, arrastrado por la barahúnda, me vi obligado a llevar un palo para atizarlos. Ahora

todos en la colonia os dan por muertos, así que huye y olvida a Mesalina. ¡Olvídalo todo, Facio! ¡Olvídalo todo y huye de aquí!

—Jamás podré olvidar a Mesalina ni la promesa que nos hicimos.

—¡¿Cuánto vale su libertad?! ¡Dímelo, legionario, y lo pagaré! Es cuanto puedo hacer por alguien a quien hubiese querido como a mi propio hijo.

Horacio le ofreció la espalda y montó de nuevo.

—A un hijo no se le abandona. ¡Vámonos de aquí, Facio! —Le tendió la mano.

—¡Quiero hacerlo! —insistió Salomón.

Pero Facio ya se había subido a la grupa del caballo y, con lágrimas de amor propio en los ojos, le contestó:

—Prefiero ser esclavo antes que aceptar tu dinero.

Eran momentos de desconcierto, de no saber cómo reaccionar. De repente surgía una brizna de esperanza a la que rápidamente le seguía la desesperación. No obstante, la ansiedad creció aún más cuando, de camino a Hispalis, a Horacio le confirmaron que Emilio Nevio, el cabrero, había muerto.

Facio contuvo las lágrimas. Montado en la grupa del caballo, el viento golpeaba su rostro pero no podía sentirlo. Horacio espoleaba al animal mientras sus pensamientos se deslizaban hacia la nada más oscura. «Sí —se dijo Facio—. La muerte. La muerte es cuanto he de buscar». Horacio mantenía la vista al frente, y él, aferrado a su espalda, se imaginaba una vida en la frontera, donde la muerte llegaba con rapidez. «La guerra. La guerra en el norte».

La inminente guerra. La frontera con la tierra negra de los pueblos bárbaros. Escuchaba voces esperpénticas que lo ponían en el disparadero; le arrancaban a pellizcos el guerrero que llevaba

dentro, y al viento le rogaba que allí o aquí, daba lo mismo, un combate descarnado lo aniquilase de una vez para siempre. En cambio, era pensar en su padre y las voces desaparecían. Su pobre padre siempre lo alejó de aquellos pensamientos que no conducían a nada, y Facio, siendo educado para ser pastor de cabras y ovejas, recolector de frutos y hacedor de quesos, creció para un día tener una familia con muchos hijos y que luego estos hicieran lo mismo que él. De aquel modo, su padre trataba de protegerlo, de educarlo para que viviese en paz consigo mismo y con el mundo que lo rodeaba. Porque, para Emilio Nevio, solo de aquella manera su hijo sería feliz. Apartarlo de la violencia era el mayor logro que un padre podía adjudicarse; y pensando que aquella no sería tarea fácil, pues, así como las hijas querían ser como las madres, los hijos siempre deseaban imitar a los padres, Nevio insistía en ocultar lo que fue. Pero la sensación que se creaba en Facio era la del nefasto capricho. Era como si por alejarlo de las peores experiencias, de lo ruin y miserable que llegó a sentirse Nevio en la VII, ahora deseara acabar de aquel modo, tal como fue en la legión antes de conocer a Silvia, su madre.

En casa de Tersilia, Facio era un alma perdida en la oscuridad de la noche. Se encontraba solo en el atrio y, frente al busto de barro cocido del dios Juno, pedía que un rayo lo atravesase por el centro de su pecho desnudo.

Horacio, que lo observaba apoyado en la baranda y contraía el rostro, podía entender su desesperada pregunta al cielo.

«¿Por qué me habéis dejado con vida? ¿Acaso tengo una misión que cumplir? ¿Soy poco menos que una brizna de paja y me mantenéis con vida?».

Unos años atrás, Horacio se sintió igual de perturbado. Todavía a veces se sentía así, por eso lo entendía. Se hacía daño a sí mismo por no encontrar razones para continuar existiendo. Creía que tener que renunciar a lo que más se quería en la vida podía volver loco a un hombre. Creía que un joven corazón que se rompe difícilmente se podía remendar. Y morir… siempre quedaba morir.

Horacio descendió las escaleras, y la amargura de Facio lo puso en guardia. En su estado, aquel muchacho podía ser tan peligroso como un desgreñado querusco alzando su hacha en mitad del bosque de Teutoburgo. Así que se acercó despacio y se arrodilló junto a él. Sentía su ira contra el mundo entero y adivinó sus intenciones: Jano, altivo, los miraba con una sonrisa sardónica, y cuando Facio ya estaba a punto de agarrar la figura y hacerla añicos contra el suelo, se detuvo.

—Rómpela si quieres. No diré a los vecinos quién ha sido, pero destrozar una figura de barro no te beneficiará en nada.

—¡Llévame contigo! ¡Llévame lejos de aquí!

Horacio, con la rudeza marcada en el rostro, lo escudriñó con las dos puñaladas que tenía por ojos. Quizá aquella fue la primera y única vez que lo miró de aquel modo tan grosero. Lo observó detenidamente de arriba abajo; desde las *caligas* destrozadas por la brega hasta la última punta de su áspero pelo negro.

—La legión… —comenzó a decir, pero calló.

Presentía que le hablaría como su padre y pensó que lo mejor sería actuar con cautela. Quería explicarle brevemente que la legión

romana no era la solución a su mal, que no había modo de llenar ese vacío que tanto lo angustiaba. Pero al ver a Facio tan firme y osado, una pregunta le asomó en la cabeza. «¿Acaso a mí me pusieron algún tipo de impedimento? No, de ningún modo me dijeron cómo. A mí no me dijeron cómo sacar mis demonios de dentro».

Facio, ciego de odio y de rencor, estaba decidido a lanzarse desde el borde de aquel despeñadero: no tenía miedo de caer en los despiadados brazos de Plutón, y no sería Horacio quien se lo impidiese. Viéndose reflejado en él, sintió que se le oprimía el pecho y, en contra de lo esperado por Facio, le puso la mano en el hombro.

—Bien, romano. Aquel será un buen lugar para unir sufrimientos —aceptó Horacio.

XII

Regreso

En el año 162 d. C., el sexto día antes de las calendas de octubre, Lucio Valerio Nepos, con el documento sellado que lo acreditaba como el nuevo duoviro, avanzaba hacia la entrada principal de Itálica. Las primeras luces del alba se filtraban entre los arcos del acueducto que flanqueaba la Vía Augusta cuando los vítores del populacho comenzaron a elevarse al cielo.

Dentro de las sólidas murallas de piedra, el foro hervía de actividad. Comerciantes de vino y aceite, panaderos, artesanos y jóvenes aprendices debatían sobre los nuevos edictos del emperador Marco Aurelio. Las escalinatas del templo de Trajano, recién renovadas por orden del consejo local, eran el lugar perfecto para quienes preferían observar el recibimiento desde la sombra. Allí algunos ciudadanos de toga impecable, miembros del *ordo decurionum*,(6) intercambiaban miradas; la mayoría eran de ilusión, aunque también las había de recelo. Los sacerdotes susurraban bajo los pórticos del antiguo templo de Júpiter. El incienso aún flotaba en el aire tras el sacrificio de esa mañana, y los augures estaban atentos a lo que presagiaba el vuelo de las aves. Más allá, la multitud se agolpaba a ambos lados de la Vía Augusta, que

serpenteaba desde el puente sobre el río Betis hasta el corazón de la urbe.

Todos deseaban presenciar la llegada del nuevo duoviro.

Y entonces apareció el cortejo. El general, erguido sobre una cuadriga de bronce tirada por caballos blancos, avanzaba solemne. Lo escoltaban los centuriones con sus cascos ornamentados y una sección de la *Cohors Italica*, tropas de élite entrenadas en la mismísima Roma. Con las espadas en alto brillando como espejos, marchaban con paso marcial. Los estandartes ondeaban al ritmo de los tambores. Valerio, que lucía la *Salus Publica* como insignia prendida en el broche de su capa, portaba una coraza reluciente decorada con el dios Marte en relieve. De su cintura colgaba un gladio con empuñadura de plata y también las ropas con una franja púrpura, símbolo de su poder y dignidad senatorial.

Cuando atravesó el arco de Trajano, recientemente erigido en honor al emperador que había nacido en esas mismas calles, la ciudad entera estalló en ovaciones. Gritos de júbilo, coros de niños y el estruendo de los cuernos y las flautas se entremezclaron. Desde los balcones de las *insulae* caían pétalos de rosa y en las *tabernae* de la plaza se alzaban copas de vino a su salud. En aquel momento, a Valerio el aire le olía a aceite de oliva, a pan recién horneado y a victoria. Sobre todo a victoria. Itálica se rendía a sus pies, y todo sucedía como tantas veces lo había imaginado.

Pero no todos los rostros reflejaban dicha. Una sombra de escepticismo se deslizó entre los pliegues de la toga de ciertos miembros del Senado local. Había quien no veía con buenos ojos el ascenso del sobrino del difunto Máximo Valerio, un hombre cuya política había dividido opiniones décadas atrás.

Una vez el cortejo se detuvo ante el templo, Gallo, el sacerdote mayor de Itálica, descendió un par de peldaños para recibirlo. Hombre astuto y de verbo afilado, ajustó su toga con delicadeza y en su rostro asomó una mueca cuidadosamente calculada.

—Te aclaman, duoviro —dijo con voz pausada y sonrisa complaciente—. El pueblo no ha olvidado quién fue tu tío, ni la compasión que mostraste años atrás hacia aquel gladiador que hoy da clases a los jóvenes de la escuela de armas.

—De momento, eso es lo que parece. —Valerio lo miró con engreimiento—. Habrá cambios que no les gustarán.

Gallo arqueó una ceja y borró su sonrisa.

—Si Roma lo ha ordenado… —dejó caer como si una pluma descendiera lenta desde un precipicio.

—Así es. El emperador y el Senado lo ordenan. Yo solo seré la mano que lo haga real.

—Imagino que cuando el ganado y el cereal salgan de aquí dejando sin sustento a la población, se esforzarán más de lo que ya lo hacen —continuó con sarcasmo Gallo.

—Extender los limes del imperio con migajas nunca fue posible. Las guerras exigen soldados y los soldados, suministros. El procurador Poncio Recio me dijo que el emperador tiene pensado crear nuevas legiones para combatir en la Germania.

—Cuidado, Valerio, este es un pueblo que lleva muchos años abasteciendo a Roma. Cuidado con la intransigencia —repitió Gallo.

—No temo las revueltas —respondió solemne—. Pero en caso de que hubiese rumores… ¿No tengo de mi lado al sacerdote mayor de Itálica?

Gallo dirigió sus ojos arrugados al frente. No estaba esquivando la pregunta del nuevo duoviro, solo observaba la plaza concurrida, enardecida, clamando el nombre de Valerio Nepos como si fuera un héroe que salvaba a la colonia de invasiones bárbaras; como si les fuera a regalar el trigo, la plata y el oro de Onuba.

—¿Te tengo de mi lado, Gallo? —insistió Valerio.

El sacerdote, con majestuosa lentitud, giró su grueso cuello para mirarle a los ojos. Así, se detuvo un segundo para apreciar la nueva y codiciosa manera de ver las cosas. La amplitud de los límites del imperio se vio reflejada en las abiertas y pardas pupilas de águila de Valerio. En ellas, Gallo parecía haber visto a Poncio Recio, al Senado de Roma e incluso a los laureados emperadores Marco Aurelio y Lucio Vero.

Tras un instante de reflexión, Gallo asintió.

La templada brisa de la tarde acompañó a Valerio a la *domus* familiar. El séquito que trajo del norte se detuvo en el atrio mientras él avanzaba solo, cruzando el umbral de una casa que si antaño fue alegre y bulliciosa, ahora se hallaba hueca, vacía de vida. Donde hubo banquetes, risas y el trajín constante de sirvientes, solo encontró el eco de un tiempo pasado, lleno de melancolía. Para Valerio, echar de menos a sus padres no era una emoción ocasional, sino una presencia constante en sus pensamientos. Su madre murió a las pocas horas de nacer él, y esa orfandad temprana marcó su carácter. Aquel era el lugar donde, alimentado por el pecho de una joven nodriza, creció y dio sus primeros pasos, siempre bajo la

atenta mirada de los esclavos y el silencio doliente de un padre que jamás superó la pérdida de su esposa.

En su última visita a Itálica, el legado había evitado poner un pie allí. Reacio a enfrentarse a los recuerdos que aquella casa le despertaba, prefirió alojarse bajo otro techo. Pero ahora no había lugar para la nostalgia. No debía dejarse dominar por la ternura de la infancia, sino mostrar la alegría de quien vuelve victorioso al hogar.

Para su sorpresa, el interior no mostraba señales de abandono. Los muebles estaban bien conservados y la limpieza se percibía en cada rincón. Fue entonces cuando desde lo profundo del olvido emergió un recuerdo: la voz de Lotus, su antiguo administrador, advirtiéndole de que la casa estaba habitada por parientes cercanos desde hacía años. Eso lo puso en alerta.

Caminó despacio, dejando que su mirada recorriera los detalles de las losetas del suelo —piedras rosadas veteadas de blanco—, las mismas por donde solía correr de niño soñando con llegar algún día al corazón de Roma.

¿Cómo no lo había previsto? Su apellido, esparcido por todo el imperio, aún conservaba sus raíces en esa vieja casa. La responsable de que la *domus* siguiera habitada era la hermana de su tía Antonia, que, ya anciana y enferma, apenas salía de sus habitaciones, viviendo casi en reclusión junto a su hija y una esclava.

El recuerdo se hizo nítido para Valerio. Él mismo había permitido que vivieran allí mientras su carrera lo mantenía lejos, en la Tarraconense, en concreto en Legio. Sin embargo ahora, tras su regreso definitivo, no tenía claro qué hacer con ellas.

—*Domine* —dijo la esclava con suavidad, sacándolo de sus pensamientos—. La *domina* lo recibirá en su habitación.

Lucio Valerio se sintió fuera de lugar. Caminaba por la casa con las ropas de la ceremonia, sudado, cansado, confundido, más como un intruso que como un heredero. Deseaba darse un baño, una buena cena y, sobre todo, ordenar sus ideas, pues el viaje por las interminables calzadas imperiales, desde el norte hasta el sur de Hispania, había sido agotador.

Tras una cortina gris distinguió dos figuras sentadas, y Valerio, tosco, preparado para ser desagradable, la abrió. Cuatro ojos grandes de mujer que irradiaban felicidad se clavaron en él, y la anciana, agarrada a la mano a su hija, temblaba bajo la luz de una tímida lucerna.

—Acércate, por favor, no veo bien —dijo trémula mientras la hija la miraba con devoción.

Valerio dudó, pero finalmente arrancó a andar hasta situarse a su lado. No reconocía ninguno de los rostros y le causaba desazón ser toqueteado. Pero dejó hacer a la anciana. Una curiosa llamada de la sangre permitió que aquella mano pelleja y artrítica lo acariciase, reconociendo sus rasgos igual que cuando jugueteaba de niño con su hija.

—Has cambiado mucho, Lucio. Eres un hombre. Un romano de los pies a la cabeza que al fin ha regresado a su hogar.

A Lucio, que pronunciaran su nombre de aquella forma tan cariñosa lo conmovió. Pocas cosas lo hacían; sin embargo, ella lo había conseguido.

—¿Te acuerdas de Lidia? ¿La pequeña?

Valerio le dedicó un instante en sus recuerdos. Sus ojos azules, una tiara de flores blancas y después un triste beso de despedida junto a sus padres y hermanos… Escuchó su voz de nuevo… y fue fulminante.

—Me fui siendo muy pequeña. Mi marido murió no hace mucho y regresé para cuidar de ella —dijo Lidia.

—Sí. Me acuerdo —respondió Valerio, reconociendo sus facciones y lo que en su niñez llegó a sentir por ella.

—¡Hace tantos años! —Lidia amplió su boca para sonreír, y con ello borró en el general toda idea de expulsarlas.

—Es curioso, pero te veo igual. Es como si el tiempo no hubiese pasado —dijo casi musitando para él.

—Me alegro de que haya un amo fuerte y valiente en la casa. Un gobernador digno de Roma en Itálica.

Valerio, como cuando era niño, se soflamó ante aquellos dos grandes ojos azules.

—Debo irme —respondió aturdido—. Tengo que descansar.

Cuando Valerio se despertó, el olor a pan recién horneado en la cocina de la *domus* le hizo dar un brinco. En su *cubiculum*, sobrio y sombrío como dictaban las costumbres romanas, Lotus, su sirviente y consejero personal, se acercó con una bandeja de fruta fresca, miel y vino dulce.

—*Domine*, un enviado de la viuda de Cayo Albio Umbro solicita un encuentro en los jardines de Venus. ¿Qué debo responderle?

Valerio se desperezó con elasticidad y suma tranquilidad.

—¿Adriana?

Lotus, en todos los años que llevaba sirviéndole, nunca vio esa expresión de triunfo en su rostro.

—¿Qué tiempo hace, Lotus?

—Nublado, pero es pronto. Quizá las nubes se abran para que luzca el sol —respondió con una mirada ladina.

Valerio estalló en carcajadas.

—Dile que un paseo antes de la comida abrirá el apetito. Dile que sí.

—¿Debo ocuparme de algún presente, señor?

—Por supuesto, buen Lotus. Confío en que de entre todas las gemas sepas elegir la adecuada para una futura amante.

—¿Amante o esposa?

—De momento, amante. Un gobernador de mi altura no debe precipitarse.

Pero tras su risa y sus palabras quedaba siempre el silencio que sigue a los mandatos. Y en ese silencio, Lotus volvía a ocupar su lugar, no solo como sirviente, sino como la sombra que conocía demasiado bien al hombre detrás del cargo.

Lotus era un liberto que le doblaba la edad, y ejercía de sirviente por vocación y de consejero amigo por obligado contrato. Sirvió bien a su tío durante algunos años y después, tras su muerte, a él. Por eso era de lejos quien mejor conocía a aquel joven excéntrico de mente perturbadora y a veces perturbada, tan escaso de cariño y ternura, que recurría a la vanidad para darse impulso ante las adversidades.

El sirviente de rostro redondeado observaba cómo con el correr de los años los valores del joven legado resultaban menos generosos, pues poco quedaba de aquel que un día le concedió la libertad por el

mero hecho de servirle con honestidad y franqueza. En realidad, lo veía como a un hijo o un hermano menor al que debía guiar, especialmente en los aspectos más complejos del mando, esos que suelen robar el sueño a los hombres de poder. Sin embargo, tenía la certeza de que, aunque él fuera un bastión para Valerio, ese afecto no era recíproco.

Lotus, sabiendo del temperamento de Valerio, se cuidó de no advertir que aquella mujer no le traería nada bueno, pero antes de retirarse lo miró temeroso, porque ese gesto de triunfador que había visto en su semblante llevaba consigo el carácter impulsivo y de poca cautela que siempre le hacía bajar la guardia.

Sin embargo, esa mirada inquieta solo tuvo como respuesta otra sonrisa triunfante. Una sonrisa que ocultaba toda una intriga ya resuelta a su favor, y que de momento lo había convertido en el único gobernante de la colonia.

Cuando Lotus se dio la vuelta, Valerio lo observó alejarse receloso. En multitud de ocasiones estuvo a punto de revelarle su secreto, pero pensando que solo los implicados debían conocer la traición a Cayo Albio, se lo calló. Ni siquiera alguien tan cercano como Lotus debía saberlo, porque el buen liberto, con su rectitud intachable, jamás habría aprobado eliminar a un hombre tan estimado en Itálica.

Valerio, sin embargo, encontraba consuelo en una certeza, pues si de algo no dudaba era de que los dioses, tan caprichosos como fieles a sus designios, por alguna razón habían querido que todo sucediera de aquella manera.

«Adriana —se dijo—. Adriana e Itálica. Todo por ellas. Vosotros, dioses eternos, me lo habéis concedido. ¡Oh, inmortales, escuchad

mi voz! A vosotros que regís los designios del mundo, que guiais el destino de los hombres, os lo juro: os honraré con gratitud y reverencia. Ofreceré cien toros de cuernos dorados y cien vacas de vientre fértil en vuestros altares sagrados. Haré brotar de la tierra el fruto más puro y, con manos limpias y corazón devoto, elevaré cánticos y libaciones. Que el humo de los sacrificios suba hasta vuestros dominios celestiales como prueba de la sinceridad de mi voto. ¡Oh, dioses protectores, sed siempre guardianes de mi fidelidad!».

A mediodía, el jardín de Venus fue testigo del encuentro más deseado. Un encuentro que, como un secreto sellado con sangre, arrastraba consigo el peso de una traición.

Adriana y Valerio paseaban despacio, como si las palabras estuvieran madurando dentro de ellos. En ningún momento se sintieron incómodos, y si en principio la tensión fue densa, rígida como una cuerda a punto de romperse, enseguida se transformó en una complicidad silenciosa, tejida a base de miradas largas y pasos lentos.

Un pequeño séquito de esclavas caminaba a una distancia prudente, obedientes al ritmo pausado de sus amos. Pricila, que encabezaba el grupo, ordenaba silencio, pues no se trataba de un encuentro cualquiera y nada, ni siquiera un susurro, debía interrumpir lo que estaba a punto de ocurrir en aquel vergel.

El jardín de Venus, sin ser del todo boscoso, ofrecía la ilusión de un pequeño refugio silvestre. Los falsos pimenteros daban sombra con sus ramas sueltas, y las mimosas, al menos de cuatro tipos

diferentes, mostraban sus flores orientales en racimos colgantes. Había acacias traídas del cálido Egipto, de aroma intenso, y a los lados de los senderos crecían adelfas y rosales de pétalos abiertos, marcando las lindes con su vivo color y fragancia.

Después de un rato caminando, de frases cortas y miradas largas, se detuvieron en el centro del jardín. Allí, en la calma del lugar, dos estatuas de diosas se alzaban como testigos silenciosos. La estatua de Diana, cazadora y protectora, sostenía su arco con naturalidad, y su rostro era sereno pero firme, como si supiera que algo importante estaba por ocurrir. Más allá, dándole la espalda, la figura de Venus se ofrecía al sol. Su cuerpo desnudo, apenas cubierto por un velo de mármol esculpido con detalle, parecía surgir de la propia piedra. Era la diosa del amor, sí, pero también de la elección libre y del deseo con voluntad.

Adriana se detuvo frente a la estatua de Venus y la contempló un momento. Luego miró a Valerio.

—Los dioses te han perdonado, o de lo contrario no estarías aquí conmigo —murmuró, sin miedo.

Valerio no supo qué decir y asintió con la mandíbula tensa. Solo deseaba morderla, sujetarla con fuerza para después atravesarla por la mitad.

Fue entonces cuando Adriana dio el paso. Entre las dos estatuas de blanca piedra, ella lo besó. Rápido al principio, pero pronto se convirtió en un beso largo, profundo, lleno de lo que nunca se dijeron. Ese beso arrastraba el peso de noches sin sueño, de culpas sin redención y del deseo que había crecido a la sombra de una felonía.

Adriana se separó un poco para mirarlo a los ojos.

—No lo hice por odio a mi esposo. Lo hice por amor a ti —dijo con una sinceridad que desarmó a Valerio.

—Ahora eres una mujer libre, Adriana.

—Soy una viuda joven e indefensa ante las garras de los viejos que me siguen con lascivia. Las hijas de Cayo ya no me miran como antes y pronto tendré que buscar otro lugar donde poder recibir visitas. Flavia se salva, pero Belonia y Varinia son dos demonios.

—No he dejado de pensar en ti, en tus labios, en tu cuerpo. Tu voz se grabó en mi cabeza para no dejarme comer ni dormir. Si las hijas de Albio te incomodan, yo las convenceré para que habiten en otra *domus*.

Una cadena de oro con un topacio rombo adornó su cuello de cisne.

—No quiero esconderme más —dijo Adriana, casi en un susurro—. No quiero fingir que no te deseo.

Valerio no respondió con palabras. Se acercó a ella y la besó con hambre, con una urgencia que no buscaba disculpa. Entonces, con la humedad de las lenguas enlazadas, deslizó la mano desde su prominente escote hasta su vientre, y lentamente la bajó un poco más para introducirla entre sus piernas.

Al instante, un chasquido de dedos de la *domina* hizo que las esclavas cubrieran el espacio visible, y Pricila, tras extender una esterilla de suave seda, con voz firme, les ordenó que se dieran la vuelta.

Adriana se levantó el vestido, y Valerio se deshizo de la toga y de la túnica con la torpeza de un primerizo. No dejó de devorarla con la mirada, y después de inclinarse y situarse sobre ella para unirse con su cuerpo, le dijo:

—Itálica es tuya ahora. Es tuya como lo soy yo.

Adriana, tumbada y completamente entregada, sonrió sin abrir los ojos.

—Entonces que los dioses escuchen también esto… No volveré a vivir sin placer. Sin tu placer, Lucio Valerio.

A la mañana siguiente, el sol bañaba en oro la *domus* del gobernador Valerio. Los insolentes rayos de fuego entraban oblicuos por el atrio e impactaban sobre las cortinas de su austero *cubiculum* de soldado romano. Las paredes de grisácea y roja piedra se iluminaban con vagas lucernas de arcilla del valle del río Betis.

Aquel calor le recordó que ahora estaba en el sur de Hispania, en la casa de su linaje y no en un campamento militar del norte, donde el aciago y húmedo terreno calaba sus jóvenes huesos. Tampoco había semejanza con su buena casa en Legio. Allí nunca le faltó de nada y, sin embargo, tuvo la sensación de que siempre le faltó de todo.

Vio la piel de oso con la que siempre se cubría en el lecho medio caída y plegada en el suelo. Una mueca por todo cuanto le estaba sucediendo denotó felicidad: la *domus* de su tío, el cuerpo de Adriana y, sobre todas las cosas, la satisfacción de que Itálica entera ya estaba rendida a sus pies.

Valerio jamás había sentido tal plenitud de forma en una mañana que prometía ser atareada. No cabía duda de que eran ilusiones en parte cumplidas, con pájaros revoloteando alrededor de su cabeza que lo hacían fantasear. Pero también reconocía las ganas de emplearse en tareas gubernativas a la mayor brevedad posible,

reuniéndose con todos y cada uno de los responsables de la economía de la colonia.

Una vez tuvo un sueño y parecía haberse hecho realidad. Los dioses estaban de su lado, y debía ofrecerles de inmediato un soberano sacrificio.

Vestido con túnica blanca y toga grana, abrió las cortinas para toparse con Lotus. Instruía a los nuevos esclavos, que trabajaban en el más puro de los silencios.

Luego vio a Lidia tejiendo en uno de los rincones de la casa. Desde su reencuentro, Valerio había estado evitándola, pero algo le decía en aquella mañana de sol que con las calenturientas friegas de Adriana ya había superado sus temores.

—¿Qué haces, Lidia? —Los ojos de águila irradiaron felicidad—. Ya han venido nuevos y abundantes esclavos. No deberías trabajar, solo supervisarlos.

—Es algo para ti —dijo mostrando el azul intenso de su mirada.

Sin proponérselo, lo volvió a hacer. El azul de sus ojos dejó a Valerio petrificado. Mudo. Sordo. Ciego ante ella.

No entraba en sus ambiciosos planes que sucediese algo así. Se dio la vuelta y se fue medio ahogado, sumido en un recuerdo lejano, tan doloroso en aquel instante como cuando tuvo que marcharse de crío creyendo que no volvería a verla jamás: un sencillo anillo que le entregó el día de su partida; un símbolo con el que le mostraba su eterno y oculto sentimiento.

XIII

El hijo olvidado

Flaco irrumpió furioso. La paz reinante en las termas que Cayo Albio remodeló para uso y disfrute de Adriana se vio invadida por su iracunda voz embriagada de vino.

—¡Marchaos! —ordenó.

Las esclavas fieles a la *domina* no se inmutaron. Pricila, grande y felina, hubiera sido capaz de detener los irrefrenables impulsos de Flaco, pero primero la mano y después la desnudez de Adriana saliendo del agua los calmó a todos.

—Retiraos —dijo con suave tono conciliador.

Pricila retrasó su marcha. Y antes de salir dejó claro con su desafiante mirada que no le tenía miedo. Ella era la *domina* y él, sin el amo Cayo Albio, no era más que un soldado a sueldo. Un simple consejero acogido en la *domus* para servir a su señora.

Los cálidos vapores no enfriaban el silencio, y mientras Adriana se cubría el cuerpo solo se escuchaba la respiración agitada de Flaco, como si de un momento a otro fuese a emerger de sus adentros un animal desbocado. Sus brazos nervudos y tensos acababan en puños apretados, y sus mandíbulas parecían a punto de salirse de su escuálida cara.

—Eres una puta y te gusta serlo.

—Cuidado, Flaco. Los dioses te escuchan y no respondo por ellos.

—Al menos podrías habérmelo contado.

—No tengo por qué darte explicaciones.

—Entonces ¿me expulsas de tu lado?

Adriana suspiró. La tensión le provocaba un miedo que no exteriorizaba.

—Me has utilizado para asesinar a Albio. Me has hecho creer que me amabas y que todo lo tuyo… ¡Todo esto! ¡Que compartirías conmigo todo esto! —gritó Flaco abriendo los brazos, y su voz resonó en las termas.

—Solo ofrezco lo que los dioses quieren que dé.

—¿Los dioses? Recurres a los dioses a tu antojo.

—Yo les temo. —Adriana hizo una pausa—. Yo los amo.

Flaco avanzó dos pasos para situarse frente a ella. Expulsó el aliento en su cara y la agarró del cuello.

—¡Deberías temerme a mí! ¡Puerca ingrata!

—Aprieta. Aprieta fuerte y rómpeme en dos.

El rostro de Adriana parecía desearlo, y Flaco sentía unas irrefrenables ganas de hacerlo. Pensaba que si no era suya, no sería de nadie más.

—Dime que me amas. —Las nerviosas y fuertes manos estrecharon la garganta de Adriana—. ¡Dímelo!

Tras unos segundos de locura, el gutural sonido de asfixia lo detuvo.

—Te amo —dijo ella al fin, jadeando.

—¡Me amas, pero copulas con ese bastardo de Valerio!

Adriana se arrodilló.

—Lo siento, Flaco. Sabes que lo nuestro es de verdad, pero ya te lo dije cuando nos propusieron el asesinato de Albio. Te lo advertí, hay algo en ese hombre que ejerce un poder irresistible sobre mí.

Flaco agrió el semblante y escupió cerca de ella, como si fuese un vulgar esclavo judío de la baja Itálica. De repente, como poseído por Orcus, esgrimió una sonrisa, encorvó el cuerpo hacia atrás y luego se carcajeó con fuerza desmedida.

—¿Te desposarás con él? —inquirió con el rubro lascivo de los ojos beodos.

Adriana esperó para responder. De rodillas y suplicante parecía no temerlo; sin embargo, lo temía. Y mientras pensaba, dejó resbalar la prenda fina que secaba su suave y blanquecina piel. Al instante, sus hombros y sus pequeños senos quedaron al desnudo.

—Solo los dioses lo saben, amado Flaco. Solamente ellos.

Flaco Silano no siempre se había encargado de cubrir las espaldas, hacer recuento de ganancias o dar consejo a todo un duoviro como era Cayo Albio Umbro. Quien no conociera su pasado podía pensar que sí, que fue instruido para cumplir esa función, pues era atrevido y al tiempo prudente, elegante y ducho en palabras, y además dominaba varios idiomas. No obstante, su padre jamás dio un denario por la posición de su hijo bastardo.

Años atrás, Segundo Silano se ocupaba de entrenar soldados para la colonia y, en su madurez, fue el adiestrador de los futuros gladiadores que llegaban hasta Itálica. Flaco se crio entre ellos. Convivió entre extranjeros de diferentes naciones y razas: prisioneros de guerra y presidiarios en su mayoría, convertidos en

distracción para la plebe en la arena. Así aprendió idiomas. Así conoció distintas culturas. Así, con un padre endemoniado, aprendió a odiar.

—Carne de circo —decía siempre Segundo—. Sangre de animal enjaulado para otras fieras enjauladas. ¡Solo sois eso!

Flaco, aunque nunca combatió en la gran arena de Itálica, tuvo una educación militar y fue instruido como gladiador. Ya de pequeño, siendo el bastardo, el débil, sus hermanos gladiadores lo utilizaban de madero para ensayar sus golpes de falsa espada.

Flaco sufría, pero pronto endureció el carácter. Comía con ellos, se lavaba con ellos, dormían pared con pared. Y a la edad de doce años ya fornicaba con las mismas esclavas que rotaban entre los feroces luchadores de Segundo Silano.

Como un furtivo, Flaco abandonó la zona alta donde las *domus* con su arboleda daban sombra a la parte baja de la colonia, atestada de casas pequeñas y rurales, que abastecía a la distinguida, noble y patricia.

Iba solo, sin escolta. Como si no quisiera que lo reconocieran, había cambiado la cómoda túnica por unas viejas vestiduras de soldado en las que enfundaba un gladio y un *pugio* afilado. Sin detenerse, sus andares firmes y su cuerpo recto pasaron rápidos por delante del templo de Trajano, donde el sacerdote Gallo lo miró desde la escalinata y lo siguió con el rabillo del ojo hasta verlo desaparecer en dirección a la muralla. Desde el día de la muerte de su amigo Albio, no había vuelto a cruzar palabra con él, y desde luego ese tampoco era el momento adecuado.

Llegó a la entrada del mercado, situado junto a la piedra gris de la alta defensa, alargándose con ella hasta las puertas de la zona este

de Itálica; era la más próxima a la esplendorosa arena (la más grande del imperio después del gran Coliseo romano) y al anfiteatro, desprovisto de muralla.

Flaco caminó entre tenderetes de pescado, vendedores de fruta y de artesanía hasta que cuatro palos con carnes rojas sobre una mesa lo frenaron. No le dio tiempo a girarse cuando las moscas de sangre se le pegaron a la cara. Reconocía el lugar. La puerta vieja, oscura, con un soberano falo de color grana pintado en la madera. Había llegado.

Llamó con los nudillos, dándole la sensación de que si lo hacía con fuerza probablemente la rompería. Estaba húmeda. Podrida.

—¡Está abierta! —dijo el carnicero asomando la cabeza entre otras cabezas, y lo dijo como si él viviese allí.

Flaco lo miró con asco. Le repelía el olor de la carne cruda. La realidad era que detestaba todo lo que concerniese a la zona baja de la colonia.

Empujó la puerta descuadrada y el hedor lo echó para atrás; sin embargo, se adentró cuando le llegó la inconfundible voz gangosa de un anciano que apenas podía tenerse en pie.

—¿Quién eres? ¿Eres Numérico?

La penumbra impidió que se vieran los rostros.

—¿Segundo? ¿Eres tú? —preguntó Flaco.

—¿Quién eres? —repitió el otro, ciego de vino—. ¡Yo soy el mayor hijo de la gran puta si me ofendes! ¿Me oyes?

El pincho de afilado acero brilló en la oscuridad.

—Me extraña que sigas con vida, Segundo. —Sabedor de que aquel viejo borracho sería capaz de clavárselo, Flaco sacó el gladio —. Tranquilo, no vengo a rendir cuentas con un moribundo.

—¡Puta mierda! ¡Te abriré en canal! ¿Quién eres?

Flaco, muy atento a su mano derecha, acercó una lucerna a su semblante y le dijo:

—Soy Flaco. Tu hijo.

El atentado contra Lucio Valerio tenía que estar bien planeado. Una encerrona de la que resultase imposible salir con vida por más hombres que protegieran al nuevo duoviro. Porque cuando Cayo Albio aún vivía, ser su consejero y el amante de la mujer más deseada de toda Itálica podría haber sido suficiente para Flaco, pero tras la confesión de Adriana en las termas… ¿Quién le decía que en cuanto tomase nupcias con el nuevo y vigoroso duoviro, ella no querría borrarlo de la faz de la tierra?

Una irrefrenable sensación de impotencia ante la pasión que Adriana sentía por Valerio lo devoraba por dentro. Ni siquiera eran celos por amor, sino más bien la rabia de no ser el hombre que imperase en la vasta colonia de la Bética.

Flaco, en sus afanes de grandeza, ya se había manchado las manos de sangre cuando pactó el asesinato de su duoviro y buen amigo Albio. No le importó entonces quitar de en medio a quien le dio la oportunidad de ser quien era, pudiendo abandonar la zona baja y vivir en la cumbre junto a uno de los hombres más poderosos de Roma.

No sentía remordimientos porque fue educado así. Durante buena parte de su vida fue repudiado, excluido de su familia e instruido entre gladiadores sanguinarios; y aprendió a no revelar lo que realmente pensaba o anhelaba para no mostrar un ápice de debilidad.

Después de atreverse a asesinarlo, ¿cómo no iba a planear la muerte del nuevo duoviro, que posiblemente lo privaría de todo cuanto había conseguido?

Había caído la noche y, frente a él, Segundo Silano le mantenía la mirada en su cuchitril. Era el abominable ser que le había dado la vida. Una bestia feroz que con los años se había convertido en un viejo buitre carroñero sin alas, pero que todavía, por ser el gran luchador que fue, tenía renombre en las apestosas tabernas de Itálica.

Flaco acariciaba el engastado pedrusco azul que sobresalía de su anillo. Y lo hacía para que su padre imaginara cuántos denarios podían gastarse en un simple objeto decorativo.

—¿Por qué no le envenenas? Es lo más fácil —inquirió Segundo con los ojos destrozados por el vino. Su mano trémula no había soltado el cuchillo.

Flaco negaba. Debía ser un robo, un alzamiento cristiano o una posible rebelión maura. Algo que no hiciera sospechar de posibles achares o deseos de poder.

—Cubriré de plata y gemas a quienes lo hagan. —Lo miró con asco—. Esto incluye a tu desastrada persona.

El padre, arrellanado en un camastro repleto de pieles, se carcajeó a mandíbula batiente. ¿Quién le hubiese dicho al gran Segundo Silano veinte años atrás que aquel polluelo enclenque con ojos asustadizos estaría a la altura de pergeñar un plan contra un duoviro?

—Luego tendrás que largarte de aquí, viejo.

Al decir eso, Flaco logró acallar su felicidad, y Segundo, muy enojado, escupió en el suelo de su apestosa yacija.

—¿Marcharme de Itálica? ¡Jamás! Aquí se me respeta por lo que soy.

—Entonces no habrá trato.

Flaco se levantó y le dio la espalda.

—Espera, lo haré.

El hijo bastardo se dio la vuelta y enarcó una ceja.

—Lo haré y me iré donde ni el sol ni la luna me puedan reconocer.

Flaco asintió y Segundo, pareciendo por momentos lúcido, añadió:

—Si quieres un buen trabajo, al final tendré que liquidar a los que contrate.

—Como quieras. La verdad es que no esperaba menos de ti. Así podrás quedarte con todo el tesoro. —Flaco escupió en su mano y se la tendió con firmeza—. En una semana bajaré de nuevo con el anticipo. Espero verte en mejores condiciones, padre.

Flaco recalcó «padre» con zaherimiento.

XIV

Revelación

Era una trampa. Hombres que un día se hicieron llamar amigos los rodearon. El metal de Nevio rajaba un cuello mientras que el palo de punta afilada de Aspellus se clavaba en una fea cara. Cinco hombres armados se les echaron encima y Ania, advertida por su padre, sin mirar atrás, huía con estrépito a través de la maleza.

—¡Corre tras ella! —ordenó Nevio a Aspellus.

Sin embargo, esta vez, viendo la superioridad del enemigo, el bravo mauro no acompañó a Ania, sino que se quedó a su espalda para ayudarlo.

Nevio, movido por la rabia, supo que la sangre de sus adversarios brillaría oscura como cuando él era un perro y su amo era Roma.

Tras acabar con ellos, estaba hipnotizado por el olor de las tripas desparramadas a la intemperie, y tuvo que ser Aspellus quien le dijera que había que encontrar a Ania.

—¡Ania! ¡Ania! —gritaban en mitad de la arboleda.

La pequeña, acurrucada entre ramas y hierba verde mojada, al escuchar la voz ronca de su padre decidió asomar la cabeza.

En ese instante, un esquelético puño de uñas negras la sacó del escondrijo como a una zanahoria.

—¡Padre! ¡Padre! —gritaba despavorida.

—¡Soltad las armas y no le haré daño!

—¡Déjala! ¡Tan solo es una niña!

El andrajoso que amenazaba su cuello con un cuchillo mellado tenía la mirada de un trastornado. Había visto cómo aquel gigante destripaba a sus compañeros y tenía miedo.

—¡Tirad las armas!

—Tranquilo. Mira, ¿lo ves? Ya está. Las dejamos en el suelo.

—Vale, ¡ahora largaos! ¡La encontraréis donde termina el bosque! ¡No me sigáis o la mataré!

Nevio se precipitó. Instintivamente, avanzó un par de pasos largos y el andrajoso, sintiéndose amenazado, perdió la poca sesera que le quedaba.

—¡Atrás! —gritó con los ojos desorbitados de un loco hambriento.

En un acto desesperado, colocó el cuchillo sobre los dedos de Ania y se los cortó. No le dio tiempo a situar la hoja en la garganta de la pequeña porque Nevio lo alcanzó con un descomunal puñetazo. Todo sucedió a una velocidad vertiginosa.

Ania seguía de pie, atónita. Sus ojos iban de un lado a otro viendo cómo Aspellus recogía los deditos del suelo, cubiertos de arena, mientras su padre remataba al bellaco sin piedad. Miraba su mano como si no fuese real, como si no le perteneciera. No parecía sentir dolor alguno, y lo más desconcertante era que, a pesar de la sangre que le brotaba a chorros, no emitía un solo grito. Ni siquiera un suspiro de espanto se escapó de sus labios.

—Aquí están los dos —dijo Aspellus entregando los dedos a Nevio.

Este, que le sostenía la muñeca, observaba el corte. Le sorprendía la frialdad y la entereza con la que actuaba su hija.

—Sanará —dijo con un firme asentimiento—. Hay que preparar un fuego.

Ania, blanca como la nieve, sonrió complacida. Su padre, grande y fuerte, magullado hasta las cejas, le curaría la mano.

—¿Estás bien, Ania? Tendré que apretar para detener la hemorragia. Lo entiendes, ¿verdad?

—Sí, padre, no me duele —respondió con voz serena, sin apartar la mirada de los ojos del mauro.

En aquel instante, había en Ania una calma inusual, un aplomo que no parecía venir del entendimiento racional, sino de algo más profundo, como si quisiera demostrarle a Aspellus que podía ser valiente. Tal vez era su forma de agradarle, de hacerse notar, y por eso mantenía aquella sorprendente entereza.

Nevio respiró hondo y guardó silencio. Sin embargo, su hija se expresaba con tanta naturalidad, con una calma tan sincera, que decidió seguirle la corriente. Pensó que hablar mientras se preparaba la brasa quizá no fuese una mala idea. Al principio consideró dar algún rodeo, suavizar la crudeza del tema, explicar poco a poco la vileza del ser humano. Pero finalmente optó por hablar con franqueza.

—El dinero enloquece a los hombres —dijo—. No hay honor. No hay amigos. No hay escudos. Y tienes que saber que subir a una nave no será nada fácil.

—¿Una nave, padre? —preguntó Ania, desconcertada.

Aspellus, que ya acarreaba algunas ramas y un madero seco, intervino mientras dejaba la carga en el suelo.

—Nos verán —dijo señalándose los ojos—. Nos olerán —añadió, y frunció la nariz con desconfianza.

—Lo sé —asintió Nevio—. El humo nos delatará, pero no tenemos otra opción. Tú deberás sellar la herida, hijo, mientras yo le sujeto la mano con fuerza. Enciende el fuego ya, y asegúrate de que esté al rojo vivo.

Cuando las llamas crepitaban, Nevio le entregó el gladio, y cuando Aspellus posó la hoja candente sobre aquellos pequeños dedos cortados, a la espera de un desvanecimiento o un grito que los dejara sordos, viéndose él reflejado en las pupilas de Ania, ninguna de las dos cosas se produjo. Era como una magia animalesca entre dos seres de distinto sexo que ya se amaban de manera prematura, porque ella, declarándose suya, sin saber aún que poseía todo aquel valor y coraje en sus entrañas, se lo estaba sacando y entregando por completo.

Así, una chispa parecida a la que daba comienzo a las hogueras de Volubilis había prendido potente en su corazón, dejando en el silencio casi fantasmagórico una exclamación en alto:

—¡Por Baal!(7)

Tardaron una semana en llegar a la costa de Gades, una travesía plagada de peligros que no les permitió ni un respiro. Aunque la tensión seguía presente, atrás quedaron los caminos vigilados, así como las noches sin fuego y el miedo que acechaba en cada sombra. Ahora, en el puerto, sus cuerpos y sus voces se perdían entre el griterío de las idas y venidas de los cientos de personas que, como ellos, deseaban cruzar el estrecho.

En Baelo Claudia, antiguo asentamiento bástulo-púnico, se encontraba el puerto que enlazaba con la colonia de Tingis en

Mauritania. La bahía, sumida en un caos vibrante, era una masa en constante movimiento: barcos que arribaban y partían, comerciantes que regateaban a gritos y viajeros apurados que se entremezclaban con los lugareños.

En el descargadero, Nevio, sin soltar un segundo las manos de los niños, no daba crédito a los destrozos provocados por las tribus africanas del norte. De inmediato, al encontrar miradas de desconfianza, tiró de su hombrera derecha para cubrir la marca de la legión. No era la primera vez que estaba allí, pero el recuerdo de lo que fue aquella ciudad nada tenía que ver con lo que veía; las incendiadas naves que de seguro quemaron en la huida, así como las estatuas presenciales de los antiguos césares decapitadas, mostraban el resabio acumulado de un pueblo, la sangre derramada y el desacato contra todo lo que tuviese que ver con Roma.

Frente a una derruida fábrica dedicada a la conservación de atunes en salazón, se vieron rodeados por los palos verticales de los andamios que, fijados al terreno, atestaban la zona. El batiburrillo de obreros y escultores, pescadores, comerciantes y pasajeros que pretendían cruzar el estrecho imposibilitaban el paso a las embarcaciones del muelle.

Nevio entendió que no podían más que esperar y sentir en el paladar el sudor de los esclavos que trabajaban a destajo, de sol a sol, mientras los capataces los observaban con el látigo bajo la sombra de una techumbre de tela.

Un carro con decorados ocres se abrió paso y empujó a las gentes hacia los lados.

—¡Es Druso, el mercader! —se oyó.

—¡Dejad paso! —bramó el auriga que lo acompañaba, fustigando a los caballos.

Dos carros repletos de lana agrandaron los ojos de Nevio. El estruendo de las ruedas y el polvo en el aire despertaron su ingenio y, como le sacaba una cabeza al más alto de los hombres, empleó los codos para abrir una brecha y colarse con los niños hasta la primera línea.

El auriga, un moreno de impresionante musculatura, levantó la mano dejando tres dedos rectos al aire.

—¡Yo! ¡Mis hijos y yo lo haremos!

—Necesito hombres, no niños. Nada más que tres. Solo tres.

Entonces señaló a dos que se encontraban situados detrás de Nevio. Pero este, como un oso pelirrojo, abrió los brazos y los retuvo.

—¡Un momento! Sabemos tratar la lana. El trabajo de tres hombres lo haré yo solo si a cambio nos permitís embarcar.

—Ya tengo quien trate la lana —dijo con desdén.

Druso, que dirigía los carros para la descarga de los fardos en las embarcaciones, se los quedó mirando. Primero, como era lógico, a Nevio, pues parecía crear problemas, pero luego observó con detenimiento al espigado Aspellus.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Tartos, el auriga, levantó las dos palmas hacia arriba, se encogió de hombros y arrugó un carrillo.

—No tenemos dinero, señor, pero sabemos trabajar —insistió Nevio.

—Lo que necesitamos son brazos —repitió Tartos.

—¿Es tuyo el niño? —preguntó curioso Druso, señalando al mauro —. ¿No habla?

—Como si lo fuese. Aspellus no es muy hablador pero es fuerte, y mi hija Ania también. No se arrepentirá. Seremos buenos pasajeros.

Druso miró a los hombres que tras los brazos del coloso empujaban, codeaban y pisaban sus talones sin apenas moverlo del sitio. Y Nevio parecía un tronco anclado al centro de la tierra. «¡Impresionante!», pensó justo en el instante en que la guardia portuaria romana se les acercaba.

—Tartos, amigo mío —dijo con lenidad—. Siempre hay lugar para manos pequeñas y hábiles. Los niños pueden adelantar tajo en el relleno de colchones, almohadas y cojines. Selecciona tan solo a un hombre para que ayude al romano taheño.

—Nevio, soy Emilio Nevio, para servirle.

A Druso se le escapó una sonrisa de pirata. Era un mercader tingitano muy respetado tanto en Mauritania como en toda la costa de la Bética. Pasaba todo tipo de género por el estrecho, e incluso en ocasiones, cuando el bocado resultaba sustancial y era escoltado por birremes o trirremes, se atrevía a dirigir sus *embarcaciones* por el ancho *Mare Nostrum*.

Por su parte, Tartos era un obediente empleado que jamás rechistaba. Un africano leal a Druso, que consideraba como única respuesta a sus órdenes el recurso afable de la aseveración.

Ambos, tanto el dueño de la mercadería como su fiel acompañante, poseían rasgos finos y sanos que, aunque agradables, no se hallaban exentos de fuerza y carácter. Esa presencia imponente, pulida por años de peligros en el mar, no era fruto del azar. Un hombre como Druso, ataviado con la mejor seda de Roma,

no llegaba a ser «el elegido» para manejar el comercio entre Hispania y Mauritania así como así. Aquella empresa comercial necesitaba de hombres capaces de hacer cualquier cosa con tal de que su producto alcanzase la orilla opuesta, pues piratas, oportunistas y timadores de mal vivir siempre estaban al acecho. Por ello, para tratar con Roma se requería de un talento innato. Es decir, era un cacique agradable y flexible con su gobernación, pero al tiempo con una guardia inexpugnable para imponer respeto.

—Druso es un buen hombre —dijo el que acompañaba a Nevio en la carga de los fardos de lana en el muelle—. Ofrece trabajo, y a los mendigos les da comida con cobijo en un almacén que tiene en el puerto.

—Supongo que es la mejor manera de que te respeten por aquí.

—¿Lo dices por la mezcla de razas en Baelo? —El hombre, de rasgos mauros, levantó la ceja.

—En parte sí, pero también lo digo porque estoy cansado de ver cómo Roma utiliza el látigo para doblegar a los esclavos.

—No solo a los esclavos —dijo tomándose un respiro—. Lo que ha ocurrido aquí es consecuencia de la degeneración y el abuso de unos pocos ricos contra muchos pobres. Lo que sucede en Mauritania solo lo saben los mauritanos.

Nevio, sin verlo, lo entendía perfectamente. En sus ojos se preveía la mirada de la esclavitud.

—Soy Etuba.

—Yo, Nevio.

—¿Y por qué quieres atravesar el estrecho, Nevio?

Nevio ya tenía pensada la respuesta para aquella pregunta porque posiblemente se la harían muchas veces durante el viaje.

Demasiadas para alguien que huía de los dueños del mundo conocido, sintiendo que lo acechaban ojos por todas partes.

—Nos instalaremos con la familia de Aspellus.

El mentón barbudo y cobre apuntó al pequeño que se hallaba junto a Ania en cubierta.

—Aspellus es un nombre romano y él es mauro.

Nevio no contestó. Se hizo el sordo, y cogiendo otro fardo por el envoltorio de mimbre le devolvió la pregunta.

—¿Y tú? ¿Por qué quieres ir a África?

—Soy libre y regreso a casa. —Sonrió mostrando el blanco de su amplísima dentadura—. ¡Libre como el viento! —Etuba alzó sus grandes manos morenas para sentir la brisa marina del atardecer.

Nevio rara vez había conocido a un hombre de raza negra que fuera libre, e imaginó la forma en que Etuba pudo haber logrado aquel escasísimo mérito.

De pronto, el escalofrío por la sospecha lo dejó pensativo. «¿Quién no llevaba las manos manchadas de sangre en aquella embarcación?». Nevio, algo pacato, miró a los cuatro puntos cardinales del muelle. Los cazarrecompensas, los buitres, seguían planeando sobre sus cabezas. Sí, se dijo, habían logrado dar un paso más, poseían nave y rumbo, y el viento comenzaba a inflar las velas. Pero el peligro no desaparecía solo por perderlo de vista. Y él lo sabía: «Mientras uno cargue con su historia, ningún mar es lo bastante ancho», se dijo.

El estrecho se abría ante ellos como una herida líquida entre dos mundos. La costa de Hispania se alejaba lentamente mientras África

ya se revelaba al otro lado. El viento empujaba las velas con una dulzura inesperada, y por primera vez en mucho tiempo el mar parecía estar de su parte.

A bordo, el silencio tenía un peso diferente: ya no era temor, sino algo más cercano a la esperanza o, al menos, a un breve descanso. Los cuerpos, cansados pero enteros, comenzaban a soltarse. Las miradas, antes recelosas, se cruzaban sin tanto filo. Entre redes, fardos y tablones de madera salobre, los nuevos pasajeros eran ya parte del paisaje.

Fue entonces cuando Ania empezó a recuperar el color. Las rosetas de su cara fueron ganando intensidad a medida que el buen alimento entraba en su cuerpo. Su descanso se iba amoldando a las ininterrumpidas horas de la noche, y hasta el pelo le estaba cambiando, adquiriendo esa tonalidad tan de su madre que rozaba el negro azabache. La niña, de atrevida mirada y osado pensamiento, arropada por una sana tripulación, y por supuesto por Aspellus, se hacía querer por todos ellos. El vendaje de su mano, aunque simple, despertaba una tierna protección en aquellos hombres de mar, que veían en su fragilidad un motivo más para cuidarla. Mucho tenía que ver en el asunto su padre, quien después de contar sus buenas intenciones en Mauritania fue acogido como un miembro más de aquella marinería tingitana.

En la punta de la nave, Nevio lanzó un suspiro. Después de tantas desgracias tormentosas, aquel pedazo de mar, curiosamente calmado, les ofreció un respiro. El sol que comenzaba a ocultarse en el horizonte tiñendo las aguas de un tono rojizo parecía devolverle la ilusión de estar a salvo.

Druso, a quien no se podía engañar con cuentos de pastores, lo caló rápido en el puerto. Llevaba muchas idas y venidas en aquellos cascarones como para creerse que un gigante de taheño pelo desease abandonar su tierra, su hogar, para iniciar un largo viaje sin dinero y con dos niños pequeños.

—¿Dónde cumpliste servicio, romano? —le preguntó poco antes de pisar tierra.

Nevio lo miró con recelo.

—Soy un cabrero que se ha quedado sin trabajo. Solo eso.

—A mí puedes contarme la verdad. He visto tu cuerpo cuando te lavabas, y esas marcas en tu cara y tus costados no son las de un cabrero.

—Digo la verdad.

—Sé cuándo un hombre esconde algo. Y tú lo haces.

Nevio se atusó la hirsuta barba pensando que no debía acudir a engaños, pero dudó. En ese momento amistoso resultaba fácil dejarse llevar por el deseo de querer mostrarle su agradecimiento, pues sin duda habían sido acogidos por un hombre piadoso. Pero de ahí a contar su verdad… Un hombre podía ser piadoso y, aun así, no ser honrado.

—Llevo toda la vida luchando con los lobos hambrientos que bajan de las montañas y matan a mis animales —contestó.

Druso sonrió como un filibustero y luego negó con la cabeza para hacerle saber que a él no podía engañarle.

—Como quieras, amigo Nevio, pero solo se puede ayudar a quien se deja —respondió sin perder la sonrisa mientras comenzaba a alejarse—. ¿Sabes? —dijo dándose la vuelta—. La tierra de Mauritania no es menos hostil que la provincia hispana de la que

procedes. A pesar de haber luchado por el imperio, en tu cara llevas la marca de la ira contra Roma.

La dura mirada de Druso se clavó en la de Nevio para ponerlo a prueba.

—Sé lo duro que es no tener nada —continuó—. Pensarás que Roma me lo da todo, pero debes saber que también le quita todo a mis hermanos. Por eso ayudo a los que un día se alzarán contra ella.

Nevio desconfiaba de tanta franqueza. ¿Por qué le contaba un secreto así, sin más?

—Reconozco un rostro en cuanto lo veo, y ese niño que va contigo… a ese niño lo he visto antes.

La mirada de Druso seguía incrustada en los ojos de Nevio.

—Voy a ver cómo están Ania y Aspellus —dijo para quitarse de en medio.

—¡Romano! —Druso alzó la voz, pero al instante pausó su temperamental y electrizante figura, como si una luz se hubiera encendido en su cabeza—. Ya creo saber quién es ese mauro. —Unos fogonazos: dibujos, ojos y frases llamearon en su cerebro—. Hay una prueba que es inequívoca. ¡Aparta!

Con ojos inquietos, Druso aceleró el paso y cruzó la nave seguido muy de cerca de un preocupado Nevio.

—Pero ¿de qué estás hablando, Druso? No entiendo nada.

Aspellus se hallaba con Ania jugando a las palabras cuando sintió por detrás un inesperado zarpazo en la cabeza; alguien le levantaba las greñas para dejar al aire un fino cuello desnudo y tatuado.

Druso, con las manos abiertas, estalló en carcajadas que le salían del mismo estómago.

—¿Quién es? —preguntó Nevio con angustia.

—¡Ascalis! —dijo emocionado, fundiendo su mirada con la del niño, que asintió—. ¡Yo conocí a tu padre!

Luego levantó el puño apretado y dijo en alto para que todos lo oyeran:

—¡Contemplad, mauritanos! ¡He aquí a Ascalis, hijo de Ascalis de Volubilis, caudillo mauro y azote de los romanos!

Todos se arremolinaron.

—¡Levántate, chico! ¡Deja que te vean! —ordenó Druso.

Pero Aspellus no pensaba levantarse sin el permiso de su nuevo padre. La complicidad de sus miradas era tan profunda como hermosa en esos momentos, y no obedecería a nadie si Nevio no daba su visto bueno.

—Levanta, hijo, haz caso. Algo me dice que todo saldrá bien.

XV

Llorar por ti

Lidia era todo lo contrario de lo que se suponía que debía ser una patricia con denarios. Hija de un político mediocre, siendo una niña la enlazaron con el hijo de otro político bien enraizado en el imperio. Concretamente, un *pater familias* instalado desde hacía un lustro en el mismo corazón de Roma, cuyo voto resultaba vital para el emperador Antonino Pío.

Montada en un carro con guirnaldas blancas, se marchó sin saber que difícilmente podría regresar: quizá no volviera a ver la casa, los jardines y los patios donde jugaba con sus primos al escondite, al aro o al cabeza o nave con monedas nuevas y brillantes que le traía el tímido de Lucio Valerio.

Lidia era buena en todos los aspectos porque sus padres, sobre todo su madre, Paulina, también lo eran. Como no tuvieron hijos varones, ya que los dos primeros murieron de fiebres, educaron a su única hija con el objetivo de casarla con una familia rica y prestigiosa, para así mantener su buen nombre en Itálica.

Años atrás, cuando el padre de Lucio se enteró del compromiso lejano de Lidia, le dijo al padre de esta:

—Suerte para algunos y desdichas para otros.

—¿Lo dices por tu hijo Lucio? Es Roma quien acude a ella. No puedo negarme. Además, mi sobrino es un niño guapo, se hará fuerte y tendrá a quien quiera. Lucio está destinado a ser como tú. Su futuro está diseñado a tu imagen y semejanza para algún día, después de comandar las legiones de Roma, regresar a casa y gobernar la colonia.

—Que los dioses te oigan y que los años venideros sean de mucha paz. Pero insisto en que es una lástima que Lidia tenga que dejarnos. No sé cómo se lo tomará Lucio porque está loco por ella. Antonia me ha dicho que le ha hecho un anillo a escondidas.

—Entonces deberás hablar con él. Explicarle las prioridades para con Roma. Cuanto antes lo entienda, antes dejará a un lado el capricho.

Lidia no fue todo lo feliz que podría haber sido con Servio, y no porque no estuviera bien atendida o no se sintiese amada. Al contrario, en ese aspecto, no tenía queja alguna. En cambio, su vida le resultaba ajena. Su esposo era un hombre complejo, extraordinariamente extraño, metido en intrigas engorrosas de las que no podía formar parte.

Ella tejía, daba paseos por la villa y lo esperaba. Sin un hijo para acunar, sus días eran sosos e inútiles, pasando la mayor parte de su tiempo así, mirando la vida a distancia, tejiendo y soñando con que algún día su esposo dejara sus obligaciones en Roma y regresaran a su verdadero hogar, Itálica. Allí sí que serían felices porque estaría con los suyos. Deseaba volver junto a su madre, a quien tanto echaba de menos; y él, con empeño, al fin la dejaría preñada, con la paz que le proporcionaría un cargo menor junto a su padre.

Fueron aquellas intrigas de Roma las que acabaron con Servio. Eso fue lo que Lidia dedujo, porque un día se presentaron en la villa unos maleantes pagados por senadores corruptos y preguntaron por él. Dijeron que les debía un dinero y que si no cumplía, regresarían. Y esa vez no se irían con las manos vacías, sino que llevarían antorchas para quemar la villa entera.

A los pocos días, Lidia se enteró de que su marido había sido quemado a las puertas de un prestamista, en el mismo centro del Aventino. Ese era el precio por ser senador de Roma y estar en desacuerdo con algunos corruptos. Y ella… ella… ella, en aquellos días, tan solo quería morir.

Pasó un largo tiempo de angustia con la madre de Servio. Años amargos que, sin ver la posibilidad de marcharse y dejar todo aquel pesar atrás, la fueron sumiendo en un pozo muy profundo de melancolía. Pero un día, otra pena llegada de Hispania la obligó a regresar. Su anciano padre había fallecido y su madre Paulina, sola en Itálica, requería su presencia. ¡Cómo imaginar que una pena se borraría con otra pena!

—Mi madre, anciana y viuda, necesita de su hija viuda —le dijo a la madre de Servio.

—Yo también soy anciana y viuda, y necesito de tus cuidados. Si te marchas, no te llevarás ni un solo dinar de las arcas de mi casa.

Lidia decidió romper todo lazo con la familia de Servio y regresar a Itálica. No tendría riqueza, pero se reencontraría con su madre, que para ella era como tener la mayor de las riquezas acumuladas, tanto en sueños como en realidades soñadas.

Tras la muerte de su hermana Antonia, segunda esposa de Máximo Valerio, antiguo duoviro de Itálica, tíos del legado Lucio

Valerio Nepos, de la legión VII, Paulina se hizo cargo de los terrenos de estos y, con pocos recursos, tuvo que vender su casa para irse a vivir a la *domus* que un día fue compartida por Antonia y ella.

—¡Días felices que ya no regresarán! —dijo Paulina.

—Estoy aquí, madre, y mi alegría le dará alegría. Ya lo verá.

Lidia era excepcional. Ya de niña lo era. Sin necesidad, tenía el don de la servidumbre y la cariñosa entrega. Y como no podía permitirse esclavos, lo hacía casi todo en la *domus*. Pero tras los primeros días de dicha por su regreso, la anciana disminuyó en fuerzas. Parecía como si el último de sus deseos ya se hubiera visto cumplido y diera por concluido el camino acatado para con los dioses.

Paulina, cada vez más deteriorada, se había instalado en una de las habitaciones que más recuerdos le traía. Ya era poco menos que la sombra de una lucerna, y no se movía del lecho.

Cuando llegó a la casa el rumor de que el legado Lucio Valerio Nepos regresaba a Itálica, en una de esas noches en las que hacía por recordar en voz alta, soltó el secreto que su hermana Antonia le reveló antes de que Lidia partiera a Roma.

—No diga esas cosas, madre —respondió Lidia, azorada.

—Es completamente cierto, hija. Ese niño convertido ahora en general de los ejércitos de Roma en Hispania, poco antes de tu marcha, realizó un anillo para ti. Su padre le confesó a tu padre que Lucio se hallaba enfermo de amor por ti, una niña juguetona e inocente, aunque yo te veo igual de niña que aquel día. Los mismos ojos y la misma mirada clara sin maldad. ¡Ay, hija, ahora que el tiempo me quiere convertir en cenizas, siento tanto que tuvieras que marcharte! Si algo aprendimos tu padre y yo fue que el dinero para

conservar la estirpe solo es metal afilado para disgustos, pues el verdadero poder del linaje se encuentra en no perder ni a uno solo de los miembros de la familia. ¡Qué contento se hubiera puesto tu padre por tu vuelta!

El día que Valerio regresó a casa y volvió a encontrarse con los ojos azules de Lidia, Paulina vio en el interior del legado la chispa del deseo. A pesar de los años transcurridos, todavía albergaba dentro de sí la materia prima tan vital y traicionera que, con apenas un chasquido, podría prender de nuevo el fuego olvidado.

A la mañana siguiente, una brisa casi veraniega despertó a Paulina, y comenzó a mirar a Lidia de esa forma en que miran las madres cuando están traviesas.

—¿Qué ocurre, madre? Le brillan los ojos mucho. ¿Se encuentra bien?

—Mejor que bien. La llegada de Lucio a esta casa ha dado energía a mi cuerpo y a mi mente. ¿Es que no te diste cuenta?

—¿Darme cuenta de qué, madre?

—Lucio sigue conservando la llama y no te ha olvidado.

Lidia era consciente de lo que podía provocar en un hombre con su mirada. Era penetrante cuando la fijaba, y cálida cuando dejaba caer sus párpados y sus largas pestañas.

El recuerdo de un niño tímido, calado hasta la médula por acariciarle las manos o robarle un beso, le llegó de lleno y sonrió.

—Claro que sí, mi adorable hija. Por supuesto que lo has visto igual que yo, pero ahora lo importante es saber si tú sientes algo por él.

—Por él solo siento admiración y el cariño de la sangre.

—La sangre, la sangre… —Paulina cimbreó la cabeza negando la tontería. Había escuchado tantas veces aquello de la sangre que la amargaba—. Ahora te espera una labor importante, Lidia. Sé que Lucio no es aquel chiquillo que jugaba contigo a las monedas, eso lo sé. Aquel niño de mirada tímida, de la noche a la mañana se hizo legionario; un militar con poder, y sé que un hombre de ese calibre puede llegar a comportarse como una bestia, pero también sé que su padre lo adiestró para el honor y muy probablemente conserve ese sentimiento de la niñez por ti, porque el primer amor nunca se olvida.

Paulina, viéndose reflejada en las azules y acuosas pupilas de su hija, tomó aire y añadió:

—Lidia, soy vieja y no puedo caminar derecha, pero sé indagar en el corazón de un romano y en vosotros dos vaticino la dicha.

Con la llegada de sirvientes, esclavos y libertos, mujeres y hombres al servicio del nuevo duoviro, Lidia se vio como cuando estaba casada. Un objeto a quien hacer reverencias o preguntar dónde va esto o aquello, si estaba bien la comida, el vino o las plantas provenientes de países lejanos que tanto le gustaban al *dominus*. Así que, salvo tejer y dar paseos por la villa, poco podía hacer en la casa.

Fueron días en los que Lucio la esquivaba, y Paulina sufría.

—Será por sus obligaciones como gobernador. ¡Son tantas! Cuando él se vea tranquilo, se te acercará y entonces…

Sin saber que Lucio ya se había comprometido con Adriana, la anciana regresaba a las largas horas en su lecho, se acurrucaba y se escudaba en aquellos pensamientos.

Pero los días pasaban, y Lucio le dedicaba a Lidia poco más que una furtiva mirada. Como un buen sobrino y primo, cuidaba de ellas, pero nada más.

Lidia tejía una manta para Valerio. Esa tarde de pájaros tranquilos picoteando sobre la poca hierba recién cortada, Adriana se presentó ante ella. No habían anunciado su llegada y el encuentro fue rotundo en el jardín. La mirada de Adriana chocó como metal candente contra una piedra suave y lisa, pero, en definitiva, una roca dura e inexpugnable.

Lidia, *pugio* sin filo, y Adriana, gladio afilado por ambos lados, se saludaron. La dulzura de su cara, que recordaba al tibio sol, el peinado y la túnica roja que vestía Lidia fueron lo que hizo que Adriana adivinase sus pretensiones para con Valerio.

Lidia la reconoció al instante.

—Soy Adriana. ¿Y… tú?

—Soy Lidia, prima del gobernador, amo de esta casa.

Se percató de que la joven viuda de Cayo Albio era algo más que una amiga que venía de visita y por sorpresa.

—Lucio no está. Suele llegar cuando se esconde el sol.

Adriana asintió. ¡Qué extraño se le hacía escuchar ese nombre! Referirse a su amado duoviro por Lucio y no por Valerio, como le confesó que prefería que lo llamasen, le resultaba chocante. Le sonaba dulce y cariñoso saliendo de los labios de esa mujer de piel nívea y mirada azul.

—¿Te apetece algo de comer?

—No, gracias, no suelo comer por las noches. Lo hago desde que era pequeña.

—Todavía quedan algunos rayos de sol —dijo Lidia sacando a relucir una sonrisa bondadosa y convincente, pero que por los mismos motivos no le gustó nada a Adriana.

—Vino —respondió con sequedad—. Un poco de vino, sí —dijo a sabiendas de que una mujer no debía beber en público.

Al instante, Adriana se vio rodeada de esclavas que trajeron vino y la invitaron a sentarse junto a Lidia, que la miraba con ojos de admiración.

—Sentí mucho lo de tu esposo Albio. En esta casa se le quería de verdad. Era muy respetado.

—Fue un duro golpe de los dioses, pero ya todo está en calma. —Adriana compuso una expresión taciturna y sus ojos negros la miraron de soslayo—. Y… tú vives aquí con tu marido, supongo. No recuerdo haberte visto en ninguna de las tertulias ni en los festejos de mi difunto esposo, y realmente soy buena reconociendo rostros.

—He vuelto a casa no hace mucho. Mi marido también murió.

—¿Pero vivíais aquí? ¿En la casa de Valerio?

—Yo me fui de Itálica siendo una niña para desposarme con un senador de Roma.

—¡Roma! Nunca he estado en Roma.

Adriana podía haberle devuelto esa misma mirada de admiración que Lidia le ofrecía; en cambio, se limitó a ocultar sus gestos tras la copa de vino.

—No te pierdes gran cosa. Se habla de ella como algo insuperable, pero no es tan maravillosa como la pintan los emisarios de la misma Roma. Hay demasiada violencia y ambición entre sus murallas.

—Lo imagino. Donde existe grandeza, se cohabita con las más grandes miserias.

—Así es. Mi marido murió con tormento, y al quedarme sola regresé a Itálica junto a mi anciana madre, que necesita de mi ayuda.

—Entonces ya somos dos con igual desgracia en cuanto a maridos.

Tras decir esto, una gota de vino resbaló del vaso de Adriana y le cayó en el vestido, que se tiñó de rojo. Ambas lo vieron, pero si Lidia pensó en alegrías, Adriana lo interpretó como un mal augurio.

Una voz débil salió del interior de la casa.

—Es mi madre —dijo Lidia, y acudió rápido a su encuentro.

Paulina apareció caminando muy despacio, apoyándose en un bastón y agarrada del brazo de Lidia.

—Cuánto honor tenerla aquí, señora —dijo Paulina, no sin dificultad—. Veo muy poco, pero la reconozco porque su belleza es inconfundible.

Adriana, todavía sentada, infló el pecho y asintió agradecida.

—Esta casa ha estado demasiado tiempo vacía de olores de juventud, y ahora, desde la llegada de mi sobrino, de repente todo ha cambiado.

Todavía en pie, apoyó ambas manos en la empuñadura del bastón. Trémula, se quedó mirando a Adriana. «¿Qué busca en nuestra casa la mujer más codiciada de toda la Bética?», se preguntó. El amargo silencio de Adriana corroboró su temor, y Paulina, quebrada de cadera, perdió el equilibrio y cayó al suelo.

La desgracia había regresado en forma de dolor. Un disgusto que punzó más en su corazón que en cualquiera de sus desgastados

huesos, ya que en la reluciente figura de Adriana vio que su hija Lidia no tendría opciones para unirse a Lucio.

Paulina pasó dos semanas de agonía que solo evidenciaron un doloroso y tardío final. Ella pidió que le dieran pronta muerte, y un veneno veloz que le detuvo los pulsos fue la orden impuesta por Lidia.

—El llanto por ti será el llanto de mi promesa, pues juro, madre, que todos los días rezaré a los dioses para que se cumpla tu sueño. Esta casa florecerá y se llenará de hijos que lleven tu sangre.

Paulina se conformó con esas palabras antes de dar su último y más leve suspiro.

XVI

¡Vivos! ¿Me oyes?

Tras los sofocantes calores del solsticio de verano, cuando la primera lluvia regase los sedientos cultivos y las casas se colmasen de bendiciones hacia los dioses, tendrían lugar las nupcias entre el nuevo duoviro y la joven viuda de Itálica. De ella, si bien era querida por buena parte del pueblo, se había empezado a recelar tras la trágica muerte de Cayo Albio. Su fama de misteriosa sacerdotisa, que se había extendido como el viento entre el populacho, acrecentó las sospechas de si la muerte de su esposo no había sido provocada de extraña manera, y apuntaban a esa forma que tenía ella de entablar conversaciones con el hacedor del universo que todo lo veía, todo lo escuchaba e incluso todo lo tocaba.

Mujeres que por las calles la vieron de cerca, decían a sus maridos que Adriana escondía el mal en su mirada. Que Cayo Albio fue traicionado por su esposa para así quedar libre y después casarse con el nuevo y apuesto duoviro, Valerio Nepos.

El ruido vago, sordo y continuado que surgía de la población no benefició en absoluto a las nuevas medidas gubernamentales que propuso su prometido: la subida de impuestos y la exigencia en la producción comenzaron a dividir más si cabía a las dos Itálicas.

Incluso los patricios mostraron su desacuerdo en la curia porque veían mermadas sus ganancias.

Aun así, la lluvia intensa ya había empapado la tierra y el templo de Trajano se preparaba para casar a Valerio y Adriana, pues en acuerdo quedó que el enlace no se celebraría en una *domus*, como era costumbre, sino ante todo el pueblo de Itálica. El rojo y el blanco de sus ropas, bajo la tenue luz de los hachones, se mezclarían con el suelo de jaspón de la sala central, esperando la llegada de la luz del sol que entrase por la abertura superior del templo. Los murmullos de las gentes llenarían el aire, mientras cada mirada guardaría respeto ante la estatua del divino emperador Trajano, testigo silencioso de la unión que estaba por consumarse.

Lejos de allí, en su *domus*, Gallo, sentado a la sombra de las pérgolas, miraba de reojo la seda recién colgada en una percha. Al sacerdote le complacía estrenar un atuendo color marfil, más delicado que el de su esposa Tulia, cuyas rollizas carnes pretendía ocultar siempre. A esa hora temprana, ella tragaba una gollería recién horneada y él ensayaba la oración. Al mismo tiempo, admirando aquella sedosa toga, se preguntaba por qué, aun pudiendo, era incapaz de proponerse en firme yacer con otras hembras. «¿Será por amor?». Gallo se respondía que no. Que un hombre como él no se podía permitir el lujo de amar a nadie salvo a los dioses. Sin embargo, mientras observaba a su esposa, una parte de él se distraía con la figura de la afamada Adriana, recordando los movimientos obscenos que, de algún modo, lograron excitarle. «Tulia es una buena esposa que cumple con sus deberes, y ella sí que me ama». En ese instante, la veía comer con avidez, tragando un dulce con mermelada de ciruelas pasas, y en su rostro hinchado,

Gallo detectó el sumo placer de la ingesta. Fue entonces cuando la idea cruzó su mente: «Es el respeto y el compañerismo. Mi palabra jurada ante los dioses de que nunca le sería infiel».

Pero, por otra parte, estaba convencido de que si empleaba todo su poder podía lograr lo que se propusiera. Incluso a la joven viuda, que con sus dotes y capacidades innatas para danzar era capaz de poner del revés a un hombre tan divino como él. Tal vez ese fuera el secreto de por qué Adriana atraía la atención de los dioses. Quizá, por ese burdo aspecto de prostituta con laurel, Júpiter llamaba a los dioses menores pidiéndoles que le prestaran su atención.

Gallo sonrió a Tulia, y a continuación levantó una ceja con gracia. No siendo locuaz, era su manera de agradecerle que hubiera puesto a trabajar a todas sus esclavas para que confeccionasen aquella magnífica vestidura tan ligera y suave como la pluma de una codorniz.

En su silencio, ya se veía a pleno sol en la más alta piedra veteada de cuantas había frente a su templo, sobresaliendo su cuerpo entero sobre los cientos de animosas y fervorosas cabezas que clamarían su nombre. Luego, cuando la pareja llegase, él descendería las escalinatas exteriores. Lo haría rodeado de sus veinte sacerdotes inferiores con una reforzada guardia que, actuando de barrera, lo mantendría a una distancia suficiente como para no ensordecer ante el vocerío popular. Ellos, los exaltados, gritarían «¡Valerio! ¡Adriana!» hasta la saciedad. Hasta que él, de nuevo en la cumbre de piedra, ordenase con sus gruesas manos el laudable silencio.

—Será un día hermoso para Itálica —dijo Tulia sosteniendo en el aire otra golosina.

Gallo sonrió, pero al segundo alzó la barbilla para contemplar el inmenso cielo que, enjaulado por nubes y alborotadores pájaros, no podía ejercer de espejo en el que ver reflejado su vanidoso rostro. Cerró los ojos y visualizó el momento con pausa.

—Perdona que interrumpa tu meditación, Gallo, pero hay rumores —dijo Tulia.

El sacerdote abrió un solo ojo.

—Sé a qué molesto zumbido te refieres, querida.

—Yo no creo que ella perpetrase aquel atroz asesinato. Adriana amaba a nuestro amigo Cayo y a sus hijas.

—Y Cayo la amaba a ella. La respetaba mucho —respondió Gallo.

—También se rumorea otra cosa. Muchos que conocían a ese cabrero aseguran que sería incapaz de atentar contra quien fue su padre en la batalla. Un hombre que siempre le mostró absoluta fidelidad.

—Sin embargo, yo lo vi con mis propios ojos, Tulia. Estuve hasta tarde con ellos y sé cuándo un hombre está fuera de control por el vino. Yo vi la sangre de Albio en su gladio. Mis ojos no pueden engañarme. ¡Llevaba una cruz en el cuello!

Tanto Tulia como Gallo no entendían aquellas molestas insinuaciones. ¿Acaso no bastaba con la palabra del sumo sacerdote?

—Cada vez son más los que no soportan el yugo —dijo Gallo—. Son excusas inventadas por los revoltosos de siempre, y los entiendo —concluyó, con una lenta caída de sus párpados y un leve encogimiento de hombros.

Su comentario inquietó a Tulia.

—Son los que acabarán con Itálica.

—No, esposa mía, no debes preocuparte. Esos insurrectos son los que ensalzarán el poder de nuestro nuevo gobernador ante Marco Aurelio. Y yo, aunque me pese, pues al pueblo hay que darle cuerda y no atarlo en corto como a un perro rabioso; yo, el sumo sacerdote de esta fabulosa colonia, estaré de su lado. Siempre al lado de Roma.

—Qué grande eres, esposo mío. ¡Qué grande!

El cortejo a pie seguía a un Valerio Nepos que parecía exultante. En cambio, la alegría que mostraba su semblante no se correspondía con el sentimiento que le recorría los brazos, las piernas y el pecho henchido. Algo dentro de él no encajaba, una sensación que no podía ignorar. Unas horas antes, mientras las esclavas de la casa le estaban atendiendo, Lidia le devolvió el regalo que le hizo de niño. Una modesta sortija de plata que había conservado con cariño.

Mientras él hacía como que no entendía nada, el rostro de Lidia reflejaba una expresión tierna de enhorabuena.

—Me emociona que al fin te desposes —le dijo.

¿Cómo adivinar los pensamientos de Lidia? ¿Cómo suponer que aún guardaba aquel sencillo anillo que simbolizaba su amor por ella? De haberlo sabido, tal vez… Pero no. Ya no. Valerio sentía una desbocada pasión por Adriana y en minutos se desposaría con ella. Estaban hechos el uno para el otro y los dioses lo premiarían.

Valerio, como siempre hacía cuando se hallaba ante sus enormes ojos azules, calló, cerró el puño y, apretando el anillo, le dio la espalda y se fue. Su sangre conocía la dignidad de los gestos, y aunque cada vez que la tenía frente a sí los sentimientos de

liberación y de orgullo eran casi incontenibles, se contuvo. Ante ella no le dominaban los demonios como cuando abusó de aquella inocente vaquera. Tampoco había impulsos violentos y deseo de apoderarse de su carne como le sucedía con Adriana. Era algo más profundo, un frenesí inmediato que al tiempo le causaba una paz imposible de calcular.

Ahora iba descendiendo los desniveles entre casas y espacios cerrados en dirección al templo. A su lado y ojo avizor, Paulo Graciano, su centurión, iba seguido de seis de los hombres en quienes confió tantas veces su vida. Y a su otro lado, con pasos cortos pero muy ligeros, Lotus, su leal sirviente y consejero personal, a quien, sin saber muy bien por qué, aquel acontecimiento le auspiciaba desgracia.

Lotus no había advertido a Valerio, pero había llegado a sus oídos aquel rumor en contra de la viuda con poderes de sacerdotisa. Y las injurias que la tachaban de haber perpetrado un maquiavélico plan para eliminar a Cayo Albio y así desposarse con un formidable soldado, joven y apuesto, a la altura de su salvaje belleza.

Pero lo que no sabía era que fue una conspiración al más alto nivel la que acabó con el confiado duoviro romano. Poncio Recio, sabedor de miradas, primero convenció a Valerio y después a Adriana de que lo mejor para Roma era su muerte. Luego, arrastrando a Flaco, solo tuvieron que esperar el momento para que aquellos dos miserables, Tito y Marcelo, soldados de la VII Gemina, le dieran muerte en su propio lecho.

Lotus intentaba adivinar en los rostros que se iban cruzando algún atisbo que lo avisase: el indicio del mal en forma de argucia y emboscada. Porque para él, a pesar de estar rodeado de los mejores

gladios de toda la Bética, sabiendo de la gran masa popular con la que en breve se toparían, las medidas que se habían tomado le parecían precipitadas y escasas.

Según iban bajando, jóvenes y no tan jóvenes plebeyos risueños se les unían formando una cola tan larga y adensada como la de las bestias mitológicas. Como la de la serpiente en el trasero del despiadado Cerbero o como las monstruosas prolongaciones de la Hidra de Lerna en el agua. Siendo así, si temía por una sorpresa, el consejero del duoviro se quedó algo más tranquilo: cuanta más gente, más difícil sería tenderle una trampa. Pero, aunque la sapiencia y la astucia de Lotus no tenían límites, en asuntos bélicos se empobrecía.

En un instante, la juventud congregada se disipó y cuatro malas cuchilladas por la espalda los dejaron en inferioridad numérica. Ahí fue cuando Lotus se percató de que los ojos de los implacables y decididos escoltas destellaron como sus metales.

—¡Todos a una! —dijo Valerio sintiendo la hermandad en sus costados.

Seis colosos contra tres, sin contar a Lotus, se enzarzaron en mitad de la calle. Una refriega que duró poco, pues una sombra encapuchada y traicionera apareció por detrás de Valerio y le atravesó el costado.

Lotus, que lo vio todo, impedido por su poco ímpetu de lucha, no logró vislumbrar su cara, pero sí sus manos envejecidas y un peculiar anillo en la que empuñaba su felón acero.

Los asaltantes huyeron y Valerio, malherido, fue llevado en volandas de regreso a su casa.

—¡Un sanador! —gritaba Lotus mientras taponaba la profunda herida de Valerio. Y en un instante de lucidez, casi en las puertas de la hacienda, cuando todavía las miradas del vecindario le hacían sospechar que aquel sucio trabajo no había terminado, tomó del brazo a Paulo Graciano y le dijo—: Reúne a la centuria de inmediato y que se busque a los asesinos en cada rincón de Itálica. ¡Los quiero vivos, Graciano! ¡Vivos! ¿Me oyes?

Los días fueron pasando y mientras Itálica crecía en rumores, el eco de la traición aún resonaba entre sus calles empedradas. Cada rincón murmuraba versiones distintas del mismo hecho; un ataque, un atentado contra el duoviro Valerio. Algunos señalaban a los bárbaros mauros, otros al Senado mismo. Lo cierto era que el miedo y la sospecha se habían instalado como una niebla espesa sobre la colonia. Las tabernas, los templos, incluso el foro, eran ahora espacios donde los susurros pesaban más que los secretos. La gente hablaba de una sombra encapuchada, del anillo del atacante, de las manos envejecidas, y de una traición forjada desde dentro.

Mientras tanto, en la penumbra de un templo, Adriana dejaba que el incienso le impregnara la piel. Su alma se debatía entre el temor y la incertidumbre, y si todos hablaban de política, conspiraciones y castigos, ella solo podía pensar en Valerio, en su vida pendiendo de un hilo, y en los dioses que parecían ensordecidos ante su plegaria.

La desgracia de Adriana parecía hacer feliz a Flaco. Él, siempre tan despótico con Pricila, la apartó con la superioridad que le otorgaba su rango y se encargó personalmente de las necesidades de su

domina, que no eran otras que orar como una mártir, con las rodillas clavadas en las escalinatas ante los dioses.

Sin saber todavía qué razones provocaron el atentado, mil preguntas acudían a su mente. «¿Por qué, dioses míos? ¿Por qué, si ambos íbamos a ser buenos para el pueblo? Deben comprender que la subida de impuestos es algo generalizado en todo el imperio. ¿Acaso se ha castigado a inocentes por ese motivo? Tal vez. En cambio, en época de guerras hay que adelgazar la tripa y sonreír a Roma. Empero… ¿Y si no fuese ese el verdadero interés para intentar asesinar a mi prometido? ¡Qué extraño me resulta que ya nadie pronuncie una sola mala palabra sobre mí o sobre el propio duoviro, a quien ya están dando por muerto!».

Valerio había quedado maltrecho, pero seguía con vida. Eso era lo importante, y Adriana oraba. Desde que en el altar le comunicaron lo sucedido, no había parado de rezar. Tras el fatídico momento, junto con Gallo y los veinte sacerdotes inferiores, se introdujo en el templo de Trajano y ni un solo instante dejó de implorar al dios Esculapio.

Pasaron algunos días más y Adriana, desgastada, oraba en el altar de su *domus*. Se hallaba de rodillas cuando, delante de Flaco, Pricila le hizo llegar la noticia de que el duoviro mejoraba y que los curanderos aseguraban que ya había salido de todo peligro.

—El gobernador es fuerte, *domina* —dijo clavando sus ojos de pantera en Flaco.

Adriana, abatida por las horas y horas dedicadas a la súplica, pidió la mano de Flaco.

—¿Irás a verlo? —preguntó él, temiéndose la respuesta.

—En cuanto me asee y recupere el color de mis mejillas —respondió Adriana.

—Es peligroso. Durante tu letargo, tanto en el interior de la colonia como en sus aledaños, se han elaborado planes y conjuras con los posibles invasores.

Una vez erguida, soltó con desprecio su mano.

—¿Qué invasores, Flaco?

—Por lo que se escucha, la centuria de tu prometido ha capturado a algunos traidores que confabulaban con los mauros. También a muchos cristianos. Entre ellos, uno relacionado con el asesino de tu difunto esposo. Un tal Salomón, elaborador de barros. Todo apunta a que los incansables de la cruz están detrás de todo esto.

Adriana, agotada, no solo expresó su repudio, sino que también dejó entrever signos de debilidad. Pricila, siempre fiel y atenta, al verla tan frágil se acercó sin decir palabra y le tomó con suavidad la mano.

—Iré de todas formas y tú me acompañarás, Flaco. Orarás conmigo y así presentarás tus respetos al duoviro.

Flaco llevaba rato conteniendo un aire enrarecido por el odio. Se preguntaba si Adriana, tan viva, tan audaz, tan hábil para actuar en beneficio propio, adivinando su asechanza contra Valerio, ya estaría tejiendo un plan contra él.

¿Cómo se podía sobrevivir a una cuchillada que de seguro, siendo causada por su padre, habría entrado un palmo entero en su carne? Raro se le hacía que Segundo, letal hasta con su propia sombra, le hubiera fallado.

Sin duda el duoviro era un adversario que tenía a todos los dioses de su lado. Pensó que Adriana, aun a riesgo de que se cobrasen juramentos y plegarias con sangre, invocó a dioses prohibidos para

que salvaran a su repugnante Valerio al no recibir respuesta de Esculapio.

Una vez, de niño, cuando Flaco todavía limpiaba las celdas de los gladiadores, escuchó a un prisionero hispano que convivió con sacerdotes romanos. Su incisiva voz se quedó grabada en su memoria porque habló del riesgo que suponía invocar a un dios extranjero para salvar la vida de un amante. «Te dejan ciego o sordo —dijo—. Impedido de piernas o de brazos. Y dependiendo de cómo les caigas, si a la persona que resucitas la consideran valiosa, Júpiter puede arrebatarte la vida».

Flaco, sin inmutarse, se imaginó a Adriana atravesada como un conejo asándose en la lumbre: sin pechos, sin ojos y sin su larga melena negra que a él tanto le gustaba estirar en los momentos en que alcanzaba el clímax en su lecho.

Así, mientras Valerio libraba la batalla de la fiebre y combatía a sus propios fantasmas, tanto dentro como fuera de las murallas de Itálica se planeaban robos y revueltas por hambruna. La debilidad del duoviro permitió que los revolucionarios más encendidos soflamaran a los más perjudicados: artesanos, mercaderes, ganaderos y labriegos sin hogaza para mantener a sus familias. En solo un año como gobernante de Itálica, el joven Nepos había logrado imponer las ordenanzas que desde Roma trajo consigo el procurador Poncio Recio; pero al tiempo, que dejara al humilde pueblo sin recursos desembocó en discordia patricia, y a la postre en sangre.

Esas semanas que pasó entre el mundo de los vivos y el de los muertos, entre rituales de los habitantes de su casa y de aquellos que desde las suyas oraban por él, Lidia no se separó ni un instante de su lado. Lotus, dándose cuenta de que la joven sufría, adivinaba en ambos un pasado afín de profundo sentimiento, pero también de un amor nunca concebido y probablemente jamás correspondido.

En los primeros días de mayor desesperanza, el secretario lloró junto a Lidia todo lo que no podían decir con palabras. Así, la noche en que Valerio logró balbucear por primera vez, Lotus no pudo evitar prever un futuro incierto. Miró a Lidia, y al ver una lágrima deslizándose por su mejilla, se la limpió con delicadeza en un gesto lleno de respeto y comprensión. Entonces le dijo que gracias a ella el joven duoviro había regresado del mundo de los muertos, y que por aquel motivo le estaría agradecido hasta el fin de sus días. Era lo que los ojos de Lotus habían percibido, y por tanto lo que le hacía ser generoso con Lidia. Sin embargo, aunque sabía que Adriana también se esforzaba con fervientes súplicas, había algo en la viuda que no terminaba de agradarle. Tal vez fuera por los rumores que la rodeaban, o quizá por algo más difícil de nombrar. Y aunque el sacerdote Gallo la defendiera y apoyara su unión con Valerio, Lotus estaba decidido a hacer todo lo posible para que su señor viera en Lidia la bondad y la honestidad que tanto iba a necesitar para gobernar la colonia de sus antepasados.

Gallo, que ya lo había purificado para que encontrara protección en el mundo de las sombras, viendo la inesperada mejora de Valerio y cómo se aferraba a la vida, no tuvo dudas en decir que el duoviro, que había vuelto del más allá, no supondría ningún mal para los vivos. Aseveró que, gracias a sus manos y a su voz conectada con la

de los dioses, había acrisolado al hombre encargado de guiar a Itálica hacia la grandeza.

Y ese mismo día en que abrió los ojos y lo primero que vio fueron los ojos azules de Lidia, se le proclamó como el Vencedor de Sombras.

Lotus abrió un pergamino y comenzó a leer para sí. Aunque se trataba de un mensaje privado, quería hacerlo delante del sacerdote Gallo y de Lidia, que se hallaba postrada a los pies del duoviro, todavía débil y recostado.

—Es de Roma —dijo con las manos trémulas—. Es de Marco Aurelio.

Gallo miró al techo del *cubiculum*. Rogaba que las palabras del magnánimo césar fueran benignas y que no se le castigase por las revueltas.

Valerio acaparó todo el aire que pudo e hinchó sus pulmones.

—Lee cuanto antes, Lotus, si no quieres que me regrese la fiebre y caiga muerto aquí mismo. —Enarcó una ceja. Lotus sonrió y la ceja de Valerio regresó a su estado natural—. ¡Aunque sea, resume, secretario malévolo!

—¡Por los dioses! ¡Cuánta sangre espesa! —explotó Gallo. Y al darse cuenta de que había mencionado burdamente a sus deidades, se cubrió la boca con las manos.

Lotus, al fin, comenzó a leer.

—El césar se alegra de tu mejoría y hace saber que quiere una legión en Itálica. Una más en Hispania que, junto a la VII, frene las posibles revueltas y las incursiones de los africanos. Pero no quiere a cualquier tribuno. Te quiere a ti. Alude a tu fortaleza, y textualmente

dice que necesita al Vencedor de Sombras para formar la legión II de Itálica cuanto antes.

Valerio expulsó todo ese aire angustioso que contenía en su interior a la par que miraba a Lidia, que estaba atónita.

—¡Enhorabuena! —dijo Gallo alzando el mentón.

Con esa enhorabuena, el sacerdote también se estaba felicitando a él mismo, pues una legión en Itálica daba una seguridad insuperable a su templo.

—¿Dice algo más, Lotus?

Lotus asintió arrugando la cara.

—El último renglón puede resultar un acicate.

—Lee y no te detengas.

—El césar, en este momento, pone todas sus miras en ti. Y si bien ahora te otorga la posibilidad de resarcirte por el suplicio de las revueltas, con la creación de la legión II no tolerará ninguna insurgencia más. Así que… —Lotus leyó textualmente—: «Si por la gracia de los dioses, Lucio Valerio es el Vencedor de Sombras, en cuanto se haya terminado con los insurgentes de la colonia, yo, Marco Aurelio, lo haré llamar *Legatus Legionis II Italicae*, Lucio Valerio, el Devastador de Itálica».

XVII

La imaginación de Marcio

Dos mujeres y una muchacha rogaban piedad. Galla, con su hija Mesalina y la criada Fannia, permanecían de rodillas día y noche frente a las puertas de las garitas de los legionarios que custodiaban los calabozos. Era el tercer día, y aunque los familiares de los apresados ya se habían ido marchando, ellas, sabedoras de la inocencia de Salomón, continuaban postradas gimoteando con las manos fuertemente entrelazadas.

Los carceleros estaban acostumbrados. Era un ruido molesto que con el pasar del tiempo habían sabido filtrar; en cambio, la nueva guardia impuesta por Lotus era arisca, bruta e intolerante. Uno de ellos, harto de los lamentos de Galla, se les acercó.

—No cambiará nada —dijo con fastidio—. Todos están condenados a muerte. Marchaos de una puta vez.

Galla, con el rostro cubierto de arena y lágrimas, se aferró al tobillo del soldado. Su impotencia la desbordó y, con rabia, le sacó los dientes.

—¡Mi marido es inocente! ¡Es un buen hombre!

—¡Aparta, mujer!

El soldado, sin mediar más palabras, le propinó un puntapié en la sien que la dejó inconsciente. De inmediato, Fannia y Mesalina, con las uñas afiladas, se le echaron encima, pero el guardia las apartó de un manotazo. Luego sacó su gladio y lo apuntó hacia ellas, con la mirada encendida de furia, como si estuviera a punto de elegir a cuál castigar primero. En ese momento, dos hombres harapientos y encanecidos, que llevaban toda la mañana observando desde la distancia, se acercaron rápidamente. Parecía que sabían exactamente qué hacer cuando levantaron las palmas de sus manos.

—¡Tranquilo, buen legionario, nosotros nos las llevamos! —dijeron en un tono apaciguador.

—¡Apartadlas de mi vista o juro que las encierro!

Sin más, entre los dos cargaron con Galla y la condujeron hasta una yacija no muy distante, mientras el guardia, aún irritado, los vigilaba desde lejos.

—¡Pasad! —dijo el de aspecto más saludable, y como Fannia recelaba, añadió—: El sitio es pequeño, pero mejor aquí que no frente al calabozo, ¿no te parece?

—¡Mi madre! ¡No abre los ojos! —clamó Mesalina.

—¡Entrad! —dijo el otro, el de aspecto enfermizo—. ¡Entrad rápido! Parece que está muy mal. La tumbaremos. Tenemos agua y comida. Llamaremos a Carola, ella sabrá qué hacer.

Las palabras del hombre calmaron un poco a Fannia. La forma en que había mencionado a esa tal Carola, como si fuera alguien importante, hizo que supusiera que se trataba de una curandera. Necesitaban atención urgente para el ama, y estar lejos de la casa, al otro lado de las murallas, solo aumentaba la incertidumbre.

Cuando Fannia descorrió la cortina, se le revolvió el estómago. El aire viciado y la crudeza de la escena la dejaron sin aliento. Con precipitación, tumbaron a Galla sobre unas pieles sucias de carnero y prendieron una lucerna.

Mesalina no se percataba de nada porque solo tenía ojos para su madre, pero Fannia, que miraba a su alrededor, observó que de las paredes colgaban esqueletos de pájaros, roedores y cráneos de reptiles.

El de aspecto enfermizo tosió y, al abrir los ojos, los fijó en ellas como si las viera por primera vez.

—Venid, sentaos aquí junto a ella. —Tosió de nuevo—. Coged lo que necesitéis mientras voy en busca de Carola. Ella sabrá qué hacer.

El hombre, con la boca reseca, lo repetía como si su propia vida dependiera de aquella mujer. El compañero le dedicó una mirada cómplice y luego les acercó un pellejo con agua.

Fannia mojó sus dedos y los pasó por la boca de Galla.

—Bebed, por favor. —La mano, a pesar de su poca carne, era nervuda, velluda y plagada de venas—. Yo soy Crátulo y mi amigo es Cecilio. ¿Y vosotras? ¿Cuál es vuestro nombre?

—Yo soy Fannia, su criada.

—Ella es mi madre, que se llama Galla, y yo soy Mesalina.

—Bonitos nombres —dijo como si nunca los hubiera escuchado, y tal vez nunca más volviera a escucharlos.

Después de beber, y con los temores de que la vida de Galla se fuera en aquella covacha, Mesalina, secando sus lágrimas, aceptó pan y un pedazo de queso que les ofreció envuelto en hojas de higuera.

—Comed. Debéis reponer fuerzas.

Fannia no dejaba de mirar las lóbregas paredes, los esqueletos que parecían trofeos, y apostó a que recientemente fueron alimento de aquellos dos andrajosos. La sensación de estar atrapada en un lugar desconocido y sin salida la hizo sentir aún más vulnerable. Entonces descubrió una puerta a espaldas de Crátulo.

—¿Qué hay tras esa puerta?

—Nada.

—¿Nada? Una puerta sirve para ocultar lo que hay detrás.

—Esa puerta no sirve para nada. Por favor, come. Cecilio no tardará en llegar y prefiero que os lo comáis todo vosotras.

—Eres muy generoso —respondió con suspicacia—. ¿Cómo sabes que llevamos más de dos días sin probar bocado? ¿Acaso nos habéis acechado?

Crátulo agrió su birrioso semblante.

—Se ve que os hace falta. Habéis dormido poco y llorado mucho. Esa debilidad puede ser suficiente para que después de recibir un puntapié en la cabeza te quedes inconsciente para el resto de tus días.

Aquello sonó a amenaza y un escalofrío recorrió la espalda de Mesalina.

—Tranquila, joven Mesalina. Yo solo quiero que comáis y descanséis. Cuando venga Cecilio con Carola, todo irá bien.

Les costó dormirse, pero con la llegada de la noche, Fannia y Mesalina sucumbieron al cansancio. El silencio se adueñó de la estancia, solo se oía la respiración pausada de las mujeres y el crujir ocasional de la madera envejecida. Crátulo permaneció sentado, inmóvil, como si aguardara una señal que se hacía esperar. Entonces

la tela se movió. Se abrió lentamente, y la expresión en el rostro de Cecilio lo dijo todo. No hizo falta palabra ni gesto para que Crátulo comprendiera.

—¿Te ha pagado ya? No me fío un pelo de esa.

Cecilio se abrió la camisa y dejó ver una bolsita en la axila.

—Solo ha pagado por esas dos.

—¿Y la madre?

Cecilio se quedó mirando el macilento rostro de Galla y negó con la cabeza.

—¡Maldita ramera! ¿Y qué hacemos con ella? —se alteró Crátulo.

El otro se encogió de hombros. Entonces sonaron dos golpes en la puerta. Crátulo abrió y una sombra envuelta en una capa esperaba junto a la rueda trasera de un carro. Era noche de luna llena, soplaba el viento y el siniestro y deformado rostro les exigió premura.

Casi al término de aquella noche, el carro se detuvo y el hombre de desfigurado rostro las miró otra vez. En Itálica se aseguró de que las trenzas de esparto estuvieran bien sujetas a sus muñecas, así como de que los trapos que cubrían sus bocas y sus ojos quedaran bien anudados en la coronilla. A pesar de todo, a cada poco les echaba un vistazo, hasta que finalmente se adentraron en las murallas de Hispalis.

De un callejón, otras dos sombras salieron al encuentro del carro, llevando pinchos en las manos, por si las moscas.

—Tranquilos, ya están amansadas —les dijo el hombre de rostro siniestro con tono calmado, aunque sus ojos delataban desconfianza.

—¿Seguro? —respondió uno, y se señaló un ojo vacío con la punta afilada del acero—. No sería la primera vez que las cosas se complican, monstruo. —Sonrió malévolo.

—Ya. Sin embargo, estoy seguro de que a la *domina* no le gustará ver su nueva carne agujereada. Anda, Turo, sé buen chico y mételas dentro para que Carola las vea.

Los ojos de las mujeres volvieron a ver la luz. Una luz mortecina que rodeaba una silueta femenina que poco a poco se les iba acercando.

—Estaremos en el callejón, *domina*.

Era la voz desagradable de Turo que se despedía, y mientras la puerta se cerraba, las manos grandes de un hombre alto, cuyo olor a ajo ya le hacía inconfundible, les quitaban los trapos de la boca.

Fannia, desde abajo, se quedó mirando su desfigurado rostro.

—Portaos bien y se os tratará bien —dijo con voz grave y la boca ladeada. Luego se apartó y, colocándose junto a la puerta como si fuera una tranca, sacó un diente de ajo y se lo introdujo en la boca.

Al instante, Carola se dejó ver junto a la llama de un hachón.

—Disculpad a Marcio. A veces le falta tacto.

Su pelo y sus ojos eran claros, y aunque tenía edad para ser la madre de ambas, poseía el cuerpo y la piel de Fannia, que no llegaba al cuarto de siglo.

—Dejad que os mire bien. Sois jóvenes y bellas, y tú… —señaló a Mesalina—, podrías pasar por una virgen.

Mesalina frunció la frente aunque, por temor a Marcio, no respondió. Todavía no había copulado con ningún hombre, era algo especial que reservaba para cuando llegaran sus nupcias.

—Hablaré con claridad. Sé lo que estáis pensando. Que os he raptado y que la ley me hará pagar por ello. —Se detuvo en Mesalina y le apartó un mechón que le cubría la mejilla. Carola admiró su juventud y su natural belleza—. Ahora sois de mi propiedad y trabajaréis para mí. Haréis lo que se os ordene.

—¿Y mi madre?

—¡Silencio! —dijo Marcio—. Cuando habla la *domina*, no se la interrumpe.

Carola no le dio importancia, incluso expresó cierta pesadumbre por haber tenido que separar a una madre de una hija. En cambio, fue una contrición que duró lo que un grano tardaba en caer en un reloj de arena.

—Aprenderéis a servirme como han hecho todas las que habitan en el Callejón del Placer. No hay vuelta atrás, no hay escapatoria. Ha sido una transacción justa por liberaros de las mazmorras de Itálica y me debéis obediencia. De hecho, tengo vuestras declaraciones selladas en este documento. Os he comprado como esclavas para formar parte de mi casa.

—Nosotras no hemos sellado nada —dijo Fannia.

—No ha hecho falta, yo lo he hecho por vosotras. Es un trato justo por alejaros de los calabozos de Itálica y, por consiguiente, de una muerte segura. Pagaréis con vuestros servicios. Aquí, en esta casa, os daremos protección, ¿verdad, Marcio?

Mesalina, con los ojos acuosos, contuvo la rabia.

—En Hispalis mandan hombres que son fieles a este establecimiento —dijo Marcio tras ellas, y se escuchó cómo masticaba ajo y salivaba—. Permaneceréis aquí, en casa de Carola,

para dar placer a esos hombres y a cualquiera que pague el valor fijado. Y ahora… ¡desnudaos!

Dos vestidos resbalaron torpemente por sus cuerpos hasta quedar plegados en sus sandalias. No hacía frío sino más bien calor en aquella sala; sin embargo, las piernas de Mesalina temblaban. Al instante, Carola se fijó en los pechos.

—Pequeños —dijo sin darles importancia. Luego observó sus traseros y los tocó. Los apretó—. Están duros. —Sonrió—. Esto le gustará a Antonio.

Volvió a colocarse frente a ellas. Con ambas manos y sacando los dos pulgares, empezó a acariciar sus respectivas bocas y se entretuvo en ellas. Sus esmeradas uñas merodearon los jugosos labios una y otra vez hasta sacarles el aliento.

Carola jugueteaba con paciencia. Sobre sus cuerpos, los dedos se deslizaban de un lado a otro con el fin de recalar entre los muslos, donde expandió las manos. Cuando sintió la penetración, Mesalina cerró los ojos, y Carola, al notar su estrechez y el dolor provocado, confirmó su virginidad.

Su expresión curiosa tornó en otra de codicia. De inmediato, dos palmadas huecas provocaron que dos jóvenes acudieran rápido, como si aguardaran pegadas a las cortinas que separaban las habitaciones y lo estuvieran escuchando todo.

—Ellas son Mesalina y Fannia —dijo dirigiéndose a la de más edad, una mujer de ojos pequeños, busto elevado y anchas caderas—. ¡Lavadlas y mostradles las dependencias comunes! Tienen que dormir mucho para recuperar el tono saludable de la piel. ¡Quiero que coman y descansen cuanto quieran! ¿Entendido?

—Sí, Carola.

Era una afirmación que llevaba consigo una repentina duda.

—¿Qué ocurre, Sura? Dime.

—Nada, *domina*, es solo que… Tito y Marcelo llevan más de lo acordado con Patricia y…, bueno, gastándoselo todo en vino, ya dejaron claro que hoy no tenían dinero para tanto tiempo.

Sura se dirigía a la *domina*, pero lanzaba miradas a Marcio.

—Son buenos clientes y siempre pagan —dijo Carola—. Que disfruten un rato más. Ya pasaremos la cuenta.

—Paula dice que se la ha escuchado llorar.

—¿A quién? ¿A Patricia?

—Sí, Carola.

—¡Vaya! ¡Qué extraño!

Su propia ironía le produjo una pérfida sonrisa.

—Iré a ver qué pasa —dijo Marcio.

—Sí, y si la han golpeado, les dices que tendrán que pagar el doble. —Carola clavó los ojos en Mesalina y luego en Fannia, que tras mostrar sus vergüenzas ya parecía resignada—. ¡Ah, Marcio! Y de paso… que los clientes vean a las dos nuevas adquisiciones del Callejón del Placer.

—¿Sucias y mal vestidas?

—A muchos les gustará verlas así. Con lo poco que les queda en la sesera, se las imaginarán limpias y dispuestas para otro día. Preparadas únicamente para ellos.

Marcio lo entendió. Él no tenía mucha imaginación. Él no era una persona como las demás; en cambio, sabía que los hombres solo querían una cosa y pagaban muchos denarios por ello. Y los que más pagaban, curiosamente, eran los que iban sobrados de imaginación.

Carola, viendo que no se movían, las espoleó.

—¡Venga! ¿A qué esperáis, palomas? ¡Seguidlo! ¡Con esas piernas tan jóvenes! ¡Vamos! ¡Caminad, palomas! ¡Caminad!

XVIII

El gesto de Baal Hammon

Mientras repasaban una red de pesca, unos ancianos del puerto de Tingis hacían sus cábalas sobre el hombre grande de greñas cobrizas. Uno decía que era galo, otro que germano y otro, quien supuestamente había viajado por las costas occidentales, aseguraba haberlo visto en Britania.

Nevio había aceptado con sumo gusto la ayuda ofrecida por Druso. Lo acompañó hasta la misma capital de Mauritania para entregar su mercancía caprina y bovina en las factorías, y después, gracias al descubrimiento de la procedencia de Aspellus, todos quedaron bajo su generosa hospitalidad. Pensando siempre en la seguridad de Ania, creía que la fortuna esta vez le sonreiría de veras.

Así pues, el mercader Druso, tan mauro como romano, tan romano como mauro, según le interesase, pensaba que el cabrero podía serle de utilidad; aunque lo que contemplaba tal vez fuese una idea suicida.

Dejando atrás el puerto y las aguas marinas, se adentraron en la calima que llegaba de las ardientes arenas de África. El aire se volvió más seco y pesado con cada paso, y el paisaje ya era otro: las

llanuras de tonos ocre se extendían hasta el horizonte y el viento levantaba pequeñas nubes de polvo.

Ania, que nunca había visto un camello, con una sonrisa de asombro extendió los brazos hacia uno de los animales. Druso, con amabilidad, la levantó y la sostuvo en brazos para que contemplara de cerca a la extraña criatura que caminaba con paso lento y firme bajo el sol abrasador.

Para Nevio, verla sonreír era como tener a Silvia presente. La misma boca. Los mismos ojos. La misma forma de la cara. Solo los gestos de Ania y la manera en que se expresaba lograban sacar un brillo a su apagada y melancólica mirada.

Aspellus, en cambio, continuaba con esa sorprendente actitud que lo hacía parecer mayor de lo que realmente era. Según Tartos, que también había confirmado su procedencia, el niño tenía unos ocho años y nunca fue muy hablador.

—Druso colaboró en el paso del estrecho —dijo Tartos, orgulloso de haber puesto su grano de arena en el intento de liberación de su pueblo—. Tuve oportunidad de conocer a Ascalis padre. Un gran hombre que se unió a una gran mujer.

En aquel instante, Nevio recordó sus cuerpos consumidos por el fuego, con el humo elevándose en el aire mientras el resto de la caravana avanzaba.

—Tuvieron una despedida digna —murmuró.

Tartos asintió. Parecía agradecer el noble gesto del romano.

—El niño fue educado por una madre guerrera, y, según cuentan, en Volubilis se manchó las manos de sangre cuando le tocó hacerlo. Me extraña que haya sido tan respetuoso contigo.

—Lo he tratado bien.

—Pero eres un romano —dijo levantando la ceja.

—Debes saber que Aspellus también se ha manchado las manos conmigo. Junto a mí.

Después de que Nevio le contara cómo el mauro atravesó a uno de los cazarrecompensas y el modo en que fundió el gladio en los dedos de su hija, Tartos no cupo en sí de orgullo y sonrió. Si el romano era capaz de cuidar y reconocer la bravura de los de su denigrado pueblo, tal vez hubiera un sitio destacado entre los suyos.

Camino a las factorías donde se curtían las pieles, el fornido africano le explicó a Nevio que Ascalis de Volubilis y su esposa Aminara lograron unir a varias tribus nómadas desperdigadas más allá de los limes de Mauritania. Luego, con énfasis, le contó que los padres de «Ascalis niño» fueron los propulsores de la esperada rebelión maura, pues a lo largo de los años esos pueblos habían estado sometidos a las demandas y los caprichos de Roma, obligados a ceder tierras, hombres y recursos para satisfacer las necesidades del imperio. Pero los padres de Ascalis no solo resistieron las presiones de Roma, sino que lograron consolidar una fuerza formidable, capaz de desafiar al poder imperial en el norte de África.

—De no ser por la traición del régulo de los bacuatas, posiblemente se hubiera resistido en Tingis y ahora la Mauritania Tingitana sería de los mauros.

—¿Quién la regenta?

—Mastán de Rusadir. Es una rata que le besa los pies a un joven procurador enviado directamente desde Roma.

—Por supuesto que lo es —dijo Nevio, aseverando.

—Ese gobernador ha venido para matar de hambre a los mauritanos. Cada semana nos llenan las naves con todo el grano que se puede sacar de aquí. Druso dice que son órdenes que cumplir, de lo contrario… —Tartos se deslizó el pulgar por la garganta. Luego, con cara de asco, añadió—: No queda otra que pasar el grano directamente al ejército.

—¿Hay guerra? —preguntó Nevio con interés.

—Los emperadores Marco Aurelio y Lucio Vero ya están en Armenia.

—Entonces la habrá. Seguro que la habrá.

Las instalaciones de Druso se encontraban en un lugar apartado, casi desértico, de la zona céntrica de Tingis. Asombrado por el poder adquisitivo del mercader, Nevio las recorría con los niños. Algo le decía que, tras saberse la verdadera procedencia de Aspellus, poco importaba si aceptaba o no trabajar para él, porque aquel mercader de profunda mirada ya tenía decidido cuidar del pequeño mauro, costara lo que costase.

—Aquí se abatana —dijo Druso—. Se brega con la lana; con la piel en general. Nos llegan fundas de tela que hay que rellenar. Mantas que hay que cepillar y dejar suaves para después venderlas.

Nevio nunca había visto tanto orden y vocación por la faena. Camellos y dromedarios entraban cargados de vellones, mientras que otros tantos salían rebosantes de alfombras y de cueros que al tacto eran como la piel del melocotón.

Mujeres, hombres y niños alegres trabajaban al son de canciones que entonaban por lo bajo para amenizar las largas horas. Y el

respeto a Druso era notable, pues sin mostrar ningún miedo, esclavos, libertos y plebeyos parecían admirarlo. Acataban las órdenes del capataz y se empleaban todos a una. Luego, un sorprendido Nevio observó que desde el principio no había quien de entre aquellos mauros no agasajase a los pequeños: a Ania por ser encantadora y diestra con la tela, y a Aspellus por verlo como a un futuro ídolo de su pueblo.

En los siguientes días, mientras hacía su trabajo en la factoría, Nevio fue aprendiendo un poco el idioma y se enteró de que la mayoría de los que estaban allí eran refugiados que combatieron contra Roma. Muchos de ellos perdieron a alguien en batalla: maridos, hijos, hermanos… Y quienes no perdieron la vida, ganaron el dolor de verse dominados de nuevo por los romanos. Así que pensar fugazmente en la adhesión de Druso a la revuelta de Mauritania no era algo que disgustase a Nevio. Incluso más, en cierto modo lo esperaba.

En su viaje, Nevio había vuelto a probar el sabor de la sangre: la ebria sensación que en el pasado alguna vez le endulzó el paladar. Era, sin duda, el deseo de venganza. Tenía entre sus cejas el anillo y el rostro cruel de Flaco ensañándose con su cara; a los guardias de la *domus*, Tito y Marcelo, y al sacerdote Gallo condenando a muerte a toda su familia. Voces como punzones culpándolo de un asesinato que no cometió.

Al instante, mezclada con la sangre que brotaba de su pensamiento, se le aparecía la joven que aparentaba saberlo todo sobre él. Adriana, en mitad de la tormenta, liberándolo de la crucifixión, le decía algo que todavía lo retorcía por dentro.

«¿Dioses? ¿Los dioses quieren salvarme? Yo, por sus crueldades, maldigo a todos los dioses».

Un inesperado susurro de arrepentimiento salió de la boca prieta de Nevio.

—Cayo Albio —musitó, viéndose de nuevo en aquella ceremonia cuya invitación debió rechazar.

Y de pronto, recuerdos, uno tras otro, que como látigos de fuego lo sumían en la más profunda de las lamentaciones. Una rueda continua de imágenes con gestos y palabras que le hacían ver todo de manera confusa. Primero veía con nitidez la triste despedida de su hijo Facio marchándose con el fenicio Salomón, pero después le venían las desagradables y embarulladas siluetas que tanto lo violentaban. La sangre cayendo sobre los rostros de las hijas de Albio en mitad del patio. El lascivo baile de Adriana, cuyos ojos de felina lo miraban como a un titán. El vino. El maldito vino amargo al que se aferró aquella noche. Las risas de Gallo y la pronta despedida de Flaco.

—Me siento solo —murmuró—. Aislado, pues no tengo dioses a los que orar. Yo no te maté, Cayo Albio. Todo fue una trampa. Te asesinaron ellos. La Roma que tanto amabas fue quien te asesinó. Allá donde estés, mírame y ayúdame a vengarte, porque tu venganza será la mía.

Una flama proveniente de un tibio sol entre las dunas lo dejó boquiabierto. Cansado de abatanar, sus manos se apoyaron sobre la corteza de una palmera vieja.

«No puedo ir desnudo. No puedo enfrentarme a ellos así. —Nevio achicó los ojos y los enfrentó al sol—. No. No me escudaré en ti. Sé que me sigues desde hace tiempo, pero no me sirves. Es demasiado

tarde para nosotros. Tal vez, cuando Silvia concibió a Facio hubiera sido el momento para escuchar tu voz y rezarte. Pero no. No sucumbiré. Aun estando solo y necesitado de tu poder, no me apoyaré en ti. Por favor, no me persigas más y aléjate de mí para siempre. Un Dios cristiano no es lo que necesito. Un hombre como yo no puede tener compasión».

Nevio todavía no se acostumbraba a llamarlo Ascalis, y Ania se reía.

Ascalis también se reía.

Ahora que había regresado a su tierra y con los suyos, el niño era el que enseñaba a Ania y a Nevio palabras para poder comunicarse con los nativos y no al contrario, tal y como había sucedido en Itálica. Los mauros hablaban el latín de los conquistadores, pero entre ellos utilizaban el lenguaje de sus antepasados.

Nevio también se reía, pero lo hacía a sabiendas de su honda aflicción. Los miraba sin poder evitar encontrar similitudes con Facio y Silvia, con una congoja que por momentos le sobrepasaba.

—Mis padres estarían contentos de verme así —dijo Ascalis muy entero y en idioma mauro para alegrar la cara de Nevio.

—¿Así cómo, Aspellus?

—Acogido y protegido por un gran guerrero.

Ascalis ya había dado muchas muestras de agradecimiento, pero allí lo invadió el pesar por la ausencia de sus familiares y realizó un gesto que el romano jamás olvidaría. Cogió la mano grande y callosa de Nevio y se la colocó en el pecho, justo donde su pequeño corazón latía con estrepitosa emoción. Después, lentamente, las separó hasta apoyarlas en el suyo. Fue un instante de silenciosa comunión

que pareció abrazar todo lo que habían perdido. Ania no tardó en unirse al afectuoso gesto, y las tres manos se fundieron en el henchido tórax de Nevio. En ese momento la niña, mientras sentía los latidos del corazón de su padre en aquel dichoso y cálido interior, escuchó la voz de su madre, Silvia.

Esa noche, guiados por el hechizo de la concordia, ese breve instante en que las voluntades se alinean sin palabras, los tres acudieron a la imagen de Saturno o Baal Hammon, el dios fenicio y más tarde púnico, profundamente arraigado en la devoción del pueblo mauro. Era el dios de las cosechas, del tiempo y del fuego, pero también de los sacrificios.

La figura, fundida entre el miedo y la reverencia, dominaba el lugar, y Nevio sintió que todo cuanto los había llevado hasta allí comenzaba a cobrar sentido. Tras su conversación con Druso, intuía que Ascalis ya comprendía el papel que el destino le tenía reservado. Había en sus ojos una mezcla de rencor y extraña lucidez, como si el linaje de su madre, Aminara, se manifestara a través de su porte sereno.

Las teas del templo, agitadas por una brisa seca, alumbraban las ofrendas que se extendían a sus pies: frutos, aceites, pequeñas esculturas de terracota. Y allí, sentado en un estrado de barro cocido, el dios los contemplaba con una solemnidad impenetrable. Los rizados cuernos de carnero y la poblada barba daban muestras de su severidad. Se trataba, pues, de un cuerpo rígido, inmutable, cuyos ojos vacíos parecían contener la rabia de quienes le oraban.

Había un silencio sagrado, y a Ascalis, como poseído por los recuerdos, ya le llegaba el fogonazo del ritual. Otra vez se encontraba frente al dios de los enormes cuernos y, junto a él, la

diosa Tanit, compañera inseparable en el panteón, madre protectora y símbolo de la renovación. Le vino a la mente la forma en que sus padres, y los padres de sus padres, rendían culto a sus dioses, y poco a poco se fue acercando. Frente a Baal Hammon, sintió que doblaba las piernas, los brazos y el cuerpo entero. Entonces Ania y poco después Nevio lo imitaron. Primero se descalzaron, como signo de humildad. Luego lavaron sus manos en el agua de un cuenco y, con una lentitud solemne, se situaron tras el cuerpo encorvado del pequeño, donde se postraron.

Pero en el caso de Nevio era algo más que un gesto ceremonial. En su interior se agitaba algo más hondo, más feroz. No solo deseaba mostrar respeto, sino que elevó un ruego. Una súplica desesperada al dios antiguo, al desconocido y atávico señor de aquella tierra que no era la suya, pero que ya empezaba a reclamar.

Finalmente, Nevio también bajó la cabeza. Ya había rechazado a todos los dioses romanos, porque todos ellos lo habían traicionado. Y tras volverse en su contra…, ¿qué le quedaba? En ese momento, Ahenobarbus era más Ahenobarbus que nunca: endurecido, resabiado, herido… Al mirar al niño Ascalis, vulnerable y hambriento de un dios guerrero, se preguntó si tal vez…

«No —se dijo—. No tengo dioses. Reniego de los dioses de Roma. Y no necesito un Dios cristiano protector, sino uno vengador. Alguien que responda a mi plegaria con justicia implacable. ¡Oh, Baal Hammon! No sé si soy digno de ti, pero llévame a la batalla junto a tu pueblo y te prometo que haré temblar la tierra en tu nombre».

XIX

Belonia y Varinia

En Itálica, mientras se iba creando la legión II y se ajusticiaba a los falsos responsables del atentado contra el legado, Valerio, que había mejorado hasta el punto de poder caminar e ingerir alimentos sólidos, no lograba esclarecer los pensamientos que como pájaros aleteaban en su cabeza.

¿Por qué no hacía méritos para ganarse el sobrenombre de Devastador de Itálica, por qué no sentía el impulso de degollar a los sublevados? Sin duda, tener postrada a su lado noche y día a Lidia había logrado ablandar su duro y despiadado pellejo de soldado romano.

Cuando estuvo imposibilitado, ella, cual esclava a su servicio, fue quien deseó colmarlo de atenciones. Y ahora que estaba aún convaleciente, ella, de manera aplicada, tan dulce como Venus, se prestaba para asearlo. Lo secaba y lo vestía; le cortaba la barba con paciencia y después, ya en el lecho, lo cubría con finas mantas tejidas con sus pequeñas y hacendosas manos. Lidia también le daba de comer y de beber, y no escondía su mirada.

«¿Cuánto puede soportar un hombre los vuelcos del corazón? ¿Es posible que ella sienta lo mismo?».

Valerio era arrogante, y en muchas de sus incontables hazañas se comportó como un ser horrendo. Forzó a mujeres, y a niñas que comenzaban a serlo. Pero ante los ojos azules de Lidia, todas aquellas barbaridades parecían ser perdonadas.

Era admiración y al tiempo amor. Un amor tan verdadero que si en nubes imaginarias le provocaba escalofríos, luego, en la tierra y con los pies en el suelo, le causaba desconcierto.

Fue por ella, tan solo por ella, por aquel profundo sentimiento, por lo que aceptó en su casa a las dos hijas menores de Cayo Albio. Un asunto delicado porque en un principio se convino que se quedaran en casa de Flavia, la hermana mayor que en ocasiones se empleaba como madre.

Lucio le prometió a Adriana que la *domus* de Cayo Albio sería suya y nadie la molestaría. Legalmente podría ponerse a su nombre; sin embargo, aquel movimiento jurídico que se haría público en toda la colonia le traería complicaciones. Así que, sabiendo que Flavia iba a volar del nido, pues con marido influyente y un hijo recién nacido ya tenía su *domus* preparada, la persuadió para que Belonia y Varinia se quedaran con ella; porque a ellas no les convenía vivir con una mujer cuya viudedad debía remontar conociendo a nuevos amantes; porque no sería agradable para sus dos hermanas recién salidas de la pubertad ver el vicio de los hombres haciendo cola en el mismo atrio donde Cayo Albio reunía a la familia.

Flavia, que conocía a sus hermanas, sabía de sus travesuras; sin embargo, las tres compartían el inmenso amor por quienes les dieron la vida, una madre que murió muy joven y un padre vilmente asesinado… ¿Qué podría salir mal? Ellas la necesitaban más como

una madre que como una hermana, y su respeto prevalecería en la casa de su esposo.

Ante los ojos de águila de Valerio, Flavia lo entendió a la primera y, buscando lo mejor para su linaje, las hospedó. Sin embargo, Belonia y Varinia, con los meses y sin ataduras, se entregaron a unos juegos venenosos que, si no resultaban letales, fueron altamente nocivos para la salud de Flavia. Las risitas. Aquellas risitas… Las impúdicas miradas, las rozaduras en los tobillos y hasta la desnudez de sus senos delante de su gallardo esposo acabaron por enloquecerla de celos.

Como Lidia era amiga de la casa de su marido y, por tanto, de ella a partir de su matrimonio, Flavia le pidió como favor que hablara con Lucio Valerio para que las acogiese. Le explicó que el motivo de apartarlas de su lado no era otro sino la falta de respeto, así como la imperiosa necesidad de un casamiento que las metiese en vereda.

—Haré lo posible, pero no te aseguro nada —dijo Lidia.

—¿Acaso no ves mi dejadez? No puedo con ellas. Son cada vez más complicadas e indomables. No hablan. No se expresan, y hacen cuanto les viene en gana.

—Lo veo, querida Flavia. Veo tu abandono y comprendo tu situación. La idea no es mala porque la casa es grande y disponemos de servicio como para que se queden un tiempo hasta que se les busque un esposo. Aun así, Valerio todavía está débil y no sé si querrá escucharme.

—Te escuchará. Si hay alguien a quien escuche es a ti. El legado lo entenderá porque tiene gran parte de culpa de que mis hermanas vinieran conmigo. Dile que temo por ellas tanto como puedo temer por mi matrimonio, y si no accede al trato, las enviaré a la *domus*

donde habita a sus anchas la viuda de mi padre, que no es otra que su prometida. Hay que dejar claro que la casa le pertenece a la familia Umbro, y tanto mis hermanas como yo tenemos todo el derecho a vivir en ella. Tal vez sea ella y nadie más que ella quien deba cargar con Belonia y Varinia.

A los días, cuando Belonia y Varinia pisaron la *domus* de Valerio y lo tuvieron delante, boquiabiertas, en lo primero que pensaron fue en aquella vez que vieron su cuerpo desnudo; su espalda y sus piernas musculosas que confluían en un apetitoso trasero. Ellas todavía recurrían para el desfogue a su apolínea imagen, un hombre fresco y dulce como el almíbar, pues mantenían muy vivo el recuerdo de cuando lo acecharon cambiándose de túnica y se iniciaron en el fantástico mundo de las masturbaciones.

XX

Agua en forma de barro rojo

En su palacio al borde del desfiladero sobre el mar, Poncio Recio recibía el aplauso senatorial de Roma. El documento recién llegado, firmado por su mismo padre, laureaba sus acertadas decisiones. La Mauritania Tingitana, bajo el liderazgo del infatigable procurador, pues parecía estar en todas partes, se exprimía como una naranja.

Al mismo tiempo, la rica Itálica, administrada por el nuevo legado Lucio Valerio Nepos, hacía lo mismo. Todos los gobernadores de las provincias de Hispania estaban cumpliendo. La explotación de minas, cultivos y ganado para el abastecimiento de las tropas en Partia y Germania se estaba llevando a cabo con una facilidad pasmosa.

Sin embargo, ni los honores ni las loas del Senado bastaban para aliviar el cuerpo exhausto del hombre que, con tanto ahínco, los estaba recibiendo.

Poncio Recio llegó agotado a Tingis. El polvo del camino aún le cubría las sandalias cuando cruzó las puertas de la ciudad. Su silueta encorvada delataba semanas de esfuerzo ininterrumpido. Las incontables visitas a las demás regiones de la provincia lo habían desgastado en demasía. Así, la pasión se desdibujaba bajo el peso de la responsabilidad, pues teniendo que cabalgar y exhortar a sus

segundones para que cumpliesen sus órdenes, no podía disfrutar del cuerpo del efebo Bulus.

El procurador asumía que semejante esfuerzo debía realizarse durante el primer año y sin demora. Tener que presentarse en persona ante las administraciones y los caudillos era fundamental en su idea de domar a una Mauritania en rebeldía. Luego, dejando guarniciones apostadas en las aldeas, se permitiría el lujo de dirigirlas desde la seguridad de su palacio amurallado en la capital.

Pero esa mañana, mientras el blanco y fresco amanecer asomaba por el balcón de sus aposentos, una leve tregua se abrió en su interior. El tierno abrazo de Bulus lo hizo sonreír por primera vez en semanas.

—¿Me has echado de menos?

—No —contestó él en broma.

—Mejor así. He estado con otros… y con otras —dijo Bulus.

En aquel instante, Poncio sintió un extraño frío clavándose como un estilete en su corazón.

—Dijiste que debía ser sincero contigo y lo soy —añadió.

—¿Sientes algo por mí, Bulus? —preguntó Poncio tragando saliva.

—Claro que sí. Pero soy muy joven y vigoroso. Tú has sido quien ha despertado en mí los deseos más ardientes y también los más cariñosos.

—Pero eso no es amor —arremetió Poncio arrugando la frente.

—No sé lo que es —contestó irresoluto—. Solo sé que te necesito y que no quiero apartarme de ti. Eso sí que lo sé.

—Entonces es posible que lo sea. Espero que lo sea.

Poncio alisó su frente enrojecida por el sol de África y esbozó una sonrisa de alivio. Por un instante, se permitió olvidar el peso de la

Mauritania, los informes acumulados y las rebeliones latentes. Allí, entre las sábanas aún tibias y el cuerpo adormecido de Bulus, el mundo parecía detenerse.

En las noches que pasaba lejos de su mancebo, el procurador soñaba con Bulus y temía que ocurriera lo inevitable. Lo imaginaba riendo con otros, entregado a otras manos, y ese pensamiento le arañaba el pecho como una fiera encerrada. Se desvelaba y se tocaba pensando en él. Soñaba con él. En cualquier descanso se le aparecía en forma de deseo o de ausencia. Él podía tener a cualquier esclavo de la provincia, pero ninguno calmaría su sed como Bulus. No era solo lujuria, era una necesidad más profunda, más sutil y dolorosa, como un veneno dulce que se negaba a abandonar su sangre. Poncio estaba enamorado de aquel joven con cara de caballo, y no podía hacer otra cosa más que transigir. Lo aceptaba como se aceptan las cosas inevitables: sin orgullo, pero con entrega.

Mientras Poncio desayunaba, irrumpió Aquila. Era el soldado que lo había escoltado desde Roma; el hombre al mando de la guardia de su palacio y en quien recaía la seguridad de Tingis.

—Procurador —dijo después de limpiarse el sudor del rectilíneo flequillo—, como me ordenaste, traigo a alguien de confianza para cuidar de los esclavos.

—Hazlo pasar —respondió masticando una uva.

Una mujer, y no un hombre como Poncio pensaba que sería, salió insegura por detrás de las anchas espaldas del soldado.

—Es la esclava que cuidó de mi difunto hermano —dijo Aquila—. Esta mujer es de fiar.

—Acércate —imperó Poncio, y después desvió la mirada hacia Bulus, como si le pidiera consejo—. ¿Cómo te llamas, esclava?

—Soy Aulipa. —Lo miró fugaz y agachó el semblante.

—Mírame bien —dijo a la vez que masticaba un trozo de piña—. Cuidarás de mí como si fuera tu hijo, y cuidarás de Bulus como si fuera tu hermano. ¿Entendido? —Se lamió las yemas de los dedos uno a uno—. Todo lo que no sea amor, no tiene cabida en esta casa.

Poncio miró a Bulus con una sonrisa amorosa. Y Aulipa se quedó desconcertada. Nunca pensó que un romano la pusiera firme con aquellas palabras.

—Díselo, Aulipa —dijo Aquila, animándola a pedir un favor al procurador.

Pero la mujer de rasgos grandes y mauritanos no se atrevió. Permaneció con la cabeza gacha, sumisa.

—Tiene una hija —intercedió Aquila—. Es sirviente como ella y siempre ha estado a su lado.

—Sea —dijo sin darle importancia—. Hay sitio suficiente para otra esclava. Espero que sea igual de silenciosa que la madre.

En aquel momento, Aulipa no pudo evitar una sonrisa de felicidad.

—Gracias, amo. De todo corazón, gracias.

Lo que no sabía Aulipa era que esa felicidad acababa de condenar a su hija Taria.

¿Cómo imaginar lo que está por acontecer?

¿Cómo suponer un final tan trágico para su Taria?

Los días en Tingis eran largos y cálidos en verano, y en el ambiente de palacio flotaba un atisbo de pasividad y aburrimiento; una

atmósfera densa y pesada como el aire de los abanicos de plumas, y leve, ardiente, como el que provocaban las ramas de los cocoteros en los jardines.

Los paseos a caballo y los ejercicios de tiro al arco debían hacerse muy temprano. En la extensa playa de arena blanca, las cabalgadas y las prácticas duraban hasta la hora en que el sol se situaba en lo más alto, achicharrando el suelo y los edificios de la capital mauritana.

Los caballos descansaban bajo toldos improvisados con telas de lino empapadas, respirando hondo, agitando la piel cubierta de sal y polvo. Los arcos, apoyados sobre bancos bajos, aún conservaban la tensión muda de la disciplina matutina, mientras las aljabas abiertas dejaban escapar algunas plumas al viento. Y los soldados, liberados por unas horas del rigor de la instrucción, se dispersaban en pequeños grupos, charlando bajo las sombras o tumbados de espaldas con los ojos entrecerrados como si quisieran sacudirse el peso del calor.

En uno de esos descansos, bajo el balcón del palacio del gobernador, la playa estaba plagada de huellas de sandalias que buscaban caracolas.

—Te acostumbrarás a este calor —dijo Bulus recogiendo una hermosa concha de la arena mojada.

Poncio sonrió. Asintió y su rostro escuálido, delimitado por finos y cortantes huesos, se relajó.

«Bulus me ha cambiado la vida», se dijo. Se levantó y deseó que fuera de noche para volver a solicitar que se metiera en su lecho. Ya no se sentía culpable por sus pensamientos. Muchos romanos lo

hicieron. El emperador Adriano tenía un amante y su amor era tan grande que solo la muerte pudo ponerle fin.

«¿Por qué no iba a tenerlo yo? ¿Acaso no soy de carne y hueso como todos los seres humanos? ¿Acaso no tengo derecho a amar? ¿Amar libremente a quien quiera?».

Sin que nadie lo supiese, el procurador rogaba a los dioses para que el joven mauro sintiese lo mismo y que su amor fuese del todo correspondido.

—Voy a nombrarte consejero —dijo con ilusión—. Mi consejero.

—¿Estás en tu sano juicio? —Bulus, sorprendido, frotó la concha.

—Necesito a alguien en palacio que sea mis ojos y mis oídos. Alguien a quien confiar mi vida.

—Pero ya tienes a Aquila. No me necesitas para eso.

Poncio, ante la negativa, frunció el ceño. Pero observó un ápice de temor en su esclavo y rápido tornó a su natural gesto de astuto procurador de provincia. Porque podía someterlo a su antojo; en cambio, con Bulus siempre era mejor emplear las más de cien máscaras que le había enseñado su padre en Roma.

—No te pido que me cubras las espaladas de ese modo. No te pido que infundas miedo, sino todo lo contrario. Quiero que te codees con la gente de palacio y luego me cuentes. —Al ver la incertidumbre en el rostro de Bulus, insistió—: Además de eso, necesito que cates la comida antes que yo.

Bulus inclinó la cabeza riendo.

—Tú lo que quieres es una chismosa a tu lado. —Alzó la mirada y le brillaron los ojos.

—¿Lo aceptas, entonces?

—Acepto —asintió, y se hubiese acercado para abrazarlo de no ser porque los interrumpió Aulipa, que llegó junto a una joven que portaba una pequeña ánfora sobre la cabeza.

—Mi gobernador —dijo Aulipa—. Traemos agua.

Poncio se pasó la lengua por los labios y los sintió resecos por la sal que traía el viento entre las aristadas dunas y el bravío oleaje en la playa.

La joven se arrodilló e inclinó el ánfora en un cuenco que su madre arrimó. El procurador ya había cogido el vaso cuando…

—¡Espera! —prorrumpió Bulus—. Ahora soy tu catador… ¿No debería probarla yo antes?

Poncio sonrió feliz y con un gesto le indicó a la joven que se la diera rápido a Bulus, que ya la esperaba dispuesto. El mauro tomó lentamente el cuenco sosteniéndole una penetrante mirada. Luego, provocativo, con sus dedos le rozó las manos como si entreviese que el agua podía ser tan refrescante y dulce como su piel.

—Está fresca, mi señor —dijo al fin Bulus, con los ojos hincados como puñales en los recatados y tímidos de Taria.

Pasaron los días, y con ellos la calma de Poncio se fue deshilachando como la tela de un manto viejo. Ese final de verano trajo agua en forma de barro rojo. Las negras nubes se posaban sobre el palacio adoptando formas de desagradables aves para Poncio. Como el avestruz, el buitre o la paloma, pero, sobre todo, entre todas las plumíferas veía planeadores y molestos cuervos que con sus gruesos picos parecían estar oliendo la sangre recién derramada en su lecho. Desatados, picoteaban a las demás aves y deseaban posarse en su

balcón para arrebatarle el pellejo que sostenía con los dedos de una mano. Eso era lo que pensaba Poncio Recio con la toga blanca ensangrentada y la mirada perdida mientras el acuoso barro caía del cielo. Ni siquiera escuchó los ensordecedores gritos y llantos de Bulus, que ahora permanecía estático, acurrucado en un rincón. Tan solo le llegaba el sonido estridente de las nubes en forma de graznidos de los cuervos que picoteaban hirientes sin cesar.

Aquila irrumpió con dos de sus hombres, y a pesar de estar acostumbrado a ver desfiguraciones, jamás había contemplado tal vileza. En la distancia, el amasijo de carne de la joven Taria sobre la sábana no tenía rostro. Su cuerpo desnudo mostraba cortes y pinchazos por todas partes, el ensañamiento parecía cosa de un animal feroz: un chacal o un león hambriento. Aquila, en segundos, dirigió sus asombrados ojos hacia el balcón y alcanzó a ver a Poncio Recio absorto, como en un estado de perturbación: manchado de sangre, con el cuchillo en una mano y el pedazo de carne sostenido con los dedos de la otra. Y aun así el jefe de la guardia no podía creer que el procurador, a quien llevaba sirviendo desde hacía años, hubiera sido capaz de cometer aquel truculento asesinato.

—¡Levanta, Bulus! —imperó Aquila, que intuyendo lo sucedido decidió actuar con prudencia.

Pero Bulus estaba catatónico, y Aquila pensó que ver arrancar una cara podía producir ese efecto.

—¡Levanta de una vez! ¡Lárgate de aquí o por Marte que te haré lo mismo!

Bulus ni siquiera sentía los empellones de los soldados que lo alzaban y, a duras penas, con andares quejumbrosos, lo obligaban a abandonar la estancia.

Aquila, sin saber si dirigir la palabra a su señor, o hacer algún ademán que revelase su presencia, permanecía en pie a su espalda. Esperaba una mirada, una voz, un gesto, algo que le demostrase vida y, luego, un mandato que pusiese orden en aquel desconcierto. Pero Poncio, sin soltar el pellejo ni el cuchillo, en el saliente que daba al precipicio de rocas y al mar, junto a la balaustrada, estaba inmóvil bajo la lluvia de barro.

No emitía sonido alguno: no gemía, no sollozaba, y lo peor era que no se daba la vuelta. Estaba quieto como una efigie calándose hasta los huesos, mirando al vacío; mezclándose en el suelo la lluvia y el barro con la sangre de la cara de Taria.

Aquila comprendió que estaba presenciando el inicio de la demencia de Poncio Recio, y aquel deterioro le sobrecogió más que el hecho de que hubiera cometido semejante barbarie simplemente por celos.

XXI

La mejor de las fiebres y un pacto roto

Flaco cometió la torpeza de querer asesinar al hombre más poderoso de la Bética. Y su poder no le venía por tener tras de sí a toda una legión, no; Valerio era poderoso porque tenía de su lado a los dioses, a los que se rogaba por la vida, a todos y cada uno de ellos. Miles de romanos oraron por él, entre ellos su fiel amigo Lotus y, por supuesto, Lidia, la mujer cuya limpia mirada lo estaba cambiando. Pero era una sola, Adriana, quien se decía que hablaba directamente con Júpiter y Minerva, la que inclinaba la balanza con fuerza, haciéndole parecer un ser enviado a este mundo con una misión de crucial importancia para Roma.

Valerio no llegaba a comprender por qué se le quería tanto. «¿Acaso no saben lo verdaderamente cruel y canalla que puedo llegar a ser?». En su pasado, no tan remoto, había ordenado a sus legionarios hacer cosas horribles: abusar de su poder, incendiar hogares… Y, para obtener su posición, había maquinado el asesinato de Cayo Albio en su propia casa.

De pronto se le vino a la cabeza aquella chiquilla a la que forzó entre vacas en los aledaños de las murallas y sintió repugnancia de sí mismo. No lo había olvidado. Valerio no podía engañarse a sí

mismo creyendo que el amor de Lidia lo estaba cambiando. Pero era tan pura la fragancia y tan bienintencionada su mirada que su pecho se abría como un nenúfar en un estanque de aguas doradas, hambriento de amor e irrefrenable deseo.

La tenía tan cerca de sus labios… Pero no se atrevía a besarla por temor a ser rechazado.

—Gracias por aceptar a las mellizas —dijo Lidia removiendo con lentitud el contenido de un cuenco con una cuchara de madera.

—Todo sea por encauzarlas. No puedo creer que esas dos criaturas sean tan… —Valerio, que por prudencia no terminó la frase, la penetró con la mirada—. Bueno, ya le he encomendado a Lotus que les busque pretendientes. Por muy extrañas que sean, se casarán y pronto tendrán hijos.

Ahora fue Lidia quien le clavó el azul de sus ojos con ansia. Con un descaro impropio, casi con zafiedad.

—Dentro de poco vendrá a vivir aquí la nueva *domina*, Adriana.

—¿Es que no quieres?

Lidia se postró de rodillas ante el lecho y colocó la bandeja sobre las piernas de Lucio.

Sus ojos eran el océano y él, un barco a la deriva.

—No, si tú no lo quieres —dijo más sosegada.

Entonces, como si el barco divisara los fanales, se atrevió a unir sus labios a los de Lidia y recibió un beso fabuloso y consentido, tan deseado desde la niñez que le tembló el pulso.

—Romperé mi compromiso y nos desposaremos esta misma noche.

—¿Te has vuelto loco, Lucio?

—Por supuesto que sí. Loco por ti, Lidia. Completamente. Estoy enamorado de ti desde que éramos niños. ¡Lotus! ¡Lotus! ¡Ven rápido!

—¿Qué ocurre? ¿Te encuentras bien? ¿Te ha vuelto la fiebre?

Lucio miraba a Lidia.

—¿Fiebre? Puede que esta sea la mejor de las fiebres, sí. Puede que sea una loca llama y esté soñando. Ve en busca del sacerdote… los sacerdotes… quien tenga que venir, pero ve al templo y trae a alguien que nos despose ahora mismo.

La cara atónita de Lotus divirtió a Lidia, que soltó una risita pueril.

Lotus ya se disponía a marchar cuando…

—Espera, amigo. —Hacía mucho que no lo llamaba así—. Necesitamos que todo se haga con sensatez. Díselo al sacerdote Gallo. Solo a él. Luego, ya habrá tiempo de festejos.

Era mediodía y Gallo, reclinado sobre almohadones, dejaba que tres de sus esclavas le cortaran las uñas de las manos. Tras la incorporación de nuevos cocineros, había ganado mucho peso y no pasaba desapercibido. Resultaba curioso porque en cuestión de un par de semanas se le inflamó la papada, y sus dedos hinchados parecían falos de toro blanco. Eso último se lo dijo a una de sus criadas con el pulgar hacia arriba y ella tuvo que reírse.

Gallo se sentía cómico. No le desagradaba si con ello hacía reír de veras cuando se lo proponía. Junto a su rolliza esposa, hacían la mejor de las comedias en la zona alta de la colonia o en el bullicioso mercado de Itálica. Un guiño de ojo a un tendero causaba risa de agradecimiento, y un chiste sin mofa era el clamor de todo su

séquito. En cambio, no toleraba que nadie se riese sin él provocarlo. Era como si se estuvieran mofando de él o de su esposa; de lo gordos y repulsivos que eran.

Flaco, como buen estratega, supo calarlo bien. Las ocurrencias del máximo exponente del clero romano en Itálica le sacaban sonrisas de asentimiento, pero nunca llegaban a explotar en carcajadas. Esa simple muestra de respeto, a juicio del sacerdote, junto a que fue quien envió a los dos cocineros a su servicio, consiguió que Gallo y Tulia lo tuvieran en gran estima.

Flaco, desde un principio, hizo creer a Gallo que el asesinato de su mejor amigo, Cayo Albio, lo cometió aquel cabrero con rasgos nórdicos, y desde entonces no había cesado de agasajarlo con detalles más propios de un rey que de un sacerdote.

El encargado de velar por la casa de Adriana, por su seguridad y recuento, al pegarse de esa forma a Tulia conseguía que muchos chismes, y sobre todo informes que procedían de fuera de las murallas, llegaran a sus oídos.

Tulia acercó una bandeja con dulces a Flaco.

—Están deliciosos. —Sujetó uno como si su mano fuera una pinza acabada en puntas romas muy finas—. Prueba el de almendras, te lo ruego, querido Silano.

Los dedos de Tulia apretaban con una lentitud que causaba suspense y Flaco tragó saliva, pues odiaba la almendra. Aun así, cogió uno y se lo introdujo en la boca. Masticaba y sonreía como si el sabor del fruto seco endulzado le estuviera contando una de esas anécdotas cómicas con las que solía amenizarlos su esposo Gallo.

De pronto, borró la mueca y la sustituyó por una de preocupación.

—¿Qué ocurre? ¿Te ha sentado mal el dulce?

—Oh, no, en absoluto, está muy bueno. Es solo que me acabo de acordar de un rumor que se escucha en la baja Itálica.

—¡Adivino, qué será! —dijo Gallo admirando una de sus uñas recién pulidas.

—¿Qué es? ¿Lo sé yo, esposo mío? ¿Qué es lo que le ha agriado tan magnífico bocado a nuestro queridísimo Flaco?

—¿Será la guerra? —preguntó Gallo.

—¿Qué guerra? —se alarmó Tulia.

—No es para preocuparse —respondió Gallo con indiferencia—. Todavía no, al menos.

—¿Entonces? ¿Es cierto, Gallo? —preguntó Flaco frunciendo el ceño.

—¿Qué es cierto, Flaco?

—Dicen que los mauros volverán a levantarse en armas. Arrasarán Mauritania y cruzarán el estrecho.

—Cierto es, amigo Silano. Pero con la creación de la legión II en la colonia, ya se ha encargado nuestro césar de bajarles los humos. Ahora tenemos dos legiones en Hispania. La II y la VII, que siempre vence. Aparte, me ha llegado la noticia de que una flota se reunirá en el puerto de Gades.

—La VII siempre vence —repitió Tulia arrugando la frente—. Es invencible.

—¿Quién la comanda? Según tengo entendido, el legado Sobrino Filipo ha caído enfermo.

—Supongo que será designado su mano derecha, el siguiente en el rango. La verdad, pienso que dará igual quién lo sustituya, ¿cierto?

Gallo entendía de dioses, de culturas extranjeras y de intrigas; incluso si lo ponían en los límites del saber, hasta de amor podía llegar a entender. En cambio, de estrategia militar y de legionarios en combate no sabía nada de nada.

—Cierto —contestó Flaco, ocultando su desacuerdo.

—Entonces, que el rumor de la guerra no te amargue el dulce. Los cocineros que me enviaste son espléndidos, Silano. ¡Espléndidos!

Tulia le acercó la bandeja nuevamente y Flaco, que escogió uno al azar, lo sostuvo en la mano. Sonrió con falsedad a su anfitriona porque en ese momento reprimía su malestar por dos cosas: tener que ingerir almendra endulzada otra vez y que se dirigieran a él por su apellido. No tenía por qué generar malestar.

Que lo llamaran Silano le recordaba a su padre: una cruel infancia acompañada siempre de un mal olor asociado a la tragedia. Era el hedor de la sangre adherida a la piel sudada de los gladiadores que morían en la arena, y que él tenía que limpiar a diario.

Miró su mano y la almendra clavada en una redonda masa tostada. Por un instante deseó estamparla contra la cara de cerda alegre de Tulia. Y luego levantarse y, ante los ojos de espanto de las esclavas, arrancar de cuajo la papada de Gallo. No era la primera vez que fantaseaba con acabar con todos los patricios de Itálica. Coger todo el dinero de la colonia y marcharse muy lejos con Adriana. Quizá a Oriente.

De igual manera que no podía quitarse la mala sombra de su padre, tampoco podría desprenderse de la obsesión por esa mujer que, en poco tiempo, sería la esposa del hombre al que más odiaba en el mundo, después de a su padre.

«¡Valerio, el Devastador de Itálica, lo llaman ahora! ¡Qué falacia!».

Flaco mantenía la mirada a Tulia mientras ella le animaba a comerse el dulce, y como no lo hacía, le agarró la mano. Parecía que deseara acariciarla.

—Te contaré un secreto —dijo por lo bajo para que no se enterase Gallo.

«¿Un secreto? —pensó Flaco—. Bueno. Eso bien vale tragarse otra asquerosa almendra dulce».

—Come, querido. Come y disfruta porque lo que te voy a revelar va a llegar a oídos del mismísimo césar en Roma, y créeme cuando te digo que lo va a escandalizar.

Flaco se tragó entera la masa y masticó la almendra para exclusivo disfrute de Tulia. En sus ojos se apreciaba la satisfacción mientras él la trituraba con los dientes. Flaco no había visto persona que gozara tanto viendo comer a un invitado, y pensó que aquello posiblemente la estuviese excitando.

—Cuéntame —dijo todavía con la boca llena.

—Se trata de tu *domina*, Adriana.

—¿Qué pasa con ella?

En ese instante, Flaco intentó imaginársela junto al gran Marco Aurelio y tembló. Era tan bella que no descartaba que el mismo césar la quisiera únicamente para él.

Tulia aún mantenía en su fría mirada el intrigante secreto.

—Ya no se desposará con el legado y se quedará como lo que es —dijo al fin—. Una viuda triste y sola. Puede que para siempre, porque es muy exigente.

Tulia parecía apenarse por ella, y Flaco no podía creérselo. Ni siquiera, y aunque lo deseaba con ilusión, era capaz de preguntar el motivo de aquella impactante noticia.

—El legado se ha enamorado de una pariente suya que se llama Lidia, y ya se ha desposado con ella. Por el momento es secreto, así que no sé si tu *domina* lo sabe. ¿Lo sabe?

Y al escuchar el nombre de Lidia, Gallo resucitó en sus almohadones.

—¿Qué le cuentas a nuestro amigo Silano, querida?

—Me cuenta que… —carraspeó Flaco.

—Le he preguntado por Lidia —interrumpió Tulia—. La joven patricia que es pariente del legado. Le he preguntado si la conoce y que si sabe algo de ella.

—¿Lidia? —Gallo se irguió, y su panza quedó prieta en la fina tela morada que lo envolvía—. ¿Y a qué viene eso ahora? —dijo mostrando a Tulia su enfado.

—Es una mujer un tanto misteriosa, ¿no crees?

—He de marcharme —dijo Flaco. Ya tenía suficiente información y, viendo que se avecinaba temporal, se apresuró a ponerse las sandalias y se escabulló como un ratón entre las piernas rollizas del sacerdote.

Cuando ya no hubo extraños en su casa, Gallo miró a su esposa.

—No debiste irle con el cuento a Flaco —dijo.

—Disculpa, querido, no volverá a suceder. Se me ha escapado, pero tampoco hay nada de malo en que lo sepa. Ahora se lo contará a su *domina* y ahí quedará todo. Veo tan injusto que todo esto ocurra a espaldas de la joven Adriana. Ha sufrido tanto con la muerte de Albio… —Tulia no ocultó el sarcasmo.

—Flaco es una víbora —dijo Gallo, sustituyendo su rostro recio por otro de asco.

Tulia no se inmutó, solo sonrió como si tuviera ante sí un delicioso dulce.

—Lo sé —respondió.

Flaco caminaba dando zancadas de entusiasmo por las callejuelas de la baja Itálica que conducían a las murallas, tomando las esquinas sin importarle tropezar, porque deseaba celebrar cuanto antes la noticia que hundiría por completo a su querida Adriana. Pero primero debía zanjar un asunto que lo inquietaba. Con el rostro desencajado por la felicidad, se dirigió a la arena de gladiadores; el lugar que durante tanto tiempo fuera su hogar y donde aprendió a ser infalible tanto con el tridente y la red como con el gladio.

Flaco se veía frente a ella con una buena jarra de falerno. Admiraría con fruición ese gesto amargo que le sería imposible disimular; porque Adriana, sobre todas las cosas por desear, anhelaba ser de nuevo la *domina* de la colonia de Itálica entera.

En su interior se negaba a pensar que ella quisiera desposarse por un verdadero sentimiento de afecto, o peor: que aquel engreído del legado la hubiera seducido hasta el punto de haber suscitado la pasión que él mismo se empeñaba en ofrecerle en el lecho. Pero descartó esa idea por imposible. Conocía a las personas, y sobre todo a Adriana. Y se jactaba de ello. Conocía cada pulgada de su piel, cada rincón oscuro de su pensamiento.

Flaco no se engañaba. La *domina* y él eran dos seres idénticos que se movían por la querencia de poder y el buen hacer de los cuerpos. Flaco se entregaba por completo, le entregaba toda su energía hasta quedar sin alma, aun sabiendo que ella, una vez

conseguidos sus propósitos, como a un perro pulgoso, poco a poco lo iría eliminando de su vida. Lo había utilizado para deshacerse del viejo de Albio y así quedarse con un gobernante más joven. Más poderoso en todos los sentidos. ¿Y él? ¿Qué sería de él? Él era escoria, y si no cumplía sus mandatos, muy pronto se convertiría en carne picada para los puercos de Gripino.

Por eso tuvo que contratar los servicios de su padre. Un ser equiparable a un demonio del inframundo. La peor pesadilla que un ser vivo llegara a tener en vida. Así, se le borró la sonrisa cuando recordó que iba a su encuentro.

Saludó a los dos guardias de la puerta trasera dándoles unas cuantas monedas, con las que, sumadas a las que de seguro les dio su padre, podrían pasar una buena semana en alguno de los cuatro burdeles que había en Hispalis. Eran hombres pagados por Flaco, y uno de ellos lo acompañó hasta el primer peldaño de las escaleras. Él conocía bien los subterráneos del anfiteatro y el lugar exacto donde lo esperaba Segundo Silano, así que con un guiño de ojo lo detuvo.

—¿Me das la llave? —preguntó Flaco.

El guardia se extrañó. No debía desprenderse de ella nunca, pero como le estaba pagando sobradamente bien se la dio.

Tras descender cuatro escalones ya se sentía el calor y la humedad de las profundidades. Flaco agarró una tea, y entre paredes cochambrosas y suelos mojados llegó hasta el corazón del infierno.

Los recuerdos lo detuvieron. Era la celda en la que solía encerrarlo Segundo cuando no cumplía bien con lo que se le ordenaba;

normalmente compartida con un par de cadáveres desmembrados o decapitados, chorreando sangre y sudor tras la lucha.

—Así aprenderás —le decía su padre asomando la cabeza entre los barrotes y sacando una lengua larga y roja por el vino.

Allí, Flaco pasaba las horas entrecerrando y abriendo los ojos, imaginando que los muertos despertarían, se colocarían sus cabezas y harían con su cuerpo un amasijo de carne.

Segundo lo trataba peor que a la tercera de sus mujeres en la lista, a quien desfiguró porque se había preñado de su inseparable esclavo númida.

Flaco se violentaba con el recuerdo de aquella desgraciada mujer. Después de haber hecho lo imposible para que Segundo estuviera bien atendido, la arrastró por el circo acusándola de ser una ramera infiel que cobraba por acostarse con otros hombres. «¡Negros africanos! ¡Asquerosos negros de África!», clamaba ante un público enardecido que deseaba ver cómo la torturaba.

Y el númida también fue atormentado. Lo situaron frente a ella y de un tajo lo caparon.

Segundo agarró a Flaco de las orejas y, en mitad de los aplausos, le dijo que a qué estaba esperando para la faena, que consistía en limpiar y suturar las heridas.

El númida murió, pero la mujer sobrevivió a la paliza. Se llamaba Furia, y siempre le estuvo agradecida a Flaco por sus cuidados. Hasta el punto de que un día, viéndolo decaído, se ofreció para ser la primera mujer con la que yaciese. Tristemente, algo que todavía lo atormentaba, Flaco fornicaba con ella mientras la veía como a una madre.

Cuando la tea iluminó la lóbrega celda, Flaco asqueó el rostro.

—Y yo que creía que te encontraría muerto, ¡qué desilusión!

—¿Traes la plata? —preguntó Silano.

Flaco sacó una bolsita anudada.

—Solo la parte que te corresponde por haber quitado de en medio a los posibles chivatos.

—Necesitaré todo lo que acordamos.

—De eso nada, viejo, el maldito todavía vive. Ese era el trato.

Segundo achicó los ojos y apretó los dientes. Tenía un gladio entre las manos e irradiaba tensión.

—No volveré a intentarlo. Ahora estará más vigilado.

—No hará falta.

—¡Pero necesito el dinero para marcharme de aquí!

—¿Es que te reconoció alguien?

—Procuré que solo hubiera ojos de espanto y no de lince, pero toda precaución es poca.

—En ese caso, solo tienes dos opciones —dijo Flaco lanzándole la bolsita al pecho—. Una, largarte y buscarte la vida lejos de Itálica, y la otra, quedarte encerrado aquí sobornando a los legionarios hasta que tu dinero se acabe. Y como no es bastante, tal vez te lo roben y te entreguen al nuevo legado para obtener una recompensa.

—Cosa que no te beneficia, ¿cierto? Soy el único que sabe de tu traición y podría delatarte.

Flaco lo miró con desprecio.

—Bueno, es posible que haya una tercera opción.

—¿Una tercera? ¿Cuál es? ¡Dime!

Flaco se hallaba junto a la puerta de barrotes. Retrocedió lentamente y después cerró con llave.

—¿Qué haces? ¿Es que piensas abandonarme aquí?

—Aquí me encerrabas de pequeño con los heridos y los muertos. Y aquí te dejaré para que te mueras de hambre. En esta vida todo se cobra, eso me dijiste una vez.

Flaco se dio la vuelta y recorrió la galería subterránea sintiendo una liberación extraordinaria. Entregó la llave al guardia que la custodiaba, y los sobornó de nuevo. Esta vez les pagó el triple con la condición de que dejaran que el viejo se pudriese en esa mugrienta celda.

Aceptaron sin queja alguna. Se escupieron en las manos y se las estrecharon con sumo gusto, pues, una vez muerto, Flaco les aseguró que podrían quedarse con una bolsa de monedas de plata que acababa de entregarle a su padre.

—Lentamente —les dijo Flaco.

—¿Lentamente? ¿Cómo de lentamente?

—Todo lo que se pueda.

Mientras en las profundidades del gran circo de Itálica se cernía la venganza sobre Segundo Silano, en otro rincón de la colonia un fervor muy distinto consumía a Adriana. La salud de Valerio pendía de un hilo y, en su desesperación, la joven romana recurrió a la piedad divina. Con el corazón oprimido por la angustia y el deseo de que se salvara como único faro, juró orar a Esculapio todas las noches. Mandó esculpir su figura en una piedra grande en mitad del jardín. Allí se introducía en el barro, colocaba ramas de romero y pedazos de carne ensangrentada a sus pies, e incluso se quedaba dormida. Y todo para que su prometido Valerio volviera a la vida.

Sin embargo, a pesar de su pasión, Adriana se vio rodeada de incomprensión. Las desconfianzas a su alrededor fueron en aumento y la colonia más patricia se puso en su contra.

«¿Acaso una romana no debe ser esclava de sus dioses? Alabarlos es cosa natural y toda Itálica debería hacerlo. No tengo culpa de que ellos me hablen. ¡¿Quién infunde ese mal rumor?! ¡¿Quién lo hace!?».

La Viuda de Itálica, como la llamaban ahora debido a las habladurías en el Senado, tuvo que aceptar a regañadientes la orden impuesta por Lotus, pues de ningún modo debía visitar a su amo hasta que se encontrara pleno de facultades, tanto físicas como mentales. ¿Por qué le venía Lotus con aquellos cuentos? ¿Gallo? ¿Había sido idea de Gallo? Ella era su prometida, ¿quién sino ella debía guardar ayuno y permanecer en vigilia velando por la vida de su Valerio?

Aquella noche, Pricila clavó sus enormes ojos en Flaco cuando lo vio aparecer. La que, entre otras cosas, era *vilica*(8) en la *domus* de Adriana se preguntaba por qué estaría tan exultante, y por ese motivo lo mandó esperar como si fuera alguien sin importancia. No le gustaba Flaco. No le gustaba su tono de voz ni cómo trataba a los esclavos, y sobre todo no le gustaba cómo amaba a su ama. Pero, mientras Adriana se arrodillaba en mitad de un rojo fango ante el dios Esculapio, la fiel pantera, oscura y brillante bajo la luz de la luna, con su enervado rostro, no pudo evitar que Flaco irrumpiese en el ritual.

—Los dioses han vuelto a escucharte, Adriana —dijo con su sarcástica voz—. Parece que el legado se ha recuperado por completo.

Su sonrisa era la de un chacal ante una presa jugosa, pues anticipaba que, después de la noticia, sintiéndose sola e indefensa, necesitaría de toda su compasión.

La *domina*, cubierta de lodo, se giró y lentamente se irguió. Mantenía los ojos cerrados, en un gesto de dolor como si ya lo hubiera predicho. Como si todos los dioses esculpidos que tenía en aquel jardín ya se lo hubieran gritado a sus oídos.

Cuando Adriana los abrió, eran dos llamas que lucían rabiosas y Flaco se quedó atónito.

—¿Lo sabes? —La expresión de Flaco fue de asimilación.

«¿Cómo se ha enterado? ¡Es imposible!».

Adriana salió del fango, severa y recta, sin ocultar su enfado. Ignorándolo, pasó por delante de Flaco y fue hasta un estanque que rebosaba agua templada. Allí, mostrando la espalda, apartó algunos nenúfares y se introdujo despacio.

—Déjala tranquila —dijo Pricila con boca de asco. Era un gesto que le había dedicado en multitud de ocasiones, pero esta vez indicaba que lo que sentía era pura repugnancia.

—No deberías ir contra mí, esclava. Pronto seré el amo de todo esto y tú tendrás que obedecerme. Vete —le dijo acercando el rostro a un palmo de su cara—. Lárgate a preparar el lecho de tu ama, porque esta noche me la comeré para cenar.

A la mañana siguiente, Adriana se vistió de gala. Se maquilló y se colgó los aros de oro que Valerio le había regalado. Echada sobre una litera, acompañada de su séquito de esclavos y de su inseparable Pricila, la viuda de Albio paseó todo el lujo de su casa por la alta colonia.

Adriana estaba herida y sentía vergüenza porque había sido despreciada, sustituida, sin más explicación que la traición de los dioses; y luego, la presencia desconsiderada y la voz henchida de Flaco solo lograban irritarla aún más. Pero había sido bien adiestrada en el difícil arte del disimulo y entendía que era el momento de demostrarlo.

No escondía su rostro y sonreía. En lo que duró el empinado trayecto, puso su cara más encantadora y saludó a todos aquellos que buscaron su mirada. Algunas, por el escarmiento, no disimulaban su alegría, y algunos, sobre todo viejos patricios que fueron pretendientes, sintiendo la esperanza todavía viva de poder poseerla y desposarla, se acercaron para pedir cita. Posiblemente, jamás se mostrase tan libidinosa como en aquel largo paseo que la conducía hasta las mismas puertas de la casa del hombre más poderoso de Itálica.

Ante el muro de la *domus* del legado, Pricila levantó la mano y los esclavos descansaron. Eran seis morenos del norte de África y dos acababan de llegar; muy jóvenes como para considerarlos posibles amantes.

Adriana, con los ojos pintados y maquillada para matar, también coqueteó con ellos. «¿Por qué no? Muchas *dominas* los utilizan para eso», pensó cuando la raja del vestido dejó al descubierto su pierna hasta el muslo, e incluso la transparencia de su poblado sexo.

Ellos también la deseaban. Estaban sudando y sus propias feromonas los desconcertaban. Para los esclavos, la *domina* era intriga y era fuego; aunque pensaban que también era el miedo. Un paso en falso y sus espaldas serían despellejadas hasta alcanzar la muerte.

Lotus salió a recibirla y dio orden a la guardia de que entrasen todos. A un lado, el séquito de esclavos, y al otro solo se permitió el paso a Adriana con Pricila, que iba portando una caja.

—No te esperábamos —dijo Lotus admirando su valor y también su osadía por presentarse en casa del legado—. Pero él quiere recibirte. Pasa, por favor.

A Lotus no le parecía buena idea dejarla pasar al jardín, porque podría encontrarse con Lidia; sin embargo, fueron las palabras de su amo y eran las que había que obedecer.

Adriana no abrió la boca. Se mostró sonriente y complacida por el recibimiento, y aunque le colocaron un asiento, quiso permanecer de pie junto a su inseparable Pricila. Así, viéndola tan provocativa entre los mosaicos y la sombra de los olivos, Lotus temía alguna venganza por su parte, pues desde que intentaron asesinar al legado su desconfianza se había convertido en obsesión. «¿Qué habrá en esa caja?», se preguntó. De pronto, se imaginó un metal afilado con el que daba muerte a su amo…

—¡Lotus! —escuchó la voz de Valerio—. ¡Que no les falte nada a ninguno de los de su casa! ¡Preocúpate de que coman y beban mientras su ama esté reunida conmigo!

Lotus asintió y, sospechando del contenido de aquella caja, se marchó inquieto.

—Mi legado —dijo Adriana inclinando la cabeza—. Me alegra enormemente verte restablecido del todo. He rezado a diario a los dioses.

—Y a mí me alegra tu visita. Sé que no te habrá resultado fácil tomar la decisión, y te debo una disculpa.

—Oh, Valerio, nada de disculpas. He venido para devolverte el colgante que me regalaste en el jardín de Venus.

Cuando Pricila abrió la caja, Lotus, que estaba al acecho, resopló de alivio. Luego, invadido por el secretismo, rebuscando con la mirada en cada esquina del jardín, encontró a Belonia y Varinia igualmente escondidas. Ellas no podían verlo; en cambio, él observó cómo disfrutaban con una escena que, cuando menos, daba la sensación de ofrecerles una maravillosa disputa.

—No, Adriana, quiero que te lo quedes. Quiero que sea el símbolo de nuestra amistad.

—¿Amistad? —Adriana apretó los labios y miró a su alrededor, y viendo que solo estaba Pricila, añadió—: Podríamos dejarlo en confidentes de un acuerdo de asesinato.

Ahora fue el legado quien miró a su alrededor. Ni siquiera Lotus, su más leal sirviente, sabía de aquel complot. «¿Y si llega a oídos de mi esposa? ¿Qué pensará de mí? ¿Qué pensará del honorable Lucio Valerio Nepos, gobernador de Itálica por derecho?». Lotus era tan íntegro y Lidia tan limpia y pura de corazón, que suponía que ninguno de los dos lograría comprenderlo.

—¿Se trata de algún tipo de amenaza? —preguntó Lucio Valerio.

—Yo solo he venido a devolver lo que ya no simboliza nada para mí. Este colgante representaba nuestro compromiso, pero ahora

únicamente puede traerme problemas. No quiero nada que provenga de ti, salvo tu silencio y…

—Ah, se trata de eso. ¿Qué quieres? ¿Dinero? Tú, al igual que yo, estás metida en esto hasta el cuello.

—No podré volver a casarme —dijo Adriana con el rostro afligido, y en cierto modo sincero—. Me has destrozado la vida. Así que me lo debes. No invertirás plata en mi casa por mi silencio, sino porque, después de ti, ya no puedo prometerme con nadie más. Eso lo saben los dioses.

Adriana, recomponiendo la faz, le tendió el colgante.

—Eres muy joven y hermosa, Adriana. Existen muchos patricios ricos que pueden hacerte feliz.

—No —negó con rotundidad, sosteniendo el colgante en la mano.

Entonces Lucio Valerio se encorajinó.

—Soy el gobernante de esta colonia y no aceptaré sobornos. Si quieres ir con el cuento, allá tú. Será tu palabra contra la mía en el consejo. Y recuerda que no solo tengo una legión entera, sino también el apoyo inestimable del sacerdote mayor de Itálica. ¿Qué vas a hacer tú?

Adriana miró al cielo, parecía querer atraer a las nubes con su belleza.

—¡Ah! ¡Es verdad! ¡Tú eres quien habla con los dioses!

—Los dioses ya han hablado, Valerio. Estoy aquí porque ya han hablado.

—Pues los dioses deberían saber que yo, el Devastador de Itálica, no me postro ante Adriana, la viuda de Itálica. ¡Lárgate! ¡Desaparece de mi vida!

Lucio Valerio Nepos, probablemente pensando que iba a pasar el resto de sus días junto a Lidia, por primera vez había actuado con el corazón; porque si bien tuvo en consideración su compromiso con Adriana, no vio la peligrosidad del asunto. Era algo sobre lo que no había meditado. En su lucha contra la fiebre, no fue capaz de esclarecer la mejor de las soluciones.

Él, tan seguro de su poder, jamás se imaginó que Adriana le pediría una manutención. Dio por sentado que se molestaría, sí. Lloraría un tiempo porque él había llegado a Itálica para salvarla de aquel viejo que, aunque le otorgaba estatus social, no la satisfacía en el lecho y la denigraba con otras hembras. Adriana no era dueña de sus pasiones, y Valerio supo verlo. Pero también era consciente de su hermosura y, con el sabor de otros labios, poco a poco iría olvidando que una vez pudo ser la esposa del legado.

Respecto al pacto, Valerio se mantuvo firme, y en cuanto Adriana se marchó con su séquito, regresó al patio para dedicar miradas de ruego al cielo. Le pareció extraño, pero en donde hubo un amplio claro se habían cernido grisáceas nubes con rapidez.

«¿Dioses? Los dioses están conmigo. Me sacaron de las tinieblas y me hicieron el hombre más feliz sobre la tierra. ¡Oh, dioses, no escuchéis los lamentos de una mujer despechada! ¡Escuchad los de un fiel romano que empuña el metal contra vuestros enemigos!».

Mientras tanto, como gárgolas ocultas en la sombra, tanto Lotus como las mellizas se mantenían inmóviles en sus respectivos escondites.

«¿Qué extraña intriga llevan Adriana y Valerio a sus espaldas? ¿A quién han asesinado estos dos?», se preguntaban.

Finalmente, una galopante idea terminó por darles luz.

SEGUNDA PARTE

XXII

Germania Magna

166 d. C.
A orillas del Istro

En el transcurso de aquellos cinco años, Facio creció en los márgenes del campo de batalla. Quien fuera hijo de Emilio Nevio —cuyo apellido fue borrado de la faz de la tierra por sus hermanos romanos— pasó ese tiempo de campamento en campamento militar, de camino en camino, de bosque en bosque. Era el ahijado del centurión Horacio Catulo, y por ello gozaba de privilegios tales como la educación, la instrucción y el respeto de todos los soldados. Eso lo fortaleció y lo cultivó. Se convirtió en un romano casi tan destacado como su mentor. Porque existiendo un gran vínculo entre ellos, no se separaron el uno del otro. Cazaban juntos, cabalgaban juntos, y en las noches de lluvia leían juntos. El centurión, que nunca se apartó de las letras en las lecciones diarias, aprendía tanto de Facio como Facio del centurión. Uña y carne era poco para referirse a ellos, y aquello reforzaba el ánimo de los soldados en las escaramuzas, pues Horacio el Agricultor era un hombre tan honorable como querido por su bondad.

¿Quién sacaba de la esclavitud a un niño y lo hacía hijo suyo de aquella manera? ¿Había alguien que sintiera acritud por la suerte de aquel joven?

Facio, que en un principio procuraba agradar, rápidamente aprendió que, sin ser desdeñoso, a cada hombre se le debía reconocer su sitio. Horacio le dijo que un rango requería deferencia y acatamiento. Que la humildad que ya atesoraba en su interior le otorgaría algún día la posibilidad de que los hombres aceptaran con gusto sus decisiones. Ahora, el de Hispalis, como lo llamaban con dilección los suboficiales veteranos, sintiéndose fuerte, deseaba tomar las riendas de su destino.

Aquella noche, tras abandonar la atalaya situada en los exteriores de Brigetio,[15] ya se encontraban acampados en la otra orilla del Istro. Perseguían a unos insurrectos que, negándose a pagar los impuestos, habían dado muerte a un recaudador. El general de la legión I Itálica, instalada en Germania desde los tiempos del emperador Nerón, le había encomendado la misión a su hombre de confianza, Horacio Catulo.

Todo era una excusa para iniciar una guerra, y por ese motivo Horacio, dejando atrás su centuria, cabalgó con premura junto a Facio y su explorador hasta tierras de los cuados, donde doscientos hombres de la I Adiutrix (la primera legión «auxiliar») los estaban esperando para recibir instrucciones.

Sin desmontar, el oficial al mando, un prefecto casi tan joven como Facio, le preguntó a Horacio por los rebeldes:

—¿Los quieres vivos o muertos?

El centurión, que ni lo miró a los ojos, desmontó, agarró su pellejo y bebió despacio, saboreando el momento. Había cabalgado toda la

noche y tenía los riñones destrozados. Luego ordenó a sus dos hombres que hicieran lo mismo, y entonces, cuando sus huesos crujieron y su corta garganta quedó limpia, llevándose el agua todo el polvo hacia el estómago, dijo:

—Quedas relegado del mando. Puedes regresar cruzando el río o puedes quedarte para combatir.

—¿Combatir? ¿Cómo que combatir? Son solo cuatro asquerosos y… ¿Cómo que soy relevado del mando? Soy tu superior y estos son mis soldados.

Horacio le hizo entrega del documento sellado por el legado, hasta el momento comandante de dos legiones, la antigua Itálica y la nueva Adiutrix, para fortalecer los limes con Germania.

—Está bien. —El prefecto sonrió como si le dolieran los testículos —. Entendido, centurión, la misión es de Horacio Catulo y en obediencia te acompañaré, pero dudo mucho que estos bárbaros quieran desafiar a nuestras legiones. Una partida… —añadió mirando a Gorhum, con su pelaje gris y su poblada barba cana— los ha visto introducirse en los pantanos. ¡Son ratas que no llegarán a ningún poblado! —Y entonces, como si una esclava le estuviese haciendo cosquillas entre los huecos de sus sandalias, sonrió con malicia—. Te llenarás de gloria con esta misión, centurión.

Horacio, que había nombrado *optio* a su ahijado, le pidió que se acercara y juntos fueron a reunir a los hombres. Eran dos centurias y con eso bastaría para poner freno a los impulsos de los cuados.

Horacio, que los hizo formar, montó de nuevo en su caballo.

—¡Escuchadme! —vociferó—. ¡No son solo cuatro ratas que buscan roer tobillos! ¡Uno de ellos es el hijo del rey cuado y se dirigen al norte del río Nitra para reunirse con su tribu! ¡Se espera

un levantamiento, y apresarlo con vida es el único modo de frenar la alianza con los vándalos y los sármatas! ¡Entended que si tenemos a su hijo, el rey Ariogais cederá y sus aliados se lo pensarán antes de atacarnos!

Levantó la espada cuando su caballo negro relinchó, y a los hombres se les puso el vello de punta.

—¡Vivos! ¡Quiero oíroslo gritar, legionarios! ¡Vivos!

Facio, que estaba a su vera, no cabía en sí de emoción al ver cómo su padre prorrumpía en gritos y la hueste le acompañaba.

—¡Vivos! ¡Vivos! ¡Vivos!

Con la mañana dando paso a la tarde, Horacio dejó un retén de hombres al cuidado del fuego. Habían apresado a dos de los fugitivos, pero como ninguno era el hijo de Ariogais debían continuar la búsqueda.

El cuerpo del centurión sobre su caballo atravesaba el vaho de las pantanosas aguas del bosque, siempre con un ojo puesto en su ahijado. Al anochecer, cuando las teas parecían pequeñas luciérnagas en la nebulosa oscuridad, lo vio fuerte y sobrio a lomos de su montura de crines doradas. Facio, atento y capaz de todo, previendo que los cuados quisieran sorprenderlos, como si fuese un escolta, se situó protector a su lado.

En los cinco años que llevaba en los limes del norte, Facio se había hecho hombre. Su cara de niño cambió por otra irreconocible para quienes no lo hubiesen seguido desde la muerte de sus padres y sus hermanos.

Había sido bien adiestrado. Bien advertido de la complejidad política que entrañaban las tribus que habitaban al otro lado del Istro, porque el joven Nevio aprendió su lengua y gran parte de sus costumbres con un gran maestro.

Gorhum, el explorador de hirsuta barba blanca, iba a la cabeza y se detuvo cual oso a la defensiva. Su rostro antiguo y bárbaro denotaba haber encontrado un preocupante armadijo, y Horacio, que leyó los aspavientos del guía germano, comprendió que esa trampa era para ellos.

—Cuidado —susurró.

Realizó señales de alerta a su pequeño escuadrón y descabalgó. El blanco espeso parecía manar de aquel agujero, consiguiendo que el humo los cegase.

Facio, como si fuesen diminutas y sólidas partículas maleables, hacía ademán de atrapar un puñado. Desconcertado, con un movimiento lento de la mano intentó apartarlas para ver qué acontecía a escasos metros de donde se encontraban.

El silencio era absoluto. La fina capa estaba fría y sentía el agua adherida a sus manos. Percibió algo con el rabillo del ojo derecho que le hizo girar el cuello. Esta vez, los depredadores bárbaros fueron sigilosos e invisibles como fantasmas en la oscuridad pantanosa a orillas del Nitro; como espectros nacidos de aquella maraña tupida de troncos, ramajes y maligna niebla, se les echaron encima.

Los hombres tras él, leales compañeros de legión, caían de sus monturas chocando contra el suelo como pesados sacos de arena, y cuando intentaban alzarse, grandes y espeluznantes lobos a dos patas los remataban con letales hachazos en sus cráneos:

atravesando gáleas de metal y penachos de cuero con una facilidad que atemorizaba.

Sagittae desde los árboles y un *pilum* pasaron por delante de Facio, que con decisión desenvainó el gladio y espoleó al caballo.

Amenazados por ambos lados, no quedaba más que morir matando, y Horacio soltó un aullido de dolor cuando, después de cortar un brazo, se vio atravesado por un *angon* en la pierna. Gorhum, a sus espaldas, recio como un roble, le sirvió de apoyo para no caer en el agujero de la trampa.

—¡Facio! —gritó Horacio—. ¡Retirada! ¡Retirada!

Pero Facio tan solo escuchaba los chasquidos de su metal en los huesos de los cuados. Los alaridos de sus compañeros romanos mezclados con los aullidos de los enemigos. El silbido de las flechas. El relinchar de los corceles. En ese momento luchaba contra dos desgreñados barbudos que intentaban bajarlo de su montura mediante gañafones y zarpazos.

Gorhum se apresuró. Dejó a Horacio junto a un árbol y embistió contra los que en el pasado fueron sus primos, sus tíos o sus propios hermanos de sangre. La espada larga atravesó a uno y después a otro, pero el caballo de Facio, asustado y posiblemente herido, levantó las patas delanteras y coceó. Los cascos aplastaron el rostro de otro salvaje germano, y Facio cayó resbalando por la grupa. Una avalancha enemiga cruzó feroz la línea velada de blanco por ambos flancos y Gorhum sujetó el ronzal lanzando una mirada imperativa a Facio. Sus ojos glaucos le pedían que socorriese al centurión. Debían ocultarse en la niebla y cabalgar hasta verse bien lejos de esa escabechina.

Así sucedió. El joven romano, viendo malherido a Horacio, agarró las riendas y fue en su busca. Lo ayudó a montar, no sin antes deshacerse de otro salvaje sediento de sangre que saltó desde una rama de abeto: lo decapitó ante los ojos incrédulos de su mentor, que aún no se creía tan estrepitosa derrota.

Mientras se iban adentrando en los humedales, alejándose del epicentro de la emboscada, Horacio miraba hacia atrás y sentía vergüenza. Una impotencia desgarradora que lo ahogaba y lo hacía prisionero de la deshonra. Porque de no ser por Facio, por la querencia que le tenía a su ahijado, se hubiera quedado entre sus hombres sumando otro esqueleto romano al otro lado del río.

Sin rumbo. Desorientados. Perdidos. Con toda aquella naturaleza penetrando en el interior de sus huesos. Horas y horas por ese bosque empantanado sin apenas ver más allá del hocico de su caballo Germánico.

Horacio, que perdía mucha sangre, cerraba los ojos y se tambaleaba. Si al principio se abrazaba a su ahijado y se mantenía firme, con el pasar de la jornada, con el peso y el desgaste, se soltaba y resbalaba. El joven tenía que hacer un gran esfuerzo para mantenerlo erguido pegado a su cuerpo. No podía detener la marcha, tenía que salvar la vida de su centurión, su mentor, su padre.

Intentó dar un rodeo a ciegas. No regresaría con el retén de hombres que Horacio dejó para que custodiaran a los dos prisioneros porque, a esas alturas, extraño sería que los cuados no les hubieran cortado el pescuezo a todos, clavando sus cabezas en

picas a la espera de nuevos rezagados que, como ellos, se dirigieran a la atalaya en busca de la salvación.

Entonces… ¿hacia dónde dirigir las patas cansadas de Germánico? Tensadas, magulladas y sucias, se clavaban en el lodo y parecía que fueran a quebrarse en cualquier momento. Pero una vez más levantó la pezuña y avanzó. Tiraba más como una pesada yunta que como el grandioso y hermoso corcel blanco que acompañaba a Facio desde su nombramiento de *optio* junto a su padre.

Mientras cada zancada era una victoria, el joven recordó el rostro de satisfacción de Horacio cuando le entregó las riendas de aquella preciosidad en el campamento de Brigia: su cara de admiración cuando Facio se montó de un salto y, con inesperado brío, lo espoleó para galopar frente a una tropa de équites tan aburrida, tan cansada de la quietud y las tareas de limpieza, que ya solo podían oler el hedor de los meados y de las boñigas en el establo.

Todavía veía a los legionarios pegados al estiércol, alineados entre el río y el vasto prado a sus pies… ¡Qué extensión para romper el viento en dos! Viendo cabalgar a Facio, el ánimo se hizo patente en sus semblantes, ansiando volver a derrotar a un enemigo presumiblemente inferior. Miles y miles de desgreñados emboscados al norte de aquel caudaloso río que, aunque bravíos y violentos, poseían dioses inservibles que tan solo sabían provocar el caos.

La noche había avanzado y Facio, tan cansado, tan anclado como su caballo en los pantanos de los cuados, también cerraba los ojos y, con temblores por el frío y el hambre, musitaba.

—Padre. Madre. Hermana. Si me veis, dadme fuerza para salvar a este hombre que me quiere como a un hijo.

Un aullido cercano sobrevoló el pantano. Llevaban horas siguiéndolos y ya estaban ahí, rodeándolos. Hasta su oído llegó el sonido del chapoteo de hojas y ramas arrastradas de los cedros y los abetos que desde las alturas lo veían todo. Tal vez hubiera sido buena idea trepar a alguno de ellos cuando aún clareaba, porque podría haber vislumbrado dónde se encontraba la fortificación de sus hermanos romanos.

Pero ya era tarde y Facio apenas se mantenía en pie. No podía desenvainar el gladio. No podía dar marcha atrás. Solo tenía fuerzas para sostener a Horacio sobre Germánico, que ya no caminaba; ni siquiera bufaba, como si deseara entregarse a los mordiscos de los lobos.

Se les oía muy cerca, casi los tenían encima.

Cuando Facio se giraba, únicamente veía el manto negro de la noche y un leve brillo en el agua. Pero estaban ahí y ellos sí que los veían y los olían. Sobre todo, olían la sangre de Horacio.

Otro largo aullido del jefe de la manada advirtió del inminente ataque. Se lanzaron salvajes, gruñeron y boquearon. Y sus colmillos se clavaron en un caballo que se resignó a morir. Cayeron al agua y, mientras al menos cuatro mordían las patas, el lomo y el cuello de Germánico, Facio tiraba de Horacio para intentar salvarlo de la nada, porque no veía nada. En la oscuridad, solo sentía el lodo pegajoso en las manos, el trasero y las sandalias; el agua con helechos y las dedaleras se enredaban en sus extremidades, y escuchaba los tristes resoplidos de su caballo mezclados con los feroces gruñidos de los lobos. Carne que se separaba del cuerpo una y otra vez, hasta que lo poco que quedó se desplomó en la charca.

Era como si Germánico se hubiese entregado a ellos para que Facio y Horacio tuvieran oportunidad de salvarse. Pero era imposible huir de los lobos, y el viejo rezagado con colmillos afilados los estaba esperando. Relamiéndose, veía cómo Facio, que hacía todo lo posible por alcanzar algo firme, iba hacia él. Por el esfuerzo de estar arrastrando a su padre, en su cuello joven se marcaba una vena apetitosa y el lobo, enloquecido por el sabor que ya paladeaba, aulló.

Facio vio sus ojos amarillos a un palmo y sintió que la inapelable mordedura en el antebrazo le arrancaba de cuajo un pedazo de músculo. Tenía que dar gracias a que parte del brazalete de plata lo había salvado de quedarse primero sin cara y después sin brazo, pero los colmillos buscaban más carne. Los incisivos insistían en las manos del romano, que se defendía sujetándole por el cuello.

«Es el final», pensó cuando escuchó el chapoteo de la manada acercándose como si la carne del pobre Germánico no hubiera saciado su sed de sangre.

Miró a Horacio, que estaba a su lado. Tenía los ojos cerrados, flotaba en el agua y empezó a alejarse. Sus manos congeladas intentaron sujetarlo; sin embargo, con el entumecimiento de los dedos, no pudo evitar que se le escapara.

«Puede que ya esté muerto por la pérdida de sangre. Puede que por ahogamiento, o puede que lleve muerto más de mil pasos de distancia y…».

De pronto, una luz de fuego hizo que el viejo lobo aflojase la mandíbula. Facio escuchó un chapoteo de veinte patas que se alejaban con chillidos de miedo, y otro de pisadas más profundas que se aproximaban y salpicaron su cara.

—¡Fuera! ¡Largo! ¡Fuera! ¡Malditos demonios!

«¡Gorhum!».

La tea del viejo explorador amenazó al lobo, que retrocedió; pero no quería irse. Tenía miedo al fuego, y también mucha hambre. No cedería así como así, y por eso Gorhum empuñó la espada. Quien llevaba pieles de oso y apestaba a oso, mientras avanzaba, con sorprendente entereza pinchaba el aire y dibujaba círculos con la llama. Repetía los movimientos con ira para hacerle entender que la luz no era como la de la luna, sino que era igual de potente y cegadora que la del sol. Una luz que le haría mucho daño.

—¡Largo de aquí, demonio! —vociferó hasta que alcanzó su hocico, lo quemó y por fin lo espantó—. ¡Volverán, joven Facio! Hay que seguir. No tenemos mucho tiempo porque ese lobo ya ha probado el sabor de tu sangre.

Le ofreció la mano y Facio, rendido en la charca, se dio cuenta de que el veterano explorador ya estaba pensando en Horacio. Que sus ojos inquietos le preguntaban por la persona que, de entre todos los exploradores bárbaros, lo eligió a él para traicionar a su pueblo a cambio de seguir viviendo.

«¿Dónde está? ¿No está contigo, muchacho?».

—¡Rápido! ¡Hay que buscarlo! ¿Sabes dónde puede estar?

Ya en pie, Facio se apresuró. Sabía en qué dirección se fue flotando el cuerpo de su padre.

—¡Aquí! ¡Alumbra! ¡Aquí!

Cuando Gorhum iluminó el cuerpo, supo que Horacio ya no estaba entre los vivos. Facio tocaba su cara e intentaba encontrarle el pulso.

—Lo siento, joven Facio. Corrí todo lo rápido que pude.

—Es mi culpa. Todo ha sido culpa mía, porque debí buscar refugio para sanar la herida.

—No. La culpa es de los cuados que nos tendieron la emboscada.

Facio, arrodillado, derrotado por la pena, dejó brotar las lágrimas y besó las mejillas de su padre adoptivo. Parecía a punto de desmayarse por el cansancio y el dolor que oprimía su pecho cuando, en un arrebato de coraje, lo asió por la espalda e intentó levantarlo.

—¡No dejaré que se lo coman los lobos! —gritó de rabia.

Gorhum colocó su mano enfundada en una zarpa de oso sobre el hombro de Facio y le dedicó una tierna mirada. Y la expresión de esos ojos fundió por completo la ira del joven romano.

—Déjame a mí. Estás agotado y tus manos sangran. Yo cargaré con él.

XXIII

El Callejón del Placer

Dormir sin sueño. Comer sin apetito. Llorar y reír por no llorar, no siempre en ese orden, eran cosas que, sumadas a ser continuamente sometida por machos ebrios, deformes o dementes, le fueron mermando de luces que ni siquiera ella sabía que tenía.

Al principio, Mesalina sufrió mucho en el Callejón del Placer. Tardó demasiado tiempo en asumir que ella poseía algo que era inquebrantable. Una única cosa que ni Carola, ni Marcio, ni ninguno de los hombres con los que yacía le podrían robar. Y eran sus pensamientos internos, aquellos que no contaba a nadie, los que todavía, a pesar de los pesares, la mantenían cuerda y con vida.

El primer año logró sobrevivir gracias a que Fannia, acostumbrada a obedecer, sí supo adaptarse al lugar, a las compañeras y a la *domina*. Aunque no podía sospechar que ese comportamiento sería su completa desgracia, pues se convirtió en la más fulana de todas las fulanas de aquel tugurio, que según Carola estaba lleno de lujos y placeres de los que muchas mujeres patricias, aburridas en sus enormes *domus*, desearían gozar como los gozaban ellas.

Fannia, en su ascensión, creó discordia.

«Celos de putas», pensaba Marcio.

Fannia le quitó la posición a Rémula. Y Rémula la mató.

Para que Carola no la descubriera, pues entonces la *domina* la mataría a ella también, Rémula planeó una muerte tan lenta como poco sospechosa.

Fannia cayó enferma, y desde ese día Mesalina buscó la muerte.

Se obsesionó con quitarse la vida.

Como vio que no era capaz de hacerse daño a sí misma, provocaba que lo hicieran otros. Se encaraba a los clientes más bruscos, negándose a realizar lo que se le pedía, y los arañaba en sus rostros beodos, en sus torsos desnudos e incluso a alguno lo marcó en sus infecciosas partes. Sin embargo, ellos, más fuertes, terminaban por someterla.

La reacción inmediata era golpearla; dejarla imposibilitada de manos que arañasen y de rodillas que se hincaran en sus estómagos, y luego descargar sobre ella toda la asquerosidad que un hombre pudiera tener en sus adentros.

Ejemplos de clientes sin escrúpulos había muchos, pero ninguno superaba a dos individuos que se hacían llamar Tito y Marcelo. Diciendo ser acaudalados latifundistas de Hispalis, pagaban muchísimos denarios por compartirla y le hacían cosas realmente monstruosas.

Tras la muerte de Fannia, Mesalina se cortó las venas en repetidas ocasiones y se clavó un *pugio* en el cuello.

Pero nada de aquello puso fin a su vida.

Marcio, por orden de Carola, la engrilletó a la pared de un agujero sin luz durante un mes. Curiosamente, en ese tiempo de clausura, él se le acercaba de manera amistosa para convencerla de que dejara de intentarlo.

Marcio encendió una tea y se enfureció cuando vio que la comida seguía intacta.

—No me gusta hacer esto contigo —le dijo el tercer día de oscuridad—. Toma, gorriona, es la mejor comida que he podido conseguir en las cocinas, así que traga si no quieres que te lo haga tragar yo.

—¿Crees que voy a comer? ¡Moriré de hambre y tú tendrás la culpa!

—Sé que desde que perdiste a Fannia todo ha sido un horror, pero te prometo que cuidaré de ti. Me centraré en ti.

—No. No comeré. Moriré aquí y no podrás impedirlo.

Marcio tenía que introducirle los puñados de comida en la boca, y para hacérselos tragar los acompañaba con agua. Litros de agua que si bien evitaban su deshidratación, luego provocaban que dejase todo perdido de orines a su alrededor. Quería demostrarle que sentía apego hacia ella, así que un día decidió arremangarse. Le limpió las heces y dejó lucernas en las esquinas. Después mantuvo la trampilla abierta para que entrase el aire.

Alguna vez aquel fornido ser de rostro quemado había tenido detalles amables con las mujeres del Callejón del Placer. Cierto que siempre era por el bien del negocio, pero en una ocasión mostró compasión y una pizca de sorprendente ternura delante de ella.

Fue un día que Mesalina y Fannia estaban en su tiempo libre. Tiempo de rotación de chicas que se empleaba para limpiar, comprar alimentos y otros quehaceres: siempre, tras los acechantes ojos de los chivatos que estaban por todas las esquinas o del mismo Marcio, que las seguía a una distancia prudencial.

Salían de comprar harina cuando un pájaro se estampó contra el suelo, a los mismos pies de Mesalina.

—¡Quietas! —dijo Marcio dando dos zancadas.

Su abominable rostro dejó ver una expresión de auténtica tristeza. Lo acunó como a un bebé bajo su capa y se perdió por una estrecha callejuela, dejándolas solas en el mercado. Fue como si en el pasado aquel ser deforme que apestaba a ajo hubiese tenido familia; tal vez un hijo y, por qué no, una esposa.

—¡En cuanto regrese, me clavaré algo en el corazón! ¡Lo que sea! ¿Me oyes?

Encadenada a la pared, Mesalina vociferaba desquiciada, y Marcio, dándose cuenta de que no podría estar siempre a su lado para evitar el suicidio, comenzó a balbucear.

—No lo harás porque… porque yo… yo te prometo que te sacaré del Callejón. Te llevaré a tu casa.

Mesalina se templó. Reconoció un brillo de franqueza en los cicatrizados ojos de Marcio y se quedó más calmada.

—Sé que no me crees, pero no quiero que mueras por mi culpa. Mi deber es manteneros con vida, ¿no? Pues si esa es la única forma… yo te liberaré. Lo prometo.

Desde que la llevaron allí, el rostro de Mesalina resultaba el más hermoso para la mayoría de los clientes de aquel próspero negocio, y cuando sus huesos de adolescente crecieron al tiempo que sus curvas de tersa carne se dibujaron perfectas, Carola supo sacar de ella más denarios que de las demás prostitutas juntas.

Durante un tiempo hubo un joven, cuyo nombre real nunca supo, que la miraba como algo más que un par de orificios o unos senos a los que engancharse para no soltarlos ni dejar de lamerlos hasta quedar completamente satisfecho. Era un joven patricio que se hallaba perdido, pues su familia quería entregarlo al imperio. Él no deseaba pertenecer a ese mundo belicoso, sirviendo a Roma, y le hablaba largo y tendido sobre planes futuros en los que se dedicaría a la escritura.

Mesalina siempre tenía presente a Facio, y en esos momentos en los que el joven se expresaba en el lecho, ella lo sustituía proyectando, en su voz dulce, la voz de quien en una lejanía imborrable fue su prometido: la sonrisa, las manos, la boca… Mesalina fantaseaba con aquellas ganas y todo aquel empeño por hacerla feliz, aunque solamente fuese durante media hora que se le pasaba fugaz.

Aquel joven con pretensiones de dedicarse a las letras algún día le hacía el amor de igual manera que podría habérselo hecho Facio.

«¿Qué habrá sido de él?».

El día que su amor fue a buscarla se había convertido en el esclavo de un centurión que servía en Germania, y Mesalina les deseó la muerte a sus padres por haberlo alejado de ella.

¡Cuánta desgracia junta!

¡Todo cuanto amaba había desaparecido para no volver!

Cuando Marcio le prometió sacarla del Callejón y llevarla a su casa, lo primero que le vino a la cabeza fue el semblante de su madre, pues nunca supo si el día que la separaron de ella llegó a despertar y después logró sobrevivir.

Aquel mismo día, Marcio la liberó de las cadenas y habló con Carola. Le aseguró que su preciado tesoro nunca volvería a intentar quitarse la vida.

—¿Por qué estás tan seguro de eso, Marcio?

—Porque he llegado a un acuerdo con ella.

—¿Un acuerdo? Aquí los acuerdos los hago yo, no tú. Es una rebelde y necesita escarmiento. Solo busca llamar la atención y así llegar hasta este punto de negociación.

—No lo creo, *domina*. La muerte de su única amiga le ha trastornado la cabeza. Si no se le dan ciertas atenciones se quitará la vida, y entonces solo te servirá de comida para los cerdos.

—¿Y qué le has prometido, si se puede saber?

—Menos revolcones y más descanso. Gente selecta y tareas productivas a tu lado. Mesalina es bella y es inteligente. Sigue siendo el dulce del Callejón del Placer y puede atraer a más clientes que ninguna otra. En toda Hispalis se habla ahora de las nuevas incorporaciones en el prostíbulo de Vástulo, y te aseguro que eso le dará empuje y nos quitará buena parte de la clientela.

—Serán más caras y dudo que sean como las mías.

—Han traído nórdicas.

La faz engreída de Carola cambió por otra severa y blanca como la nieve.

—¿Cómo? Pero… ¿Cómo no me he enterado yo? ¿Cómo las consigue? ¡Entérate! ¿Altas? ¿Son altas esas bárbaras?

—Por lo visto las traen nuevos proveedores. Esclavistas extranjeros.

Carola se las imaginó especiales: atléticas, de piernas largas y fuertes, al tiempo que muy hermosas. Inalcanzables para un mortal

romano, salvo que hubieran sido sometidas por las legiones y luego vendidas; entonces podrían catarlas.

Marcio asintió. Le decía con la expresión quemada de su cara que poco más se podía hacer por Mesalina.

—Ahora no puedo permitirme el lujo de perder a ninguna, y si tú crees que esa loca puede robar clientes a Vástulo, sea. Acepto.

Carola cerró los ojos. Sintió el dolor en su pecho más fuerte que nunca, y tosió. Tosió esputando sangre que impregnó sus manos.

—Debería verte un sanador.

—Estoy bien. Ya se me pasa.

—¿Seguro?

—Sí, seguro. Encárgate de ella. Cuanto antes la prepares, antes podremos poner en marcha nuestros planes.

XXIV

Sí, y mil veces sí

171 d. C.
Volubilis

Nevio no entendía el despertar sin Silvia. Ya hiciera frío o calor en África, antes de que aclarase el cielo, abría los ojos sobresaltado, empapado en un sudor metálico, muy parecido a la helada que transmitía una espada saliendo de la nieve de una montaña astur. Luego, tras unos segundos en los que recobraba el norte, se calmaba. Se le erizaba el vello cobrizo imaginándosela de nuevo en el jergón de su casa o en uno de los llanos de Hispalis, con el verde oscuro de la arboleda mezclado con el pajizo de los pastos en barbecho. Dulce, semidesnuda, mirándolo con un descaro hechizante que se adueñaba de él. En ese instante ella repetía varias veces su nombre, y a él le llegaba el aroma de las higueras, la leche de cabra y la miel untada en pan de trigo recién hecho. El sabor de sus labios y las caricias que conseguían que regresase a un estado de seguridad idéntico al que podía sentir el emperador de Roma.

Silvia era su luna y su sol. La luz temprana que guiaba sus pasos entre rezagadas estrellas de plata pintadas en el cielo de Itálica. Y

cuando se daba cuenta de que todo era producto de su imaginación, a Nevio se le salía el corazón por la boca. Porque ella ya no estaba. Ya nunca volvería a conciliar el sueño como cuando ella lo abrazaba porque temía que regresaran los fantasmas. Eran sueños de cuando estaba en la legión y cortaba gargantas sin mirar a los ojos de los vencidos: derrotados que pedían clemencia. Pesadillas violentas que le enviaban los dioses por haber abandonado la milicia de la gloriosa Roma. Roma, la que todo lo podía y, de igual manera, todo lo ensalzaba y lustraba, para luego quemarlo y destruirlo de nuevo con su veneno de serpiente taimada. Era avariciosa y traicionera. Lujuriosa y, a su modo de ver las cosas, cobarde y rastrera porque, sin tener en cuenta los criterios que se consideran buenos y correctos, se imponía por la fuerza.

Ahenobarbus, como le llamaban los mauros, odiaba a Roma. La odiaba tanto como podía amar a sus hijos y a su esposa. Renegaba de su pasado romano. Y como no lograba asimilar ese odio, en todos aquellos años vividos en la Tingitana se concienció de que la única manera de desfogarse era entrenando a un grupo de mauros para la lucha. Entre ellos, por supuesto, Ascalis y su hija Ania, que habían crecido juntos, idealizando la manera de vencer a la todopoderosa Roma.

Después de abatanar, con la tranquilidad que le daban el dinero de Druso y sus creencias revolucionarias, se empleaba a fondo. Su cuerpo, con todos sus años, era pura fibra, hueso y acero cortante que se movían al unísono como una rueda moliendo el grano. Su grito de avance se oía desde los asientos de los ancianos. Los golpes de lanza, los hachazos y las flechas flamígeras cayendo sobre maderos o ramajes tupidos en forma de diana asustaban a los

animales de carga: caballos, mulas y, sobre todo, camellos y dromedarios, capaces de cruzar sin agua el desierto de Mauritania. Los jorobados de pelaje dorado recorrían inmensas distancias hasta la Cesariense, la provincia romana donde se hallaba la antigua capital de Cartago, llevando el buen cuero o la lana ya manufacturada. Aunque Druso solía utilizar sus naves para el transporte, a veces le resultaba complicado hacerlo por mar debido a la piratería que merodeaba por el estrecho y a lo largo de la costa del norte de África.

Pero había algo que descorazonaba a Nevio. Ania había crecido ligada a un mundo hecho cenizas, y viendo cómo se empleaba y lo que se avecinaba, como padre temía por ella. Se preguntaba si estaba haciendo bien en educarla de aquella manera. Porque Silvia no vería con buenos ojos que Ania manchase sus manos de sangre, así como tampoco desearía ver a su retirado marido yendo en contra de su nación, su cultura y el lugar donde crearon una familia.

Nevio miraba al cielo y le rogaba.

—¿Pero es que no lo ves? Ellos nos lo han quitado todo. Sin ti, Silvia, ya no tengo nada. Tan solo velo por nuestra hija.

Desde que llegaron, no hizo otra cosa que enseñarle a Ania cómo se debía dar muerte a un romano. Los escasos puntos débiles de una cohorte, sus complejas formas de concebir un ataque o las mínimas deficiencias de su defensa. Pero Ania no era la única joven que se adiestraba en el arte de la guerra. Había otras tantas del gremio de las telas que practicaban con el escudo, la lanza o la espada; incluso venían de otras aldeas y ciudades. Y sus padres, personas tan orgullosas como cabales, sanas y trabajadoras, admiraban al gran hombre de taheño pelo llegado de tierras

enemigas, que cada día se encargaba de que sus hijas e hijos aprendieran un poco más en las zonas traseras de la casa de Druso.

Nevio consiguió tener la conciencia tranquila cuando empezó a pensar como un mauro.

«¿Por qué Ania no debe tener formación de soldado? ¿Acaso no es hija de un auténtico guerrero? Las demás jóvenes provienen de familias cuyos antepasados solo saben montar en dromedario y están deseosas de combatir contra el invasor».

Silvia, allá donde estuviese, tendría que entenderlo, porque de lo contrario los dioses solo reservarían desdicha para su hija.

—¿Para cuándo?

Esa era la pregunta que Ania solía hacerle a su padre.

—Pronto.

Cuando Ania insistía, Nevio trataba de llenar la boca con lo que tuviera a mano. Un pedazo de asado, un trago de vino o una hogaza de pan blanco.

—A ojos de Baal, ya soy mayor de edad, padre, y Druso dice que estamos preparados.

Entonces Nevio se levantaba de la mesa y fingía tener algo urgente que hacer, como dar instrucciones en el centro de telas, visitar las cuadras para comprobar que el heno se hallase limpio o, simple y llanamente, esperar bajo un árbol a que a Ania se le pasara el ímpetu indómito de la venganza.

Ella era como Ascalis. Habían crecido de la mano. Estaban tan unidos que lo de ser hermanos ya hacía mucho que pasó a ser un recuerdo vago. Algo insignificante frente al explosivo amor físico que se apoderó de ellos; un caudal de fuego que les corría por las venas, anestesiándoles los cinco sentidos.

Aquella tarde, antes de la cena, Nevio fue a dar un paseo. Lo había dejado todo preparado para cuando Ania y Ascalis llegasen, para que únicamente tuvieran que sentarse a la mesa y comer.

Druso le había ofrecido un par de criados en más de una ocasión. Para que les ayudara a adecentar la casa. Para proporcionarles un respiro, alguien que les preparase la comida y el baño cuando llegasen tarde de las faenas. El patrón deseaba tenerlos bien atendidos y estaba dispuesto a asumir los gastos para que Nevio se sintiera a gusto en sus dominios. Porque lo estimaba y porque se sentía en deuda con el hombre que instruía a su ejército.

Pero Nevio no quería a nadie en su casa salvo a sus hijos.

—Te hace falta una mujer, Ahenobarbus. Escoge la que quieras y será tuya —le dijo Druso.

—No, amigo mío. Ya la tengo.

Sacó una figurita femenina de madera y se la mostró. Nevio no estaba seguro de si Druso con sus costumbres africanas lo entendía; en cambio, sí que le mostró respeto porque nunca más volvió a insistir sobre el tema.

Nevio paseaba con los últimos destellos del sol de frente. Tenía el pelo y las barbas más largos de lo habitual. No era dejadez, en absoluto, sino más bien el síntoma de quien necesitaba verse con ese aspecto para alejarse de todo cuanto era romano. Todavía recordaba la voz chillona de su superior en la legión pidiéndole que se cortara el cabello y se quitara las pelusas de la cara. Que parecía uno de esos apestosos bárbaros, tan feos como los embriones que llevaban dentro las puercas de sus madres.

Sabedor de que muy pronto dos caballos negros la partirían por la mitad, miraba la velada línea del horizonte. Ania, al galope, era

látigo. Y Ascalis, a su lado, era punzada potente de hierro. Juntos, a ojos de los dioses de aquel desierto lleno de vergeles, parecían un único e invencible ser capaz de todo.

Nevio esbozó una sonrisa altanera.

En ocasiones, contemplaba a Ania desde los pies hasta el pelo recogido en una coleta y solo sentía orgullo. En ese instante, viéndola fibrosa, tan beligerante y salvaje pintada para la guerra, únicamente cabía esperar victorias a su lado; en cambio, el tufo de la derrota siempre acababa por devolverlo a la cruda realidad. Ni Ania ni Ascalis lo habían olido todavía y se mostraban vanidosos. Inquietos, no por lo que se podía perder, sino por lo que se podía conseguir. ¿Cómo iban a sentir miedo si aún no habían probado en sus carnes las calamidades de la guerra? Desconocían lo que suponía la debacle de un pueblo menor ante la devastadora fuerza del glorioso Imperio romano.

Pero Nevio sí sabía lo que era y tenía que desprenderse de ese tufo que amedrentaría a sus hijos. Se necesitaba a todos los mauros juntos para tener una sola oportunidad; y aquello, por el momento, a pesar de la voluntad de los hombres importantes y movilizadores de masas como Druso, no parecía estar consiguiéndose.

Cuando llegaron a su lado, Ania, luciéndose sobre el corcel, dio dos vueltas alrededor de Nevio.

—¡Padre! ¡Se te ve desde lejos como a un coloso!

—Será un coloso viejo. —Sonrió clavando sus ojos en Ascalis, que rápidamente se contagió de la risa.

—Hemos estado en casa de Iphtas, el forjador —dijo con la alegría todavía en la cara.

—¡Ah! ¿Y eso?

Ascalis miró a Ania y después volvió a mirar a Nevio; su expresión pasó a ser grave, aunque no severa.

—Nos ha dicho que tiene más de doscientas armas preparadas.

—Pues no sé para qué.

—¿Cómo que para qué, padre? —dijo Ania—. ¿Es que nos adiestras cada día para nada? Son para cuando se produzca el levantamiento.

Nevio agachó un poco la cabeza, de manera que su melena ocultó el tufo. Cuando creyó que se había desprendido de él, volvió a alzarla.

—La comida ya está lista. Refrescad a los caballos y venid directos para la casa.

Después de cenar, evitando todo intento de Ania por sacar el tema de la guerra, Nevio entendió que Druso le estaba ocultando algo de enjundia. Así pues, pese a que era una hora tardía, se dirigió a su hacienda. Vivía a poca distancia de las casas de los empleados y Nevio podía ver desde la senda las chispeantes luces y, a medida que se aproximaba, le iba llegando el olor de los lechones asados que humeaban por las aberturas de los patios. Un lugar de muralla baja que sin duda estaba dando cobijo a un encuentro festivo, y se le hizo raro que no le hubieran advertido.

En cuanto llegó a los muros de piedra, los guardias de la hacienda le ofrecieron asado y jugosas frutas rociadas con agua.

—Gracias, pero ya he cenado. Necesito hablar con Druso cuanto antes.

Sus palabras eran casi órdenes equiparables a las de su amo y, mientras era anunciado por uno de los muchos sirvientes, Nevio supo que no se trataba de una cena con un invitado cualquiera en cuanto vio la raza de los caballos y los camellos del visitante; no eran animales de carga. De ese modo, no le sorprendió en absoluto que se hallase reunido con Tartos, su mano derecha, y Sosus, el representante de una familia que poseía un importante centro de producción olivarera en Tisdrus.[16]

Druso, que había prometido a Sosus que la conversación sería privada, no ocultó su entusiasmo cuando el gigante romano apareció en el salón.

—¡Qué sorpresa, amigo Ahenobarbus! ¡Siéntate con nosotros! ¡Escoge almohadón y disfruta de la compañía de nuestro visitante!

Le presentó a Sosus y este lo miró con recelo. De primeras, pensó que había sido traicionado por Druso y que ya no podría exponer lo que tenía previsto.

—Pero come, bebe… —Druso le acercó a Nevio una jarra de vino y un cuenco con frutos secos.

—He oído hablar de ti. Tú eres el romano que cuidó de Ascalis, hijo de Ascalis el Grande —dijo Sosus acariciando su perilla larga y acabada en punta—. ¿Todavía está a tu cargo?

Nevio asintió al tiempo que intentaba adivinar en los ojos del comerciante el motivo de aquella visita y por qué se había sentido incómodo con su inesperada aparición.

—Amigo Sosus —intervino Tartos—, Ahenobarbus ya no es romano. Reza a nuestros dioses y combate a nuestro lado.

—No sé. —El visitante lo escrutó con una ceja levantada, sin apartar sus desconfiados ojos de los interrogativos y titubeantes de

Nevio—. Imagino que, siendo así, habrá sufrido la injusticia y la depravación de Roma en sus carnes.

—No lo dudes, Sosus —intervino Druso—. Este hombre, con el joven Ascalis al frente, dirigirá la ofensiva más grande que jamás haya visto Roma.

—¡Y los venceremos! —añadió Tartos alzando el puño.

Sosus, preso de la emoción, hizo un aspaviento de admiración. Luego, de inmediato, señaló a Nevio un cojín a su lado.

—Si lo dice Druso, sea. Por favor, amigo Ahenobarbus, escucha tú también lo que tengo que confiaros como el mayor de los secretos, pues si se entera el enemigo, todo cuanto hemos llevado a cabo en estos años no servirá para nada.

En las cuadras, aprovechando la ausencia de Nevio, el lenguaje de los cuerpos guardaba íntima relación con el del entendimiento. Un ideal tan claro como contundente, imposible de embridar.

En el frenesí de los jóvenes sobre la paja, no faltaron los intermitentes gemidos del empuje y del placer. Exhalaciones. Pugna. Sometimiento consentido. Finalmente, un arañazo y el plácido estruendo de la pausa.

Apenas hubieron acabado, Ania apartó a Ascalis, dio un brinco y se puso las calzas.

—Sé que me escondes cosas y que también se las escondes a mi padre —le susurró.

Luego le clavó su negra mirada. Era una expresión afilada que requería una respuesta rápida, pero Ascalis aún intentaba recobrar el

aliento. Todavía sentía la calentura de la piel sobre su piel, y la humedad de la boca en su boca.

Cerró los ojos y asintió.

—Entiendo que eres Ascalis, el azote de los romanos, y muchas de tus intrigas con el patrón deben ser calladas, pero no me merezco estar en ascuas. A estas alturas, no. ¿Qué sabes, Ascalis? ¿Qué me ocultas? ¿Acaso no te fías de mí?

—Te he llevado conmigo a ver al forjador. ¿No es bastante prueba de fidelidad? ¿No has visto todas esas armas?

Ascalis no se ofuscaba con ella. Nunca lo hacía. Hablaba templado y con mesura.

—Dímelo. Quiero oírtelo decir. ¿Cuándo será, Ascalis?

—Tu padre ha dicho que pronto, pero he visto los ojos encendidos de Druso, y en sus pupilas se advierte la impronta de la guerra. El momento está cerca. Tan cerca que ahora mismo, en la hacienda de Druso, se está conspirando para que media Mauritania se levante contra los romanos.

Ania sonrió y se sentó a horcajadas sobre él. Le gustó su franqueza, y como una gata le lamió los labios. Luego, entre manotazos, lo agarró del cuello con una mano. Apretó con fuerza y añadió la otra mano como si deseara estrangular a Ascalis. Era un reciente y peligroso juego salvaje que solo reflejaba el impetuoso dominio que quería ejercer el uno sobre el otro.

—Aprieta —dijo convencido—. Imagina que soy un romano y estoy en tu lecho.

Ania apretó y apretó, y cuando creyó que le quedaban segundos de vida, preocupada por su impetuoso amante, aflojó. Entonces,

simulando ahogo, Ascalis se revolvió y, tras tumbarse encima de ella, la asió del pelo.

—Debería castigarte por no obedecer a tu futuro esposo.

—¿Esposo?

—Sí, esposo.

Ascalis la soltó. En momentos así, la confianza de su rostro trocaba en una mueca de senectud propia de quien conocía su destino. Y en esa mueca había algo espantoso porque se trataba a todas luces de un destino cruel.

«¿Qué responderá Nevio? ¿Aceptará que su hija de sangre se case conmigo, su hijo adoptivo? ¿Aceptará a un hombre que va camino de la muerte?».

A veces, justo después de yacer con Ascalis, Ania se lo quedaba mirando. No de una manera exigente como antes, sino con lentitud, como si ella fuera arena cálida de una playa y él la ola que la mojaba una y otra vez, sin pausa, sin precipitaciones. Como si realmente todo ese mundo que los rodeaba no existiese y ellos fueran los únicos seres sobre la tierra.

Para ella, seguía siendo aquel niño que llegó un atardecer montado en el carro de su padre. Recordaba con nitidez cómo su hermano Facio le dijo a su madre que se lo habían encontrado perdido. Abandonado. Sucio. Que de no ser por su padre, habría sido alimento para las alimañas del bosque. Un niño huérfano con pocas posibilidades de ser lo que tenía frente a sí en aquellos momentos.

Lo llamaron Aspellus.

De mirada hostil, de repente se vio en una casa donde gobernaba la dicha. Para Ania, eran sus pensamientos contrariados los que

hacían de él un ser peligroso. Atrayente como un lobo. Feroz, pero honesto y educado con su manada.

Él, desde el principio, sintió lo mismo por ella. Incluso Silvia, su madre, lo supo; porque una madre sabía de esas cosas. En cambio no dudó de sus buenas intenciones y lo acogió como a su propio hijo. Le dio un hogar y consiguió que formara parte de su vida. Su ganado. Su tierra. Su pequeño mundo en torno a su gran familia.

Durante todos esos años en Volubilis… ¡La había echado tanto de menos! ¡La tenía tan cerca en sus recuerdos! ¡La quiso tanto!

Su madre, a pesar de regañar al grandullón de Nevio, fue condescendiente con el niño mauro. Porque algo tuvo que sentir su padre cuando se lo llevó consigo.

«¿Piedad? ¿Solo piedad?».

Posiblemente, percibió algo misterioso al descubrir su pequeño cuerpo entre los cadáveres de sus padres ensartados por flechas y lanzas.

Ania aún lo miraba. No como amante, sino como podía mirarlo el pueblo que lo seguía a ciegas.

Ascalis era el Esperado.

Un príncipe, hijo de padres que nunca tuvieron reino.

El Resucitado.

El Salvador.

El Forjador de Sueños.

Todavía quedaban muchos de aquellos que, desde Volubilis, hacía ya de eso muchos años, acompañaron ilusionados a sus padres a una conflagración que más pronto que tarde sufrió la derrota. Ellos, infortunados de arrugados pellejos, pudieron ver a Aminara en la cumbre gritando su nombre al viento. A la grupa de su caballo,

agotada por el fragor de la lucha, subió al cerro. Desmontó. Miró a su esposo con orgullo y tomó de la mano al pequeño. Luego, ante la enardecida masa de mauros, le alzó la barbilla y bramó su nombre:

—¡Ascalis! ¡Mi hijo Ascalis!

Ya entonces lucharon por él, y ahora no harían menos.

Lucharon por la libertad. Antepusieron sus vidas y las de sus seres amados por las personas que fueron capaces de levantar a su pisoteado pueblo contra el eterno invasor.

Ascalis y Aminara. Padre y madre que, con un puñado de nómadas del desierto, unieron a macenitas y bacuatas leales a Roma contra su todopoderoso imperio.

Ascalis y Aminara, que unieron almas y corazones, allá donde se encontraran estarían orgullosos de su hijo porque, con pundonor y coraje, seguía sus mismos pasos.

Ania, aún en el lecho de paja, sintió un escalofrío. Ascalis, quien sin remedio sería rey de los mauros, le acababa de pedir casamiento. Una desconocida tensión se apoderó de toda su fibrosa musculatura. Frunció el ceño y pasó su mano de tres dedos por su cuello desnudo.

«Sí —dijo para sus adentros—. Sí, y mil veces sí».

Relajó la faz. Su respuesta era un sí rotundo; sin embargo, enmudeció porque en ese instante le asomó una duda.

«¿Qué responderá mi padre?».

En esto, el pensamiento de Ania coincidía con el de Ascalis.

Él, su padre, con el vivo recuerdo de la pérdida de su hijo Facio, todavía se dirigía a su amante como Aspellus. Parecía inevitable que siguiera asociando su frustración con aquel niño al que rescató de

las fauces de los romanos. Él lo acogió como a un hijo y, por tanto, Facio y él se consideraban hermanos.

«Hermanos».

Instintivamente, acarició su pecho y los tres dedos se deslizaron hasta tocarse donde, con pasión, cada noche recibía el vigor de su amante.

«Hermanos».

Ania azotaba un cuero. La pala era ancha, pulida hasta el mango encintado con una suave tela de lana de oveja. Y no paraba de darle vueltas a la cabeza.

Más de una vez buscó a su padre con la mirada, intentando encontrar el instante idóneo para decírselo.

El sol, muy arriba, castigaba. Era uno de esos días sin aire en los que hasta los dromedarios buscaban la sombra de una palmera datilera, las abuelas se metían dentro de sus casas y los niños jugaban con el agua de los abrevaderos.

Ania no recordaba tanta inquietud desde que supo lo que les ocurrió a su madre y su hermano en el que fuera su hogar de pequeña, junto a un montón de cabras, ovejas y dos buenos perros. Porque si bien se intuía su romance con Ascalis —«cosas de la juventud», decían con buenos ojos los aldeanos—, la palabra «casamiento», en aquellos momentos, podría estropearlo todo.

Entre pieles colgadas en tenderetes, imaginaba la respuesta de su padre y azotaba con más fuerza el cuero.

«—No, Ania —le diría—. Una cosa es dar rienda suelta a los impulsos propios de la inmadurez, y otra muy distinta un

compromiso sagrado. ¡Sois hermanos!

»—Pero no de sangre, padre. Yo le amo y él me ama, ¿qué más hace falta?

»—¿Y la guerra? ¿Te olvidas de ella, Ania?

»—Por eso mismo, padre. Por la guerra que se avecina, debemos casarnos cuanto antes.

»—No es no. He dicho».

Las pieles se movieron como si alguien las empujara.

Un caballo negro, como los penetrantes ojos de su amado, relinchó. Estaba tras ella, sin dueño que lo montara, como si hubiese llegado del cielo, de los mismos rayos del sol justiciero que abrasaba el Sáhara.

—Es para ti —dijo la voz de su padre.

Ania estaba tan ensimismada en sus pensamientos que no había sentido su presencia.

De pronto, Ania se vio arrollada por sus temores. Algo en su cara poblada de barba le dijo que ya había hablado con Ascalis.

—¿Es un regalo para que me olvide de él? ¿Es eso, padre?

Nevio negó con la cabeza.

De inmediato, por detrás de un cuero de vaca, apareció Ascalis.

—Es un presente —dijo—. Nos lo regala por nuestro casamiento, que será antes de nuestra partida a Tingis.

Ania, iluminada por la dicha, se abrazó a su padre. Y luego, al separarse de su enorme cuerpo, preguntó por ese viaje que no estaba previsto.

—¿Tingis? ¿Qué ocurre, padre? ¿Por qué, Ascalis?

Sus ojos inquietos iban del uno al otro.

Ascalis la tomó de una mano. Ella sintió un ligero apretón en sus brazaletes y adivinó el motivo, pero aun así necesitaba escucharlo de labios de su padre.

—Así es, hija. La guerra ha comenzado.

XXV

Pensamientos que hacen temblar

Tras el asesinato de Bulus, Poncio Recio ya no volvió a ser el mismo. Ganó en suspicacia e inseguridad, y perdió el brillo jovial de sus pupilas. Desde su silla reinante, aceptaba a los falsos aduladores que se le acercaban y se dejaba embriagar por esa absurda arrogancia que en el pasado tanto odiaba. Era esa exquisitez tan propia de los senadores de la curia romana la que lo iba dominando; un gen que crecía hasta la repulsa. Y apoyándose en Aquila, su mano derecha, comenzó a emplear la fuerza y no la sutileza acostumbrada con los nativos de la Mauritania Tingitana: nobles influyentes que apaciguaban el rencor por el sometimiento romano.

Quien llegó para sofocar rebeliones y aunar el norte de África en beneficio del imperio, ya hacía bastante tiempo que solo se dejaba ver públicamente en actos poco serios: fiestas y bacanales en el palacio real de Tingis.

En las noches, invadido por las dudas y el dolor, se preguntaba si por haber conocido una deslealtad semejante en el amor, si por haber cometido una atrocidad sin igual, Orco, divinidad que habitaba en el inframundo, se habría apoderado de él.

Meses más tarde, mientras el gobernador desoía en el consejo los rumores sobre posibles revueltas, unos jóvenes y ricos terratenientes de Tocolsida,[17] un importante centro de producción olivarera, junto con esclavos rurales, atacaron y mataron al procurador fiscal.

Así pues, en la lejana colonia a orillas del río Sala, la tan esperada revuelta había comenzado. Hombres y mujeres alzaron sus puños de odio alrededor del cuerpo del segundo mayor representante de Roma en la Tingitana.

Días más tarde, un anciano era postrado ante el gobernador. Llevaba consigo las marcas del sufrimiento en la espalda y el rostro, y aun así mostró respeto por Poncio cuando este —ante Aquila y cuatro legionarios escogidos por su vileza— se dirigió a él con modesta exaltación.

—¡Levanta el semblante, anciano! ¡¿Tu nombre?!

Tardó en contestar, pero contestó.

—Yuma de Tocolsida.

—Tocolsida —repitió Poncio, como si aquella ciudad de arena le fuera tan lejana como su grandiosa Roma.

—Ya lo he contado todo y no entiendo el retraso de mi muerte.

—Lo contaste todo, supongo, pero no a mí, a tu gobernador, mirándome a los ojos. Cuéntame, Yuma, terrateniente fiel de Roma. ¿Cómo sucedió? ¿Quiénes han sido? ¿Tus hijos? ¿Tu esposa? Has de saber, anciano, que te perdonaré la vida si me ayudas.

—¿Mi vida? Lo poco que podía dar, ya lo di. —Yuma sonrió sin fuerzas.

—Si lo que esperas es la muerte, te la daré, pues. Una muerte agónica, digna de todo un confabulador mauro. Y como supongo

que tus hijos y tu esposa estuvieron implicados, ellos morirán del mismo modo. —Poncio le devolvió una sonrisa vengativa.

—Ya no podrás detenerlos.

—¡Ah!, ¿no?

Yuma, arrodillado y con grilletes, sostenía la mirada del gobernador, que acabó por borrar la sonrisa.

—Son tantos como granos de arena hay en el desierto.

Aquila sacó el gladio, lo agarró por el pelo y dejó al descubierto su garganta.

Poncio Recio alzó la mano.

—¡Detente! Deja que hable. No lo he hecho traer desde tan lejos para en un segundo de ira manchar de sangre este hermoso mármol. ¡Habla, anciano, aunque sea lo último que hagas, dilo aquí y ahora! ¡Hazme daño con tus palabras si te atreves!

—El hijo de Ascalis de Volubilis está vivo. El niño convertido en guerrero lidera un ejército que os expulsará de toda Mauritania.

—¿Ascalis? No sé quién es. Nunca he oído semejante nombre. Suena estúpido.

Poncio, con su insulto, animó a Aquila a que se riese; sin embargo, se topó con el rostro serio de un fantasma.

—¿Tú lo conoces, Aquila?

Asintió.

—Se le dio por muerto en la Bética cuando la VII los eliminó a todos.

—El joven cachorro sobrevivió y durante tu mandato ha sido adiestrado.

Yuma, al ver el desconcierto de Poncio, estalló en carcajadas.

El gobernador lanzó una mirada asesina al anciano, y Aquila volvió a agarrarlo por el pelo.

—¡Aguarda! —Poncio levantó la mano a la espera de una última palabra. Un último aliento.

—Ahora, la oveja aúlla al lobo —dijo Yuma con dificultad.

Y Poncio Recio, después de doblar la lengua para contener su ira, bajó la mano.

La horda maura, de sur a norte, arrasó con cuanto se le opuso de camino a la capital. El asesinato del procurador fue la chispa que avivó la llama de la represalia.

Ascalis, al mando, apoyándose en sus capitanes, sin más estrategia que la del empuje de la masa enardecida ante las tropas romanas, no vaciló en ir de frente.

Estaban preparados. Bien armados y coordinados. Porque cada aldea esperaba con ansia el resurgimiento de los jinetes nómadas expulsados, la mayoría padres de hijos que crecieron y se hicieron más fuertes y capaces que ellos mismos.

De ese modo, el nombre de Ascalis fue adquiriendo para Poncio Recio un cariz tan repulsivo como, al tiempo, muy real y temido, pues los mensajes urgentes que se enviaron a la Mauritania Cesariense para que la legión III llegara al rescate salieron tarde y todavía no habían tenido respuesta.

Aquila, que confiaba en el legado Antonio Furio Macro, intentaba convencer a su gobernador de que había que tener paciencia, pues si hubieran interceptado por tierra alguno de aquellos ruegos, la ruta resultaba del todo segura por mar.

—Mi señor —dijo Aquila con entusiasmo—. Mastán de Rusadir con su ejército los frenará y, aunque estoy convencido de que Furio Macro no nos fallará, para asegurarnos, tal vez sea oportuno enviar otro mensaje a Gades. Desde el otro lado del estrecho también nos pueden llegar refuerzos. La II de Itálica…

—Ya lo he hecho —lo interrumpió Poncio con vanidad—. Esta madrugada.

En aquel instante, Aquila se dio cuenta de que su señor, bien por sus tormentos, bien por el exceso de vino, ya ni siquiera confiaba en su persona. Y aquel pensamiento le hizo ponerse en lo peor.

Las ferruginosas aguas del río Mulucha, las que separaban las dos provincias de Mauritania, la Tingitana y la Cesariense, fueron en buena parte el escenario de la contienda.

Antonio Furio Macro no faltó a su deber para la defensa de Roma. El veterano legado se presentó justo a tiempo con la III, y antes de que Ascalis y sus oficiales al mando dieran la orden de entrar en Tingis, Antonio envió a un emisario. Comprobándose que Mastán de Rusadir se había unido a los mauros, las fuerzas de ambos bandos quedaban equilibradas, por lo que lo más sensato antes de iniciar la batalla era intentar negociar. En el campamento mauro, en la gran tienda de Ascalis, repleta de oficiales, sonreían al romano.

—El legado Antonio Furio quiere pactar —dijo con un tono que transmitía prudencia.

—Conozco los pactos de Roma —raudo, Nevio contestó por Ascalis.

—Su petición es que os retiréis. No os faltará oro, así como el buen trato que se merece el pueblo africano. Un cargo como segundo gobernador de la Tingitana, con gran número de vuestro ejército instalado, garantizará el pacto.

Ascalis, joven e impulsivo, quiso desmembrar aquel cuerpo estirado, aseado y firme que le clavaba la insignia dorada del águila en los ojos.

—¿Eso es lo que dice el legado Antonio? —preguntó Nevio.

—Es lo que el gobernador Poncio Recio le ha pedido que diga. Sería como una gobernación conjunta, tanto militar como administrativa.

Tartos, que se hallaba tras la silla de Ascalis, se carcajeó.

—¿Esa es la manera que tiene Roma de convencernos? ¿Oro y posición junto a Roma? —Tartos dio un paso al frente y lo señaló con un dedo acusatorio—. Mírame y dime, romano, ¿acaso tengo cara de ramera?

El dedo impactó contra su coraza, y Nevio, viendo el acaloramiento de los hombres, intercedió.

—Solo es un enviado, y de su garganta sale la voz del gobernador, que no es otra que la de los cientos de años que Roma lleva sobornando y mintiendo a sus invadidos. Dejad que se marche.

Pero Tartos no estuvo de acuerdo con Nevio, y el estruendoso rugido de los oficiales encogió al emisario, que por momentos se vio sin cabeza.

Ascalis miró a Ania. Permanecía serena en una de las esquinas afilando una daga larga. Él percibió la seguridad de quien en su voz y en su puño guerrero albergaba mil y una razones para de nuevo convencerlo de que no había lugar para la derrota.

Creía conocer bien a su admirada mujer. Esa concentración suya era la misma que cuando antes de competir con el arco, ya se sabía vencedora. Era como si sintiese que los dioses la estaban contemplando, con esos ojos grandes de sangre tan protectores —que solo saben dar ellos— guiándola hasta la gran batalla final.

Ascalis pensó que de alguna manera todos y cada uno de aquellos mauros sentían algo parecido: porque todos tenían al menos una razón contundente para la venganza.

—¡Una razón de sangre! —dijo en alto, y todos callaron.

Ascalis, mirando a Ania, vislumbró un amanecer glorioso. Se dio cuenta de que si su ejército se enfrentaba a la legión III en las orillas del Mulucha, saldría victorioso.

—¡Dejadlo! —ordenó dando prioridad a la opinión de Nevio—. ¡Dejad que salga y dé buena cuenta a su legado de lo que pensamos de Roma!

Ascalis, el más joven de cuantos hombres había en la tienda, clavó los ojos en el emisario, y en ellos grabó con ira todas y cada una de las fechorías que Roma había causado a su pueblo.

El emisario, con una rauda inclinación de cabeza, agradeció el honorable gesto y se marchó pensando que aquel joven líder de chacales hambrientos no solo era insobornable, sino que sentía un odio tan extremo contra todo lo que fuera romano que no pararía hasta aniquilarlos.

El sol de África caía implacable sobre las llanuras que bordeaban el río Mulucha. Bajo el estandarte del toro de la legión III Augusta, se alineaban los soldados romanos, veteranos curtidos en las campañas

de Numidia y de los desiertos tripolitanos. Frente a ellos, sobre una loma baja y pedregosa, aguardaba la horda maura comandada por Ascalis, el nuevo caudillo de los clanes de la Tingitana, cuyas enseñas de piel y plumas ondeaban desafiantes al viento.

Los mauros estaban preparados y en ese enfrentamiento se decidiría si el sueño debía continuarse o, por el contrario, todo quedaría en otra pesadilla.

El legado Antonio Furio, de rostro endurecido y mirada fría, ordenó a su ejército desplegarse en formación cohortaria. Al frente marchaba la primera cohorte, orgullo de la legión, una unidad el doble de numerosa que el resto y formada solo por los hombres más veteranos y probados. Sus cinco centurias, con los escudos adornados con los emblemas dorados del *cohors prima*, avanzaban como un muro viviente. El *primus pilus*, viejo como la guerra, pero firme como el hierro, guiaba a sus hombres con el gladio desenvainado, consciente de que allí, en aquella primera embestida, se decidía el honor del águila.

Detrás de ellos se extendían las otras nueve cohortes. La segunda y la tercera, con legionarios endurecidos en las campañas del Danubio; la cuarta y la quinta, más ágiles en el terreno africano —aunque tan pesadas como cualquier cohorte legionaria—; la sexta y la séptima, donde servían muchos hispanos, galos y también numerosos africanos romanizados, vigorosos e infatigables; y las tres últimas, octava, novena y décima, donde los más jóvenes ardían por demostrar su valía, disciplinados bajo la mirada implacable de los centuriones.

Era la táctica de siempre, una formación inexpugnable con estandartes que brillaban al sol: el águila legionaria, las enseñas de

cada centuria y los *vexilla* rojos, que infundían confianza a unos y terror a otros. Era la disciplina, casi palpable, que se percibía en el sonido acompasado de los escudos golpeados con el puño de hierro, un rugido metálico que resonaba en las aguas templadas del río.

Frente a esa geometría perfecta, Ascalis había reunido a sus tribus en una formación más irregular, pero llena de vitalidad. Junto a él, montados a caballo, se encontraban Ania, inquieta, con pinturas en la cara, y al otro lado Emilio Nevio, que con serenidad asentía a cada movimiento del despliegue romano. Era lo esperado. Lo que tácticamente habían ensayado durante tantos años de entrenamiento, de sueños por ver cumplida la liberación del pueblo mauro y la juramentada venganza. Así, superiores en número, Ascalis colocó el grueso de la infantería maura en el centro, al mando del general Tartos. Hombres armados con lanzas largas, escudos —esta vez de buen metal, y no de madera o cuero endurecido— y espadas que brillaban como relámpagos bajo el sol. Y en las alas, los temidos jinetes mauros, montados en caballos ágiles y resistentes, casi sin armadura, que lanzaban gritos de guerra y agitaban los venablos con destreza entre remolinos de polvo.

Ascalis alzó la mano izquierda y la retaguardia tomó posiciones. Entre la infantería ligera formada por mujeres escuderas y ancianos en su mayoría, surgieron los honderos y los arqueros de las tribus costeras, preparados para cubrir con nubes de proyectiles el avance enemigo. Túnicas de lana áspera, pieles de chacal sobre los hombros, tatuajes tribales y collares de hueso adornaban a los africanos. Pero bajo el mando de Ascalis, esa aparente anarquía se

transformaba en un poderío salvaje y coordinado, un torrente humano dispuesto a romper el inexpugnable muro romano.

«Nada ha cambiado», pensó Antonio.

La batalla, con el sol en alto, comenzó a tomar forma.

Antonio Furio Macro levantó el brazo y los *cornicines* llevaron sus bocas a los cuernos de bronce. El sonido grave, profundo, se extendió por la línea como una onda en el agua. Acto seguido, los *tubicines* respondieron con notas más agudas que marcaban el avance. Las enseñas temblaron. El *vexillum* rojo de la Legión III Augusta, con el toro bordado en hilo negro —símbolo de fuerza indomable—, se inclinó hacia delante, guiado por el portaestandarte de la primera cohorte que descendió hacia el Mulucha con el *primus pilus* al frente. Los escudos avanzaban como una única plancha de hierro, golpeando el suelo al unísono, y cuando estuvieron a distancia, un centurión levantó su *vitis* para emitir el grito de «orden».

Cientos de brazos retrocedieron al mismo tiempo, tensándose como resortes.

—Tormenta —murmuró Antonio, sabiendo lo que vendría.

El primer frente romano descendió hacia el Mulucha lanzando los *pila* en una lluvia letal que partió escudos y carnes, pues se clavaban en las caras, las piernas y los pies de sus enemigos.

Tras la embestida, los mauros vacilaron. Retrocedieron. Cayeron muchos hombres, pero el desgarrador grito de Ascalis, alzado sobre su caballo negro, los empujó hacia delante como si en aquel momento el río se hubiera desbordado.

El impacto fue brutal. El suelo temblaba con el entrechocar del hierro y los alaridos de los heridos. Soldados de un bando y de otro

saltaban por los aires, se amontonaban impidiendo el enfrentamiento y Nevio, acompañado por la guardia, cabalgó veloz hacia la primera línea de combate. La muralla de escudos romana resistía el nuevo empuje, mientras las espadas mauras rebotaban contra el metal de los cascos y las *loricae segmentatae* con una fiereza inaudita.

Fue entonces cuando Ascalis desplegó su astucia. Con la infantería del general Tartos combatiendo a la primera línea romana, sus jinetes de los flancos comenzaron un ataque envolvente. ¡Claro que se las verían con la caballería auxiliar de Antonio! ¡Claro que el veterano general romano lo tendría todo previsto! Sin embargo, esta vez no contaba con la excelente retaguardia maura. La infantería de escuderas y honderos comandada por Ania, aparentemente débiles a ojos de Antonio, transformándose en puro músculo, corrieron como cuadrúpedos y los alcanzaron en plena refriega. Primero hostigaron a los auxiliares númidas con lluvias de venablos; y después, con un rugido ensordecedor, cargaron directamente contra los costados de las cohortes, que empezaron a desmoronarse bajo la presión lateral.

La primera en quebrar fue la tercera cohorte, veteranos endurecidos en las campañas del sur, acostumbrados a resistir bajo el sol y la sed. Durante unos minutos formaron un muro casi inamovible, clavando los escudos en la tierra y empujando con disciplina, pero la tormenta maura cayó sobre ellos como un trueno.

Una descarga de flechas de las tribus costeras abrió huecos en la línea; acto seguido, los jinetes de Mastán irrumpieron por el flanco, derribando a los legionarios como espigas. Los guerreros de Ania, rápidos como hienas, se abalanzaron sobre el boquete y lo ensancharon a cuchillo.

El *centurio* trató de sostener la posición:

—¡Agrupaos! ¡Mantened la línea!

Pero la línea ya no existía. Los veteranos retrocedían a trompicones, chocando con el barro del Mulucha y con sus propios compañeros. El *signifer* intentó colgar el *vexillum* sobre una roca para evitar su caída, pero un venablo lo alcanzó en la clavícula y el estandarte se hundió en el lodo. Para cuando el polvo se disipó, la tercera cohorte había desaparecido, engullida por el río y por la marea maura.

¡Qué alivio sintió Ascalis al verlos quebrar! No perdía detalle de los acontecimientos, como tampoco dejaba de buscar con la mirada el punto donde se situaba Ania. Su esposa guerrera abatía romanos con flechas y la punta afilada de su lanza.

«¿Quién los ha adiestrado? —se preguntaba el general romano—. No hay ápice de precipitación en sus maniobras y en cada ocasión se imponen en un dos contra uno».

El legado Antonio, al ver la situación, intentó reagrupar a sus cohortes centrales. Ordenó a las unidades de reserva avanzar y reforzar líneas, pero ya era tarde: los flancos se rompían como madera seca bajo la acometida de los jinetes de Mastán de Rusadir, de Druso y de Sosus, que en cuña los sorprendieron tras una duna.

Ascalis volvió a alzar la mano y los arqueros atacaron a la retaguardia romana, desorganizando incluso a las cohortes que aguardaban en segunda línea. El río Mulucha, convertido en barrera a la espalda de la legión, impedía un repliegue ordenado, con lo que la geometría impecable del despliegue cohortario se fragmentó en grupos aislados que fueron rodeados por la marea de guerreros mauros.

Así, la batalla se había convertido totalmente en una lucha cuerpo a cuerpo. Los legionarios se defendieron con desesperación, pues, rodeados por guerreros que los superaban en número y ferocidad, estaban a merced de los caballos mauros, de las lanzas que atravesaban el polvo y de las espadas que los cortaban por sus mitades.

Pero Ascalis quería atrapar al general Antonio. A lomos de su caballo negro, pinchaba y desmembraba a todo romano que le salía al paso. En mitad de la lucha, era imposible no dejar quietas las armas un instante para contemplarlo, pues blandía y gritaba el nombre de su padre y de Aminara la Grande con un fervor que encorajinaba aún más a sus guerreros. De ese modo, en su camino para alcanzar al general enemigo se cruzó con Nevio y con Tartos, con la cara, el torso y las piernas salpicadas de sangre, maldiciendo a cada uno de los dioses romanos. Y cuando llegó al centro, él mismo lideró la marcha rompedora de la línea tras la cual se alzaba el estandarte de la tercera cohorte. Una parte de la masa enardecida lo seguía a pie como una luz mientras los legionarios iban arrojando sus armas; corrían y huían en cualquier dirección: hacia la llanura o el terreno contrario, donde fueron abatidos, e incluso hacia el río, donde fueron arrastrados por la corriente.

—¡Antonio! —gritaba Ascalis galopando tras el general romano.

La escolta del general, pensando que le daría alcance en el cabezo, se detuvo para esperarlo y hacerle frente.

«No —se dijo Ascalis lamentándose, negando con la cabeza—. Sin ayuda, no podré con cinco pertrechados escoltas. Tal vez con tres sí, pero cinco, y uno de ellos con arco y flechas, son demasiados». Y

mirando atrás, a la masa enardecida que le seguía, se detuvo. Descendió del caballo y agarró su escudo redondo.

Antonio Furio se escapaba, pero él daría muestras de que era digno de llamarse Ascalis, el León de Mauritania. Las flechas del arquero se clavaban en su escudo y, en una pausa para cargar, la lanza de Ascalis le acertó en el pecho. Fue un lanzamiento digno de un guerrero excepcional, un prodigio de habilidad y fuerza. De inmediato, los cuatro restantes cabalgaron hacia él. Todo indicaba un final absurdo, pues por querer mostrar a su pueblo lo valeroso e invencible que podía llegar a ser, al final los caballos lo aplastarían, hincarían sus patas en su cuerpo y los romanos rematarían lo que quedara de él; sin embargo, una inesperada lluvia de piedras los fue derribando uno por uno. Ascalis no salía de su asombro. ¡Qué letales eran sus honderos! ¡Qué rápidos, qué precisos! Montó en su caballo y volvió a fijar los ojos en el cabezo. Antonio ya le sacaba una distancia considerable y no lo alcanzaría. Pensó que el general romano adivinó la derrota de sus leales escoltas, que acabaron siendo engullidos por un grupo de mauros dirigidos por Etuba.

El general Antonio había conseguido escapar, pero había dejado tras de sí infinidad de cadáveres y legionarios capturados. La Legión III Augusta había quedado destrozada y muchos de los mauros danzaban entre los estandartes caídos, se abrazaban, golpeaban sus lanzas contra los escudos y entonaban cantos ancestrales de victoria.

—¡Ascalis! ¡Ascalis! ¡Ascalis! —gritaba su pueblo en una sola voz, tal como lo hicieron cuando él era un niño y su padre y su madre los conducían a la muerte.

No, no mostraba Ascalis el rostro triunfante. No, no estaba satisfecho con aquella matanza. Ania y Nevio se le unieron en el cabezo y Ascalis, erguido sobre su caballo, alzó al cielo la espada para proclamar la victoria.

—¡Pueblo! ¡Mi pueblo! ¡Mi oprimido pueblo! ¡Ningún águila se alzará jamás sobre estas aguas, sobre esta tierra! ¡Ahora, amado pueblo, vamos a Tingis! ¡Vamos a Tingis! ¡Y después a Hispania!

Tras la victoria en Mulucha, en África se hablaba de que habían capturado a tal cantidad de romanos que si los pusieran en fila llegarían desde Tingis hasta el mismo corazón de Roma. Así, en Tingis, el nerviosismo se notaba en los soldados del gobernador.

—Furio Macro ha huido y Mastán de Rusadir se ha unido a los mauros —decía Poncio leyendo un mensaje a Aquila—. ¡Cobardes! ¡Son unos cobardes! El legado Macro, con lo poco que ha quedado de la III, se ha escondido en Cirta.

—Entonces ya no hay que pensar demasiado —le dijo Aquila con tiento.

Se refería a que todavía podía huir, pues había tiempo de sobra para escapar por el estrecho y recalar en Gades. Pero, con temores, ya había asumido el orgulloso temperamento de Poncio. «¿Y luego? ¿Regresar a los brazos de un padre avergonzado en Roma? ¡Jamás!». Eso era lo que estaría pensando Poncio, y Aquila se contuvo.

—¡Jamás! —vociferó Poncio a su general.

—Yo solo quiero lo mejor para el gobernador —contestó Aquila, y de inmediato se vio rodeado por cinco de sus hombres—. Está todo

dispuesto, puedes embarcar ahora y en dos días estarás a salvo. Abandonaré el palacio con mis hombres y esperaré en algún lugar de la costa a las guarniciones que nos lleguen desde Hispania. Así los expulsaré, y luego podrás regresar con dignidad. Será una estrategia digna de un gobernador de Roma.

—No lo entiendes, mi buen Aquila, no abandonaré el palacio. Nadie a mis órdenes abandonará este lugar.

Aquila volvió a ver en su semblante esa mirada desvaída y fría que tanto lo asemejaba a un fantasma sin cordura. La misma que tenía cuando le cortó la cabeza a Bulus y, ensangrentado hasta las cejas, la paseó por todas las dependencias de palacio.

Un giro de muñeca al aire de Poncio hizo que los cinco soldados desenvainaran sus gladios y lo apresaran.

—¡Está loco! ¿No lo veis, soldados? ¡Nos matará a todos! ¿Es que no lo ves, Hario? ¡Tú eres mi amigo! ¡Detén esto!

Pero Poncio situó con lentitud su mano sobre el hombro de Hario.

—Estos hombres son fieles a Roma. ¡Tingis es Roma! ¡Eres tú quien no lo ve!

Poncio se agachó, del suelo adhirió a la yema de su dedo una diminuta e inapreciable piedra y se la acercó a la cara.

—Esto es Roma, Aquila. Esta insignificante mota de polvo en mi dedo es Roma. ¡Yo soy Roma! —le chilló al oído.

Y tras un silencio amargo…

—¿Qué hacemos con él, gobernador? —preguntó Hario.

Antes de contestar, Poncio se tomó su tiempo. Se chupó el dedo con gesto lascivo y levantó una ceja.

—Creo que lo mejor será que os lo llevéis a la torre.

Semanas más tarde

«Las naves romanas que debían traer refuerzos de Hispania no llegarán». Poncio Recio, beodo y pegado a la rendija más alta de la torre, podía escuchar a lo lejos el sonido de los tambores. Y en el cielo, igual que flechas incendiarias, el deleznable graznido de los cuervos que, oliendo la sangre, seguían a la mesnada maura hasta las puertas de su palacio.

—¿Qué harán conmigo? ¿Me partirán en dos? ¿Qué piensas, general? ¿Enviarán mi cabeza a mi padre? —El gobernador sonrió con saña.

Aquila se hallaba desnudo, engrilletado y recién sodomizado. Desparramado en el suelo, apenas alcanzaba a ver la cara desencajada de Poncio, quien horas antes, para facilitar las cosas, había ordenado que se le drogase.

—No contestes, buen Aquila. No te esfuerces. —Se acercó para acariciar su pelo rizado y besarlo—. Te prometo que todo este tormento acabará pronto. Te doy mi palabra de gobernador.

Los golpes de tambor cesaron y los mauros se encontraron con una Tingis rendida. Una ciudad sin apenas soldados romanos, lo que divirtió a Tartos y Mastán; pues la mayoría, en naves atracadas para el comercio, y sabiendo que el legado Antonio Furio Macro todavía vivía, escapó poniendo rumbo a la Cesariense.

Cuando Ania y Ascalis llegaron a la torre de palacio y vieron al gobernador muerto por envenenamiento, el triunfo soñado quedó

vilmente empañado. En absoluto era lo que tenían planeado. «¿Qué acto de cobardía es este?», se preguntaron.

Pero Nevio ya les advirtió que los aristócratas romanos hacían uso de ponzoñas como quien hacía uso de un caballo valiente, que al montarlo galopaba desbocado en una cabalgada que los dignificaba.

Era imposible que un mauro pudiera comprender aquella forma de morir. Porque la muerte se encontraba luchando. Y para ese gobernador, Ania tenía preparada una muerte magnífica. La mejor que se podía dar a un dirigente romano. Ella misma le daría un arma, cualquiera, y en el salón del palacio, en mitad de un corro mauro, combatiría a muerte con su Ascalis, el León de Mauritania.

XXVI

Sin Neptuno

En el consejo de la colonia de Itálica, Lucio Valerio Nepos, gobernador y general de la recién creada legión II, planteaba el enfrentamiento contra los mauros de manera precipitada y excesivamente crédula. Quien fuera durante muchos años el dirigente de la VII en Hispania, a pesar de no ser almirante, decidió liderar él mismo la flota que aguardaba en Gades. «Nunca seremos vencidos porque los mauros no poseen embarcaciones. Nunca alcanzarán nuestras costas porque los engullirá el agua salada del estrecho».

Pero tanto Valerio como el consejo de ancianos ignoraban lo que Neptuno, como inexplicable y cruel secreto, les tenía reservado.

¿Cómo saberlo? ¿Cómo iban a lograr una victoria sin tener a su alcance las naves al completo? ¿Quién los traicionaba? ¿Neptuno?

A veces, los dioses también sufrían engaños. Mortales con poderes que algunos dioses vanos les adjudicaban con artimañas, los conducían a situaciones en contra de lo juicioso y benigno. De no ser por eso, ¿cómo interpretar la debacle sufrida en el estrecho?

Valerio, que sobrevivió a la derrota, regresó a la colonia y se refugió en excusas frente al consejo de ancianos. Avergonzado, en

mitad del semicírculo helado, todavía le llegaba el eco de los vítores justo antes de partir.

—¡Devastador! ¡Devastador! ¡Valerio, el Devastador de Itálica! ¡Acaba con ellos!

Por las calles de Itálica, sin separarse un instante de su esposa Lidia, ambos eran conducidos en volandas hasta el foro. La muchedumbre se mezclaba con el perfume de la clase patricia, pero eran ellos, los más necesitados, quienes lo aclamaban y le hacían regalos artesanales.

Itálica entera rugía de entusiasmo.

El pueblo lo veneraba en el templo de Trajano mientras Gallo lo ungía con la sangre de la victoria. Y a Lidia le bombeaba el corazón con frenesí. Observaba a su amado con la cara cubierta de rojo y se tocaba el vientre. Ante el sacerdote, se giró hacia el tumulto y mostró su preñez.

—¡Devastador! ¡Devastador! ¡Acaba con ellos!

Sin embargo, cuando Valerio llegó a Gades con la II, se encontró el puerto en llamas y la costa plagada de galeras hundidas. Pero también pudo observar algunas otras que, resistiéndose a ser tragadas, todavía flotaban. «¡Hay esperanza!», pensaba al tiempo que un grito de impotencia le estallaba en el pecho.

¡¿Cómo imaginar aquel desastre?!

Su misión era evitar el desembarco de la horda mauritana, y ya sabía que sería imposible porque tenían ventaja para tomar cualquier punto al este de la costa de la Bética.

La negatividad se apoderó de él. Boicoteadas. Abrasadas. Más de media flota hundida en el puerto antes de poder embarcar. Antes de poder combatir.

Escuchando sus propios lamentos se percató de que aquella excusa podría salvarlo ante el consejo. Pero no, Valerio decidió morir combatiendo antes que caer en la deshonra. Así que tomó la decisión desesperada de embarcar en toda nave disponible para enfrentarse a las galeras de Druso, Sosus, Mastán y otras que, siendo romanas, fueron apresadas en la costa de Mauritania.

Fue así que la batalla naval apenas duró unas horas de aquella tarde grisácea, sin sol y sin Neptuno de su lado.

La nave del general convertido en almirante fue brutalmente atacada por los flancos. De ese modo, al no tomar la decisión de huir, tanto la tripulación como él mismo acabaron en el agua de aquel sombrío estrecho. Valerio, en su tozudez, llegó a planear un ataque suicida. Chocaría de manera frontal con recia madera enemiga para acabar con todo. Sin embargo, alguien a quien amaba demasiado le enseñó a no ser egoísta, y su imagen serena le recordó que llevaba un hijo suyo en el vientre.

—Lidia.

Valerio susurraba su nombre y lloraba mientras la galera se iba a pique.

Pero con la lluvia, otro rostro de mujer se le apareció. Un semblante hiriente que, aun deseándolo con todas sus fuerzas, sería incapaz de borrar de su memoria. Recordó sus palabras en el jardín de su *domus* negándole el favor de los dioses, asegurando que su dolor sería recompensado con las derrotas que él padeciese.

—Adriana —dijo apretando los dientes—. ¡Adriana! —gritó a la tormenta.

Con una esplendorosa invasión del sol de todo el cielo, alisando aguas y allanando arenas, los mauros desembarcaron en Malaca. Las naves de Druso por mar y los mercenarios de Sosus en el puerto se encargaron de que no sufriesen contratiempos ni más bajas hasta alcanzar las costas béticas.

El primero que pisó tierra firme fue Nevio, y lo hizo con desconfianza. Pidió a Ascalis que los escuderos se agrupasen y avanzasen hasta el pliegue de dunas juncadas, y este sin demora dio la orden. El adiestramiento de Nevio se notaba tanto en los hombres como en las mujeres con lanzas, y sus planteamientos militares al más puro estilo de Julio César eran irrefutables. Tras derrotar a la III de Furio Macro y ahora a la II del Devastador de Itálica… ¿quién osaría chistar al coloso Nevio que llegó de Hispania?

Desde la anexión de Mastán de Rusadir a la masa mauritana proveniente del sur, ojos recelosos lo acechaban. Pero Nevio tenía el apoyo del consejo militar y de su hijo adoptivo Ascalis, y por el momento se hacía lo que su intuición y su experimentado juicio en contienda le ordenaban.

En lo alto de las dunas, los potentes brazos del africano Etuba se agitaron y la caballería dirigida por Tartos, en pequeños grupos, comenzó a abandonar las naves.

Después, Ascalis contempló admirado la caballería númida. Los caballos, ágiles y nerviosos, eran domados y espoleados por los mejores jinetes de África. Así, sus figuras se movían sobre crines y relinchos como una unidad, y Ascalis sentía cómo su pecho se llenaba de orgullo. Era como si los estuviera contando uno a uno, repasando el estado de ánimo de cada animal o de cada jinete, y

cuando se topó con el rostro engreído de Mastán dirigiéndolos con mano firme, rememoró el pacto que había cerrado con él.

—La caballería es crucial —le dijo Mastán—. Es cara y difícil de conseguir. Si queréis derrocar a Furio Macro sin apenas pérdidas, la necesitaréis. Y luego… ¿cómo combatiréis a la VII en Hispania? ¿Montaréis en perros y lanzaréis piedras con hondas a los romanos? Conmigo tendréis una posibilidad.

Aquellas palabras volvieron a resonar en la mente de Ascalis, pues le ofreció la libertad de la colonia de Rusadir a cambio de su ayuda para arrasar el sur de Hispania.

—¿Y los saqueos? —preguntó Mastán.

—Un sexto de lo que se consiga será tuyo —respondió Ascalis ante el consejo.

Aquel zorro del desierto no lo dudó, porque era aceptar los generosos términos que se le ofrecían o unirse al gobernador, que prácticamente era como ir directo a la decapitación.

Era crucial alcanzar un acuerdo amistoso con él para poder llegar a Malaca, pues aunque una buena parte de corceles, camellos y dromedarios eran propiedad de Druso y Sosus, la mayoría de los caballos pertenecían a Mastán de Rusadir. El reyezuelo hubiera sido capaz de sacrificar a toda su caballería si se hubiera visto con la cabeza en el tocón de un árbol. Porque el régulo de los bacuatas era astuto, y durante todos aquellos años había criado la mayor caballería que un humilde servidor del imperio podría ofrecer, ya que los mejores jinetes provenían de Mauritania y hasta en Roma los mismos césares pedían mauros para montar sus corceles.

No obstante, durante muchos años, Mastán supo posicionarse del lado de los vencedores. Conservó su colonia con la condición de

servir a Roma de la manera más útil posible, puesto que imponer la paz en detrimento de su nación era cuanto se le pedía en principio. Pronto llegaron las explotaciones, la podredumbre y el sometimiento de los suyos; la esclavitud, la encarcelación y la muerte.

Mastán, ante Ascalis y el consejo militar mauro, juró por Baal que se vio obligado a obedecer a Roma; que tuvo que someter a los de su raza para él mismo salvarse de una muerte segura. Pero ¿quién los ayudaría ahora? ¿Quién pondría al servicio de los mauros todo su poder militar?

Todas las excusas fueron escuchadas con respeto por Ascalis y el consejo, que deseaban cerrar cuanto antes aquel trato inevitable.

Ascalis, mirando a aquel reyezuelo, veía cientos de jinetes cabalgando sobre espléndidos caballos, gritando su nombre al viento mientras apuntaban sus lanzas hacia las murallas de una urbe hispana. En cambio, lo que veía Mastán en el impetuoso Ascalis era una imparable horda que aplastaría sus ambiciones, su ejército y su cráneo junto a su corona.

En ese instante, Ascalis vio a Ania en la orilla. Montó dando un salto ágil y se posó en la grupa de su espléndido caballo azabache, el que fue regalo de su padre por su casamiento con Ascalis y que tanto cuidaba. Tiró de las riendas con brío y subió a las dunas. A un lado, los volantes blancos salados del mar con el viento de cara, y al otro, la ancha tierra con caminos rectilíneos que los conducirían directos al fuego que lo arrasaría todo.

Una decuria romana que estaba de vigilancia salió espantada.

Entonces Ania le dedicó un segundo a Ascalis, que no dejó de admirarla. La Ania de antes era tan diferente a la de ahora que le parecía increíble escuchar de su boca aquellos desgarradores gritos

de ataque. ¿Quién hubiera imaginado que aquella niña se convertiría en guerrera?

Ascalis fue tras ella, y tras él, una treintena de jinetes con arcos y flechas para darles caza.

Ania se lanzó desde el caballo y se agarró al decurión. Lo arrancó de la montura en pleno movimiento y, ya entre hierbajos y flores, le rebanó el pescuezo. Un chasquido seco marcó su final y la sangre que brotó a borbotones le salpicó el rostro. Así, el veterano romano, incapaz de resistirse, murió viendo aquella mirada salvaje en la mujer que se teñía con su propia vida.

—¡Por Baal! ¡Qué gran mujer tengo! —aulló Ascalis.

XXVII

El legado de Itálica

Mientras se producía la derrota de la III en el río Mulucha, Marco Aurelio se hallaba camino de Germania. No era un césar al que le gustase ver de lejos lo que ocurría en sus limes, y tras la muerte de su hermano Lucio Vero, viéndose en la urgencia de aplacar algunas confabulaciones en las recientes ampliaciones del norte, decidió acudir para mantener alto el ánimo de sus legiones. El imperio se había quedado sin uno de sus césares, y entre los fieles de un líder muerto siempre asomaban cabezas de gusano dispuestas a crear discrepancias. Alborotos en la niebla. Traidores porque sí.

En Roma, emisarios de Hispania que galoparon y navegaron con instrucciones precisas y vitales para el desarrollo de la contienda alertaron a Mario Recio. La VII, junto con lo que había quedado de la II de Itálica, debían encontrarse con premura en Gades, pues se esperaba que los mauros, si lograban tener éxito, de seguro desembarcarían en su costa.

El Senado, acostumbrado a las ausencias del césar, fue convocado por un Mario Recio extremadamente preocupado.

Realmente, a Mario Recio lo que le hacía poderoso como consejero de un líder era que en un inicio de proyecto belicoso

siempre se postulaba a favor de la paz. Ideaba situaciones y trazaba en el aire palabras que convencieran a sus enemigos para que ambos saliesen beneficiados, pero quedando Roma por encima.

La guerra, como la muerte, era lo fácil.

La paz, como la vida, era lo difícil, y por eso se le encumbraba en Roma.

La preocupación de Mario Recio iba a más. Le podían el nerviosismo y la irritante duda que le provocaban las guerras. Una incertidumbre que nunca sabía cómo atajar, porque no era sencillo decir «no» a la guerra en la curia. Y más a una que algunos de los senadores estaban deseando que tuviera lugar.

Ellos, los muchos que ofrecían su voz y voto, a diferencia de otras razas, con el ejemplo pasado de Aníbal Barca, veían a los africanos como indomables seres sin honor ni palabra, y los odiaban por lo que fueron.

El consejero, que temía igual por su hijo en Tingis que por la toma del sur de Hispania, obligado por el resto de los senadores, se inclinó por un acto ofensivo. Él, viéndose padre de su único vástago, hizo todo lo posible para que le llegara un mensaje de aliento. En sus vacilaciones pidió a Poncio que no abandonase la capital mauritana, ya que desde su posición él haría todo lo que estuviera en su mano para que cuanto antes le llegaran refuerzos.

«¡Resiste, hijo! ¡Tú eres Roma!».

En cambio, a pesar de su dilatada experiencia, aquellas palabras escritas, pronunciadas en alto por su boca, le sonaron huecas; inciertas, dejando un enorme vacío de hambre en el interior de su estómago. Porque, a diferencia de otras guerras, esta conllevaba el peligro de anteponer los intereses de Roma a los sentimientos

afectuosos que albergaba un padre por el único que llevaba en vida su propia sangre.

Transcurrieron algunas semanas y al antiguo senador no le llegaron noticias. Conociendo el avance mauro, sus silencios por las galerías y los patios, o su mutismo frente a una hoguera en su morada, terminaron cuando asimiló lo que ya era palpable y evidente en su entorno.

Su hijo había muerto y debía aceptarlo.

Mario quería pensar que Poncio había muerto con honor sirviendo al imperio. En cambio, esa idea apenas se sostenía y ya se imaginaba los reproches del Senado o del mismo césar hacia su linaje. «¡Traidor!». «¡Cobarde!». «¿Qué se puede esperar de un hombre que se acuesta con otros hombres?».

El veterano consejero, con templanza de acero, jamás se vio en la tesitura de tener que mesarse los cabellos, y una irritación al nivel de un titán se apoderó de él. Enloquecido, golpeó una columna de mármol hasta destrozarse los nudillos. Luego, más calmado, postrado en el suelo, sin llorar por miedo a parecer débil, tartamudeando por no reconocerse en cómo había actuado hacía unos minutos quien debía ser más que nunca la mano guiadora de un imperio, recurrió a sus recuerdos pasados para intentar volver a ser el témpano que todo lo podía.

Se irguió y se desprendió de su túnica.

Frente a él, un *pugio* afilado y una jarra de vino.

Secó el sudor de sus manos y sus axilas.

Tomó un trago largo de vino y, al depositar el cuenco sobre la mesa, volvió a sentir que el nombre de Roma pesaba más que todos

los nombres sobre la tierra, incluido el suyo propio o el de su único hijo.

—Todavía no —dijo.

Agarró el metal y lo clavó en la madera.

En el Senado, sin embargo, la mayoría de los senadores se compadeció de su dolor. Sobre todo aquellos que a lo largo de su carrera como consejero compartían sus ideas y apoyaban al césar. Otros, en cambio, se relamían.

Mario Recio, ante ellos, parecía desorientado. Sentía que, si se había distraído unos instantes, le era perdonable. Y, para su sorpresa, no hubo injurias ni reproches hacia su hijo.

Dio dos vacilantes pasos y se detuvo. Luego alzó la mirada y clavó sus vidriosos ojos en Vergilio.

—Los africanos han desembarcado en Malaca —dijo.

—¿Cómo es posible? ¿Y nuestra flota? ¿Y la II de Itálica?

—Numerosos barcos ardieron en el puerto y los demás se hundieron en el estrecho. Los restos se encuentran desperdigados por la costa.

Recio ocultaba su ira tras un antifaz invisible y certero. Probablemente, por mitigar su rabia, ninguno de los senadores pudo verlo abatido; ni aquella cara que era mezcla de amargura e impotencia.

—¿Lo sabe el césar? —preguntó Vergilio.

Un brillo de acero asomó en las pupilas de Recio. Siendo consejero de paz, en su dolor, no pudo esconder el fugaz deseo de entrar en batalla.

—En cuanto lo sepa, nos dirá qué hacer. Por mi parte, creo que lo mejor sería enviar otra legión a Hispania porque la VII será

insuficiente para detenerlos.

—¿Es posible que coincida por primera vez contigo, Mario? —dijo Vergilio, que se abstuvo de echarle en cara la drástica solución que propuso, hacía algunos años, cuando Ascalis de Volubilis, padre del nuevo rebelde, llegó a la Bética.

—También yo creo que es lo mejor —dijo Vallio Maximiano—. La II ha quedado reducida a astillas de un madero que ya no existe, y la VII está huérfana de un legado fiable. Desconfío de que ella sola pueda contra esos salvajes. Pero ¿qué legión mandar? Los limes se amplían, y es cuando más necesitamos que nuestras legiones permanezcan en las nuevas fronteras. He dicho.

En su pasado militar, Vallio Maximiano combatió contra los africanos y salió vencedor, aunque siempre los consideró como alimañas ingobernables.

Vergilio se acercó al veterano de guerra, le colocó la mano en el hombro y miró al imaginario horizonte de un campo de batalla.

—Yo propongo que seas tú mismo, Vallio. Propongo que vayas con varias centurias a Hispania y que, con tu experiencia, lideres la VII.

El Senado, con asentimientos y alguna ovación, apoyó la decisión de Vergilio.

En cambio Recio, pese a querer que los mauros fueran aplastados cuanto antes, los fue acallando con su silencio. Se situó de nuevo en el centro, los miró a todos y dijo:

—No hay respuesta del césar, y yo, aunque cuento con poderes para decidir, propongo al Senado… —mantuvo unos segundos de suspense— que esperemos su veredicto.

—¿Es que acaso no confías en mí, Mario Recio?

—No se trata de eso. Te confiaría todas las legiones del imperio, pero… —Mojó sus labios, cerró los ojos y vio nítidamente a la horda enemiga encharcando de sangre a Roma.

—¿Entonces? —preguntó molesto Vergilio—. ¿De qué se trata? El césar estaría conforme con que Vallio fuera al rescate de Hispania. Todos aquí lo estamos.

—Todos me conocéis. Al menos eso he procurado siempre, porque a ninguno os he dado la espalda.

La mitad del Senado afirmó con la cabeza.

—Te conocemos, Recio. ¡Claro que te conocemos! Y sabemos de tus buenas ideas para con la paz. Pero ahora hay que ir a la guerra sin dilación, y tenemos a Vallio Maximiano preparado.

El Senado al completo asintió con convicción, y alguna voz de reproche, aunque leve, llegó a oídos de Recio.

—Me conocéis a mí —respondió rascándose con suavidad la barbilla—. Sin embargo, no conocéis a Marco Aurelio. Al menos, no como lo conozco yo. Y yo digo que nuestro césar es consciente de la revuelta de los mauros, como también es consciente de que a la VII Gemina le falta liderazgo. César no ha ido al norte para darse un paseo por los bosques de los bárbaros. Eso os lo aseguro. No hace ni dos años que su hermano Lucio Vero murió de una enfermedad un tanto… difusa. Eso lo sabéis. Pero lo que no sabéis, y os lo adelanto aquí, es que hubo una epidemia en Oriente y los antoninos se contagiaron, y después la extendieron por Germania.

El Senado al completo, incluido Cayo Vergilio, enmudeció.

—Nuestro césar tiene ideas que ni a mí me revela, pero estoy convencido de que el propósito de presentarse con urgencia en Germania no es por capricho. Ni siquiera pienso que sea por la gran

virtud que posee nuestro césar de procurar siempre estar con nuestras legiones y ofrecerles aliento. El césar tiene una idea, y creo que no tardará en ponerla en práctica, pero hay que saber esperar. De modo que, aun habiendo perdido a un hijo a manos de esos indeseables, y deseando su aniquilación lo más pronto posible, no seré yo quien se anticipe a Marco Aurelio. Es un momento delicado y hay que saber esperar.

Y dicho aquello, el viejo senador de Roma dedicó una mirada triste a Vergilio, y este, que reconoció en el silencio del Senado el acatamiento, respondió:

—No me gustaría estar en tu pellejo, Mario Recio. Y no lo digo porque en ocasiones te odie. Lo digo porque si te equivocas en esta decisión, será el mismísimo césar quien te odie.

Recio sostuvo la expresión de tristeza, aunque no se amilanó.

—Ahora mismo no hay nadie que pueda odiarme tanto como me odio yo, Cayo Vergilio.

Germania Ulterior
Cuenca del Istro

«Ya queman a los muertos». Arriba, el firmamento plagado de luces le proporcionaba calma. El joven, por el azaroso destino convertido en general, miraba al cielo a la espera de que un aire le trajese la perfecta silueta de su semblante. «Mesalina». Facio hubiera afilado la punta de todas las estrellas por ella.

Sin embargo, solo eran sueños de cuando niño que, como relámpagos, todavía irrumpían en mitad de la noche. Susurros que

habían ido borrando las líneas de su cara. Sus facciones, posiblemente ya imaginarias, se mezclaban con la niebla espesa de los densos bosques de los bárbaros. Tan solo una sonrisa escéptica, una mirada cariñosa y algunas palabras de amor se mantenían nítidas en su memoria.

«¿Qué habrá sido de ella?».

Facio fantaseaba contemplando la belleza de la bóveda. Imaginaba su regreso empujado por la angustia que le brindaba la absoluta soledad de un campo que esa misma tarde fue campo de batalla.

Eran solo ilusiones. Lo sabía, y por ello necesitaba que la diosa Pax, hija de Justicia y de Júpiter, lo escuchara de una vez. «¿Y Balder, el dios de la paz para los germanos? ¿Por qué no intercede y convence a los reyes de los vándalos de que lo mejor es rendirse?».

Sintió las pisadas de su escolta personal acercarse por detrás.

—¿Triste por haber ganado, general?

La voz quebrada de Gorhum consiguió que Facio pusiese los pies en la tierra.

Miró al suelo. Era una escena negra, con olor a chamusquina humana y sangre fresca desparramada.

—Todavía no se ha ganado nada.

—Rao y Rapto se rendirán —respondió Gorhum, fijando los ojos en la gran llamarada de fuego que abrasaba tanto a romanos como a lacringios y asdingos.

Se preguntó si no hubiera sido mejor permitir que los vándalos retirasen a sus muertos para que sus familias pudieran velarlos ante sus dioses. Eso tal vez hubiera supuesto un acercamiento en las negociaciones de paz.

Facio, impetuoso por su juventud, daba muestras de cansancio, pareciendo más un derrotado que un victorioso romano que había machacado una vez más al enemigo.

De pronto, se acercó el segundo general, Aufidio Victorino, trayendo consigo al escribano.

—Traigo nuevas.

—Todo lo que no sea la paz con los vándalos, no será nuevo.

—En este caso lo es, mi general —dijo el escribano apretando los labios.

Facio logró ponerse firme y leyó. De inmediato, por la sorpresa, su rostro sufrió una exagerada deformación y se puso pálido.

—¿César? ¿Marco Aurelio viene hacia aquí?

—Sí, mi general, en Carnuntum[18] ha sido nombrado *imperator* por sexta vez.

—Pero… ¿por qué viene hacia aquí? Aquí no se ha conseguido nada todavía. ¿Y la peste? ¿Es que no sabe que la peste está por todo el valle del Istro?

El escribano dejó asomar su entusiasmo y, a la par, un poco de lástima por Facio. Reconocía su esfuerzo, su inteligencia y su valor ante la nación vándala, pero todo hacía indicar que el tiempo se le había agotado.

—¿Cuándo se estima que llegue? —preguntó Facio, inquieto.

Aufidio Victorino no pudo evitar que se le escapase una leve sonrisa. En todo aquel tiempo en que el joven Facio había guiado a las tropas, aun siendo leal y brazo recio donde apoyarse, le guardaba cierto rencor. Y sabía que si Facio era destituido, la nueva gloria sería para él. De hecho, siempre pensó que se le había

sustraído el lugar que ocupaba un joven e inexperto cabrero cuya suerte le llegó por un simple error de los dioses.

—Al clarear —respondió.

Y Facio, que miró el sello de Horacio refulgiendo en su dedo corazón, sintió que no había tiempo; que había fracasado y defraudado al hombre que lo dio todo por él.

—No tenía por qué —dijo con un amargo susurro, pero que llegó a oídos de los tres acompañantes—. ¡Horacio, mi padre! Un hombre que siendo solo centurión, allanó el camino para que yo alcanzase el mando de la I legión. No merezco ese honor.

A Gorhum también le llegó la añoranza, aunque en otro sentido.

—Horacio estaría orgulloso de su hijo Facio —dijo—. Pocos habrían sabido llegar al punto en el que se encuentra Roma con la nación vándala. Y gran parte de ese mérito es tuyo. Eres el general que él deseaba que fueras. ¿Piensas que hubiera sido mejor caer derrotado?

—Él habría sabido llegar a un acuerdo.

Gorhum dio unos pasos largos. Parecía molesto. Dando la espalda, se alejó y parecía que se introduciría en el humo negro de los muertos y no regresaría. Sin embargo, el hombre de greñas y barbas plateadas ensilló y llevó consigo el caballo del general. Así, las patas del corcel se clavaron frente a Facio.

—Si quieres algo, lo mejor es hacerlo tú mismo. Muéstrales que realmente quieres la paz.

Gorhum tendió su mano y con ella las riendas del caballo.

—¡Es un suicidio! —exclamó el escribano—. ¡Ese caballo regresará con tu cuerpo, pero no con tu cabeza! ¿Acaso no recuerdas a los más de diez emisarios que enviaste?

—Que vaya otro —dijo Aufidio—. No debes correr riesgos. Hay tiempo de sobra hasta el amanecer. ¡Están muy debilitados y accederán!

—Pero… ¿y si no lo hacen? —Gorhum soltó la pregunta con sus fríos ojos verdes clavados en los oscuros y sorprendidos de Facio.

La tierra negra de Noricum[19] temblaba con las pisadas de los cientos de legionarios que llegaban de Roma. La avanzadilla se detuvo en un claro: los cascos de los cuatro caballos giraron sobre sus sudados cuerpos blancos, y los temerosos pájaros inundaron el cielo porque el estandarte del águila dorada danzaba punzante por los senderos.

—¡Ya está aquí!

—¡El césar ha llegado!

Marco Aurelio desmontó.

A su derecha, el grueso del campamento: tiendas y hombres en formación que lo contemplaban, y a su izquierda, las orillas de un río que, pese a sentirse la cercanía de la primavera, se encontraba completamente escarchado.

El césar tenía frente a sí a Aufidio Victorino, y junto a él, pegado como una lapa, a un ser pequeño con rasgos comprimidos. Este era el escribano, que ya tenía en la punta de la lengua la lastimera frase: «El general Facio aún no ha regresado».

Aufidio se colocó la mano en el pecho, se lo golpeó dos veces e inclinó la cabeza.

—General Victorino —saludó sereno Marco Aurelio.

El emperador buscó con los ojos al joven que en los últimos meses había contenido el volcánico ataque de los vándalos. En cambio, la legión I estaba mermada por las numerosas bajas. Apartados, aislados del campamento, se encontraban los enfermos de peste, que se contaban por centenares, y Marco Aurelio se temió lo peor.

—El césar quiere descansar.

La voz resultaba imperativa, y provenía de labios de un veterano pretoriano que todavía no había descabalgado.

Aufidio y el escribano señalaron el camino hacia la tienda.

Cuando Marco Aurelio entró, notó el cambio de temperatura. Esa noche acababan de atravesar parte de Raetia[20] y la helada se palpaba en su pelo, en su semblante y hasta en sus barbas. Un esclavo le acercó un cuenco y, en poco menos que nada, su garganta se fue templando con un caldo.

Luego se deshizo de la capa púrpura y de la coraza, con un silencio que imponía.

—¿El joven general? —preguntó al fin mirando a Aufidio.

—El general Facio partió al anochecer con una cuadrilla de hombres para negociar la paz, mi césar.

Marco Aurelio arrugó la frente.

—Le dijimos que era una locura, pues presentarse él mismo ante esos animales… —dijo el escribano, que dudó si sería conveniente terminar la frase.

—Pero el joven general no sabe escuchar los consejos que da la experiencia, mi césar. —La frase la completó Aufidio, como si ya estuviera ensayada.

—Es impetuoso y acostumbra a tomar la más temerosa de las decisiones. Ahora se estarán mofando de él los niños bárbaros.

Después será torturado y nos enviarán su cabeza clavada en una pica —apuntilló el escribano.

Marco Aurelio hizo un gesto con el que parecía lamentarse. Fue un jarro de agua fría escuchar aquellas crudas palabras, y sus ideas se congelaron. Fijó la mirada en las sandalias del escribano, y sintió que todo el empeño por llegar cuanto antes a Noricum había sido un error.

Su corazonada como estratega resultó no ser acertada. ¡Estaba tan convencido de que el joven general le serviría para sus propósitos en Hispania!

—Mi césar —dijo Aufidio—. Creo que deberíamos prepararnos para otro ataque de los reyes Rao y Rapto. La I está muy debilitada y…

En ese instante, el veterano pretoriano, escolta personal del césar, irrumpió en la tienda.

—¿Qué sucede, Lario?

—El general Facio y sus hombres han llegado. Esperan fuera y desean daros la buena nueva.

—¡Inaudito! —dijo el escribano.

—Un hombre entre mil —musitó Marco Aurelio y, en lugar de hacerlo pasar, salió para ver su cara a plena luz del día.

Facio, a diferencia de Aufidio y del escribano, se postró en cuanto el emperador descorrió la tela. Clavó una rodilla en tierra y agachó la cabeza.

—¡Levanta, general, y deja que te vea de cerca! Llevo imaginando tu rostro desde hace meses.

Facio se irguió y sintió la mano del césar en su hombro.

«Es un semblante triste —pensó Marco Aurelio—. Un rostro marcado por diferentes formas de sufrimiento; heridas imborrables y

profundas, y no son causadas por la tortura del enemigo».

Al rato, mientras se festejaba el logro alcanzado, en el que el emperador participó brevemente, este le pidió a Lario que Facio acudiese con urgencia a su tienda.

Facio, por no haber tenido tiempo ni de lavarse ni de cambiarse, mantenía las manchas del viaje en sus ropas. Incluso se apreciaban las magulladuras de la batalla del día anterior.

Gorhum lo acompañaba, era su sombra allá donde fuera el hijo de Horacio. Al percibir que Lario se mostraba receloso, le dijo:

—Tranquilo, pretoriano, he acabado con más bárbaros que tú. A mi lado, en estas tierras estás bien protegido.

Lario no respondió. Agrió el rostro pensando que él nunca traicionaría a su pueblo. Él nunca traicionaría a Roma y a su césar, y por ese motivo no podía ver a Gorhum de otra forma que no fuese con escepticismo. Para él era un individuo apestoso y poco fiable, así que lo apartó con el brazo.

Y Gorhum gruñó.

—Gorhum, espérame en la tienda —dijo Facio con temple—. Estaré bien. Disfruta de lo que hemos logrado.

Cuando Facio entró, vio a Marco Aurelio sentado, leyendo pergaminos sobre una mesa plagada de ellos. Estaba tan ensimismado que parecía no darse cuenta de su presencia.

—Emperador, estoy aquí —tuvo que decir Facio.

—Aunque no te he visto, te he oído, joven general. Ven, acércate, quiero que veas algo conmigo.

Marco Aurelio le mostró un mapa de Hispania. Con el rabillo del ojo observó que el gran mérito de haber conseguido la paz con los

feroces vándalos no le había quitado ninguno de sus rasgos modestos.

—He oído que eres de la Bética. ¿De dónde vienes, Facio? ¿De qué tierra procedes?

—Nací y me crie en Itálica. En los campos adyacentes que servían de pastoreo.

—¿Pastor?

—Cabrero, mi césar.

—¿Y cómo…?

Por un instante, Marco Aurelio había olvidado que era hijo adoptivo de un gran centurión de la I legión en Germania, y que él puso todo el empeño para que algún día, en un futuro no muy lejano, llegara a ser algo más que un simple legionario. De pronto, cayó en la cuenta de la historia que ya conocía.

—Mi hermano Lucio siempre habló bien de tu padre Horacio. Ahora los dos andarán juntos por los Campos Elíseos. —Lo miró como hubiese mirado a Lucio Vero, con una sonrisa amistosa a modo de recompensa por su coraje y su valor en el campo de batalla—. En sus cartas, también habló muy bien de ti. Aseguraba que no había hombres más fieles que los que llevaban el apellido Catulo. —Marco Aurelio, que hubiera esperado una sonrisa o un gesto de vanidad en el sucio semblante de Facio, se topó con la férrea sobriedad de un soldado. Carraspeó levemente y añadió—: ¿Cómo conociste a tu padre adoptivo, general?

—Me compró como esclavo.

—¿Esclavo? ¿Fuiste un cabrero esclavo?

—No exactamente, césar. Aunque humilde, provengo de una familia romana con ascendencia romana, y por mis venas solamente

corre la devoción a Roma. Mi padre fue legionario de la VII en Hispania, y en su retiro se unió a una mujer cuyo progenitor poseía tierra y ganado.

—Un padre de sangre que sirvió en la VII… —Marco Aurelio expresó entusiasmo—. ¿Cómo se llaman?

—Mi padre se llamaba Emilio Nevio, y mi madre, Silvia Luliano. También tenía una hermana de nombre Ania.

—Hablas en pasado. ¿Qué ocurrió?

Facio todavía rememoraba el suceso con repugnancia, y de sus ojos solo manaba la ira. Un brillo metálico de rabia que no podía disimular, ni siquiera delante del césar.

Le contó lo que sucedió. En todo pausado, demostrando con sus palabras que su querido padre fue víctima de alguna traición contra Cayo Albio. Y Marco Aurelio, haciendo acopio de los hechos, pronto se percató de que su joven general guardaba un rencor desmesurado hacia los gobernantes de Itálica, y que con la boca y con la garganta resecas por las explicaciones estaba clamando venganza.

Marco Aurelio le acercó una copa con agua.

Mientras su general bebía, pensaba que no habría en todo el imperio mejor pieza que él en el mosaico de rostros capaces de comandar la VII. Era una pieza que, aunque joven, ya se encontraba pulida y estaba destinada para esa misión, porque, entre otras cualidades demostradas, el hispano ansiaba volver a casa. Lucio Vero, antes de morir a causa de la peste que él mismo con todos sus veteranos de Oriente se encargó de propagar por Germania, nombró general a Facio Catulo, y en sus informes a Roma detallaba que no había conocido militar mejor cualificado que el hijo de Horacio.

—A veces… —dijo Marco Aurelio en voz baja—, siento nostalgia de aquella tierra y de su río. Son vagos recuerdos, pero todavía los conservo. Yo, como tú, procedo de una familia de colonos asentados en la Bética. Es una tierra a la que le tengo apego por ese motivo.

Lo miró a los ojos para saber si lo que iba a proponerle sería contestado afirmativamente con absoluta franqueza, pues nadie podía negarse a una petición del césar; pero había muchas maneras de asentir, y no todas llegaban a ser satisfactorias para sus fines.

—Creo que no lo sabes, Facio, pero los mauros han vuelto a rebelarse y están atacando la costa sur. Acabaron con la legión II y necesito que te lleves cuatro centurias para reforzarla. Ahora que la paz con los vándalos se ha hecho efectiva, podemos permitírnoslo. —Marco Aurelio le mantuvo la mirada y continuó—: Pero también necesito que dirijas la VII. Se ha quedado huérfana de legado y confío en ti para luchar contra los mauritanos.

Facio se sorprendió. No fue capaz de pronunciar palabra; en cambio, rápido como un felino, sus ojos expresaron todas las lealtades para con Roma y su emperador. Lo hizo con su hermano Lucio, a quien admiraba por su valor, aunque no por su inteligencia y decoro, y lo haría por Marco Aurelio, quien siempre ostentó el poder del imperio. El respetado y admirado por sus actos, sus conocimientos y sus obras. El valiente. El sereno. El inteligente. El cuerdo.

Asintió.

Y las comisuras de su boca húmeda se ampliaron.

Él jamás hubiera imaginado que abandonaría los limes de Germania, pues era una nación terca, conocedora de las intrigas de Roma, y, sobre todo, muy brava.

—Es vital que partas de inmediato —dijo Marco Aurelio haciéndole entrega del documento que lo acreditaba para su nuevo destino.

—Será un honor dirigir y llevar a la VII a la victoria, césar.

—Ha llegado el momento de regresar, mi joven general. Ha llegado el momento de Facio de Itálica. —Su mirada de halcón borró por completo lo que pudiera quedar de felicidad en la cara de Facio, y añadió—: No lo desaproveches.

XXVIII

La marca

El corte en la cara de Mesalina fue profundo. Una marca que le cruzaba el lado derecho al completo. Frente. Ceja. Mejilla. Un destrozo en su preciosa faz que la mantuvo días entre la vida y la muerte.

En Hispalis, mientras se hablaba de que sería imposible que la guerra alcanzara el oeste de la Bética, Carola, debilitada por una extraña enfermedad, aceptó su ayuda para atraer más clientes al Callejón del Placer. Accedió a ser condescendiente con Mesalina si con ello conseguía anular el fuerte impulso que se esperaba de la competencia de Vástulo.

Marcio tenía razón. Los tiempos cambiaban al igual que los limes del imperio se extendían con rapidez. Y fue así que, a cambio de su destreza, le prometió buscar a su madre y la anhelada libertad.

Carola sabía que su paloma sería capaz de aquello y más si realmente se lo proponía. Era hermosa, joven y tenía el don de la candidez que tanto les gustaba a los que eran poderosos, y que nadaban entre montones y montones de plata: aunque esas

monedas, corruptas, provinieran de la explotación de los más débiles.

Mesalina tenía encanto, pero le faltaba embrujo, y eso era algo en lo que Carola hizo hincapié cuando accedió a que trabajara con ella. La *domina* la cambió por completo. Y tanto la cambió que resultó irreconocible para aquellos indeseables que ya probaron sus mieles.

La hizo ser sublime e inalcanzable como ella misma. Una mujer con elegancia que no tenía precio de salida, y que solo se vendería si la suma propuesta alcanzaba lo ficticio. Y aquella urdimbre, como un rumor en llamas, rápidamente consiguió no solo llegar a las orejas de lobo de los patricios más viciosos y acaudalados de todos los rincones de Hispalis, sino de la Bética entera.

Pero Mesalina no sería entregada a ellos. No. Todavía no.

Igual que Carola, dueña de todas las chicas del Callejón del Placer, su ahijada obtendría ciertos privilegios. Seguiría siendo de su propiedad y acataría órdenes; en cambio, gozaría de libertades propias de una hija salida de su antiguo vientre, que por causas que no entendía, jamás pudo ser engendrada.

Carola, siendo reputa y madre de putas, y escaseando el tiempo, la educó con rapidez; así que, con pocas instrucciones, la joven alfarera, hija puritana de Salomón y de Galla, volvió locos a los hombres que desde lejanas tierras traían a las más exóticas mujeres. Ellos, los esclavistas, a sabiendas de que los ricos patricios la anhelaban y no podían yacer con ella, se entregaron como borricos a sus exigencias, que no eran otras que surtir con las mejores hembras a su burdel para dejar en la escasez y empeorar al resto.

De ese modo se anuló el prostíbulo de Vástulo, hasta el punto de que este quiso vendérselo a Carola por una irrisoria cantidad de

denarios y, cómo no, una noche de placer con la dulce Mesalina.

Una noche de calor sofocante, Carola la despertó. Lo hizo con dulzura. Una blandura que, a raíz de haber conseguido sus propósitos para con el negocio, fue mostrando con asiduidad. Era un acercamiento cariñoso, casi maternal, que la desconcertaba.

Carola le llevó agua, y mientras Mesalina bebía, le acariciaba el pelo.

—Me ha dicho Marcio que has preguntado de nuevo por tu madre.

—Sí, Carola. Pero no me ha sabido responder.

—Sabes que he hecho todo lo posible por encontrarla, ¿verdad? —Mentía.

—Sí, lo sé.

Carola le acariciaba la mejilla. Sentía la suavidad de su piel hasta la punta de su fina barbilla.

—A veces, hay que borrar para poder empezar de cero.

—Tenía un presentimiento, pero se ve que estaba equivocada porque mi madre ha muerto. Estoy segura de eso.

Carola simulaba sentir las palabras que salían tristes de la boca de Mesalina.

—Tú y yo hacemos un buen equipo —dijo con ansia—. Te prometí la libertad y te la entrego. Desde este momento eres libre.

La joven aceptó cerrando los ojos. Sintió una paz interior que equiparó a la serenidad de las aguas estancadas de un pantano. Mesalina lo vio, proyectó el agua y sintió su calma; y en la orilla, como espíritus que parecían estar esperándola, se encontraban sus padres abrazados.

—¿Qué harás con tu libertad, dulce del Callejón?

Carola tosió. Era una tos seca que se repetía, y cuando se detuvo, sus enrojecidos ojos se clavaron como puñales en los de Mesalina, que entendió la directa.

—Todavía no lo he decidido. Tu propuesta de llevar el prostíbulo de Vástulo es más que generosa, pero…

—¡Pero qué! ¿Adónde irás?

—Sé que no iré muy lejos sin que me reconozcan, y también sé lo que eso significa.

—Te estoy dando la libertad y una parte de mis ganancias. Serías como yo, joven Mesalina, y a mi muerte lo heredarías todo.

—Debo pensarlo, Carola. Eres muy bondadosa, pero no estoy segura de desear seguir tus pasos.

Carola arrugó la frente, parecía ofendida.

—Decidas lo que decidas, a partir de ahora eres libre —dijo tajante—. Que descanses. Tal vez mañana lo veas todo de diferente color.

En lo que restó de aquella noche calurosa, Mesalina soñó con sus padres. Crearon muchas lucernas de barro, cuencos y ánforas con grabados que tan solo ella sabía cómo hacer, pues era creativa y minuciosa en los detalles.

En el sueño, como siempre, Facio llegaba a caballo. Se mostraba alegre y vanidoso porque llevaba en la cintura el gladio del legionario Ahenobarbus de Itálica. Luego, con respeto, le pedía a su padre Salomón permiso para dar un paseo con ella, y él accedía sonriente, complacido porque su hija era correspondida en el amor.

Al amanecer la despertó un grito de Marcio y, por un instante, creyó que seguía durmiendo con las chicas del burdel y no sola

como lo hacía, diferenciándose del resto, en un lugar amplio con un buen jergón y con vistas al exterior. Fue un grito de guerra, que en ocasiones empleaba para levantar a alguna perezosa a la que se le habían pegado las sábanas. Y luego, después de un guantazo, escuchó el llanto amargo y continuado de Paula.

—No —musitó Mesalina—. No es lo que quiero. No quiero seguir escuchando gritos. No podría vivir sabiendo que mi trabajo consiste en obligar a esas mujeres a vender sus cuerpos para continuar existiendo. Le diré a Carola que me marcho, y que los dioses provean.

Aquel día intentó buscar las palabras idóneas antes de hablar con Carola.

La *domina*, por aquella tos y la falta de aire, ya se veía más fuera que dentro de este mundo, y por eso le había ofrecido su legado. El gran parecido a ella en su juventud, y el potencial demostrado tras crearse un afamado nombre en Hispalis, debía de haber reblandecido su corazón de tirana. Porque, según contó un cliente, Carola provenía del aire, pero no de uno familiar puro, sino de uno pestilente que había manado de las cloacas de una urbe desconocida. Porque ella, hermosa y única en el arte del engaño, vio una oportunidad entre mil para desquitarse de aquel aroma a caliente defecación. Porque una niñez y una adolescencia dedicada a satisfacer los deseos carnales de los hombres debía de haberla enseñado que era mucho mejor que otras, más ingenuas, lo hicieran por ella. Así pues, con la ambición que atesoraban las ratas callejeras, con ese obsesivo deseo de ser la *domina* de cuantas rameras hubiera en Hispania, Carola chantajeó, extorsionó y asesinó hasta hacerse con los favores del gobernador de la colonia, a quien

con escandalosos sobornos de plata convenció para crear un nuevo y fructífero prostíbulo en Hispalis.

Mesalina pensó que pronto comenzarían a llegar los clientes, los que por falta de vigor necesitaban hacerlo por las mañanas. Normalmente, los que andaban pasados de años y les pesaban las taleguillas y, sobre todo, los ancianos.

Carola encendía los pebeteros de la gran sala. Le gustaba hacerlo ella misma, añadiendo las diversas hierbas secas que provocaban los espectaculares aromas del Callejón del Placer. Realizaba la tarea a su capricho y se regocijaba en los humos.

Mesalina, tras las cortinas, esperaba inmóvil. Conocía el momento casi sacramental entre ella y los pebeteros, y no quería interrumpirla.

No cometería la torpeza de hacerlo.

La *domina* había dado su palabra. Le había prometido la libertad, pero también se hallaba molesta al descubrir que a Mesalina no le ilusionaba continuar con lo que tanto le costó levantar, y con lo que seguramente seguiría disfrutando hasta el final de sus días. Era una arpía y Mesalina debía tener tacto.

La observaba. Carola se encontraba radiante aquella mañana, como si fuera uno de esos días en los que un cliente importante acudiría a pedir los favores de la *domina* a cambio de otro suculento botín. Tosió levemente, y a continuación contuvo la ira salvaje de su pecho con las manos.

Carola seguía siendo hermosa a pesar de su enfermedad y sus años. Todavía tenía pretendientes, a los que en secreto llamaba «mi seguro de vida, por si las moscas». Probablemente ella poseyera más plata que quienes la frecuentaban, pero, por supuesto, no las

completas capacidades que mantenían en pie su burdel y su nivel de vida, porque el auténtico poder lo tenían los hombres.

Mesalina sabía que se ofendería al escuchar su negativa; era inevitable y quizá debería esperar el mejor momento para decírselo. Pero ¿qué momento sería el mejor? Sin duda, aquel no lo era; sin embargo, advirtió que ningún momento estaría bien para molestarla, y en cuanto terminó de prender el último de los recipientes se acercó.

Hizo ruido al andar y Carola se percató de su presencia.

La inquisitiva mirada de la *domina* le provocó un repentino brote de incertidumbre, una duda que la paralizó. Pero no. Ya lo tenía decidido y se iría de inmediato. Aquella misma mañana y con lo puesto. Lo había ensayado y Mesalina no la dejaría hablar. Se marcharía lejos. Muy lejos de allí.

—*Domina* —dijo con la voz segura—. He sopesado tu propuesta y he decidido que lo mejor será marchar. Me voy lejos, Carola. Lo siento, pero me voy a un lugar en el que nadie pueda saber quién soy.

Carola sonrió. Parecía estar esperando aquella torpe despedida y, aunque mantuvo la distancia, no mostró la frialdad acostumbrada. Tampoco malicia o descontento. Mesalina, después de tantos años con ella, no reconoció esa expresión y se quedó atónita.

—Con tus palabras de anoche me lo imaginé. Así que solo me queda desearte suerte. Creo que sabes dónde está la puerta. Es la misma por la que entraste hace ya muchos años. Adiós, Mesalina.

«¿Así? ¿Sin más?».

Mesalina, que no daba crédito, le dio la espalda. Envuelta en aromas de romero, se dirigió hacia la puerta y no se detuvo. La abrió

y, todavía aturdida, salió. Era como otro de sus sueños, porque no vio a los rateros de siempre, ni estaba Marcio, ni el tuerto Turo, ni tampoco rondaba ningún otro que pudiera entorpecer su repentina huida, con lo que Mesalina caminó y caminó por el empedrado de la calle estrecha hasta perder de vista el Callejón del Placer.

En mitad de la sala vacía, Carola tosió, y aunque quiso contener la atronadora ira de sus pulmones, la ráfaga de sangre salpicó sus manos y los dedos desnudos en sus sandalias de cuero. Luego, tambaleándose, sujetando unas cortinas que impregnó de rojo, el brillo de la furia se apoderó de sus metálicos ojos azules y gritó. Un violento chillido agudo, capaz de hacer estallar los inservibles tímpanos de un sordo.

Mesalina tenía en mente llegar a su casa. Salir de Hispalis e ir por los caminos que la conducirían hasta Itálica. Era de noche, no tenía dinero, y como estaba acostumbrada a ejercer, se le ocurrió pagar a un carretero con su cuerpo. Era algo fácil y ya lo tenía encima. El carretero jadeaba en el remolque mientras otros tantos miraban. Entonces pensó que todos se la repartirían por turnos, y probablemente no llegasen a pagar la cantidad pactada. Incluso, después de acabar, ni siquiera la llevasen a Itálica.

Un hombre irrumpió. Sus ropas eran oscuras y en su faz mostraba la violencia del fuego. Como uno de aquellos lascivos se le enfrentó, no le quedó más remedio que rebanarle el pescuezo en un instante. Los demás, incluido el dueño de la carreta, huyeron para salvar sus vidas.

—¿Salir del Callejón para hacer lo mismo? No es lo que me esperaba de ti, palomita.

—Necesito llegar a Itálica. ¿Conoces otro modo?

Marcio era consciente de que Mesalina, por mucho empeño que pusiese, jamás volvería a ser la chiquilla inocente que arrastraron hasta el Callejón del Placer. Al igual que hizo día tras día en el burdel, en el mundo exterior haría lo que tuviese que hacer para sobrevivir.

—¡Demonio de muchacha! ¡Te llevaré yo mismo!

—Gracias, pero no. Sé valerme por mí misma.

Marcio subió al carro y agarró las riendas.

—No durarás mucho sin que te reconozcan. Yo…

Su cara fea era un ruego, y Mesalina accedió.

—¿Carola sabe que me estás ayudando a llegar a casa?

—A Carola no le queda mucho de vida. Me da igual cómo se ponga. Si no te ha matado ya es porque yo se lo pedí. Ella sabe que mis promesas se cumplen sí o sí. Y aquí estoy, ¿verdad?

Mesalina lo miró con ternura. A pesar de lo sufrido, todavía sabía mirar así.

—Gracias, Marcio.

Marcio ni siquiera la miró. En su cabeza anidaban recuerdos que lo atormentaban y lo amilanaban. Y una voz de niña que de siempre asemejó al suave timbre de Mesalina…

—Esta vez no te fallaré.

Marcio se lo dijo al aire. Quizá a esa niña que junto a su madre, muy probablemente, quedaron atrapadas en una casa en llamas y a las que él no pudo rescatar.

Mesalina entendió que la historia de Marcio era otra desdicha de ese mundo cruel y sanguinario que les había tocado vivir. Una historia que tal vez se atreviese a contar cuando la bondad superase a la crudeza del entorno y hubiera suficiente felicidad.

Tras cruzar las puertas de Hispalis, Marcio al fin le dedicó una mirada de cansancio. Todo había ido bien, pero se preguntaba… ¿Qué haría Mesalina ahora?

Habiéndose informado, sabía que al padre, un mercader artesano de barros, le dieron muerte por confabular contra el gobernador, y que aquellos dos oportunistas, Crátulo y Cecilio, a quienes desde aquel día no volvió a ver, dejaron morir a la pobre madre en un rincón apestoso de Itálica.

«¿Acaso piensa que su casa y su porción de tierra la están esperando intactas? ¡Pobre paloma!».

Pero no sería él quien se anticipase y le quitara esa idea de la cabeza, porque a veces la ley romana se olvida o comete errores de cálculo, dejando sin confiscar las propiedades de sus víctimas.

—Sé lo que estás pensando, Marcio. Pero debo verlo con mis ojos.

Mesalina supo leer su mirada de preocupación. Parecía haberse tomado en serio su promesa y estaba decidido a ayudarla de verdad. Tenía denarios en los bolsillos, y en caso de necesitar un techo y un trabajo, hablaría con algunos de los que le debían favores en Itálica.

Era un día caluroso y las aves buscaban refrescar sus picos en los humedales. Volaban bajo y cantaban poco. La tupida sombra de los árboles escamó a Marcio. Mientras ella le hablaba de los barros, de lo grata que le resultaba la tarea antaño y de lo feliz que se sentía

empleándose con su familia, Marcio tuvo que detener el carro en seco.

Un hombre, amparado por dos vacas pardas, estaba en mitad del camino.

Marcio sacó el gladio. Todavía estaba manchado de sangre del cerdo que se atrevió a enfrentársele en Hispalis.

—Solo será un momento —dijo el vaquero con nerviosismo—. Son cabezotas, y cuando no se quieren mover…

—Yo te conozco —dijo Marcio, creyendo haberlo visto en alguna ocasión.

Al instante, de la verdosa frondosidad salió otro hombre, y de las ramas de un árbol saltó lo que pareció ser un mono que, armado, cayó rotundo en el remolque.

—¡Cuidado, Marcio! ¡Es Turo! —gritó Mesalina.

El tuerto del Callejón del Placer le clavó a traición una lanza en la espalda a Marcio, que se retorció de dolor. En un segundo, de una patada fue lanzado del carro y los tres hombres se le echaron encima.

—¿Creías que Carola te dejaría marchar con su palomita? —dijo Turo—. Me ha dicho que te diga que le debes mucho como para dejarla en la estacada. Ahora que le faltan las fuerzas, ya no la temes, ¿verdad, monstruo?

—¡Dejadla en paz y cobraros mi muerte! ¡Ella no os ha hecho nada! ¡Te pagaré! ¡Tengo plata! ¡Mucha plata!

—Sí, claro, por supuesto que me quedaré con tu dinero. Con el tuyo y con el de la *domina* cuando complete el trabajo. Porque, según Carola, esta zorra es la culpable de todos sus males. Ella ha puesto a los dioses en su contra, y merece morir decapitada. Clavará

su cabeza en una pica y la expondrá en el Callejón para que todos la vean.

Los otros dos rieron cuando Turo mostró el saco donde metería la cabeza de Mesalina.

—Ven, paloma —dijo Turo—. Ven con papá.

Los hombres, fuertes como toros, la tiraron al suelo. Pisotearon sus manos y le colocaron un acero en el pecho.

Turo ordenó que la pusieran de pie. En su único ojo anidaba la perversidad, y algo macabro que daba miedo.

—¡No lo hagas! —vociferó Marcio, intentando desclavarse la lanza.

Y ellos volvieron a reír porque se hallaba bien incrustada entre sus omóplatos, y el feo era incapaz de sacarla.

—¡Sujetadle la cabeza! —ordenó con violencia—. ¡Mira lo que hago, Marcio! ¡Observa bien lo que hago con tu pequeña zorra!

Turo alzó el metal, y con una rajada lenta sesgó la carne de la mejilla de Mesalina. La sangre le brotaba de la cara, y Turo se relamía. Sin duda estaba disfrutando, y solo acababa de empezar.

Marcio, escupiendo odio, logró sacarse la lanza. Él era más fuerte que aquellos dos toros, y a uno, el más confiado, lo atravesó con la misma lanza, y al otro, con rapidez asombrosa, le cortó una mano. Su atormentado rostro mientras miraba el muñón duró un segundo, porque Marcio lo remató al instante.

Turo, atónito por la hazaña, pero pendiente de cuál sería el siguiente movimiento de aquel monstruo abominable, se olvidó de Mesalina. Dio dos pasos hacia el renacido y le apuntó con la espada. Como lo notó débil, comenzó a atacarlo con rabia. Su gladio chocó una y otra vez con el de Marcio, que tan solo era capaz de defenderse. Todo parecía que acabaría con un par de iracundos

golpes y que este, arrodillado y desangrando, terminaría por sucumbir a su fuerza.

Turo golpeó y golpeó hasta que lo desarmó, y el hombre de la cara quemada, resoplando, quedó rendido.

Marcio quiso decirle algo, tal vez rogar de nuevo por la vida de Mesalina, pero Turo, embruteciendo el mentón, no se lo permitió y le atravesó el corazón sin pestañear. Su puño le atravesó las costillas y olió el hedor que manaba de su pecho. Después sintió el crujido de los huesos al sacar el metal.

Turo hinchó los pulmones. Su único ojo miró la hoja enrojecida e inspiró el aire húmedo que provenía de la tupida vegetación. Estaba cansado, pero entero, sin rozaduras ni rasguños en su piel, y eso lo excitó.

En cambio, con el éxtasis de la victoria se había olvidado de Mesalina, quien, cubriendo su herida con una mano, con la otra agarró un puñal y de un salto se lo clavó en la nuca. En un arrebato de locura y miedo, de gritos por el espanto, se lo clavó varias veces. Luego, viendo a Marcio sin vida, se sentó a ahorcajadas sobre Turo y lo apuñaló hasta que de su cabeza solo quedaron trozos sin sentido. Pedazos de carne y huesos sueltos desparramados por la hierba.

Había caído la noche.

Mesalina se subió al carro y dejó atrás los cuatro cadáveres que servirían de comida para los lobos y los cuervos hambrientos.

Sentía el ardor de su frente. El frío en sus manos.

Lánguida, se taponaba la herida con un pedazo de trapo, pero era inútil. La rajada en su cara había sido profunda; casi letal.

El dolor fue insoportable durante todo el trayecto, y la fiebre finalmente hizo que se desmayase a poca distancia de las murallas

de Itálica.

Soñó con Facio. Soñó con su casa.

Soñó que todo lo ocurrido solo había sido un mal sueño.

Cuando la primera luz lechosa del día apareció, una suave brisa abría su pelo. Ardía como una pira y, sin embargo, los pies y las manos eran témpanos de hielo.

Unos dedos largos de pantera le despegaron el trapo. El rostro felino se tensó al ver que necesitaba cuidados urgentes o, de lo contrario, aquella joven moriría.

En donde acababa el claro y daban comienzo los cipreses más altos, Sosus y Druso hablaban con Flaco. Pricila pensaba que encontrarse a esa criatura malherida a las puertas de Itálica era una nueva señal de los dioses.

—La *domina* se alegrará —dijo.

Pricila pidió una manta y la cubrió hasta el pecho.

Todo el séquito se acercó. Dejaron un corto pasillo por el que Adriana, ungida por el sol, caminó sonriente. La miró. Luego miró al cielo y después volvió a mirarla con ternura.

—Se curará —dijo con convencimiento.

XXIX

Dioses, entregadme lo que os pido

La humillante derrota dejó a Lucio Valerio con un humor de perros. Estaba decaído, sin ganas de probar bocado, y en las noches era incapaz de conciliar el sueño. Las ojeras le llegaban al suelo y de su pelo negro habían emergido mechones plateados.

—En Roma se estarán riendo de mí. Pronto seré relegado del mando de la II y de la gobernación de Itálica.

El legado repetía aquellas palabras una y otra vez para desesperación de los que de verdad lo querían. Lotus y Lidia, tras hacer todo lo posible para que volviera a ser el mismo, ya perdían las esperanzas.

Pero si Neptuno lo quiso abandonar en mitad de aquellas maléficas aguas, ahora Marte lo señalaba con su lanza. Veloz como el rayo, un emisario le trajo nuevas de Roma anunciando que en breve llegarían refuerzos.

—¡Me exculpan de la derrota en Gades, y el césar me concede otra oportunidad!

—¡Qué gran césar tiene Roma! —dijo Lotus.

Lidia contemplaba la felicidad de su esposo como quien contemplaba el inicio de la vida. Tomó su mano y se la colocó sobre

su abultada y tensa barriga.

Valerio le besó con dulzura el ombligo y se quedó clavado en sus azules ojos.

—Será un gran hombre romano como tú. Estoy segura —dijo Lidia.

En ese instante, Lucio no cabía en sí de dicha. Pero de nuevo, amenazante, se le apareció la imagen de Adriana mirando a la bóveda celeste. Para cerciorarse de que continuaba luciendo el sol, corrió hacia el ventanal. Era una tarde hermosa y la brisa refrescó su cara. Percibía la pausa y el orden en la naturaleza que lo rodeaba, y eso lo calmó. Con sus anchas espaldas, se aseguraba de que Lidia no atisbara su preocupación y lanzó un suspiro al aire. Para no sobresaltarla, no quiso contarle sus temores, pero sentía que Adriana estaba ahí, pendiente de todo cuanto le concernía. Notaba su presencia y apostaba a que ella ya conocía el designio del césar.

Valerio estaba convencido de que lo ocurrido con la flota en el puerto de Gades fue cosa suya. Invocó el fuego de Vulcano y después la ira de Neptuno contra él.

—¿Quieres pasear, Lucio?

La voz aterciopelada de su amor se mezcló con el céfiro y le penetró dulcemente entre los rizos.

Lucio Valerio intentó desterrar su expresión de desconcierto. No temía a los dioses; en cambio, sí temía lo que pudieran hacer con Lidia y su hijo.

—Sí —contestó, todavía de espaldas—. Hace un espléndido día para pasear. Mostremos al mundo la luz que llevas dentro.

—Ya lo sabe toda Itálica, Lucio. Yo lo decía por ti. Como has ido corriendo a la ventana, parecías desearlo.

Lucio se dio la vuelta. Había eliminado la chispa pavorosa y esbozaba una sonrisa.

—Tal vez no todos lo sepan. Puede que todavía exista alguien que no se haya percatado de que estás encinta. Quiero que te pongas un vestido alegre. El rojo atrae más la atención.

Lidia le devolvió la sonrisa. Pensaba que su esposo estaba loco por la criatura.

—No es época para ir vestida así.

—Tú hazlo, por favor. Hazlo por mí.

Lucio volvió a girarse. Su rostro entero se torció y miró al cielo con desesperación. Tal vez Júpiter no hubiera prestado la debida atención porque la bruja viuda lo tenía cegado. Quizá, si presumiera de esposa y progenie por los jardines de culto y en el templo de Trajano, él advirtiese que un inocente romano de su misma sangre nacería muy pronto.

—¡Oh, Júpiter! ¡Tú que todo lo puedes! Yo, Lucio Valerio, te brindaré un legítimo romano que luchará por Roma y sus dioses. ¿Qué te ofrece Adriana? ¡Decidme! ¿Qué os ofrece Adriana?

Flaco Silano, acostumbrado a sanar las heridas de los gladiadores, cosió la cara de Mesalina. Fue en aquel mismo carro y a cielo raso donde con su pericia le salvó la vida.

La joven estuvo convaleciente una semana. Con los ojos entrecerrados y el nublo de la inconsciencia, se imaginaba en su casa con su familia y sus barros; y en donde debería ver el rostro de Pricila, veía el de su amiga Fannia animándola para comer.

Uno de aquellos días, Adriana quiso atenderla. Al igual que hizo Carola en su última etapa, se sentó a su vera y le acarició el lado bueno de la cara.

Mesalina, creyendo que se trataba de ella, se sobresaltó.

—Tranquila, no soy quien tú piensas. ¿De qué huyes?

Pero la incógnita se quedó sin respuesta porque Mesalina no escuchaba, no hablaba y no veía. Aturdida, su media cara era cuanto podía ofrecer por el momento.

Adriana, al igual que le ocurrió con aquel coloso cabrero pelirrojo, aunque todavía no era nítido, percibió en ella un designio. Sentía que si la salvaba, como salvó la vida de Ahenobarbus frente al templo de Trajano, toda la furia de los dioses al completo caería sobre los que tramaron el asesinato de su esposo Albio, y que a ella, gracias a sus sacrificios, la perdonarían. El más fuerte de cuantos hilaron la muerte de Albio, Poncio Recio, ya había sido eliminado, y en ello Adriana vio la señal definitiva que la hizo tomar rumbo a lo temerario.

Porque Adriana era consciente de que estaba jugando con fuego. Porque confabular con quienes deseaban la destrucción de Roma no era precisamente un sacrificio a sus dioses, sino todo lo contrario. Pero ¿qué no hacer por orgullo? ¿Qué no hacer por ver al legado humillado a sus pies?

De repente, mientras acariciaba el pelo de Mesalina, una expresión anodina le invadió el semblante.

—No sé nada de ti. Sin embargo, puedo sentir tu inocencia. Tu sufrimiento. Tu amor.

Adriana le cogió las manos y se las besó.

—Te he encontrado en el momento justo, y todo saldrá bien porque yo te doy la fuerza. ¿La sientes?

Adriana se irguió. Dejó caer los párpados y extendió las manos. Luego mostró las palmas blancas y clamó:

—¡Oh! ¡Dios Júpiter! ¡Aquí os traigo a mi hija que, como yo, es tuya entera! ¡Mírala y concede que ella pueda velar por mí, igual que yo estoy velando por ella! ¡Yo os la entrego en vida! ¡Entregadme a cambio lo que os pido!

Semanas antes

A Flaco le era indiferente si Adriana lo hacía todo por despecho. Aunque luchador obstinado, nunca pensó que la felicidad le llegaría de aquella irrisoria manera. Todavía dudaba de si era beatitud o solo el espejo de la dicha, porque como siempre se vio formando parte de los seres más despreciables de la tierra, desde pequeño le acompañaba una profunda sensación de hastío que, como un embudo atascado, en cualquier cosa en la que se empleara, con cualquier hazaña que lograse, le provocaba estar insatisfecho.

En cambio ahora, tras sentir de nuevo la proximidad de Adriana, buscando juntos la manera de que se cobrase su venganza, al igual que cuando tramaron el asesinato de Albio, Flaco se sentía afortunado. Obedecerla en sus caprichos era cuanto necesitaba para que la mujer proveniente de las estrellas y de planetas imaginarios consintiera en entregarle su compañía, sus besos y su sexo.

Buscó a quienes pudieran ponerle en contacto con los mauros. Tras semanas de pesquisas, de pagar con oro a todo aquel que le

diese un nombre, cabalgó día y noche hasta llegar a Gades. Allí, no sin sorpresa, pudo conocerlo en sus talleres.

Doce lanzas lo rodeaban cuando se encontró frente a Druso.

—¿Qué es lo que deseas, romano?

—Represento a una casa noble de Itálica y traigo información.

—Muchos me traen informes y no todos son de fiar. ¿De qué casa se trata? ¿Por qué he de fiarme de ti?

—Aún no puedo decirlo, pero como muestra de fidelidad te traigo la espada que perteneció al antiguo gobernador, asesinado por el nuevo.

—Lucio Valerio Nepos —dijo Druso contemplando la empuñadura del metal—. El legado que comandó la VII en Hispania y que ahora conducirá a la nueva legión II contra nuestro pueblo.

Flaco asintió.

—El gobernador Poncio Recio, junto al legado, tramaron la muerte de mi señor Cayo Albio.

—¿Poncio Recio? —Druso arrugó la frente, desconcertado, y añadió—: Que Lucio Valerio quisiera tomar el lugar de tu señor, puedo entenderlo. Su padre compartió la gobernación y pudiera ansiar su derecho. Pero ¿qué intriga lleva a un gobernador de la Tingitana a desear asesinarlo? No parece que tuvieran intereses enfrentados.

—Poncio Recio, procurador fiscal, llegó a Itálica con órdenes del Senado de Roma para aumentar las cifras de las colonias del sur de Hispania. Cayo Albio no vio necesidad de exprimir a su colonia, pues alcanzaba los números exigidos para abastecer a las legiones que ampliaban los limes del imperio. Esto no fue plato de buen gusto para Poncio y quiso que fuera eliminado. Pactó con el legado la

explotación de su colonia para engrandecer su nombre como procurador, y de ese modo llegar directo a la gobernación de un pueblo siempre en rebeldía. Tu pueblo mauro.

—En toda Mauritania se habla de su maldad, y pronto pagará por sus delirios de grandeza.

Flaco se puso solemne.

—Me llamo Flaco Silano, fiel servidor de la casa de Albio, y juro que la información que obra en mi poder hará que los mauros se aseguren alcanzar la costa.

Druso lo miró con ojos de lince sediento.

—¿Qué información? Te cubriré de oro si me satisfaces.

—No será para mí, sino para mi *domina*, la viuda del duoviro. Una mujer que no se merece lo que está sufriendo.

Druso captó la falsa mirada apenada de Flaco, rogando venganza para una joven viuda empobrecida por las ambiciones de dos seres ambiciosos, horrendos y salvajes.

—Habla, romano.

Viendo que lo había engatusado, Flaco habló.

—Roma sabe de vuestro levantamiento y, en cuestión de un mes, este puerto se llenará de galeras que os aplastarán.

—¿Se reunirán aquí? ¿En Gades?

—Todas. Ni una sola quedará en defensa de otro puerto del Mare Nostrum porque os temen. Temen al hijo de Ascalis y a la horda de mauros que conquistará Hispania.

—¡Por Baal! ¿Cómo puede ser? Si es mentira, te cortaré el cuello y luego iré en busca de la viuda.

—Me quedaré contigo. Iré a donde tú vayas hasta que se confirme lo que estoy diciendo.

Druso lo miró de arriba abajo. El romano no le resultó persona honorable; sin embargo, su intuición de mercader le decía que bajo aquella toga de falso aristócrata reunía cualidades guerreras, muy útiles para una misión inmediata.

—¿Eres luchador? ¿Guerrero? ¿Legionario, tal vez?

—Nunca he combatido en una batalla. Pero sí, soy luchador. Me he enfrentado a muchos gladiadores en la arena de Itálica, y siempre salí victorioso.

Druso se rascó la perilla.

—Algo me dice que ya has tramado un plan para hundir buena parte de las naves, ¿cierto?

—Lo mejor es incendiarlas en el puerto. Yo mismo, con algunos de tus hombres, me encargaría de hacerlo.

—Debes querer mucho a esa viuda. —Druso sonrió complacido.

—No es tanto el amor que profeso a mi *domina*, sino el odio que siento por Lucio Valerio, el legado que con la legión II comandará la flota.

—¿Cuánta plata te hace falta, romano? ¿Cuánta plata hace falta para que la viuda quede contenta?

Flaco permaneció en silencio unos instantes. Sintió que había nacido para ser estratega e hinchó el pecho como un pato feliz en la charca dorada de Júpiter.

—¿Antes no hablaste de oro? ¿Mucho oro?

XXX

Singilia Barba

Mientras que Facio se reunía con la legión VII en Cartago Nova, Emilio Nevio lideraba la mitad de la horda maura contra los maderos acabados en punta de Singilia Barba.[21]

Sabedores de que la VII llegaría por el este de Hispania, Ascalis arrasó cuanto le salió al paso por el oeste, tomando posesión de poblaciones que servirían de defensa ante la llegada de una legión que jamás había sido superada.

Acabar con lo que quedaba de la II y hacerse fuertes para resistir a la VII era vital si después pretendían contraatacar a sus espaldas. Por ese motivo, Nevio, una vez tomada la muralla defensiva, envió a la mayoría de los hombres a reunirse con Ascalis, quedándose él con las mujeres y los niños en la fortaleza.

Por supuesto, Ania estuvo en desacuerdo con el plan, pues eso la obligaba a separarse de su padre. Algo que nunca había sucedido.

—Ahora estás desposada, y no con un cualquiera. Quiero a Ascalis como a un hijo —dijo Nevio—. Si algún día creí que estarías siempre a mi lado, ahora es el momento de darse cuenta de que aunque un padre haga todo lo posible para que eso suceda, el destino nos ha de separar.

—Te reunirás con nosotros cuando hayamos conquistado Hispalis —pidió Ania.

—Claro que sí —respondió Nevio.

Ania, que vio en los ojos de su padre la mentira, lloró lágrimas interiores que la dejaron en una asfixia momentánea. Muda, temblorosa, se fundió en un fuerte abrazo con Nevio.

—Necesito que vivas, ¿lo entiendes? —dijo, y rompió en llanto.

—Hija mía, no llores. —La apretó fuerte contra su pecho mientras podía ver a Silvia con los ojos vidriosos frente a él—. No sé si volveré. No sé si seré capaz de retenerlos, pero lo que sí sé es que te has convertido en una mujer excepcional. Tú eres tan valiente, buena y testaruda como lo fue tu madre.

Cuando Vallio Maximiano tuvo delante a Facio, lo miró por encima del hombro. Él, durante años, ya había demostrado sus grandes capacidades y no entendía cómo el césar lo había puesto de segundo en el mando.

—Soy Facio, hijo de Horacio Catulo, y es un orgullo estar ante un experimentado general.

Así, recién desembarcado en el puerto de Cartago Nova, mostrando el documento sellado por el mismísimo Marco Aurelio que detallaba su nuevo rango, se presentó el afamado joven que llegaba de Germania. Una tierra hostil, envidiada por muchos, los que amaban la guerra y ansiaban aquel destino para conseguir la gloria, y temida por otros, aquellos que se refugiaban en las legiones de Roma únicamente para subsistir.

Facio, que por ese motivo fue admirado en cuanto llegó, lo primero que hizo fue reunirse con quienes podían hablarle de su enemigo.

«¿Qué sabían sobre el caudillo de los mauros? ¿Cuántos eran? ¿Cuántas regiones habían tomado? ¿Se disponía de ayuda de la II por el oeste? ¿Y la III de la Mauritania Cesariense? ¿Se podía contar con ella?».

De inmediato, Vallio Maximiano le aseguró que reunir a los hombres de la II que quedó desperdigada y luego acudir a Itálica para hacer frente por el oeste sería tarea imposible porque el enemigo ya los esperaba en Singilia Barba.

La decisión del general Facio fue conducir a la VII a Singilia Barba, sin imaginar lo que el destino le tenía preparado.

¿Cómo imaginar que su padre seguía con vida? ¿Que él dirigía a los mauros? ¿Que se le enfrentaría en Singilia Barba?

Tras seis días de incesantes catapultas, en el séptimo fue suficiente con el levantamiento de cincuenta escaleras apoyadas contra sus paramentos de madera y piedra para que la ciudad se rindiera.

—Soy Ahenobarbus, y Singilia Barba pertenece ahora a mi señor Ascalis, rey de los mauros.

Así, embadurnado de sangre y gladio en mano, se presentó Emilio Nevio ante el sacerdote, el edil y el temeroso gobernante de aquel estratégico lugar, situado en mitad de dos frentes abiertos.

Nevio, mientras reforzaba las murallas con nuevos muros y atalayas para la defensa, auspiciaba su propia muerte a cambio de

que Ascalis y Ania, después de pactar con Corduba, se hicieran primero con Hispalis y después con la colonia de Itálica.

Mastán de Rusadir, acostumbrado a negociar con regidores y mandatarios de Roma, haría el mejor de los tratos con Gordiniano, gobernador de Corduba, evitando que entrase en una batalla que seguro perdería, pero que también debilitaría a los mauros.

Nevio soñaba con dominar Itálica y ver cumplida su venganza, pero en ese momento su objetivo era hacerse inexpugnable tras las nuevas murallas que con tesón reparaba e incluso elevaba en altura. No habría tregua en el trabajo y Singilia Barba palpitaría de esperanza. Tendrían víveres para resistir el asedio durante dos meses, mientras Ascalis y Ania, con el grueso de la tropa, muy superiores en número, se enfrentarían a Hispalis y a Itálica.

Los onagros y las catapultas estarían a punto. El aceite hirviendo sobre las puertas caería encima de los arietes. Pocos hombres y muchas mujeres con sus hijos fabricarían arcos y flechas incendiarias, que desde el interior serían una constante amenaza para sus yelmos y sus corazas.

Nevio conocía a su adversario. Los conocía bien. En todos sus años de servicio, no recordaba a ninguno que no pecase de un significativo vicio. Los mejores generales eran cautos, pero muy orgullosos. Llevaban a gala el derecho a alcanzar algún día el laurel de Roma, y aquella ansia los desgastaba.

Tendrían sus opciones. Acariciando la punta de una flecha, sentía cómo con el transcurrir del tiempo, encerrados en Singilia Barba, llegaría a desesperar a la VII. Era la legión invencible, pero acampada y sin motivación, sus fuerzas se verían mermadas. Igual que no conocía dirigente que no fuese ambicioso, tampoco le llegaba

el recuerdo de ningún legionario al que no le incomodase estar en batalla y no poder blandir el gladio.

Veía al general romano negociando. No le quedaría más remedio porque aquellas murallas, antes atravesadas por los mauros, habían sido reforzadas en los puntos más débiles. Y entonces Nevio rugiría hasta la extenuación. Pediría a los mauros un poco más de su insuperable esperanza. Rogaría a los hombres ancianos que alentaran a sus hijas que a su vez eran madres, para que estas infundieran valor a los niños hasta la llegada de Mastán, que con su caballería ligera los aplastaría por las confiadas espaldas. Ahí, y solo ahí, él saldría de entre las murallas con todo aquel que todavía quedase con vida en Singilia Barba, para de ese modo tan al límite, tan suicida, tener una única oportunidad de vencer a la grandiosa VII.

Y así todo se cumplió como Nevio lo había imaginado. Todo salvo el final.

Las catapultas romanas, por orden del general Facio Catulo, no cesaron hasta quedarse sin munición. Primero fueron piedras grandes como elefantes, después medianas y por último las pequeñas incendiarias que tanto daño hacían a sus onagros, que les respondían casi simultáneamente.

Cuando escaseó la roca, Facio decidió que se arrojaran perros salvajes, conejos y algún que otro lobo destripado para demostrarles que de suministros y paciencia la VII andaba sobrada. Sin embargo, con aquellas argucias no engañaba a nadie más que a sí mismo. El tiempo era su peor enemigo, y ambos líderes lo sabían. Los mauros

estaban decididos a resistir tras aquellos muros, para permitir que el ejército de Ascalis continuase hacia Hispalis, arrasase a la legión II y dominase el oeste de la Bética.

Fuego.

Aceite y fuego.

Flechas, lanzas y fuego. Hierro y más fuego que conseguían repeler una y otra vez a la invencible VII y dejaban al joven Facio sin argumentos.

El general no conocía al cabecilla de sus enemigos; en cambio, él parecía leerle el pensamiento. Porque como si fuera uno más de los presentes en su tienda de campaña, a cada movimiento bien hilvanado tras idear el plan de ataque, siempre se le anticipaba.

Con la hambruna ya debilitando en demasía, Etuba, ojo de águila desde la torre menos derruida, divisó que una centena de hombres abandonaban el campamento romano.

—¿Pudiera ser que Mastán se esté acercando? ¿Que se hayan percatado de su presencia?

—Tal vez —dijo Nevio rascándose la barba—. Pero una centena son pocos para enfrentarse en campo abierto a más de trescientos équites mauros. Sigue vigilante y observa sus movimientos. Probablemente no sea más que un reconocimiento de la zona para no verse sorprendidos.

—En ese caso, si ven a Mastán dirigiéndose hacia aquí, ¿qué crees que sucederá, Nevio?

—Por el bien de todos, espero que eso no suceda, porque nos aplastarán a todos. Primero a la caballería y después, con un poco

más de paciencia… —Desde lo alto de la muralla, Nevio contempló el encanijado rostro de una madre y el de su hijo. Ambos portaban lanza y arco, y exhibían una exagerada debilidad en sus movimientos. Luego miró con sorpresa sus brazos, sucios por la brega, mostrando a Etuba que donde hubo carne ahora asomaban huesos y fibra tensada—. Después, amigo Etuba, nos aplastarán a nosotros —culminó con resignación.

Mientras que en Singilia Barba se retenía a la VII, Hispalis caía en una batalla a campo abierto sobre un terreno fangoso a orillas del río Betis. Poca resistencia opusieron los legionarios comandados por Lucio Valerio el Devastador, que, siendo inferiores en número, a las primeras embestidas y brechas producidas por la infantería africana se replegaron y huyeron hacia Itálica.

Para los africanos, la toma de Hispalis significaba un triunfo soñado, muy importante para poder asentarse como nación en Hispania, pues sus grandes murallas irían dando cobijo a todos los mauros que llegaran desde África. Pero también servía de aliento para muchos de los hispanos, mezcla de razas y de religiones que, contrariados y tan rebeldes como los mauros, vieron la posibilidad de expulsar a los injustos para después comenzar una nueva vida.

Tras el saqueo, Ascalis y Ania, sentados en un trono a la intemperie, fueron renombrados reyes de los mauros por Druso y Sosus.

—¡Ascalis! ¡Rey de Mauritania! —gritó Druso.

—¡Ania! ¡Reina de Mauritania! —gritó Sosus.

Robadas de uno de los templos, les colocaron dos coronas de plata pertenecientes a antiguos reyes de Mesopotamia y les hicieron entrega de brazaletes con símbolos identificativos de su nación.

Por fin, desde que reyes como Jugurta, Boco y sus hijos fueran los encargados de gobernarlos a todos, se había hecho una proclamación justa. Nunca hubo pueblo tan feliz por el nombramiento, porque la masa expectante y silenciosa que los contemplaba había derramado su sangre por la libertad en el campo de batalla. Una libertad que ahora les pertenecía, y que los vivos, gracias a los que murieron, ya podían saborear.

Ascalis se levantó y le tendió la mano a su esposa Ania. Recordó aquel momento en que sus padres hablaron a su pueblo, cuando creyeron que podrían liberarse del yugo eterno de los romanos. Recordó cómo se equivocaron al menospreciar la fuerza y la destreza de sus rivales. Él los veía como a una serpiente. Un reptil enroscado que parecía indefenso y herido. En cambio… ¡Qué letal resultaba cuando se disponían a rematarlo a punta de lanza! El enemigo se encontraba con las llagas abiertas y sangraba profusamente, pero aún no se le había cortado la cabeza.

La multitud vociferaba el nombre de sus jóvenes reyes.

—¡Ha sido un paso más! ¡Esta vez, un gran paso!

Ascalis, a viva voz, intentaba silenciar a su pueblo, que todavía en armas las agitaban por encima de sus desgreñadas cabezas.

—¡Ahora vayamos a por Itálica, mi rey! —gritó en primera fila uno de los veteranos, un hombre valiente.

—¡Cuanto antes! —respondió Ascalis, dedicando a su reina una expresión triunfadora, repleta de orgullo.

De pronto, un ancho pasillo se abrió entre la multitud dejando paso a un jinete derrotado por la galopada que llegó hasta la inmediación de los tronos.

El soldado portaba un mensaje que rápidamente entregó al hombre que se le acercó, que no era otro sino Tartos, uno de los generales del ejército mauro.

—Mi rey —dijo Tartos con lastimero rostro—. Singilia Barba ha caído, y la VII al completo viene hacía aquí.

Tanto Ascalis como Ania, como todos los que alcanzaron a escuchar la noticia, sintieron cómo el corazón se les partía en mil pedazos.

—¿Se sabe algo de mi padre? —preguntó Ania con su acostumbrada frialdad.

Tartos negó sin poder borrar el brillo de sus ojos apenados.

—Es el momento, Ascalis —dijo Ania, haciendo de tripas corazón —. Hay que atacar Itálica ya, eliminar a todo romano que empuñe un arma, y luego hacerse fuerte dentro de las murallas. Ese era el plan y no hay tiempo que perder.

Ascalis asintió con firmeza. Levantó el puño, y aunque de su voz salió una amenaza a Roma, en su interior solo notaba la vacía y desolada sensación de la derrota.

Su optimismo se vio eclipsado por un escepticismo muy oscuro, casi negro. «Es mi sino —se dijo—. Vencer es continuar siempre venciendo. Y luego más, y más, y más victorias ante un imperio que nunca nos dejará ser libres ¿A cuántas legiones tendré que vencer para liberar a mi pueblo?».

Sus padres murieron por aquella idea, y ahora, quien fuera el mejor de los hombres y quien con él actuó como un auténtico padre,

había sacrificado su vida por una ilusión; una chispa que apenas prendía no tardaría en apagarse entre las yemas de los delicados dedos de un césar que miraba al mundo por encima del hombro.

—¡Itálica! ¡Itálica! ¡A por Itálica!

Ascalis escuchaba los gritos de fondo, sintiéndose sordo. Únicamente tenía ojos para Ania. Por momentos le recordaba a su madre Aminara, quien, firme ante el ejército, levantaba su lanza marcada por las innumerables muescas hechas por los romanos a los que había derribado en combate.

—¡Pagarán por lo que han hecho a nuestras mujeres y niños! ¡No dejaremos un romano con vida en Itálica! ¡Viva el rey Ascalis! ¡Muerte al tirano! —gritó Druso.

Hispalis ardía. Casas y techumbres incendiadas desprendían un humo negro tan alto que se divisaba desde Itálica. Todos aquellos que se resistieron y no escaparon porque eligieron permanecer en sus hogares acabaron calcinados entre sus paredes. Entre esos cadáveres estaba el cuerpo de Carola, agónica ante su enfermedad, y los de todas sus palomas, a las que encerró después de ser desvalijada y posteriormente advertida para que abandonasen el Callejón del Placer.

Ascalis y Ania, seguidos por dos mil almas africanas y un gran número de hispalenses que se unieron a la causa clamando libertad, abandonaron Hispalis por un camino bordeado con cientos de cabezas clavadas en picas.

Druso y Sosus, rompiendo la interminable línea, avanzaron con sus caballos y se situaron a sus flancos.

—Mi rey —dijo Druso—. Nuestro hombre se reunirá con la hueste en aquel cabezo. Asegura que su señora tiene la llave para que entremos en Itálica sin tener que derramar más sangre que la de Lucio Valerio.

—No me gusta —dijo Ania.

—¿Por qué, mi reina? —preguntó Sosus—. Gracias a ellos logramos la victoria en el estrecho. Ese hombre enviado por su *domina* participó quemando más de la mitad de la flota romana en Gades. Se han ganado nuestra confianza.

—¿Y a qué se debe su venganza? —preguntó Ascalis con el ceño fruncido.

—Mataron a su marido —respondió Druso—. Una vil traición perpetrada por Lucio Valerio, según dicen. Una escabechina en el mismo lecho donde dormía el anterior gobernador.

Ania imitó la faz arrugada de Ascalis. Aquella historia le sonaba de algo. Finalmente, y callándose el recuerdo contado por su padre de por qué fue atormentado delante del templo de Trajano, respondió:

—No sé, no me gusta la idea de utilizar ese tipo de estrategia. Son romanos, y no me fío de ninguno de ellos.

—¿Por qué no, mi reina? —Druso parecía ofendido, porque él en persona fue quien negoció con los traidores—. No quiero faltarte al respeto, que me libren los dioses de hacerlo, pero debo recordarte que…

—Sí, Druso, no hace falta que me lo recuerdes. Yo era romana porque me crie en tierra de romanos y con costumbres romanas, pero ya no lo soy. Yo oraba a sus dioses, pero ya no lo hago. Dejé de hacerlo en el mismo instante en que nos acogiste en tu casa y nos trataste como mauros. Y por ello siempre te estaré agradecida.

—Mi reina, eres más mauritana que mi propia persona, jamás lo pondría en duda —dijo inclinando un poco la mirada—. Yo solo quería demostrar que al fin podemos utilizar las mismas armas que durante siglos ha estado utilizando el enemigo.

—Estoy con Druso y Sosus —dijo Ascalis—. No habrá honor contra los romanos.

Y viendo que Ania todavía estaba en desacuerdo, Druso volvió a excusarse.

—Perdóname, mi reina. Me siento mal sabiendo que…

—¡Yo rezo a los dioses mauros y monto a caballo como un númida hambriento de sangre romana, así que no vuelvas a recordarme que soy romana porque eso hace que me violente!

Ania espoleó al caballo y trotó sola.

Druso miró a Ascalis, y Ascalis miró a Druso con una expresión con la que le pedía calma. Su esposa acababa de enterarse de que su padre había sido víctima de una derrota cruel a manos del enemigo, y su venganza quedaba exclusivamente en sus manos. Era lógico que en ese instante no mantuviera la cabeza fría, y por algún lado debía explotar.

Mientras que una avanzadilla por orden de Ascalis iba tras su esposa, Ania lagrimaba sobre su caballo. Eran hipos salados de tristeza, recordando a un padre que sobre todas las cosas supo amar, y que casi con seguridad ya se encontraría junto a su madre y su hermano. Hablar de confabulaciones y tratos con los romanos y, sobre todo, que le llegara la historia del asesinato del duoviro Cayo Albio solo acrecentó su impotencia.

Su padre siempre dijo que le tendieron una trampa. Que fue cabeza de turco en un plan ideado por un hombre despiadado que

se hacía llamar Flaco Silano, y que junto a otros soldados lo maltrató hasta la saciedad. Por repetición de imágenes en su cabeza, Ania siempre pensó en él con miedo, pero si el hombre que esperaba en el cerro llegara a ser ese tal Flaco, sin dudar le clavaría su lanza y haría de su estómago un plato dulce para sus perros.

Cuando Ania alcanzó el cerro, solo halló mujeres, y aquel barrunto la obligó a preguntar:

—¿Quiénes sois? ¿Dónde está Flaco Silano?

Una de ellas, que destacaba por tener el aura de diosa romana, se le acercó. Llevaba consigo un séquito de mujeres y a una joven sumisa de rostro cortado que, al reconocerla, se sorprendió hasta el punto de querer decir en alto su nombre. Luego, recordando el hecho de que en el pasado pudieron llegar a ser hermanas, mirando a su *domina* con inquietud, le susurró algo en el oído.

—¡He preguntado quiénes sois! ¡¿Es que no me habéis oído?!

—Te saludo, reina Ania. Yo soy Adriana y ella es Mesalina, hija de Salomón y de Galla, alfareros de Itálica.

XXXI

La manzana de Lotus

Días antes del combate en Hispalis

Lucio Valerio se entrenaba con el gladio. Lo hacía cada mañana y cada anochecer antes de acostarse porque los mauros, en contra de lo que se pronosticó y a diferencia de lo que ocurrió con el último gran levantamiento en Gades, ahora al mando de quien se hacía llamar Ascalis, el León de Mauritania, se dirigían hacia el oeste directos a Itálica, como una inexorable lengua de fuego que arrasaba cuanto les salía al paso.

Era una horda temible y su líder demostró que sabía utilizar la cabeza cuando la dividió en dos. Pero esta vez no lo cogerían entumecido ni falto de apetito. Sin descuidar el más mínimo detalle, y sabedor de que carecía de caballería ligera, los esperaría en Hispalis.

Reunió e instruyó a todo hombre capaz de empuñar un arma, y así llegó a completar una legión desbaratada, pero a todas luces romana. Férrea. Pensada para defenderse de los singulares y característicos ataques suicidas de los extranjeros de piel morena, los bárbaros africanos.

Durante aquellos días de instrucción, su amor por Lidia y el hijo que llevaba en su vientre se acrecentó, pero más aumentó el odio hacia aquella raza que ya lo dejó una vez en evidencia ante Roma. Tenía la oportunidad de resarcirse y demostrar de qué material estaba hecho. Él era hijo legítimo de Alessio, general de la VII que se había enfrentado a los insurgentes pueblos astures y cántabros haciéndolos salir de sus montañas y vencerlos. Él era el sucesor que durante su mandato los mantuvo a raya en toda la Gallaecia y en la Tarraconense, y no precisamente por la fuerza, sino haciendo uso de la inteligencia, con las maniobras que le enseñó su tío Máximo, hermano de su padre, cuya devoción por la familia supo conservar su estirpe en Itálica.

Precisamente, de su tío aprendería a negociar antes de introducirles un hierro candente por donde más les dolía, por las partes traseras ya abiertas y bien preparadas. Para ello era necesario conocer sus costumbres. Mezclarse entre las tribus. Saber cuáles eran sus puntos fuertes y los débiles. Llegar al corazón de sus caudillos con regalos y después… traicionarlos.

Lucio, en esos momentos en que planeaba la cuchillada por la espalda, no sentía orgullo. Detestaba actuar de ese modo tan escaso de honorabilidad; en cambio, cuando la misión se hallaba cumplida y el sello del césar se estampaba en otro papiro que lo encumbraba ante el Senado, el general se llenaba de soberbia y se escudaba tras ella ante sus posibles rivales para ascender al puesto de legado.

Valerio también aprendió de su tío que un general sin un buen segundo que le llevara las cuentas era un general perdido, carne de los lobos que siempre estarían merodeando a su alrededor. Fue él quien, una mañana de tormenta con bolas de granizo como escudos,

le compró a Lotus. Un regalo para que consiguiera una alianza compleja ante la rebeldía de una nueva familia de norteños.

Muchos senadores de Roma se reían de las sencillas misiones que les tocaban a los de la VII. «Hispania es una tierra ya sometida, con algunas pobres tribus en el norte que como chinas se introducen en las sandalias de Roma. No suponen un peligro». Eso era lo que pensaban, y no les faltaba razón.

En su cómputo general, Hispania se encontraba dominada y controlada. Estaba romanizada y pocos municipios, colonias o urbes mostraban descontento. Pero el norte era el norte, y allí no faltaba quien, no queriendo cumplir la ley ni renunciar a orar a sus dioses antiguos, invadía una aldea en la montaña. Y luego, un poblado. Y después, haciendo ver a la población que se podía vivir mejor sin los dioses ni los impuestos romanos, se organizaban en grupos y plantaban cara, asesinando a la acomodada milicia y a sus gobernadores. Llenaban las cabezas de los jóvenes con románticas historias de sus antepasados, y se hacían cada vez más fuertes en aquella cordillera plagada de alimañas salvajes, convirtiéndose ellos mismos en osos, en lobos y hasta en águilas, que sobrevolando las cumbres y atravesando nubes lo veían todo.

Era tan difícil acceder a ellos que a muchos los dejaron por imposibles. Eso sí, la VII se encargó de reforzar militarmente a las nuevas gobernaciones que se reconquistaron para que nadie se atreviera a atacarlas.

Y ahora Lucio Valerio sudaba con el acero. Astillaba un tronco de pino durante su entrenamiento cuando Lotus, de frente, le alzó la mano. Justo cuando imaginaba sus centurias en testudo, avanzando y triturando a los desgastados y desordenados mauros.

—Señor —le dijo en cuanto bajó el gladio—. Traigo tres asuntos que no admiten demora.

—Dime, buen Lotus. Uno ya lo imagino. Los africanos ya están aquí, ¿cierto?

—Cierto, Lucio, y lo malo es que la VII todavía se halla retenida en Singilia Barba. Los mauros resisten tras sus murallas reforzadas. Tienen catapultas, onagros y buenos arqueros que les causan bajas.

—¡Impresionante! —soltó en un tono que denotaba preocupación —. Menos mal que decidí instruir a cuanto hombre encontré para reforzar la nueva II de Itálica.

—Son muchos esta vez, Lucio. Son demasiados.

Lucio Valerio reprimió el aire que pugnaba por salir rápido de su boca. Luego miró el gladio posado sobre la ancha palma de su mano izquierda.

—Los dioses esta vez estarán conmigo.

—Así ha de ser, porque será una batalla crucial. De ella depende toda Hispalis, incluida nuestra colonia, Itálica.

—Sí, en efecto. —Lucio hizo un gesto como si todo lo dicho no fuera relevante—. Y ahora dime, Lotus, ¿cuáles son los dos restantes asuntos que no podían esperar?

—¡Ah, sí! No son menores que este, creo.

—Pues desembucha porque quiero asearme antes de comer.

—Un hombre ha sido apresado por matar a un guardia en la curia. Al parecer, quería hablar contigo en persona, pero se hallaba desquiciado y ensangrentado hasta las cejas por haber matado a otros dos guardias de la arena. Según dice, su hijo lo encerró y pagó con plata a esos guardias para que se pudriese allí dentro.

—¡Qué historia tan curiosa! ¿Cómo se llama? ¿Y por qué quiere hablar conmigo?

—Se hace llamar Segundo y asegura que fue dueño de gladiadores en la época de tu tío. El porqué de querer hablar contigo no lo ha revelado. Ha manifestado que solo te lo contará a ti. Los soldados dicen que está loco.

—¿Loco? Es posible, ya por entonces era un hombre extravagante. Me acuerdo bien de él. Yo era un niño cuando levanté el dedo y salvé a uno de sus gladiadores. Tú ya conoces la historia porque te la he contado mil veces. Por ello, el pueblo de Itálica me tuvo en gran consideración y amó más a mi tío.

—Bien, ¿y qué vas a hacer? ¿Hablarás con ese loco asesino?

—¿Por qué no? ¿Tengo algo más que hacer antes de prepararme para la batalla?

Lotus sonrió cómplice, y después le guiñó un ojo.

—¡No! ¡No puede ser! ¿Se ha anticipado, Lotus?

—Sí, mi señor, ya se está disponiendo todo para el parto de Lidia. No debes preocuparte porque todo marcha muy bien.

—Maldito cabrón, hijo de mil demonios del inframundo, ¿por qué has decidido decírmelo al final?

Lotus se encogió de hombros y amplió su sonrisa.

—Si te lo hubiera dicho en primer lugar, no hubieras prestado atención a los demás asuntos.

Maximino Valerio, un varón fuerte y sano, nació por la mañana. Su padre, que no cabía en sí de dicha, después de darle un beso largo en la frente a su esposa, pidió quedarse a solas con su hijo. Lidia le

entregó el cuerpecito caliente que reposaba en su pecho, sabedora de la intención de su esposo. Ella, aún con los ojos vueltos por el esfuerzo del parto, también sentía la premura con la que debía realizarse la ofrenda.

Lucio fue directo al templete y alzó al bebé ante el altar de los dioses.

Fue un momento especial porque todo refulgía a su alrededor. Entraba el sol tan fuerte y fresco como el hijo que tiernamente sostenía en sus manos. Cunina, diosa menor, protectora de los niños, con sus ojos de bronce señaló al mayor de los dioses, y Lucio tendió a Maximino sobre las grandes manos de la escultura de Júpiter.

¡Era tan omnipotente!

«Es tuyo. Todo tuyo. Es el hijo de Lucio Valerio, gobernador de Itálica. Este niño luchará por ti. Dará la vida por el amor que le tiene al padre de los padres de Roma. No lo abandones a su suerte y acompáñalo en la guerra. ¡Oh, padre de los padres! ¡Habla con tu hijo Marte! ¡Confiérele valor y coraje en el fragor de la batalla y otorga a este romano una merecida victoria!», imploró en silencio Valerio.

El repentino llanto del pequeño hizo que el padre dudara, porque llorar no era lo que se esperaba de un romano que se entregaba a los dioses.

—No, hijo mío, no llores —terminó diciendo en voz alta—. Los dioses solo hacen caso a los fuertes.

Maximino lloriqueó tanto sobre las manos de Júpiter que Valerio, abochornado, acabó por retirarlo.

Cuando llegó al lecho donde descansaba su esposa, Lidia lo miró con gesto apesadumbrado. En la estancia ya no había sol y se sentía el frío. El húmedo silencio se podía cortar con un cuchillo.

—Lo siento —se disculpó Lidia—. Los llantos se han escuchado desde aquí.

—No hay por qué preocuparse. Es tan solo un recién nacido. Los dioses saben distinguir los llantos, y el de nuestro hijo clamaba por combatir cuanto antes. Era un llanto batallador. El llanto de un guerrero.

Una pequeña llama alejada, sobre la mesa del carcelero, lo iluminaba. En las celdas, Segundo Silano se lamía como un gato salvaje las heridas que le causaron los guardias. Estaba mugriento, famélico, y sangraba por las rodillas, los codos y las mejillas.

Por lo bajo y sonando a borrachera crónica, el viejo tarareaba una canción de gladiadores. Unos versos que él mismo inventó para animar a los luchadores antes de salir a morir en la arena. Luego, poco a poco, fue subiendo de volumen.

¡Ta ra ra ra rá! ¡Ta ra ra ra rá!
¡Ta ra ra ra rá, el gladio voy a clavar!
¡Ta ra ra ra rá, yo aquí vengo a matar!
¡Ta ra ra ra rá, con el tridente atacaré!
¡Ta ra ra ra rá, tus higadillos destriparé!
¡Ta ra ra ra rá! ¡Ta ra ra ra rá!

—La compuse yo, ¿sabes? —repetía Segundo.

—No te quebraste mucho la sesera, viejo —le contestó el carcelero.

—Ya —dijo desabrido—. Antes de abrirse el portón, algunos se meaban encima. Recuerdo a un cristiano, hijo de una ramera que ejercía en Hispalis, que la cantaba siempre que salía victorioso. Ese malnacido tuvo a la suerte de su lado hasta que se topó con Riga, la negra mierda africana de más de dos cuerpos de altura que lo partió en dos.

—Recuerdo a Riga —dijo el carcelero frotándose el mentón.

—¡Ah! ¿Lo recuerdas?

El carcelero asintió y achicó los ojos rememorando lo buen luchador que era.

—¡Pues a ese me lo fornicaba yo! —Segundo soltó una carcajada estridente que llegó hasta las mismas puertas, donde se encontraban Lotus y el legado.

—Silencio —le ordenó el carcelero. Luego olisqueó el ambiente—. Cállate o te cortaré la lengua. Alguien se acerca y no identifico su aroma.

Al descender las escaleras, con el intenso tufo a humedad saliendo de las entrañas oscuras del abandono humano, Lucio Valerio agarró una tea. Iluminando paredes y ratas, se recordó en otras tantas mazmorras de colonias en donde tuvo que impartir justicia. Cuando alcanzó el llano de piedra resbaladiza, se topó con la cara de estupefacción del carcelero.

—Mi legado, es un honor. No te esperaba tan pronto —inclinó la cabeza.

De inmediato, Valerio dirigió la mirada hacia la lúgubre celda de Segundo.

—¿Ese es el hombre que quiere hablar conmigo?

—Ese es, señor. Ten cuidado porque es de armas tomar.

Lotus dio dos pasos rápidos para anticiparse a Valerio y alumbró la celda. Se acercó tanto a los barrotes que pudo verle bien la cara.

Segundo hizo amago de levantarse.

—No te acerques. Quédate donde estás.

—Tranquilo, Lotus —dijo Valerio—. Solo quiere hablar. Si no me equivoco, el viejo domador de gladiadores sabe algo que puede sernos de utilidad.

—Eso mismo —respondió Segundo con una sonrisa de satisfacción. Le había gustado que lo reconocieran por su oficio y no por haber asesinado a un par de guardias.

—Bueno, pues aquí me tienes. Habla de una vez.

—Lo que voy a decir vale mi libertad. ¿Se me concederá?

—Primero revela lo que guardas, y luego ya veremos si el peso de tu secreto es equiparable al del perdón.

—Lo vale. Ya lo creo que lo vale, porque todavía anda suelto tu asesino, aquel que quiso darte muerte el mismo día de tu casamiento con Adriana, y yo sé quién es.

Valerio dedicó una expresión de desconcierto a Lotus, y este, por instinto investigador, dirigió sus ojos hacia las manos de Segundo.

—Desembucha —ordenó Valerio, impaciente.

—Primero quiero tu perdón y, por tanto, la libertad.

—Sea —respondió el legado.

Segundo soltó una maléfica mueca que a ojos de Valerio llevaba el sabor agridulce de la venganza.

—Tengo un hijo bastardo. Un hombre que te odia. El motivo lo sospecho, pero no puedo asegurarlo. Lo que sí sé es que contrató a

hombres para matarte. Se llama Flaco Silano y sirve en la antigua casa de tu antecesor en el cargo de duoviro de Itálica.

—¿Flaco es tu hijo? ¿Por qué querría matarme? Flaco Silano siempre ha servido bien a mi causa y me respeta.

Lucio Valerio recordó el plan ideado junto a Poncio Recio para atentar contra Cayo Albio, y fue él, Flaco Silano, junto a Adriana, quien culminó la fechoría en su misma casa.

—Si lo traes ante mí, legado, yo mismo le sacaré la confesión a golpes. Puedes creer lo que digo porque te detesta tanto o más que a mi persona. Tu asesino también intentó matarme de hambre y de sed en los calabozos del anfiteatro.

Lotus no dejaba de mirar aquellas manos sucias y arrugadas, pero nervudas. Había algo en ellas que lo inquietaban.

—¿Eres diestro, Segundo? —preguntó Lotus.

—No. Yo sujeto el gladio con la izquierda. ¿Por qué?

—Llevabas anillo antes, ¿cierto?

—¿Cómo? —Segundo frunció el ceño.

—Sí, en tu mano izquierda. Un anillo llamativo, que pudiera ser de valor.

—He llevado más de uno. Me he unido a muchas mujeres. —Esta vez su risa se atascó en su pecho decrépito.

—Ya, entiendo, pero ¿por qué querría tu hijo dar muerte al legado? ¿Cómo sabes que quería atentar contra él?

Segundo carraspeó. Dio un paso al frente y se agarró a los barrotes de la celda antes de hablar.

—Flaco era el bastardo débil de la camada de mi casa, y pronto me di cuenta de que sería un niño incapaz de sobrevivir en este mundo. Era un llorica y un sensiblero, a quien tuve que endurecer a

base de palos. Un día, y ya era mayorcito porque recuerdo que se enfrentó a mí, le di tal paliza que huyó. No lo busqué porque pensé que regresaría y entonces lo pondría firme. En cambio, no volvió y con el tiempo me olvidé de él. Nunca imaginé que Flaco pudiera ligar su vida a la de un hombre tan importante como Cayo Albio. Se necesita estudio y preparación para estar a ese nivel y vivir en la zona alta de Itálica junto a un gobernador. Yo le enseñé a luchar y a curar heridas. Le enseñé a combatir con la soledad y la amargura. El hambre y la sed. Le mostré el mundo tal cual era; sin embargo, por eso mismo acabó odiándome. —Se quedó dubitativo un momento, como si hubiera perdido la noción del tiempo, hasta que dijo—: Siempre me he preguntado quién lo acogió y le enseñó números y letras. ¿Cayo Albio? Sí —se contestó con una sonrisa endemoniada —. Él debió de acogerlo y educarlo de esa forma. Algo que un hombre como yo nunca habría sabido cómo hacer.

—Según cuentas, lograste que de verdad te detestase —dijo Valerio pensando en su hijo recién nacido, porque él jamás lo trataría de un modo tan cruel.

—El odio y el rencor pueden hacer que un hombre quiera matar a otro, aunque ese otro sea su padre —dijo Lotus—. Pero responde a la otra pregunta: ¿cómo sabes que fue Flaco quien atentó contra mi señor? ¿Es que te lo dijo él? ¿Te buscó y te pidió ayuda? Por lo que se ve, todavía se te da bien quitar vidas.

—Lo sé porque los hombres que contrató me lo dijeron. Eran buenos luchadores que un día estuvieron bajo mi tutela, y después murieron.

Lotus quiso decir algo, pero Lucio Valerio levantó la mano.

—Está bien. Ya te he escuchado, Segundo. Tomaré en consideración tu libertad. Sin duda, fueron muchos años sirviendo en la arena de Itálica para agrado de mi tío y de toda la colonia, y eso no se olvida.

—Debes actuar rápido, legado. Debes apresarlo cuanto antes y sacarle las entrañas, porque si Flaco tiene algo que aprendió por mi culpa es un resentimiento tenaz que se le ha quedado bien arraigado.

Una vez salieron de las mazmorras, cuando la luz del sol les obligó a cerrar los ojos, Lotus detuvo a Valerio.

—Ese viejo pudo ser quien te clavó el gladio, mi señor. Recuerdo una mano con un anillo y algo me dice que era la suya. Por otro lado, creo que dice la verdad en cuanto a Flaco, así que todo hace suponer que el perrito faldero de Adriana ordenó tu muerte contratando a su odiado padre.

—No estoy seguro, Lotus. Si fueras capaz de encontrar ese anillo, todo se aclararía.

—Apresemos a Flaco y que hable. Tal vez él posea la sortija.

—Sea. Que Paulo Graciano se encargue de esto. Dile que tenga tacto porque los necesito enteros.

—¿Quieres que vaya con él y me cerciore?

—No, mi buen Lotus. Tú te vienes conmigo. ¿Te has olvidado de que tenemos a los mauros a las puertas de Hispalis? He de despedirme de mi mujer y mi hijo. —Lucio Valerio miró a Lotus con todas las arrugas de su frente marcadas—. Ni teniendo a todos los dioses de nuestro lado sabe un soldado si logrará sobrevivir a una batalla.

Mientras caminaban en dirección a la *domus*, el olor de las frutas de otoño de los tenderetes se mezcló con el de las castañas asadas. Por un lado, dátiles y frutos secos, y por el otro, uvas, vino y mermeladas. Fue más el recuerdo de su niñez que el apetito lo que hizo detenerse a Valerio.

Lotus, de inmediato, ordenó a la escolta que lo envolviese.

—Mi legado, me prometiste que no te detendrías —le dijo con las cejas alzadas.

—Solo será un instante. No hay nada que temer.

—¿Nada? ¿Acabamos de hablar con uno que intentó asesinarte y no hay nada que temer?

Lucio Valerio sonrió afable, confiado.

Mientras su señor hacía amigos entre los tenderetes, Lotus no dejó de vigilar por si alguien podía sorprenderlo. Una mirada hostil o un acercamiento abrupto sería suficiente para ordenar a la guardia que apartara y retuviese a quien fuera para interrogarlo después.

En uno de esos barridos, tras un carro de heno, descubrió a Belonia y a Varinia, que jugueteaban con un par de muchachos de su misma edad. Mordían manzanas y se besaban las bocas con divertimento.

Lotus, hombre poco dado a las caricias de la tentación, pues era casto y a nada que lo picasen escapaba de las lujurias como un gato podía rehuir del agua, sin poder quitarse de la cabeza aquel día que coincidieron escondidos mientras espiaban a Valerio con Adriana, sintió aquel impacto de secreto compartido, de miradas cómplices y de silencio monástico, una sensación que lo llevaba al estremecimiento.

Lotus prefería ver a las mellizas como parte de la familia, a quienes proteger e incluso educar, pero más de una noche, y tras una cena copiosa en la que el vino había corrido alegre por el jardín de la *domus*, en su estrecho, frío e inhóspito lecho de soltero, y en secreto, se las imaginó como insaciables concubinas.

Miró a Lucio Valerio como si fuese su hijo, pues en ocasiones como esa no lo podía evitar. Estaba disfrutando de una compra campechana y ni mucho menos ridícula, y se lo imaginó planeando la muerte de Cayo Albio. ¿Era un hombre capaz de hacer eso? Lotus se contestaba que el antiguo Valerio, probablemente por lujuria y pasión, sí hubiera sido capaz de asesinar a un hombre tan poderoso. Y si además se sumaba la posibilidad de ser nombrado gobernador de Itálica, después de escuchar a Adriana, no habría mucho de lo que dudar.

Pero ahora, mirando a las mellizas, sus muslos y sus bocas rojas de fresa pegadas a los labios de aquellos corpulentos patricios, la cuestión era si ellas, que de misteriosas tenían un rato y de tontas ni uno solo de sus cabellos, lo habrían adivinado igual que él.

Valerio, sonriente y mostrándole un puñado de castañas asadas humeantes, reclamó su atención. Era la suya la mirada previa a un combate en el que toda su colonia podría arder en llamas. Una mirada confiada, relajada, de alguien que sería capaz de todo con tal de hacerse con lo que le hacía feliz. Como si la vida durase un segundo y la felicidad hubiese que alcanzarla y después aprovecharla, costara lo que costase.

Lotus, devolviéndole la sonrisa, seguía sumido en la desconfianza y, en ese preciso instante, confirmó sus sospechas.

—Espera —le dijo a Paulo Graciano—. No te separes de él. Ahora vuelvo.

Caminó firme y decidido hacia las mellizas, se colocó en jarras y les dijo:

—¿No tenéis otro lugar donde refregaros como perras?

Los muchachos se asustaron, recogieron sus cosas y se largaron; en cambio, Belonia y Varinia soltaron una de sus risitas maleducadas.

—¿Os hace gracia? No creo que os haga tanta gracia cuando estéis castigadas.

Varinia mordió una manzana verde, y Belonia se sacó el pedazo que tenía en la lengua y se lo ofreció con ambas manos.

«Tómalo, Lotus —le decían con la mirada aviesa—. Es nuestra saliva. Está dulce y te será de provecho. Puede que hasta desees seguir comiendo».

XXXII

La frialdad

Cuando Ahenobarbus vio a Mastán de Rusadir descender por las faldas de los alcores con todos sus équites, no titubeó. Se abrieron las puertas de Singilia Barba y, en masa, hombres, mujeres y niños en armas corrieron enardecidos hacia los romanos.

Pero todo resultó ser una farsa para que abandonasen la protección de las murallas. Un engaño de la Roma que presumiblemente tan bien conocía. Un nuevo ardid, esta vez ideado por un joven general de la VII, que no era otro que su hijo, cuyos restos creyó haber visto entre las cenizas de su casa.

Nevio no se percató de la emboscada hasta que la caballería de Mastán dejó de simular que atacaba las espaldas del campamento romano.

—¡Mastán! ¡Puerco traidor! —gritó Nevio.

Mientras los rectangulares escudos de los *legionarios* avanzaban, con desoladores gritos de impotencia, Nevio y Etuba, siempre a su lado, ordenaban el repliegue.

A Nevio lo invadió la ira, maldecía el nombre de Mastán y, al tiempo, empujaba a todo mauro con el que se topaba para que regresara a la fortaleza. Sin embargo, ya no podrían retroceder. Los

frenó la lluvia de flechas, y luego se vieron rodeados por cien caballos en un círculo de sangre y de dolor. Dolor, más provocado por la traición de Mastán que por ver de cerca la muerte de todas aquellas mujeres y niños mauros, que incluso en ese momento lo miraban como a un padre libertador.

En un breve lapso, los jinetes aislaron al coloso.

—¡Apresadlo! —ordenó Mastán.

—Eres un puerco traidor que no merece ser mauritano. Eres un cobarde que reniega de su pueblo. ¿Qué te han ofrecido? ¿Un falso reino?

El reyezuelo lo apuntó con la barbilla. En sus ojos empequeñecidos solo cabían rencores y codicias. Bajó el brazo y cinco de sus jinetes, escoltas asesinos, le cortaron la cabeza a Etuba.

—Amo la vida —le contestó Mastán—. Y tú, precisamente tú con tus hijos, solo ofrecéis la muerte, Ahenobarbus.

Después comenzó la masacre. A los hombres les cortaban la cabeza y las amontonaban. A las mujeres les dieron a elegir: esclavitud o muerte.

Eso era la guerra y nada cambiaría.

Nevio, todavía con vida, supuso que Mastán, sabiendo de su rango y su vínculo con el rey de los mauros, pensó que en algún momento de la contienda podría serles de utilidad. El de Rusadir era un sucio traidor y ya le habría ido con el cuento al general romano de que había apresado al padre de Ascalis, el rey de los africanos.

Cuando Facio quiso conocer al hombre que había resistido lo indecible en Singilia Barba, iba ataviado con su coraza más distinguida. Una indumentaria digna del nuevo general de la VII, a quien los legionarios de baba fácil ya llamaban «Catulo, el Vencedor de Mauros».

Si en un principio todo lo ideado para con aquel prisionero iban a ser molestas acusaciones y advertencias, todo se borró de su mente cuando el rostro de su padre lo miró a la cara. A Facio, con el corazón en un puño, le pareció una de las tantas fantasmagóricas visiones que sufrió durante sus años en Germania.

Emilio Nevio, con greñas grises entremezcladas con el bronce natural de su juventud, con el rojo seco de sus heridas en la frente y sus barbas, tampoco daba crédito a lo que veían sus ojos. Facio, su Facio vivía, y lo tenía delante convertido en general de la VII: la legión a la que él mismo había entregado casi media vida. ¿Qué oscura maldad le habían preparado los dioses de nuevo? ¿Estaba muerto y vagaba por el Elíseo?

La avidez de padre e hijo por tocarse era palpable, sin embargo, por sensatez, ninguno extendió sus manos y callaron. Tampoco dejaron escapar delante de Mastán más que el gesto por la sorpresa, y aunque el zorro de Rusadir era mucho zorro, no pareció que se percatase de nada.

Facio, con las rodillas temblorosas, se dio la vuelta.

—Ya lo he visto —dijo solemne—. No es más que otro hombre.

—Pero, general, si las cosas se tuercen, puede serte de utilidad —respondió Mastán—. Lo he mantenido con vida únicamente por ese motivo.

—Y ya te lo he agradecido. ¿Acaso deseas más oro del que te he dado?

Mastán ladeó el semblante. Era notorio que esperaba ser nuevamente recompensado por tan brillante servicio a Roma.

—Puedes hacer lo que quieras con tu rehén mauritano.

—No, general, no pienses de ese modo. Es un gran guerrero y no es mauro, sino romano. Él ha sido quien ha adiestrado a buena parte del ejército. Y, si no me equivoco, su hija Ania y su yerno Ascalis darían lo que fuera por volver a tenerlo a su lado. Incluso la rendición.

«¡Ania!». Facio volvió a girarse. Antepuso la firmeza aprendida a la emoción del momento: una frialdad instruida por Horacio. Luego miró a su padre y después a Vallio Maximiano. Se detuvo un instante en su expresión recelosa y le dijo en voz alta:

—Que lo separen del resto de los prisioneros y lo laven. Que le den un buen trato porque quizá sí nos sea de utilidad.

A pocas horas de iniciarse la contienda en Hispalis, Flaco fue arrestado por orden directa del legado y encerrado en una celda contigua a la de su padre. El hecho, repentino y violento, tuvo lugar en la *domus* de Adriana y sembró el terror en ella, despertando de inmediato su deseo de huir de Itálica.

Flaco no contaba con que el viejo Segundo hubiera sobrevivido, con lo que todo aquel plan para que Valerio no saliese vivo a combatir en Hispalis se desvaneció. El trato era que Adriana y Flaco asesinarían a Valerio, y los mauros les entregarían la regencia compartida de Itálica. Así, mientras el pueblo se contentaba

manteniendo sus costumbres, la horda maura solo tendría que preocuparse por enfrentarse primero a una debilitada legión II sin su general, y después, libre de obstáculos, a la temida VII.

Para Ascalis era vital jugar siempre con ventaja y se trataba de ir copiando las estrategias de expansión del imperio. Así era como actuaba Roma ante sus adversarios, y si quería derrotarlos, esa idea tenía que permanecer siempre latente en su memoria.

Pero el pacto con Adriana y Flaco se había sellado en secreto, sin que Ania fuera partícipe. Ascalis, después de saber sus opiniones respecto a cómo actuar ante el enemigo, no podía confiarle aquel movimiento vil y traicionero, más propio de una rata que del rey de un pueblo que desde los comienzos le había demostrado absoluta lealtad. Ni siquiera lo sabía Ahenobarbus, el comandante de sus soldados, quedando el secreto únicamente entre Druso, Sosus y él.

Pero las tretas se ideaban y al ponerlas en práctica no siempre salían del modo esperado. En este caso, para Ascalis fue decepcionante ver al legado sobre su caballo empuñando la lanza, envalentonando a sus legionarios en el fragor de la batalla. Porque Lucio Valerio combatió en Hispalis, y lo hizo con bravura. Consiguió que muchos de los buenos soldados mauros que se le enfrentaron cayesen en aquel pegajoso barro que se eligió como campo de batalla. Sin embargo, no peleó hasta la extenuación. Ascalis, enfrascado en la brega, buscaba entre cabezas y cuerpos enfrentados la coraza de plata que refulgía entre todos los romanos, y llegó a pensar que, acorralado por su infantería, el general romano acabaría luchando hasta la muerte.

Pero Lucio Valerio, desde el principio, tenía un plan de escape. Tal como hiciera en el estrecho de Gades al verse rodeado de galeras, el

legado se escabulló como alguien que tenía que salvarse por otro alguien que lo necesitaba con vida, y desde luego, por sintonía con el amor, no se trataba de Roma.

Ya se había encargado Druso de comunicarle, tras enterarse por su espía en Itálica, Flaco Silano, que el legado se hallaba profundamente enamorado de su esposa, y que en pocos días iba a ser padre. Algo, sin duda, a considerar por un guerrero, fuera de la nación, tribu o poblado que fuese.

Ascalis se imaginó en su lugar. «¿Combatiría yo mismo hasta el final por honor? Si me viese perdido, ¿regresaría junto a Ania y un hijo recién nacido?», se preguntaba.

De repente, incómodo, borró esa idea para plantearse una situación más acorde a la realidad de la contienda, pues ni él se vería acorralado, ni Ania estaba encinta. Y mirando la interminable hilera de mauros que lo seguían, se preguntó si Lucio Valerio, sin apenas legionarios que aguantasen en pie, sería capaz de volver a salir a campo abierto y plantarle cara antes de que la VII alcanzase Itálica.

En una fila interminable de mauros, Pricila cabalgaba junto a Adriana, de la que no se separaba. La pantera, desde la peligrosa huida, ya se había percatado en varias ocasiones de los abatimientos de su ama y no sabía de qué manera mitigarlos.

Ella, sirvienta que había hecho cosas inimaginables por su *domina*, lo veía y lo sentía todo a su alrededor. Era su sombra allá donde fuese y sabía que Adriana, al verse abandonada por los dioses, sufría por la ausencia del indeseable Flaco. Pricila, con todo lo vivido

a su lado, jamás hubiera adivinado aquel sentimiento que intentaba esconder y que sin embargo, ahora, claramente exteriorizaba. Quizá fuese de las pocas ocasiones en que la encontraba realmente perdida.

Sin duda fueron sus ojos de pánico cuando los soldados se lo llevaron a rastras, anunciando una muerte lenta delante del templo de Trajano, los que revelaron el verdadero sentimiento de su *domina*.

O tal vez su aturdimiento se debía a que la realidad había superado con creces aquella fantasía de esencias divinas y seres supremos que la absorbía constantemente.

También podía ser porque Flaco, aunque detestable y un cretino sin moral, había sido el único hombre que la había amado no solo por su aspecto y sus caudales, sino por lo que era ella, por cómo era en su interior; por su avaricia y, al tiempo, sus misteriosas intrigas con los dioses.

Pricila se preguntaba si, después de todo lo sucedido, la *domina* seguiría con su idea de sacrificar a Mesalina. ¿Tan desesperada estaba como para recurrir a la ofrenda humana? Durante los primeros años de la República, las personas que no habían cumplido sus promesas o que engañaban a otros eran ofrecidas a los dioses. Los romanos ofrecían a los prisioneros de guerra y a las vírgenes a los dioses Manes, Lares, Penates y Genios. Pero esos sacrificios, según contaba el sacerdote Gallo, estaban prohibidos. «¡Se trata de un rito castigado por los mismos dioses!», gritaba enardecido con los ojos muy abiertos.

Ania, a dos cabezas de caballo, no perdía de vista a Adriana. Afectada por la reciente noticia de la muerte de su padre, encontraba en aquel séquito de mujeres un pestilente olor a Roma que le revolvía el estómago. Obstinada, habiendo cabalgado largo rato junto a Mesalina, ni los recuerdos de la infancia consiguieron ablandar su rebelde corazón de mauritana. En cambio, algo le decía que aquel reencuentro no era fruto de la casualidad y sí del tesón y la valentía que le habían otorgado sus nuevos dioses.

Mesalina le contó parte de su triste pasado y Ania le contó parte del suyo, e inevitablemente surgió el nombre de Facio.

—Murió —dijo Ania—. Murió el mismo día que culparon a mi padre de un crimen que no cometió. De hecho, yo sobreviví gracias a mi esposo Ascalis. Él era tan solo un niño y ya sabía olfatear la crueldad de los hombres. Buscó un refugio entre la maleza y no nos encontraron. Pero mi hermano y mi madre murieron aquel día calcinados en nuestra casa.

—Facio no murió —dijo Mesalina mostrando el lado de su cara cortada—. Tu hermano, siendo esclavo de un centurión, vino a buscarme.

Ania, recelosa, aunque necesitada de optimismo, cambió la dura expresión de su cara por una dócil, casi de ilusión.

Ambas detuvieron los caballos.

—Facio quería cumplir su compromiso y desposarme, pero mi pobre padre, por proteger su casa y sin más opción que rechazarlo porque toda Itálica buscaba a los hijos del cabrero, tuvo que ver con pena cómo aquel legionario, con arrogancia e intimidantes palabras, lo montaba en la grupa de su caballo y se lo llevaba para siempre.

Ania, con los ojos, le pidió perdón por todo lo que había sufrido su familia. Ajenos a toda intriga, ninguno de los suyos tendría que haberse visto arrastrado. Encarcelados. Torturados. Muertos. Imaginó las calamidades de Galla y de Mesalina por las falsas acusaciones hacia el buen alfarero Salomón, con el argumento de que siendo cristianos y amigos eran cómplices de Emilio Nevio, el vil asesino de la colonia.

—Todo es por culpa de Roma. Esclaviza, asesina y da tormento sin que nadie le pare los pies. Pero eso se acabará. Ahora que han visto que se puede, muchos pueblos como el mauro se levantarán en armas.

Ania, subida en su caballo, miraba a los mauros pasando por su lado; mujeres con el hacha de la esperanza entre sus manos que ansiaban tanto o más que ella derrocar al opresor. Algunas iban heridas en los carros tirados por sus hijos. Otras, al igual que Mesalina, tenían la cara cortada por el capricho de algún amo romano.

—Míralos, Mesalina. Todos han sufrido la tiranía de Roma. Todos. Sin excepción.

Y Ania le mostró su mano con tres dedos.

XXXIII

La confianza de Marco Aurelio

El césar había regresado a Roma y Mario Recio le suplicó que no hubiese perdón para los mauritanos. Pocas cosas en su vida había querido más el consejero que salvaguardar los intereses del imperio y, al mismo nivel, la vida de su hijo. Los mauros le habían arrebatado a Poncio, y deseaba que aquel a quien llamaban rey de los mauros, y todos cuantos lo seguían, ardiesen en un fuego cuyas llamaradas fueran tan altas que alcanzasen a sus propias divinidades.

—Esto no es un juego de dioses —le dijo Marco Aurelio—. Ahora, el destino de Hispania está en manos de la VII, cuyo valor, coraje y estrategia lidera el joven Facio Catulo de Itálica.

Mario, que nunca rebatiría al césar, pero que con rodeos tenía que hacerle ver que no se podía dejar la partida exclusivamente en manos de un hombre, le respondió:

—No hay duda de que ese joven ha demostrado tener habilidades para salvar Hispania. Ya ha logrado avanzar sin apenas pérdidas de tropas, y ha utilizado la astucia para dejar al enemigo sin gran parte de su caballería. Sin embargo, ese Mastán de Rusadir es una veleta que se mueve hacia el cardinal que le es más favorable, y Ascalis, el

rey de los mauros, gracias a su estrategia de dejar en Singilia Barba a mujeres y ancianos para retener a la VII, nuevamente ha derrotado a Lucio Valerio, que se refugia en Itálica.

—¿Adónde quieres llegar, Mario? No puedo culpar a Valerio de sus derrotas. Siempre ha estado en notable inferioridad ante su adversario y sigue resistiendo.

—Mi césar, quiero que entiendas que han saqueado Hispalis y que no harán otra cosa sino destruir todo cuanto lleve tu nombre, que es Roma. Son bárbaros africanos, y no descansarán mientras quede un solo romano en pie. Nunca han querido pactar cuando se lo propusimos, y dudo que, por su nobleza, enteramente adquirida de su padre Horacio Catulo, el joven general de la VII sepa tratarlos como se merecen. Solo cabe el exterminio.

Marco Aurelio, con medio siglo vivido, dedicó una mirada amistosa a su mano derecha. Al hombre que podía ser su padre y que, por habérselo ganado a pulso, salvaguardaba todo el poder del imperio.

—Confío en que nos traerá el triunfo, sabiendo tomar la mejor de las decisiones para con Roma.

—Mi césar, yo…

—Entiendo tu preocupación, viejo amigo. Es un pueblo obstinado y rebelde, pero ¿acaso no lo son todos? Con el paso de los años, nos debilitamos al tiempo que nos expandimos, y nos expandimos porque nos debilitamos. Como tú bien has dicho, el joven Facio, con su primer movimiento, ha debilitado a su enemigo y se ha expandido. Ha sabido valerse de su astucia romana y ha reconquistado Singilia Barba. —Marco Aurelio le tomó la mano derecha, aquella en la que Mario portaba el anillo de su hijo Poncio, y añadió—: Permite que el enemigo queme, mate y asesine, porque

no teniendo infraestructura no puede hacer otra cosa que no sea destruir, y destruir no es expandirse. Así que te lo repito, Mario Recio, confío en que el joven general nos traiga el triunfo, sabiendo tomar la mejor de las decisiones para Roma.

Marco Aurelio podía llegar a sentir el enfado de su viejo consejero. La ira y el odio eran comprensibles tras perder a un hijo, pero un líder debía ser hábil, y cuando alguien te ha herido y tú eliges no resarcirte de la misma manera, demuestras ser una persona de nobleza y personalidad.

—Amigo Mario, comprendo y siento enormemente tu pérdida —añadió—. Puedo ver en tus ojos el dolor y tus enormes ganas de venganza. Pero ¿dejarías de ser tú por cobrártela del mismo modo? Tú eres un hombre coherente que medias para encontrar un punto equilibrado, evitando siempre el derramamiento de sangre. Con esa idea que te ronda por la cabeza, si la llevaras a cabo… ¿Te sentirías respetado? ¿No serías acaso como Vergilio y los que le siguen en la curia?

Mario lo miraba atento, intentando seguirle el hilo. Achicaba los ojos y apretaba la mandíbula escondiendo la lengua dentro de la boca a la espera de su dictamen.

—Yo creo que no —dijo al fin Marco Aurelio—. El verdadero modo de vengarse de un enemigo es no asemejársele.

XXXIV

El presagio de la derrota

Mastán era un déspota, y de ello podían dar crédito los de su misma sangre y su pueblo, casi todos jinetes de élite que causaban pavor a cualquier ejército; en cambio, lo seguían porque con su astucia, a lo largo de los años, había sabido mantenerlos con vida al tomar un posicionamiento diferente del resto de Mauritania. El de Rusadir, reconociéndose tirano, también era leal a los suyos, y no olvidando a los que a pie se quedaron formando parte de la tropa de Ascalis, trazó una estrategia para recuperarlos.

El joven al que proclamaron rey en Hispalis no era ningún pusilánime, y jugó bien separando sus huestes cuando lo envió a negociar con Corduba. Sin embargo, estaba convencido de que la captura de Ahenobarbus en Singilia Barba le serviría para intercambiarlo momentos antes de la contienda. Pero… ¿por qué el general Facio no había actuado con premura? ¿Es que no se daba cuenta de su valía? Se conseguirían al menos cien hombres bien preparados a cambio de uno solo. Incluso valdría para que Ascalis, estando a las puertas de Itálica, se planteara la retirada.

Mastán, que tras revelar el parentesco entre Ania, Ascalis y el prisionero solo halló indiferencia por parte de Facio, oliéndose algo

turbio, situó espías en torno a la jaula de Ahenobarbus.

En la noche, cuando únicamente los centinelas tenían los ojos abiertos, el general Facio, acompañado de Gorhum, fue a hablar con su padre.

—Podéis iros —ordenó a la guardia—. Os avisaré cuando termine de hablar con el prisionero.

Pero uno que se quedó rezagado se escondió tras la rueda de un carro.

—¡Padre! —lo llamó Facio, emocionado.

—¡Hijo mío! ¿Es cierto que eres tú?

Las manos se entrelazaron por entre los barrotes, y después Nevio toqueteó su cara. ¡Estaba tan cambiado! Su pelo era negro como la noche y en la barbilla lucía el hoyuelo de su madre.

—¡Pronto te sacaré de aquí, padre! No entiendo cómo ni por qué los dioses han permitido que suceda esta locura, pero ten por seguro que trazaré un plan para que estéis todos a salvo.

—Pensamos que habías muerto junto a tu madre. La casa estaba quemada y los huesos… —Nevio cerró los ojos con dolor para retener las lágrimas tras sus párpados resquebrajados. Sus labios trémulos no pudieron terminar la frase.

—Los asesinos de madre lo pagarán. Sé quiénes son, y en cuanto tome posesión de Itálica los buscaré. Un hombre como tú, bueno y valiente, me enseñó a no olvidar. El rencor lo llevo guardado y nos cobraremos nuestra venganza.

Una lágrima, al fin, resbaló por las barbas de Nevio.

—Mírate —le dijo casi sin voz—. Tú, un general romano de la VII, y tu familia, el enemigo a quien te ves obligado a aplastar.

—Eso no sucederá. No emprenderé la marcha hasta ver a mi familia a salvo. Juntos…

—No, Facio —lo interrumpió Nevio, y miró al cielo estrellado—. Has mencionado a los dioses, a esos que yo mismo, como padre, te enseñé a venerar. Sin embargo ellos, al desear nuestra muerte, consintieron nuestro sufrimiento. Culpo tanto a los hombres como a los dioses, porque los hombres actúan por voluntad de los dioses. Y yo los maldigo. Maldigo a Júpiter y maldigo a Plutón. Los he maldecido con fuerza sobrehumana desde el día en que se bebieron la sangre de tu madre.

—¿Y por eso luchas con los mauros? ¿Para vengarte de ellos?

—Roma habla por boca de sus dioses. Ellos me señalaron cuando me hice cargo de un niño mauro.

—Pero, padre, yo siento a los dioses de mi lado. Ellos me han mantenido con vida y me han conducido hasta ti. En aquel viaje a Gades, yo apoyé tu decisión para quedarnos con Aspellus. Recuerdo que si yo no hubiera sentido afinidad con aquel niño, tú no lo hubieras aceptado en la familia. ¿Acaso no sería el hijo tan culpable como el padre? ¿Por qué deberían los dioses favorecer al hijo y abandonar al padre? Tal vez no fueron ellos quienes te señalaron. Quizá la desdicha no provenga de los dioses, padre, sino de los intereses de unos cretinos que quisieron arrebatarle el ganado y la tierra a una familia honrada.

Facio, adiestrado no solo para la guerra, sino también versado en la doctrina de los dioses, aun creyendo en ellos, entendía que la maldad o la bondad de los hombres podía venirles por actitudes y

actos ajenos a los seres superiores, y en cualquier caso, el juicio final, que siempre llegaba, los pondría en el lugar que les correspondía.

Nevio, obcecado, cabeceaba como un cabrito. La claridad se hacía niebla cuando volvían a su mente los golpes que recibió en la casa de Cayo Albio, y luego la fustigación y la lanzada en el costado frente al templo de Trajano.

«¿Es posible que mi hijo tenga razón? ¿Que los humanos actúen con independencia de los dioses?».

La sobrecogedora imagen de Adriana liberándolo de sus cadenas y su respuesta en mitad de una atronadora tormenta hicieron que Nevio clavara los ojos en su hijo.

—Ella me liberó. Ella me dijo que los dioses no deseaban mi muerte. Que por alguna razón que desconocía, yo debía seguir con vida.

—¿Quién es ella, padre? Por favor, cuéntamelo todo.

Aquella noche, Adriana presagió una derrota. Tal vez no la derrota del ejército mauro, sino la suya, porque, debilitada, viéndose incapaz de sacrificar a la joven Mesalina, los dioses se pondrían del lado de Valerio.

Ella les había fallado. Les hizo promesas que ahora no podía cumplir. Porque traicionando a sus hermanos, fieles cumplidores de las leyes romanas, lo único que había conseguido era quedar como una vulgar traidora ante ellos. Valerio habría hecho juramentos de sangre, mientras que ella, tan alejada de sus firmes promesas, tan alejada de Flaco y de todo cuanto representaba estando en el

epicentro de Itálica, se sumía en oscuras intrigas que no la conducían a nada.

Desde la muerte de Cayo Albio, estaba condenada al ostracismo. Lamentaba haberse dejado engatusar por los hechizantes ojos de Valerio y luego aceptar como una idiota las maniobras de Poncio Recio. Nada de aquello se llegó a cumplir y nada de aquello sucedería jamás.

Después del fracaso con Valerio, Flaco resultó ser el verdadero bastión para sus propósitos, y tras su cautiverio emergió una claridad tan arrolladora que nubló por completo su relación con los dioses.

Sin embargo, Adriana no se engañaba. Nunca lo había amado como podría haber amado a Lucio Valerio, de eso estaba completamente segura. Con los besos y las caricias del legado se derretía y se desparramaba como el oro en el molde de una fragua para después adquirir resistente dureza. Como la lava solidificada de un volcán hecha roca. Pero Flaco había sabido crearle una necesidad y ahora, al verse sola, no se hallaba menos enferma que una leprosa.

¡Cuánto desasosiego sintiendo que, por su culpa, Flaco habría sido humillado, golpeado y, en el mejor de los casos, enviado a las minas!

Sentada en el tocón de un árbol mientras contemplaba las caras de los mauros alrededor de un fuego, vio que Pricila, seguida de su séquito, se le aproximaba.

—*Domina*, tienes que comer algo. —Su fiel sirvienta le colocó un pedazo de carnero churruscado entre las manos.

—No he sido más que una niña egoísta y caprichosa. Deberíais dejar de seguirme y huir.

—¿Huir, *domina*? ¿Adónde? —Pricila sonrió—. Nos has tratado bien.

—Pero mírame, Pricila, los dioses me han abandonado y solo puedo traeros la muerte. ¡Contémplalos a todos! —Dirigió una ansiosa mirada a los mauros que rodeaban el fuego—. Mañana serán carne para los buitres.

La esclava realizó un leve encogimiento de hombros.

—¿Es que no te da miedo morir, Pricila? Porque a mí sí. Me he imaginado quemada, crucificada, e incluso he visto mi cabeza clavada en una pica, y en todas esas formas de morir hay sufrimiento porque nunca me he encontrado tan vacía por dentro como ahora.

Pricila la comprendía. Era engañosa su manera de vivir, porque la habían criado entre algodones y la habían educado para casarse con un romano que la preñase, y eso no se correspondía en absoluto con su historia. Adriana, como todas las mujeres patricias, fue preparada para engendrar muchos hijos que a su vez continuasen su estirpe. En cambio, no pudiendo tenerlos, su empeño por atraer a los dioses que tenían la virtud de otorgar la gracia de la fertilidad acabó por convertirla en una mujer obstinada y excesivamente dependiente de ellos.

A Pricila le apenó llegar a la conclusión de que Adriana era una víctima más de los hombres, que con sus falos y sus gladios desenfundados lo dominaban todo.

La *domina* le preguntó entonces si una esclava negra como ella, que provenía del África más interior de cuanto Roma había explorado, tenía miedo a morir.

«Hay muchas cosas de mí que no sabes aún, *domina*».

—Curiosamente… —comenzó Pricila, como si a continuación fuera a contar un cuento, y Adriana agrandó los ojos—. De pequeña no tenía miedo, pero cuando la *domina* me acogió, aprendí a matar al monstruo que quería que yo dejara de existir. No tengo miedo a nada, salvo a que la *domina* no coma, no duerma y no sea feliz. Si tú te marchitas, yo me marchito. —Asintió con firmeza.

Adriana, mirando a sus ojos de felina, de inmediato mordió un pedazo de carne.

—Nunca te he preguntado por tus raíces —dijo entre masticadas —. Eres africana, eso lo sé, pero solo conozco la parte de tu vida desde que mi padre te compró. Según me contó de pequeña, tu pueblo era un pueblo guerrero y las mujeres luchaban al lado de sus hombres. De aquello ya hace mucho tiempo, pero recuerdo que me llegó a decir que pagó muchísimos denarios por ese motivo. Nunca te he visto emplearte con violencia, pero en tus ojos anidan los desafiantes y desgarradores colmillos de las lobas. Es impresionante cómo tu cuerpo se mantiene fibroso como el de una amazona.

Pricila aceptó el cumplido con un poco de pena. Como si al remover el pasado, aquellos lejanos recuerdos la enternecieran. Pero al instante le mostró su arrolladora sonrisa de perlas blancas y labios gruesos que la hacían tan diferente del resto de sus esclavas.

—Aquella vida es imposible de olvidar. Era una buena vida en un buen poblado, con unos padres y unos hermanos que me querían mucho. Luego, ya digo que sí que lo pasé mal, pero se aprenden a amar las cosas buenas que te vas encontrando por el camino, y gracias a ellas se acaban nublando los malos recuerdos. Tu padre me sacó de un agujero muy negro en el que creí que moriría de dolor y de tristeza.

—Sabes que lo siento, ¿verdad? —dijo Adriana, y su rostro mostró que lo lamentaba de veras—. Ninguna hija debería ser apartada de sus padres, pero sobre todo de su madre.

Pricila había sido madre. Dos veces, y las dos veces la habían separado de sus hijos tras su nacimiento. Pero no se lo dijo para no dejar a su ama en evidencia, o por si se agrandaba su decaimiento. Estaba claro que Adriana hablaba de la maternidad como algo que anhelaba y tal vez idolatraba.

Hubo un silencio armonioso en el que ninguna quiso hablar para no romperlo. Sin embargo, al ver aparecer las figuras de Ania y Mesalina, que desde que se habían reencontrado no se separaban, Adriana preguntó:

—¿Sientes como yo la derrota, Pricila?

—Ellos ya han ganado —respondió rauda.

—¿Ganado? No han ganado nada. ¿Por qué lo dices? La VII viene con todo para aniquilarlos.

—Ahora se sienten libres. Luchan por algo que no les infunde temor. Ninguna legión podrá quitarles lo que ya han logrado.

—¿Morir siendo libres?

—Morir intentándolo, al menos.

Adriana sonrió, complacida porque esas palabras le trajeron calma. ¿Morir intentándolo? ¿Libertad? Observó de lejos a Mesalina riendo con la reina Ania, que le mostraba figuras de los dioses mauritanos. Se la veía feliz de estar compartiendo un tortuoso pasado, un incierto presente y un desinteresado futuro.

—La codicia es un monstruo horrible que nos enseñan a adorar de pequeños. Yo debo liberarme de él, pero no sé cómo. ¿Qué puedo hacer, Pricila? ¿Qué puedo hacer para librarme de los dioses?

—Puede que sean los dioses equivocados. Existen demasiados dioses, y mientras ellos se matan… Tal vez solo quede el verdadero Dios. —Miró al cielo.

—Hablas como una cristiana, Pricila. ¿Dónde has aprendido esas cosas?

—Se hablan por todos lados, no es un secreto que haya que guardar.

—Aunque sí que hay que temer. —Adriana le guiñó un ojo.

—En dominio romano, sí, pero aquí… ya ves.

Ambas dirigieron de nuevo sus miradas hacia Mesalina. Se la sentía libre con aquel pueblo que lo único que pretendía era deshacerse de las imposiciones romanas. Los sacrificios a los dioses y las guerras para ampliar el dominio romano, todo eso parecía estar difuminándose en el espeso aire de su consciencia.

Pricila le acercó otro pedazo de carne a Adriana, esta vez ahumada.

—*Domina*, Mesalina me ha dicho que combatirá junto a su hermana Ania; que lo hará porque su odio es equivalente al que siente el pueblo mauro por los romanos.

—Puedo entenderlo. Yo misma mataría a muchos romanos.

—¿Serías capaz, *domina*?

—¿Cómo? No entiendo.

—¿Sería capaz mi ama de sujetar una espada y acompañar a los mauros a la guerra?

—Realmente, no. Tengo arrojo, pero el que yo poseo no serviría de mucho en una batalla. Yo mataría a un soldado, pero no en un combate cuerpo a cuerpo. En cambio, te miro y a ti sí que te veo.

Sabes que la decisión es tuya. Si lo deseas, puedes combatir con ellos. —Adriana la miró sonriente, comprensiva—. ¡Libertad!

Pricila sonrió con sarcasmo. Rara vez lo hacía, pero una soberbia impropia, y que podía tener guardada desde que la conoció siendo niña, le salió de dentro. Con la mirada brillosa, le pidió permiso para quitarle de su misma boca el pedazo de carne y, con una sutileza que dejó a Adriana en suspense, lo depositó sobre otro tocón de árbol. Después, dando un brinco, se dirigió hacia una de las familias de mauros que comían y bebían alrededor de las hogueras. Mientras Adriana permanecía sentada y atenta, a nadie le extrañó que las jóvenes esclavas de su séquito la acompañaran, pues para ellas era la endiosada madre que un día perdieron e incluso el padre que jamás conocieron.

—¿Me permites? —le preguntó a un padre de familia señalando un arco y su aljaba.

El hombre asintió y Pricila los cogió. Luego se apartó unos pasos y, tras arremangarse, clavó la mirada en Adriana. Cuando levantó el arco, un corro de expectación se formó alrededor de la pantera negra, e incluso Ania y Mesalina, que estaban distraídas, pusieron su atención en ella. Pricila posicionó el arco de una manera que recordaba a la misma Diana en un cerro dispuesta a atravesar a cuantos enemigos se le enfrentaran, y Ania ya supo que el disparo sería infalible.

Pricila apuntó, soltó la cuerda y la flecha atravesó el centro del pedazo de carne.

Todos aplaudieron, incluido Ascalis, que se había asomado para ver qué era lo que animaba la noche antes del combate.

Pricila hizo una reverencia en señal de agradecimiento y después, acompañada de nuevo por todo su séquito, regresó junto a su *domina*.

—Excelente. —Adriana seguía aplaudiendo con sus palmas mudas —. Me alegro por ti, Pricila. Has dejado claro que eres una guerrera y que te unirás a ellos para conseguir la libertad de su pueblo.

—«Libertad» es una palabra que suena bien en los oídos de quienes se sienten encerrados, cohibidos y amenazados. Yo, como ya he dicho, no me siento así estando al lado de mi ama.

Adriana se emocionó al escuchar esas palabras. Pricila siempre había sido para ella una razón de ser; la persona que desde que sus padres murieron, le ofreció la posibilidad e incluso la necesidad de seguir en pie para continuar viviendo.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó con energía para animar a su *domina*.

—Nos iremos. Nos marcharemos lejos de aquí, Pricila. Buscaremos un lugar apartado de la gobernación romana y de los dioses, ya sean griegos, africanos, asiáticos y sobre todo romanos; dejémosles con sus guerras y sus intrigas por el poder, y alejémonos. Tal vez, si es cierto que hay un único Dios, y es bondadoso como dicen, me sorprenda y me acompañe en el camino.

—Ningún Dios es bondadoso, *domina*. Eso ya te lo aseguro.

XXXV

Odio

Tras la batalla de Hispalis

El sanador que suturaba las rajadas del legado era un veterano del oficio. Un hombre escrupuloso, exacto en las cosidas de piel tanto animal como humana. En cuanto lo tuvo en su *triclinium* y lo examinó, supo que ninguno de aquellos tajos resultaría de importancia, salvo aquel que en forma de rayo dentado le estallaba constantemente en el pecho.

Lucio Valerio, con dos derrotas sucesivas ante los mauros, permanecía callado e inmóvil, dejándose hacer mientras revivía momentos de la batalla que lo abochornaban.

—Ha sido humillante —dijo al fin.

El sanador tiró del hilo y cortó con un escalpelo.

—Estás vivo y entero para combatir de nuevo, legado.

Valerio lo miró con los ojos derrotados.

—Ya no quedan legionarios para hacerles frente y son demasiados para resistir un solo día tras las murallas.

—Con mis respetos, legado, yo soy casi anciano, pero al igual que intento coser una herida, también puedo intentar abrirlas.

—No haré tal cosa —dijo Valerio.

—¿Por qué no? —respondió el sanador.

—Porque mi obligación es protegeros. Además, de nada serviría.

—El pueblo de Itálica no quiere una invasión de los africanos. Están asustados y desean proteger sus casas. Tras la limpieza del Devastador, aquella que en el pasado erradicó a los maleducados cristianos y a los entrometidos mauros, solo existen en la colonia romanos fieles a sus dioses.

—¿Estás hablando de ancianos, mujeres y niños?

El sanador, pensativo, pasó de nuevo la aguja con una precisión extraordinaria, con tal delicadeza que no haría daño ni a un bebé.

—Tengo entendido que el enemigo lo hace, y no les está yendo demasiado mal.

Lucio Valerio despegó el hombro herido de la aguja del sanador y volvió a clavar su mirada en sus arrugados ojos.

—Escúchame, sanador, no pongo en duda el valor de un romano frente a un mauro, pero debes entender que si el pueblo de Itálica lucha contra el pueblo de Ascalis, sería una matanza sin igual. Los mauros llevan en la sangre su odio a Roma y se han preparado durante años para este momento. No, no lo haré.

Una voz tan inesperada como conocida irrumpió en la sala.

—Tal vez haya algo de romántico en las palabras del sanador y eso no te guste, Valerio —dijo Lidia, que entró acompañada de Lotus y Gallo—. Pero no toda Itálica es pusilánime. El pueblo no se quedará de brazos cruzados mientras tú te haces el mártir para defender tu honor ante Roma. Convoca a todo aquel que pueda empuñar un arma y que cada quien, cada familia instalada en esta colonia desde

hace siglos, salga de las murallas para luchar por sus hogares y sus dioses.

—Tiene razón —dijo Lotus—. Aquí nos catapultarán hasta hacernos añicos. Hay muchos antiguos legionarios con un pedazo de tierra que ahora pueden ser de utilidad.

—¿Qué me decís de los convictos? —preguntó Gallo—. Hay cientos de cristianos realizando trabajos forzados y otros muchos esperando la crucifixión. Ellos pueden ir en primera línea mientras que los arqueros y los lanceros…

Lucio Valerio, levantando la mano derecha con furia, cortó el entusiasmo de Lotus y de Gallo. En aquellos instantes, todo cuanto escuchaban sus oídos eran bostas de vaca moribunda; en cambio, mirar a Lidia y verla tan decidida a plantarles cara consiguió que el desanimado legado accediese a sus propuestas.

Con los tambores mauros retumbando en los muros de piedra, un gran número de habitantes de Itálica, que en instantes se convirtieron en una masa aborregada, salieron de las murallas para recibir al enemigo. Entre ellos no estaba, como así intuyeron Lotus, Lidia o el sacerdote Gallo, ninguno de los patricios que presumían de su imperio, y sí todo aquel de la zona baja que podía portar un simple palo, tridente de paja o cualquier metal cortante que sirviera para proteger sus vidas.

A los que en el pasado fueron legionarios, como Tito y Marcelo, se les encomendó unirse a la defensa de las murallas con el cargo de alguaciles, y mientras que por detrás achuchaban con las puntas afiladas de sus *pila* al pueblo llano, en primera línea, los convictos,

los sentenciados a trabajos forzados hasta morir y los que ya estaban condenados a muerte iban camino de eso mismo: una muerte segura, pero según el estamento romano, de gran honorabilidad para quien rezase a sus dioses.

Entre los cientos de reclusos, separados por cuatro famélicos rateros cristianos, dos de ellos se observaban de distinto modo. Segundo Silano miraba a su hijo con sorna, y Flaco lo hacía con todo el odio que el mismo Segundo le había inculcado, que era mucho. Demasiado para alguien que desde pequeño había luchado lo indecible por no ser así.

«No —decían los ojos de Flaco—. Ríete cuanto quieras, pero no lo conseguiste. ¿Crees que me hiciste a tu semejanza? No soy como tú. Me arrancaste buena parte de mí, pero no todo».

Existía algo dentro de Flaco que lo distanciaba enormemente de las perversidades de su padre. Siempre supo que debía agradecérselo a aquella pobre mujer esclava que a duras penas le enseñó a amar dentro de las celdas de castigo, porque… ¿acaso el domador de gladiadores alguna vez amó como él llegó a amar a Adriana? Jamás. Segundo solo vivía para hacer sangrar dentro y fuera de la arena. Beber hasta desvanecerse y fornicar como un demonio, tanto con hembras como con machos que temían por su vida. Y todo porque él mismo se odiaba tanto que lo pagaba con los seres que se veían necesitados de su influencia y su protección. Sus esposas, los gladiadores y los esclavos a su servicio fueron palpables muestras de sus perversiones, pero con especial interés, por su escuálido rostro y su blandura ósea, sus aberraciones se centraron en aquel niño a quien decidió llamar Flaco.

Y él, resignado, sabiéndose deplorable, creyendo que sus maldades le venían de dentro por cuanto tuvo que soportar en el pasado, en su lucha interior, a cada momento se flagelaba por no ser igual que Segundo.

Ahora que todo estaba perdido, sentía que los esfuerzos por salir de aquellos malos recuerdos, los peldaños escalados hasta llegar a ser parte de la alta Itálica, se desmoronaban. Hizo mucho mal por ansiar el amor de Adriana, y recordando los buenos tiempos junto a Cayo Albio, como un sonoro golpe de maza sobre el yunque de la desesperación, una pregunta estalló en su cabeza.

«¿Ha merecido la pena? ¿Me ha servido de algo hacer uso de lo aprendido de mi padre? ¿Ser como él? ¿Dejarme llevar por la codicia y el deseo de la carne? ¿Matar a quien me ayudaba?».

Y Flaco, recordando los ojos, la boca y la sedosa piel de Adriana, se respondió que sí. Sin dudar lo volvería a hacer por estar a solas con ella. Por eliminar cuanto interrumpía la trayectoria de su mirada y escapar. Huir hacia un lugar donde no hubiera más que lo necesario para subsistir. Un cielo para ver el sol y, en las noches, las estrellas. Agua limpia y fresca para lavar sus cuerpos desnudos y saciar su sed. Y entre impenetrables montañas, un valle en donde no cupiese el recelo.

«¿Cómo imaginar semejante estupidez?».

Flaco lanzó una mirada desafiante a su padre y escupió en el suelo, pero al instante, sorprendido por aspavientos y empujones de codo, un pie enterró el salivajo.

Uno de los cristianos emprendió la huida. Creyendo que no sería alcanzado, echó a correr por un claro llano cuyo horizonte

comenzaba a colmarse de puntas de lanzas mauritanas y las cabezas de las catapultas.

De repente, del azul del cielo llovieron flechas y fue abatido. Flaco miró atrás, hacia las murallas. No había escapatoria. Eso estaba claro. Por más que había imaginado un final feliz corriendo en busca de los que le darían cobijo, siempre se le venía la misma escena: flechas o una lanza clavada por la espalda, dejando tras su muerte las risotadas de su fastidioso padre.

—¡Cobarde cristiano! —dijo Segundo, y respondiendo al gesto de Flaco, también escupió en el suelo—. Seguro que tú también quieres correr. ¿A que sí, hijo?

Una guarnición a caballo liderada por Lucio Valerio junto a su inseparable centurión Paulo Graciano, abriéndose camino entre la mesnada, se situó delante. Los acompañaban un puñado de *sagittarii* y auxiliares ligeros, la mayoría heridos en la batalla de Hispalis, que no podían ni con sus sandalias.

Flaco, observando a Valerio, ofreció su rostro más violento. Estaba mascando su odio y, mira por dónde, se le aparecía otro a quien odiaba tanto o más que a su padre.

Sonrió con desgana. Irónico, pensó que ahora los desgraciados de la primera línea eran la dulce crema de uno de los pasteles que le obligaba a engullir Tulia, la esposa de Gallo, en las tertulias que le servían para estar al tanto de los chismes que llegaban de Roma. Un emparedado del que sería imposible salir con vida, a menos que, tras aniquilar al legado, el mismo pueblo romano entregara Itálica a los mauros.

Flaco fantaseaba con lanzarle el gladio y clavarlo en su garganta. Pero ¿qué probabilidades tendría de alcanzarlo? «Una entre mil», se

contestó.

—¡Corred, asquerosos! ¡Corred ahora si os atrevéis! —decía Segundo a los tres que se interponían entre él y Flaco—. Yo mismo iré tras vuestros pestilentes cuerpos cristianos para rebanaros el pescuezo. Y luego me mearé en vuestras angelicales caras.

—No somos unos cobardes —respondió uno de ellos, el más alto y fornido—. Soy tan romano como el resplandeciente legado montado a caballo, o como tú mismo, que presumes de valentía. Sé quién eres y sé a cuántos romanos has matado en el circo.

—No tantos como a cristianos —contestó Segundo, y reprimió una carcajada cuando vio una cruz enorme grabada a fuego en su antebrazo. Le miró con altivez—. ¿Eres un soldado del Dios cristiano?

—Le sirvo con todo lo que soy y lo que tengo. Eso es lo que estoy llamado a ser.

—¡Silencio, escoria! —ordenó Paulo Graciano—. ¿Queréis ser aplastados por las catapultas? ¡A mi voz, caminad hacia el frente! ¡A mi segunda voz, deteneos!

Sagittarii y auxiliares ligeros pasaron a los flancos con rostro amenazador, mientras que Valerio, amparado por la guardia y por el propio Graciano, permaneció en el centro.

En esos instantes de expectación e incertidumbre ante la llegada del enemigo, con los nervios propios de quien nunca había sostenido un arma, muchos de aquellos inseguros, obligados a tener que combatir, retrocedían para intentar abrir una brecha entre los pertrechados alguaciles.

Viendo las catapultas y escuchando a los miles de mauros gritar al son de los tambores de guerra, quien no pensase que enfrentarse al

enemigo a campo abierto era una locura solo podía ser un temerario. El ejército mauro resultaba tan superior en número que hasta los más crédulos como Segundo Silano o el mismo Lucio Valerio, que portaba el estandarte del águila dorada, sentían cómo la sequedad de su garganta les impedía tragar saliva.

Antes siquiera de que comenzara la sangría, un insondable histerismo ya había provocado el caos en las filas romanas, y justamente cuando los alguaciles Tito y Marcelo atravesaban los cuerpos de sus acobardados hermanos, pedruscos como montañas empezaron a impactar contra la primera línea.

—¡Adelante! —gritó Paulo Graciano.

Y Flaco, que no le quitaba ojo a Valerio, apretó el gladio.

Horas antes

Un jinete de pelo y barba blancos, que había galopado toda la noche por bosques y caminos, se presentó ante los acechantes ojos mauritanos que aguardaban la aproximación de la VII. Les explicó que había escapado de los romanos y llevaba un mensaje urgente para el rey de los mauros. Un aviso que era crucial para el desarrollo de la batalla que estaba a punto de comenzar. Un informe que si caía en manos del enemigo, provocaría que los aniquilasen al amanecer en menos de lo que cantaba un gallo.

Gorhum, que en parte mentía, entregó sus armas y se dejó apresar para hablar con Ascalis en persona y transmitirle el comunicado que Facio le había obligado a grabarse en su greñuda testa germana. El general, consciente de lo que estaba en juego,

que no era sino la vida de los suyos, le confió al cuado un plan con el que lo arriesgaba todo.

—Este es el hombre que dice saber cómo conquistar Itálica sin derramamiento de sangre —lo presentó Tartos—. Asegura que con nosotros tiene la posibilidad de vengarse.

Gorhum, en pie, atado de manos, tan alto que rozaba el techo de la tienda del joven rey, inclinó la cabeza en señal de respeto.

Mientras el germano escondía la mentira, Ascalis, de pocas palabras, lo observaba. «Hay muchos como él —se dijo—. Extranjeros escarmentados que se postulan contra Roma y que, necesitados de venganza, quieren unirse a nosotros con multitud de propuestas. Algunas buenas y otras tan malas que dan lugar a pensar que son infiltrados romanos».

Una aldea. Una atalaya. Una muralla inexpugnable que fue derribada por una traición, le recordó que nunca estaba de más dejar que se explicasen.

—Habla —ordenó Tartos.

—Lo que tengo que decir solo pueden escucharlo el rey y su reina. Nadie más.

Tartos sonrió molesto.

—¿Crees que te dejaremos a solas con nuestro rey? ¿A ti, que llevas en la cara el reflejo de mil hombres asesinados?

Gorhum, viendo que de ese modo sería imposible llevar a cabo el plan de Facio, mostrando las manos anudadas a la espalda, añadió:

—Nunca haría daño al hermano de mi señor.

Un envolvente silencio, como una húmeda y fría niebla en el Istro, cayó sobre los presentes. Ascalis, calado de intriga hasta los huesos,

buscó con la mirada a su ausente esposa y luego, con todo el poder que le fue otorgado sobre el ejército, clavó la mirada en Tartos.

El general asintió.

—Estaré fuera con la guardia, mi rey. Atento. Muy atento —advirtió antes de marcharse.

Sin duda, las palabras del recién llegado también habían intrigado al general Tartos. «¿Hermano? ¿Su señor? ¿Qué hermano?».

En cuanto salió, la firme pero suave voz de Ascalis penetró por las orejas cubiertas de pelo blanco de Gorhum.

—Habla, estamos solos.

—Lo que vas a escuchar te sorprenderá del mismo modo que a mi señor, pues saber de tu existencia lo conmocionó. Rey Ascalis, ¡tu hermano Facio vive y es el general de la VII! —dijo Gorhum con entusiasmo—. Me ha enviado para decirte esto y que vuestro padre, Emilio Nevio, está con él.

Al instante, el recelo propio de quien no podía dar crédito a semejante historia lo sobresaltó. «¿Vivo? Pero… ¿cómo era posible? Después de tantos años…».

El aire cálido de la tienda se convirtió en un abrasivo fuego que hizo que todo su cuerpo rompiese a sudar. Por un lado, Ascalis sentía una alegría inmensa porque ambos estaban vivos pero, por otro, esa felicidad se neutralizaba al conocer el cargo que ostentaba su hermano: Facio era un general romano, pero además no era uno cualquiera.

Sintió que le sobraban todas las ropas, se levantó y se desligó de la capa. Fueron movimientos lentos, rítmicos, como si le restara importancia al mensaje.

Pero la frialdad en su rostro no se correspondía en absoluto con el ardor de la sangre que corría por sus venas, y sus pupilas le confirmaron a Gorhum el gran cariño que le profesaba a su general Facio. Una franqueza y una nobleza inigualables, sin embargo…

—¿Por qué habría de creerte? Y en caso de ser cierto, ¿qué propone mi hermano Facio?

—Juro por mis dioses que es cierto. Mi señor es hijo adoptivo de Horacio Catulo, y está vivo. Él quiere que abandonéis la lucha y os pongáis a salvo. Que su hermana Ania y que su hermano «Aspellus» —recalcó— se reúnan con su padre, que está a buen recaudo. Mi general entiende lo difícil que es tomar una decisión de tal magnitud, pero… ¡No tenéis opciones contra sus legionarios! ¡Están a cuatro horas de viaje y os aplastarán como a hormigas!

Gorhum, sorprendido de su propia osadía, parecía suplicar del mismo modo que lo hubiera hecho Facio; sin embargo, la desdeñosa expresión de Ascalis no se hizo esperar.

—No es lo que pienso yo, ni por supuesto mi ejército. Ha llegado la hora de que Roma caiga, y ningún fantasma, por muy hermano mío que sea, evitará que lidere a mi pueblo.

—No es ningún espíritu, te lo aseguro. Gracias a él, Emilio Nevio sigue con vida y reza para que sus hijos vuelvan a estar juntos. —Gorhum notó que Ascalis flaqueaba ante la mención de un padre en común y continuó—. Mi señor nunca haría daño a su padre ni a ninguno de sus hermanos. Por el momento, a él lo mantiene prisionero, pero ha mirado por su seguridad y se le ha separado del resto. Como rehén de importancia, se le está dando una atención respetuosa. No se encuentra herido, si es lo que temes; sin embargo, el tiempo corre en su contra porque ni siquiera mi general

podrá retener la ira de los legionarios que vieron morir a compañeros de armas a manos de los mauros. Es muy importante que sepas que mi señor Facio tiene un plan para su familia y que debéis partir de inmediato. Esta misma noche os estará aguardando a ti y a Ania a mitad de camino, entre los dos ejércitos, para llevaros a un lugar seguro, lejos de todo peligro.

Ascalis, sin salir de su desconcierto, le ofreció la espalda. Pero enseguida se dio la vuelta y lo acusó con el dedo.

—Insisto, ¿por qué habría de creerte? Ante mí solo veo a un guerrero del norte con la lengua muy larga, y todo esto podría ser la trampa más absurda en la que un hombre haya caído.

—¿Si te ofrezco una prueba me creerías?

Ascalis titubeó, no concebía que algo así le pudiera estar sucediendo; en cambio, desde que apareció y lo miró a la cara, supo que aquel emisario había llegado para poner por delante la cruel y devastadora verdad.

Gorhum achicó los ojos para recordar lo que el joven Facio le había contado aquella vez antes de entrar en combate contra los valerosos asdingos.

—Fue un día lluvioso que salisteis con vuestras cabras —empezó con esfuerzo—. Ese día los rayos partían el cielo gris en dos y unos malhechores con sus perros os secuestraron. Vuestro padre os siguió el rastro y tú, siendo el más pequeño, atravesaste sin vacilar al que estaba en el carro. Un gesto que cautivó a mi señor, provocando en él unas enormes ganas de aprender a utilizar el metal. Erais tan solo unos niños y Ania os acompañaba. Ella ya te miraba y te amaba como a un dios.

Ascalis, enmudecido por la sorpresa, a pesar de haber escuchado verdades como puños, tozudo, negaba con la cabeza.

—¿Es que sigues sin creerme? —dijo Gorhum—. ¡Vuestros perros se llamaban Cástor y Magno! Vuestra madre…

—¡Cállate! —vociferó Ascalis.

Tomó aire y miró al altar de Baal Hammon. No era justo que le estuviera sucediendo aquello. Hacía un instante se sentía fuerte y bravo como toro, dispuesto a enfrentarse al enemigo más rudo e infame de cuantos existían, y ahora estaba indefenso, casi acobardado ante tantas emociones.

—¿Cómo es posible? ¿Por qué ahora?

—Aún estamos a tiempo —respondió Gorhum—. Detén esta locura y salva a tu pueblo. Salva a Ania. ¡Si realmente la aprecias, sálvala!

—¡Ania! —susurró Ascalis como si hubiera visto a la misma Tanit frente a él.

«¿Apreciarla? La amo con toda la fuerza del cielo y la tierra juntos. Ardería en llamas una eternidad si con ello salvase su vida».

Fulminante y estruendoso, como una erupción volcánica en mitad del desierto, un pensamiento inmovilizó a Ascalis: si la noticia llegaba a oídos de Ania, corría el riesgo de que todo cuanto habían conseguido, todos aquellos años de preparación y adiestramiento, reprimiendo la venganza mientras soportaban los abusos del invasor, todo, todo lo logrado, se perdería en un fugaz instante. Porque ella, aun odiando como odiaba a los romanos, siempre dispuesta a ser la primera en cortar de cuajo las criadillas de los generales, no sería capaz de enfrentarse a su hermano de sangre, que estaba vivo y solo quería volver a estar a su lado. Y si además era cierto que Ahenobarbus seguía con vida… ¿Qué le harían en caso de que él se

negase a detener la batalla? Ella se imaginaría su sufrimiento en cautiverio y lo convencería de que lo mejor sería huir y abandonar a su pueblo ante las fauces del enemigo.

Gorhum, que percibió una ligera turbación en el joven rey de los mauros, retomó la palabra.

—Comprendo tu posición, pero al menos deja que me lleve a Ania. No hay tiempo para idear otra cosa que no sea una huida silenciosa antes del alba.

Gorhum le guiñó un ojo de la misma forma que se lo guiñaba a su señor Facio ante una treta bien ejecutada.

—No —dijo Ascalis abstraído, sumido en recuerdos, imágenes y palabras de Ania referidas a la guerra. ¡Ella la deseaba tanto! Deseaba tanto la venganza que sería como enterrarla en vida si accedía.

—¿No? —se sorprendió Gorhum.

Ascalis dejó de mirar la estatua de Baal Hammon, situada en una hornacina y entre dos pebeteros en llamas, y se le acercó aún más, casi a un paso de distancia.

—Aunque resulte tentador, no puedo permitir que se la aparte de mí porque ella jamás me lo perdonaría. Ella tampoco se lo perdonaría. Y, tan seguro como que el sol saldrá en pocas horas, si Ania tuviera a su hermano delante, le diría que se le uniera contra los que destrozaron a su familia en Itálica.

—Hablas como un rey egoísta que por orgullo verá morir a todo su pueblo. ¡No quedará ninguno en pie para alabar tu nombre!

—Todos hemos de morir. Unos antes y otros después, pero libres. ¿Conoces la libertad, germano? ¿De dónde procedes? No es difícil reconocer la historia de un guerrero que se alía con los romanos. —

Ascalis lo miró como se mira a un renegado, y sin darle opción a contestar, continuó—. Tal vez conozcas otro tipo de libertad. Quizá tu historia sea distinta a la de mi pueblo. Probablemente, se lo debas todo a Roma y a tu señor, pero ese no es el caso de los míos, porque los míos prefieren ser masacrados a tener que vivir esclavizados en su propia tierra. Así pues, y dudando de que mi padre pueda traicionar a los mauros, dile al general, a aquel que un día fue mi hermano y amé, que si desea salvar a su hermana Ania, retroceda con sus legionarios.

Gorhum no agachó la cabeza. Aunque las palabras de Ascalis parecían buscar la culpabilidad de un traidor, en absoluto se sintió herido por servir al enemigo de su pueblo. Nunca le dolieron las vidas de los cuados que llegó a eliminar; sin embargo, tampoco sentía lealtad hacia nada que no fuera su señor. De hecho, traicionaría a Roma si Facio se lo pidiera. Él, por deuda de sangre, se debía a Horacio, y tras su muerte, servía al hijo que por herencia recibió el honor y el deber de cumplir las órdenes del césar.

Gorhum, que miraba a Ascalis como podía mirar a Facio, asintió. En momentos así, de inconsciencia por tozudez, no lo veía como un rey, ni tampoco vería a su señor como un poderoso general. Él, que podía ser incluso el abuelo de ambos, le clavó sus pequeños ojos con afectuosa obediencia y tuvo la nobleza de no replicarle.

XXXVI

Sino la vida

Facio estaba a punto de estallar de furia. Desde que se encontró con su padre, se hallaba ante una encrucijada de imposible salida si se pretendía alcanzar un final feliz.

En una peligrosa misión, había enviado a Gorhum para convencer a sus hermanos de que la única manera de reencontrarse era detener al ejército mauro ante Itálica. Debía comunicarles que su padre había sobrevivido milagrosamente en Singilia Barba, y revelarles que bajo la ancha manga de su túnica para la curia, tenía un plan de huida para todos ellos.

El cuado, hombre de lealtad infinita al apellido Catulo, también debía advertirles de su inevitable derrota; sin embargo, aún estaban a tiempo de salvar a su pueblo. Cabía la posibilidad de recibir el perdón del césar porque, si bien necesitaba barrerlos de Hispania, de ninguna de las maneras quería su exterminio. Aquel simple detalle, pero que definía muy bien cómo era Marco Aurelio, se lo dejó claro el día que lo nombró general de la VII en Germania.

Habían pasado dos lunas y Gorhum no daba señales de vida. Tampoco habían llegado mensajes de posibles negociaciones para intercambiar rehenes, ni siquiera por su propio padre que, aunque

había procurado que estuviese a buen recaudo, en definitiva, se estaba pudriendo en una jaula plagada de chinches, moscas y mosquitos.

¿Cómo explicarle a Nevio que sus hijos no acudirían en su rescate? Entonces, Facio barajó varias suposiciones. Mezcló la corazonada de que algo malo le había sucedido a Gorhum con la idea de que ya ni siquiera estuviera vivo, y solo porque Ascalis y Ania, en todos aquellos años apartados de la civilización romana, se habían convertido en extraños seres sin escrúpulos.

Pero ¿por qué dudaba? ¿Acaso no había visto en los ojos de su padre que todavía era capaz de morir por él? A Facio se le encogía el corazón cuando recordaba cómo le habló de lo increíbles que eran Ania y Ascalis. De cómo en las lejanas tierras cálidas de África habían crecido de la mano, anhelando el sueño que se estaba consiguiendo. De cómo lo que se consideraba amor de hermanos, rápidamente se transformó en un puro sentimiento de amantes. Que todavía se le aparecía la imagen de Silvia, su madre, en lugares y momentos inesperados del día o de la noche, para recordarle que era un hombre afortunado por tenerlos a su lado. «Y ahora te tengo a ti, Facio, hijo mío. Es como si tu madre me hubiera conducido hasta aquí para que nos reencontrásemos».

Fue repasando las palabras de Nevio referidas a sus hijos y desechó aquella imagen desagradable, poco creíble, sobre sus hermanos. Porque Nevio sería incapaz de inculcarles esa malicia para que se volviera contra ellos mismos, y porque entre barrotes pudo ver los vidriosos ojos de un padre que, aunque convertido en bárbaro y adorador de otros dioses, no distaba demasiado de aquel padre bueno y excesivamente protector de su rebaño que él

recordaba. Había conocido naciones germanas cuyas costumbres tribales le ponían la piel de gallina; sin embargo, todas ellas coincidían en que un progenitor educaba a sus hijos en el respeto y el amor por los de su misma sangre. Facio, si algo tenía claro, era que su padre todavía lo amaba tanto o más de lo que lo amaba él.

Y al pensar en la «sangre» fue cuando Facio, sin noticias de Gorhum, tomó una decisión. No esperaría más la respuesta de los mauros y dudaría de Ascalis. Primero, porque en realidad no llevaba su sangre y no se vería arrastrado por el poder que ese sentimiento ejerce en los bien educados, ya fueran romanos, africanos o de cualquier lugar. Y segundo, porque siendo rey, probablemente no le quedara más opción que acabar lo que había empezado en África.

Un escalofrío le recorrió la espina dorsal cuando se imaginó teniendo que enfrentarse cuerpo a cuerpo con sus hermanos. Y sintió una puñalada entre las costillas cuando, con la nitidez que a veces le traían los dioses antes de una contienda, vio a su padre desafiándolo en el campo de batalla.

Esa noche, los búhos ululaban cuando, acompañado de cuatro de sus hombres, Facio se presentó de nuevo ante su padre. Su capa rojo púrpura ondeó con la suave brisa y sus ojos oscuros se concentraron en él.

—No veo otra solución, padre —dijo—. No me ha llegado respuesta y me temo que Gorhum ya no regresará. Estos cuatro legionarios son mis mejores hombres, ellos te llevarán a un lugar lo bastante apartado como para que no puedas tomar parte en la batalla. Ya sea por tus dioses o por los míos, no puedo hacer más.

He pensado mucho en lo que me contaste de esa mujer, la esposa del asesinado, y en por qué te liberó. Dudo que los dioses te quieran mal, padre; es más, creo que todos ellos, los tuyos, los míos e incluso aquellos a los que jamás oraste, quieren estar de tu lado. Por eso estoy convencido de que nos volveremos a ver.

—Te equivocas al igual que se equivocó aquella mujer, pues solo conseguís que se alargue mi sufrimiento. Yo también he reflexionado y, poniéndome en tu lugar, te doy las gracias porque sé el riesgo que corres liberando a un preso de guerra como lo soy yo. Todo lo que has logrado ha sido por méritos que están al alcance de muy pocos. —Lo miró emocionado, y alzando el mentón añadió—: Estoy muy orgulloso de ti, hijo mío.

Nevio abrazó a Facio. Lo estrechó con fuerza, como cuando era un niño y lo felicitaba por haber llevado bien el rebaño él solo, por haber mostrado a su hermana cómo regresar a casa o por haber escogido la leña de la mejor calidad. También por cómo quería a los animales de la casa y cuidaba de las higueras, los ciruelos, los granados y los almendros. Pero, sobre todo, por ser un excelente hijo y no haber olvidado a su madre, la mujer que le diera la vida.

Nevio, entre los pertrechados legionarios, se fue distanciando hasta que los ojos titubeantes de Facio lo perdieron de vista. Se adentró en un bosque y un río lo llevó lejos, en sentido opuesto a donde, en horas, la VII entera sería movilizada para enfrentarse a sus otros hijos.

Facio apartó con lentitud la mirada. Se quedó un instante absorto frente a la jaula abierta y vacía, en donde tan solo un momento antes, con la serenidad de la noche y el esporádico ulular de los búhos, su padre le hablaba.

«Vacía —se dijo—. Una jaula tan triste y vacía como lo estoy yo».

Facio la veía vacía. Sin embargo, si hubiera entrado… Si la hubiese rodeado… ¿Cómo imaginar que aquella jaula contenía los oídos de los espías de Mastán de Rusadir?

Aquella noche, como iban a pie, no cubrieron una gran distancia, solo se limitaron a perder de vista el campamento. Luego, con el despertar de los pájaros cantores y las ardillas saltarinas, los cinco hombres recalaron en una pequeña aldea que había sido devastada por los mauros.

Uno de los legionarios miró a Nevio con acidez, su expresión desagradable le preguntaba si era eso lo que hacían los mauros con los inocentes. A lo que Nevio le respondía con otra expresión desabrida, de quijada tensa y frente arrugada, que aquello era la guerra y los inocentes pagaban por lo que hacían sus amos romanos. Era la crueldad de Roma la que provocaba el levantamiento de un pueblo honesto como era el africano.

Otro de ellos, un legionario más veterano de palabras suaves que parecía ser más interesante que el resto, bebió de un pellejo y después se lo ofreció.

—¿De verdad eres su padre? —preguntó intrigado.

—Sí —contestó Nevio, lacónico.

—No es de nuestra incumbencia, ya nos lo dejó claro el general y solo cumplimos sus órdenes. Pero es que no me lo puedo callar. —El veterano lo miró de arriba abajo y luego dijo—: No te pareces en nada a él.

Nevio le dedicó esa mirada tan suya de cuando llevaba a pastar a las cabras y disfrutaba de la paz de una colina, un llano o la ribera de un río. Era una mirada pacífica, cargada de buenos recuerdos que siempre lo dejaban en calma.

El grandullón, con arrugas en la cara y guedejas grisáceas, no dijo nada más. Desvió los ojos, incrustados en cuencas moradas por el insomnio, y los clavó en el horizonte de luz.

—Te dejaremos allí. —Señaló con el *pilum* un pliegue no demasiado abrupto—. Nosotros hemos de regresar cuanto antes.

—Eso es —dijo el de expresión áspera—. Si tenemos suerte, podremos contribuir en la batalla.

Nevio respondió con una macilenta sonrisa. Parecía enfermo. Febril.

—No llegaréis a tiempo a no ser que llevéis caballos. Si no me equivoco, vuestros compañeros partieron en cuanto nos fuimos. Seguramente ya se hallen en Hispalis.

—Pienso lo mismo —dijo el veterano—. Además, llegaríamos agotados. ¿Crees que el general Facio dejará que nos unamos a la fiesta con las piernas destrozadas?

—Eso es cierto —dijo otro—. Si la cosa va bien, que nos irá —miró de soslayo a Nevio—, nos permitirá disfrutar de unas vistas maravillosas a su lado.

El ascenso parecía poco pronunciado, pero cuando tomaron la cima volvieron a beber del pellejo. Abajo se veían las copas verdes de unos pinos frondosos y el plateado de un agua estancada que, a modo de boca, daba la sensación de mostrarles una sonrisa de bienvenida.

—Se acabó —dijo el veterano con las piernas cargadas—. Desde aquí veremos cómo te alejas y te adentras en esa agua. No creo que sea profunda y te permitirá acortar el camino hacia los árboles.

—Parece un agua limpia —dijo otro mirando a Nevio.

—¿Por qué me miras así, soldado? ¿Es que piensas que necesito un baño?

Todos rieron excepto Nevio. Quien más y quien menos estaba necesitado de una buena friega en las ingles y los sobacos, y con aquellas risas quisieron expresar cercanía hacia un hombre que con su sola apariencia daba la sensación de liderazgo. Se trataba del supuesto padre del general y este lo alejaba de su lado para no tener que matarlo. Quien no pensase que la vida era una partida de dados y que los dioses eran unos hijos de puta que hacían del ganador un mísero desgraciado, es que no conocía la historia del cabrero romano. Pero Nevio se mostraba sobrio y distante. En lo único que pensaba era en cómo llegar a tiempo a una batalla que, dando igual quien venciese, él ya la había perdido.

Nevio descendía mientras los cuatro legionarios lo vigilaban. Iba despacio, sorteando piedras y crujiendo el pescuezo cuando un espeluznante alarido lo hizo girarse. Lo primero que pensó fue que serían ladrones o asaltantes de caminos, pero aquel aullido… Era el chillido agudo característico de los jinetes mauros en el momento de la embestida, y todo indicaba que se trataba de una persecución.

Con la luz a sus espaldas, como vacilantes sombras sobre una cima pelada, el legionario veterano clavaba las rodillas en tierra atravesado por varias flechas, y los otros, aunque saeteados, se mantenían en pie a la espera del inminente choque de los caballos.

Nevio hizo amago de ir en su ayuda, pero adivinando lo que de inmediato iba a acontecer, salió corriendo hacia aquellas aguas estancadas que daban la apariencia de ser poco profundas.

Eran cinco jinetes con el distintivo de Rusadir, y Mastán los había enviado para… ¿asesinarlo? Habían esperado el momento justo de la separación para atacar, y eso le decía que la intención no era precisamente la de acabar con su vida de inmediato.

Nevio alcanzó las aguas suponiendo que lo querían apresar para utilizarlo como intercambio. Incluso se planteó la idea de entregarse sin oponer resistencia, pero ¡cuál sería su sorpresa cuando una flecha le pasó rozando las greñas, y otra más se le clavó en el antebrazo! Con el grito de dolor, se detuvo para mirar atrás y vio la figura del jinete que no se había entretenido con los legionarios. Iba a por él y su rostro mauro claramente expresaba temor, incertidumbre, o cuando menos respeto. Aun así, estaba decidido a matarlo.

Se trataba de los asesinos de Rusadir, que vestían siempre de negro, y este no había errado el tiro. Había calculado el lugar exacto donde quería que se clavase la flecha para detenerlo. Entonces Nevio pensó que Mastán había enviado a aquellos hombres para torturarlo. Que deseaba darle un final horrible porque, desde que se conocieron en el desierto de África, había sido un obstáculo para él, una espina en sus maquinaciones. Y ahora que no había logrado su propósito del intercambio con los rehenes de su pueblo, no soportaba tener a un líder guerrero como Nevio suelto, incontrolado y, sobre todo, vivo.

—No voy a resistirme —dijo Nevio sin fuerzas en mitad de las aguas, inmovilizado por el abundante lodo que se le pegaba a las

sandalias—. No tengo por lo que luchar. —Abrió los brazos, uno de ellos traspasado por una vara acabada en punta de hierro.

El mauro miró para atrás. Viendo que sus compañeros se habían detenido para cercenar las cabezas de los legionarios, destensó el arco. Luego, muy despacio, lo sujetó a la grupa de su caballo y enarboló una espada curvada. Era como si quisiera llevarse el mérito para decirles a los demás que él fue quien separó la cabeza de Ahenobarbus de su enorme cuerpo; el gran guerrero propulsor de la revuelta de Mauritania contra los romanos.

Nevio cerró los ojos. Mientras se le acercaba, se hacía un ovillo grande y pacífico. Las aguas se movieron y una onda le llegó dulce a las rodillas. Se fue inclinando para aceptar poco a poco el pegajoso lodo y la frialdad del líquido que le subía por las piernas, a la vez que replegaba las alas y se las unía en el pecho. Agachó la cabeza y sintió el acero en su cuello. Todo parecía acabar ahí. En un segundo, su cabeza caería en esa agua estancada con peces que se alimentaban de la nada, y cuando vieran su carne ensangrentada en el fondo, se darían un festín.

Algo hizo detenerse al mauritano. La espada quedó suspendida en el aire porque algo o alguien se había asomado por la orilla opuesta. Nevio puso atención en el sonido que le traía el viento, como cuando era cabrero y dependía del clima para poder sacar a las bestias. Entreabrió los ojos y distinguió un carro tirado por al menos dos caballos y un montón de mujeres. Se habían detenido bastante cerca y al ver la escena se habían asustado. Daban marcha atrás y se adentraban en el bosque.

Nevio fue rápido. Un soberano empujón lanzó al mauro lo bastante lejos como para incorporarse, separar las rodillas del lodo y

echarse encima de él. El peso mismo de su cuerpo sería suficiente para ahogarlo, pero no había tiempo, porque los cuatro jinetes bajaban veloces desde la cima. Con sus manos, le rompió el cuello como se lo rompía a los conejos y corrió hacia el caballo. Agarró el arco y disparó. No fue un disparo a la desesperada, aunque tampoco le dio tiempo a concentrarse. Sin embargo, imitando a su hija Ania en los entrenamientos de Volubilis, acertó. Y luego, acertó otra vez. Ya solo quedaban dos y estaban demasiado cerca, casi a un par de zancadas de distancia, y se la jugó. Nevio soltó la cuerda del arco y el proyectil impactó en uno de los caballos, que se encabritó y arrojó al suelo al jinete negro. Ahí fue más fácil ensartarlo con la última de las flechas que poseía.

De inmediato, y veloz como un relámpago, el metal del último de los hombres cortó su carne en el mismo brazo en donde tenía atravesada la flecha.

—¡Por los demonios romanos y africanos! —gritó Nevio de dolor—. ¡¿Acaso pretendéis que este brazo quede inservible?! ¡Yo os maldigo, malditos hijos de puta! ¡Aquí me tenéis de nuevo! ¡No podréis conmigo! ¡¿Me oís?! —Miraba al cielo—. ¡¿Me estáis oyendo?! ¡A qué dioses queréis que me entregue!

Nevio, sin más armas que el arco sin flechas, reía y gritaba enloquecido ante un jinete que, en mitad del agua, no tardaría en repetir la embestida.

Sobre el caballo, este observaba los cuerpos abatidos de sus compañeros de fechorías, pero también de buena camaradería al servicio directo de Mastán. Luego miró a Nevio con la mirada más feroz encontrada en una jauría de perros y, con ira desmedida, lo apuntó con la espada y espoleó al caballo.

Nevio, que se situó de lado, arqueó las piernas, se inclinó y adelantó el tronco para ofrecer el mejor de los saltos. Era un movimiento suicida, pero se lo había visto hacer a los astures cuando era legionario y le había tocado manejarse con su brava raza.

El caballo, frenado por el agua y el adherente lodo, no alcanzó demasiada velocidad, y cuando el jinete blandió la espada, Nevio no saltó, sino que se impulsó por debajo del animal hacia las patas traseras. Nevio se llevó un gran golpe en la espalda, pero el caballo, falto de equilibrio, cayó al agua.

Nevio, aturdido, se incorporó. Estaba mareado y no solo se debía al golpetazo contra el animal; también perdía mucha sangre por la herida de su brazo izquierdo. Aun así, viéndose a unos pocos pasos de su adversario, y totalmente vencido, Nevio fue capaz de decirle:

—Ven. Sé que no me tienes miedo. Serás un digno y último rival para mí.

El africano, de vestimenta tan negra como la noche, se cubrió la boca y la nariz con el pañuelo que llevaba al cuello. Probablemente le estuviese indicando que lo respetaba y que lamentaba tener que atravesarlo con su acero. O no quería mancharse la boca con la sangre de su enemigo, porque quizá era la forma que tenían los de Rusadir de cumplir una orden de asesinato. La cuestión era que todos los enviados por Mastán, menos uno, habían sido abatidos. Uno que avanzaba lento y seguro mientras Nevio lo esperaba tambaleándose.

Nevio frenó el ataque con la mano que le quedaba sana. Sostuvo el antebrazo del mauro un tiempo que fue de agonía porque, teniendo que ver cómo la hoja poco a poco se le iba aproximando al

estómago, él ya no tenía capacidad para repelerlo. Ya no le quedaban más trucos, ni tampoco fuerzas para mover otra cosa que no fueran la lengua seca, los dientes y los ojos, que miraban al enemigo con la esterilidad del moribundo. Y entonces miró hacia arriba para toparse con un sol limpio de nubes, brillante y potente que acabó cegándole. Nevio era un hombre sin Dios, y de nuevo se negó a acceder a su ruego.

—No —dijo con la boca reseca por detrás de sus barbas de canas amarillentas—. No accederé a ti y menos ahora, en mi último aliento.

Pero aquellos seres del cielo o del infierno, según los cristianos a los que nunca le interesó conocer, debieron de pensar que Emilio Nevio, a punto de convertirse en carne para los cuervos, todavía podía servirles en un futuro inmediato; porque la punta de aquel metal que por momentos parecía que se le iba a incrustar por debajo del ombligo comenzó a retroceder y a resbalar de las manos de su enemigo. Nevio bajó la cabeza e intentó averiguar qué estaba ocurriendo. Cegado, no se daba cuenta de que en la espalda del mauro había tres flechas y una más estaba a punto de clavársele. No podía ver los ojos sin vida del mauro como tampoco a la mujer que con una puntería infalible se encontraba en la otra orilla con un arco entre las manos.

—¡Ayudadle! —ordenó la arquera, y de inmediato cuatro jóvenes mujeres chapotearon por la charca.

Nevio, que veía borroso y sentía que en poco menos de un suspiro se desplomaría, se dejó hacer. Permitió noblemente que lo agarrasen

por las alas y, como si fuera un pájaro herido sin vuelo, lo remolcasen hasta la orilla y allí lo tumbaran.

—¿Sois ángeles o demonios? ¿Qué sois? ¿Silvia, estás ahí?

Una partió la flecha de su brazo y otra sacó la vara sin miramientos. Al instante, taponaron el agujero con telas que rompieron de sus vestiduras. Las cuatro se miraron pensando lo mismo: aquel trozo de carne sesgado sangraba profusamente y debía examinarlo la madre Pricila.

A Nevio las cuatro caras de las esclavas que lo rodeaban le parecieron idénticas a la de su Silvia. Hablaba entre delirios y suplicaba no regresar al mundo de los vivos porque quería permanecer en aquel estado tan divino definitivamente, con ella. Con los pequeños espasmos de la fiebre, Nevio terminó por cerrar los ojos y parecía un muerto feliz en un viaje eterno junto a la mujer de su vida.

Pricila se cruzó el arco a la espalda y tomó de la mano a Adriana, que se encontraba en el carro. Esta, que de lejos había reconocido al hombre que un día fue cabeza de turco para el logro de sus ambiciones, lo había vuelto a salvar. Aquella vez, por designios que ahora rechazaba, lo libró de una muerte segura en la cruz, cuando soltó sus cadenas frente al templo de Trajano, porque Gallo y los sacerdotes menores lo tacharon de asesino y confabulador junto con los miembros más radicales del cristianismo; aquellos que vestían de oscuro y levantaban la mano contra Roma para imponer su credo. Y ahora… ¿Qué extraña fuerza poseía aquel cabrero para cruzarse de nuevo en su camino? ¿Sería la persona encargada de conducirla hacia el lugar imaginado? ¿Un lugar apartado al que ni tan siquiera pudieran llegar los dioses?

Mientras unas fueron a por leña y otras buscaban hojas anchas y ungüentos medicinales para la herida, Adriana se acuclilló y después se arrodilló para contemplar su figura. Le despejó la frente y con los pulgares le limpió los prominentes pómulos que le sobresalían de la cara. En el agua estancada de la orilla mojó los dedos y con dulzura los pasó por sus agrietados labios. Se sintió tentada. Era un guerrero tosco; sin embargo, no exento de carisma y nobleza en sus rasgos, y se le presentía un gran corazón. En su aura se confirmaban las sospechas de que había sufrido mucho, y buena parte de su sufrimiento había sido por culpa de ella.

«Nunca debiste pasar por este martirio. Nunca me perdonarás el haber sido una de las personas que provocaron tus tormentos».

Adriana pensó que si llegara a enterarse, probablemente no tendría piedad con ella. La estrangularía y la arrojaría al fuego como un leño. En cambio, fue un pensamiento que no le dio miedo.

—No seré yo quien te dé la muerte, sino la vida —dijo.

Se inclinó un poco más y le besó los labios.

XXXVII

La manifestación de Lotus

Mientras que fuera de las murallas el pueblo de Itálica se enfrentaba a los mauros, la mayoría de los patricios escapaba con carros llenos de objetos preciosos por las puertas traseras.

Lotus dudaba. Era imposible no sentir miedo ante la apabullante superioridad de los africanos, y su miedo se hizo más grande cuando vio a unos hombres asaltando casas y tenderetes abandonados.

—¡Lidia! ¡El niño! —gritó con preocupación.

Primero anduvo ligero, deteniéndose en las esquinas para no llamar la atención, pero después, con el silbido de los peñascos catapultados que sobrevolaban el cielo de la zona baja de Itálica, comenzó a correr.

Lotus temía por Lidia, pero no solo por aquellos desertores que habían esquivado a la guardia romana. No, esos eran unos oportunistas que, de la forma que fuese, intentarían sacar de Itálica un suculento botín. Si Lotus corría como un loco era porque la noche anterior había cometido el mayor de los errores y una agridulce incertidumbre le carcomía por dentro.

Sin dejar de correr, recordó cómo al despedirse de Lucio y ver en sus ojos la certeza de la derrota, todo su mundo pareció acabarse.

«Cuida de Lidia y de mi hijo Maximino», le dijo. Con aquellas palabras sintió que caía a un precipicio de oscuridad.

Todo apuntaba a un trágico final, y se dio cuenta de que no había vivido. En ese preciso instante palpó algo húmedo en su bolsillo. Era el pedazo de manzana que le brindaron las mellizas, y comenzó a dar pasos torpes por la confusión.

Lo que siempre fue nítido ahora se emborronaba. No se reconocía. Un nerviosismo le recorría el cuerpo entero y no le dejaba pensar con claridad; y le faltaba el aire. Imaginaba constantes frotamientos y penetraciones, y percibió un enojoso calor en su miembro erecto, como si estuviese en contacto con el fuego de una fragua.

Se dirigió al ala en donde habitaban los esclavos y los libertos de la *domus*, y mientras cruzaba el jardín, repasaba en su mente antigua los motivos que le animaban a aprovechar el momento: «*Carpe diem*», se dijo recordando la oda de Horacio, y atendiendo a la voz del deseo, bordeando el atrio, subió por las escaleras que le llevaron hasta las mellizas.

Sudado, Lotus llamó con premura. Un demonio se había apoderado de él y estaba dispuesto a ejercer la fuerza. Cuando pensaba que tendría que derribar la puerta para entrar, Belonia y Varinia, de miradas escépticas y figuras capaces de desbaratar al más severo de los dioses, fragantes, aparecieron frente a él.

De inmediato, con la vaga luz de los pebeteros al fondo, Lotus les mostró el pedazo de manzana ensalivada en la palma trémula de su mano. Era como si de esa forma pueril estuviese aceptando una invitación deshonrosa, prostituida, solo para su uso y disfrute.

Para su sorpresa, ninguna abrió la boca, como solía ser costumbre, pero ambas esbozaron la sonrisa de la impudicia al

tiempo que las cuatro manos lo agarraron y tiraron de él. Lotus no podía creer lo que estaba a punto de suceder.

Vestían túnicas de fina tela para dormir, y los escotes dejaban entrever dos sugerentes pechos pequeños con los pezones excesivamente marcados. Lotus respiraba entrecortado mientras veía cómo las dos desliaban sus cinturones y le cogían las manos para que los masajease.

—Sabemos que nos deseas —dijo Belonia, y miró a Varinia.

—Sí, hermana, es cierto. Lotus nos desea desde que nos descubrió espiando al legado.

—¿Nos deseas, Lotus? —dijeron a la vez.

—No sabéis cuánto. Daría todo lo que tengo por yacer con vosotras aquí y ahora.

—¿Darías tu sangre? ¿Darías tu falo?

Una vez desnudas, lo empujaron con una fuerza brutal para que cayera en la cama.

Varinia se introdujo un dedo en su horno azabache y, tras removerlo, le dio a probar. De inmediato, Belonia agarró un barro y le sirvió vino.

—Toma, bebe. Con este vino disfrutarás más.

—¿Qué contiene? —preguntó acalorado.

—Bebe y disfrutarás como un cerdo en una charca de lodo. Chorros de saliva caerán lentos por nuestras pelvis y tu verga de hierro nos golpeará hasta la extenuación —dijo Varinia preparándose para sentarse sobre él a horcajadas.

—Y todo se hará por un secreto que guardas. Tan solo por una revelación que nos dará alivio a mi hermana y a mí —dijo Belonia—.

Mucha liberación —repitió lamiendo su cara desde la oreja hasta la barbilla.

—Bebe, buen Lotus. Bebe y dinos por qué discutían el legado y la viuda de mi padre —dijo Varinia mientras veía cómo el rojo vino rebosaba de la boca de Lotus.

Lotus seguía corriendo, dando largas zancadas en dirección a la *domus*. De pronto, ante sus narices, una ráfaga de roca y fuego se estrelló contra la pared oeste del templo de Trajano.

—¡Ayuda! —gritó una voz reconocible.

—¿Gallo? ¿Eres tú? Por los dioses, ¿estás vivo?

Logró rescatar de entre las piedras el pesado cuerpo de Gallo.

—Vete, Lotus. Todos están abandonando Itálica. Esto es un hervidero de aves de carroña y quedarse es muy peligroso. He mandado a los sacerdotes que huyan llevando consigo a mi esposa. Saca a Lidia de aquí y todo lo que haya de valor en casa de Valerio porque pronto entrarán los mauros y no habrá romano que les plante cara.

—Pero ¿y tú? ¿Qué harás? Ya has visto tu templo caer en pedazos. ¿Te quedarás aquí para morir?

—Yo no puedo irme. No mientras los dioses me sigan hablando. Recuerda que la VII viene de camino y Marte los guía hacia la victoria. Yo seré como un faro para lanzarles la luz. Para decirles que aquí continúan palpitando sus dioses.

Cuando Lotus llegó a la entrada de la *domus*, no había guardia y dos esclavas salían corriendo espantadas. Agarró un madero apostado en la pared y se adentró en silencio.

De repente, el llanto de Maximino lo detuvo.

—¡Lidia! ¡Lidia! ¿Dónde estás?

Tras atravesar las *fauces*, en el atrio, dos hombres con buenas túnicas cargaban con sacos. Estaban de espaldas y eran corpulentos.

—¿Qué hacéis? ¡Dejad eso ahora mismo y largaos! ¡Esta es la casa del legado!

Desvelando sus rostros, Lotus vio que se trataba de dos jóvenes que cualquier madre consideraría bien criados.

—Yo os conozco. Vosotros sois los desvergonzados del otro día, los de la manzana. ¡Largaos si no queréis que os muela a palos! ¡El legado regresará y tened por seguro que os crucificará por ladrones!

Lotus achicaba los ojos mientras su mente, a una velocidad vertiginosa, intentaba atar cabos.

«¿Y las mellizas?».

Desde que comenzó el día, las náuseas del arrepentimiento no le habían dado tregua. Se le mantenía el dolor de la verga y los testículos del mismo modo que el dolor de cabeza por aquel endemoniado vino. Era pensar en ellas y tener la necesidad imperiosa de olerse las yemas de los dedos. Algo que lo perturbaba porque el intenso aroma del interior de sus sexos no llegaba a desaparecer. Y él quería olvidarse de todo. De todo lo que se hizo y de todo lo que se habló en esa maldita noche de lujuria.

El niño lloraba y Lidia no respondía.

—¡Lidia! ¿Estás bien? ¿Estás con el niño? —vociferaba.

—La casa está vacía —dijo uno—. Será mejor que des media vuelta y te vayas.

Los jóvenes dejaron los sacos, sacaron dos cuchillos afilados y apretaron la empuñadura con fuerza.

Lotus escuchó pisadas y miró hacia atrás. Tal vez debería irse y pedir ayuda, pero el niño lloraba con más brío y Lidia seguía sin contestar.

«No —se dijo convencido—. No me iré de aquí sin ellos».

El fiel sirviente soltó el madero. Tenía los ojos brillantes, llenos de resolución. Quería a Lidia. Quería al bebé. Y por encima de todo amaba a su señor Lucio Valerio.

—Solo quiero llevarme al niño. Luego me iré.

Mentía. Había dado su promesa y no se iría sin Lidia. No se iría sin luchar.

En ese momento, las puertas de la casa se cerraron y las caras de los jóvenes se tensaron. Uno de ellos, el de aspecto más rudo, adelantó dos pasos y dijo:

—Ya es demasiado tarde. El tiempo de ruego ha terminado. Quienes tienen que decidir, ya han decidido.

XXXVIII

En las murallas

El pueblo de Itálica retrocedía y era aplastado a los pies de sus murallas; masacrado por un pueblo africano que luchaba por su libertad, deseoso de sangre romana.

Cuando los arqueros de Itálica desde sus defensas de piedra bajaron los arcos, ya no había empuje ni decisión alguna para frenar a la muchedumbre maura. Era una avalancha contra gentes que no habían empuñado una espada o una lanza en la vida, y caían al suelo, pisoteados y rematados, mientras retrocedían buscando que Itálica les abriera sus puertas.

Tito y Marcelo, en la última fila y a poca distancia de la entrada, al ver los primeros síntomas de huida comenzaron a aporrear las puertas. Dieron voces de alarma, que se convirtieron en gritos de pánico cuando labriegos, pastores y artesanos se les fueron uniendo.

—¡Abrid las puertas! —vociferaban desquiciados—. ¡Abrid las puertas o moriremos todos aplastados!

Con la aproximación de los mauros, los arqueros volvieron a la carga, y los encargados de abrir las puertas tenían orden de no dejar pasar un alfiler, a no ser que Lucio Valerio en mitad de la vorágine dijera lo contrario.

En cuanto Tito y Marcelo sintieron el primer empuje, empezaron a utilizar sus lanzas.

—¡Quietos! ¡Quietos! —amenazaban con temor, y otros tantos alguaciles los imitaron—. ¡Alto! ¡Deteneos! ¡Apartaos de aquí, animales!

Quienes empujaban eran las gentes del campo, mujeres y hombres que pagaban altos impuestos y que, dando las gracias, debían mantener la mirada gacha ante sus amos, no fuera a ser que les violaran a una hija, una esposa o simplemente, por puro capricho, les expulsaran de sus tierras.

Una mujer que trabajaba para ellos no se contuvo. Había sufrido vejaciones horrendas y apechugó por el mero hecho de que no las tuvieran que soportar sus hijas. Sujetó con furia la lanza de Tito y lo miró a los ojos.

—¡Puerco! —le gritó con desgarro.

Y le soltó un escupitajo que le alcanzó la frente. De inmediato, las manos de otras mujeres la ayudaron. Desviando la lanza, llegaron hasta su horrenda cara, en donde se ensañaron con las uñas negras y los dientes ensalivados. Lo pisotearon y lo aplastaron con el peso de sus cuerpos como hacía la muela con el grano de trigo.

Marcelo tuvo un final más rápido. Sin previo aviso, un hombre armado con una jabalina lo ensartó dejándolo clavado en las mismas puertas de la muralla.

Para muchos fue una venganza, pero poco disfrutaron de ella porque, en cuestión de segundos, la muralla se llenó de itálicos que buscaban escapar de las garras de los mauros. Empujaban y, con las manos hacia arriba, pedían a los arqueros que les abrieran las puertas.

Druso, sobre un carro de guerra, amparado por un destacamento de caballería, atacaba por el ala derecha mientras que por la izquierda lo hacía Sosus con la infantería ligera. Y por el centro, el rey Ascalis y la reina Ania, con la infantería pesada, alentaban a la gran horda de mauros: mujeres, hombres y niños que los habían seguido desde Mauritania.

Como Lucio Valerio no daba la señal acordada para que abrieran el portón, un círculo mauro comenzó a formarse en torno a los que todavía les plantaban cara en el centro de la contienda: un puñado de legionarios y de auxiliares ligeros que protegían al legado.

Paulo Graciano, montado sobre su caballo y soltando sin cesar su gladio, no se explicaba por qué el general no daba la orden de retirada. Entendía que dejar pasar al enemigo era entregarse, pero ¿es que no veía que por los flancos los estaban masacrando? Era su pueblo y les debía al menos la posibilidad de desbandarse. Incluso, y no pensaba que le restase mérito, podrían plantearse la posibilidad de escapar ellos mismos y regresar cuando la VII los alcanzase.

Al pie de las murallas, solo había agonía. Valerio, que miraba hacia atrás con tristeza, seguía adelante con esperanza. De tanto en tanto, se detenía para avistar el horizonte, justo por donde esperaba que apareciese la VII. En concreto, clavaba la vista en un pliegue suave de hierba verde clara, sobre el que reposaba un sol redondo y amarillo que ascendía lento y tan castigador para sus ojos como lo estaba siendo el enemigo mauro.

Flaco, Segundo y aquel cristiano que prestaba servicio en el ejército de Dios, todavía vivos, combatían espalda con espalda en un agujero

no muy lejos de donde estaba Paulo Graciano. En un socavón donde anidaba la muerte, Flaco machacaba con sus puños a un anciano mauro. Había perdido su gladio y luchaba a pelo con todo africano que le caía del cielo. Mauros y más mauros que saltaban sobre ellos, pero que, poco adiestrados, sucumbían en el cuerpo a cuerpo ante los tres hombres, dos de los cuales habían sido gladiadores. El cristiano, siendo incógnita, lo que sí demostraba era una fuerza y un coraje que contagiaba. La vestimenta oscura la tenía arrancada a pedazos y se le veían los grabados a cuchillo de los símbolos de su credo. Crucifijos en brazos y cuello, peces y panes por el torso, y la corona de espinas que llevaba Jesús el día de su muerte y que le abarcaba el centro justo de la espalda.

Ganaban terreno, aunque Tartos se acercaba con su infantería de élite, y en ese instante una lanza alcanzó al cristiano. Un asta larga le atravesó un muslo y, aun así, continuó combatiendo.

—¡No nos queda mucho! —gritó Segundo—. ¡La cosa se pone fea!

Miró con burla al cristiano, que se retorcía de dolor, y con la petulancia que le daba ser quien más enemigos estaba eliminando, se jactó ante Flaco.

—Será un placer que caigamos aquí muertos los dos juntitos sobre estos cadáveres que me recuerdan qué fuimos, qué buscamos y a dónde iremos, hijo mío. ¡Los Elíseos nos esperan con los brazos abiertos! ¡No des la espalda a la muerte! —A continuación, escupió a un muerto mauritano—. Con este ya son cincuenta. ¿Cuántos llevas tú, hijo?

Flaco, que en todo momento buscó la oportunidad de abandonar el campo de batalla y escapar hacia alguno de los flancos, vio que Paulo Graciano, asaltado por innumerables mauros, caía del caballo.

¿Podría esperarse mayor suerte en mitad de aquella escabechina? En uno de esos parpadeos con sangre en las pestañas, pudo ver cómo remataban al cristiano por la espalda y cómo, ya en el suelo, rebanaban el cuello del centurión Graciano. Entonces buscó a Segundo. Su rostro seguía siendo igual de repugnante; sin embargo, atisbó un poco de limosna en sus ojos cuando, en el último de sus suspiros, pareció indicarle que fuera a por él. El caballo se había quedado sin dueño y le decía que no se lo pensara.

«Es tuyo. No lo dudes. Sube y galopa sin mirar atrás. ¡Huye, maldito cobarde, hijo de las mil putas!».

Poseído por la juventud de sus años en la arena, Segundo continuó riendo y cortando. Dio patadas y codazos para quitarse de encima a dos, que de inmediato sumaron cuatro.

Y Flaco, ante la inminente llegada de Tartos con su pertrechada escolta, subió al caballo lo más aprisa que pudo. No tuvo tiempo de ver cómo el general de infantería pesada abría en canal a Segundo, pero en su avance avistó, no muy lejos, a los reyes Ascalis y Ania, que subidos en un refulgente carro de combate dirigían a su tropa hacia las mismas puertas de Itálica.

Poco más pudo pensar Flaco porque los hombres de Tartos se le echaban encima, pero en su intento de abrir brecha hacia el este, lugar donde la huida le parecía más fiable, también, a poca distancia, vio cómo Lucio Valerio recibía una lanzada desde arriba que se clavó en su pecho.

Otra vez la suerte estuvo del lado de Valerio, porque la punta de la lanza, después de atravesar su coraza dorada y su peto de cuero, se

detuvo a escasos milímetros de su corazón. Escupió sangre, pero no era la suya, sino la de aquel confiado mauro que creyó haber terminado con el legado de Itálica. Y al instante, mientras se limpiaba la cara con el pañuelo rojo que le rodeaba el cuello, escuchó un sonido glorioso, un sonido que le hizo cerrar los ojos con estremecimiento.

El rugido de las tubas detuvo en seco las espadas de los macenitas, las lanzas y las hachas de los númidas, pero sobre todo frenó las catapultas, que tenían órdenes explícitas de no atacar las murallas porque había que conservarlas para guarecerse de la segura llegada de la VII.

Los jinetes de Mastán, en cuña para conquistar aquellas incesantes catapultas y los onagros incendiarios, resbalaron como fuego abrasador por las suaves faldas de la campiña.

«¡Al fin! ¡Mis dioses me han escuchado! ¡La VII ha llegado! ¡Ha llegado a tiempo!».

Lucio Valerio respiró al ver cómo el águila conducía a cientos de sombras que se adelantaban al sol en el cabezo. Los contemplaba como si un sueño le trajera la mejor de las vistas, y su paladar notó el dulce y viejo sabor de la victoria.

Tubas romanas en el alto y cuernos mauros en la hondonada mezclaban sus sonidos con los gritos agónicos de su pueblo apiñado contra las murallas. Cientos de ellos morían a manos de la caballería de Druso o de Sosus, mientras que, dentro, los patricios huían dejando una Itálica hueca, vacía de normas y de todo honor posible a los saqueadores que cargaban con todo lo que podían.

Valerio no se lo perdonaría. Porque fue él quien, imaginando lo contrario, quiso asegurarse de que en la zona alta de Itálica todos

aquellos fieles patricios de casta privilegiada, magistrados, senadores, sacerdotes y jueces, con sus escoltas, protegerían el interior de las defensas contra posibles oportunistas y malhechores. Y para ello les concedió el derecho a renunciar a la batalla. Ellos, los fanáticos del imperio y de su césar, que juraron con sus nobles presencias no cejar en el empeño de mantener el símbolo más representativo de Roma, que era su colonia, sus *domus*, sus templos y las esculturas de sus antepasados; ellos, todos ellos… Jamás pensó que serían unos traidores cobardes que huirían dejando Itálica a la voluntad de los dioses.

Lucio Valerio supuso que con las puertas cerradas, tanto su mujer como su hijo, como muchas mujeres patricias con sus hijos romanos, estarían a salvo porque se resistiría hasta la llegada de la VII. Y ahora se percataba de lo cruel que había sido con las mujeres de su gobernación, dando prioridad a las patricias, privilegiadas que se escondían bajo las sedosas túnicas que les regalaban sus adinerados esposos. ¿Eso era lo que valía el pueblo para Lucio Valerio? Tenía ante sí multitud de cadáveres de gentes que habían dado sus vidas por glorificar su nombre. Eran padres de familia. Eran mujeres que, con las mismas manos que portaban un palo, un cuchillo o una espada, sacaban a los hijos de sus entrañas para seguir engrandeciendo al imperio.

El legado, mirando a su alrededor, no disfrutó del momento. Pudo ver al rey Ascalis ordenando el repliegue y no sintió placer con la victoria. Cadáveres que lo miraban, sobre todo de mujeres que le recordaban a Lidia, hicieron que sus ojos se volvieran hacia las murallas.

Lucio Valerio nunca quiso el sufrimiento de su pueblo, y ahora pagaba con creces haber tomado aquella decisión. Lotus, Gallo y el sanador de ideas heroicas lo sedujeron. Pero realmente a quien hizo caso, por y para su salvación, fue a su esposa. Todo lo hizo por ella y por su bienamado hijo. Sacrificó a su pueblo para que su sangre continuase fluyendo, y hasta se entregó él mismo a los dioses el día que les presentó a Maximino. Todo por ella, que en definitiva era por él.

Aquel pensamiento perturbó a Valerio. «Ella», se dijo. Él continuaba con vida y los dioses no se habían cobrado el sacrificio. Su cuerpo no tenía más que unos pocos rasguños y en la cabeza solo sentía la conmoción del momento.

—Lidia —dijo, como si ella lo estuviese llamando a gritos.

Necesitado de volver de inmediato a la excitación de la guerra, agarró un estandarte y montó a lomos de su caballo. La horda africana corría a reunirse en el centro de la contienda para enfrentarse a la VII con todo, y la infantería de Tartos dejaba un hueco visible, casi diáfano. Un claro en el que no vio a Paulo Graciano ni a ninguno de los legionarios o auxiliares ligeros que en todo momento lo acompañaban.

«¿Todos muertos? ¿Todos han huido?».

Incrédulo, dirigió su mirada inquieta hacia los flancos. En la zona pegada a las murallas, la caballería de Sosus y de Druso, antes criminal y sanguinolenta, ahora retrocedía veloz para enfrentarse a los caballos de Mastán de Rusadir.

A Valerio el corazón le dio un vuelco. Al percibir la veracidad del momento, pensó que sacrificando la vida de cientos de itálicos, todo

aquel mal que había hecho, le había servido para repeler al invasor, pero ante todo para salvarla a ella.

—¡Lidia! —dijo levantando el estandarte.

Esa era la orden de abrir las puertas.

XXXIX

Creyó imaginar

Facio no descendió la falda de hierba verde hasta donde fueron arrasados sus hermanos. A diferencia de lo que era normal en el general, con tristeza, no combatió y se limitó a observar de lejos la destrucción de otra nación que quería soltarse de la mano de Roma.

Por momentos creyó imaginar que era su hermana Ania, subida en un carro, quien chillaba y lanzaba flechas de fuego a quemarropa. Creyó imaginar que el hombre a su lado era su esposo Ascalis, que como un león pintarrajeado con colores de guerra iba devorando romanos uno a uno hasta que, con temeridad, logró situarse a los pies del cerro en cuya cima, solemne como una aciaga estaca, se hallaba su hermano Facio dirigiendo a la VII.

Hubo un segundo de desconcierto cuando ambos se miraron.

Facio creyó imaginar que fue cuando Vallio Maximiano le cortó un brazo y luego ordenó que lo apresaran.

—¡El general Facio los quiere vivos! ¡Traed a la reina!

Eso creyó imaginar Facio que había dicho Vallio cuando, al ver cómo se llevaban a rastras a Ascalis, agachó la cabeza profundamente apenado.

Facio creyó imaginar que aquel dolor, tan real y casi tangible, en algún momento de su vida acabaría por desaparecer. Que se irían nublando las imágenes que contemplaba y lo hacían retorcerse, del mismo modo que en Germania fue olvidando las líneas de la cara de su único gran amor, Mesalina.

En el fragor de la batalla, Ania, que ya no usaba el arco sino su lanza de muescas, no podría estar pendiente de la escudera Mesalina. Sus movimientos salvajes y certeros la permitían avanzar al tiempo que Tartos, con hacha y espada a poco más de unos pasos, la liberaba de los furiosos ataques que le llegaban por la derecha. Sin embargo, las espaldas, tan traicioneras en combate, se las guardaba el germano que dijo querer combatir contra los romanos por venganza.

—¡Avanza, germano! —le ordenaba Ania, y Gorhum, que más que a una reina veía a la hermana de su señor Facio, obedecía.

Pero ningún ejército podría tumbar a la legendaria legión VII de Hispania.

Sosus, en el flanco derecho, ya se planteaba la retirada, y Druso, que había sido víctima de la pericia de los jinetes bacuatas de Mastán de Rusadir, estaba siendo pisoteado por las pezuñas de sus caballos.

Vallio, que ansiando la fama tomó las riendas del ataque, con un brío que enardecía los ánimos de sus centuriones, situado en primera línea, hizo uso del silbato de guerra. Un pitido, y los *veterani* lanzaban sus *pila* para quebrar los huesos de los anárquicos númidas. Dos pitidos para que se agacharan y que los arqueros de

élite los acribillasen. Un pitido más y los escudos se erguían para cubrir un avance apabullante y terrorífico.

Tartos intentaba seguir al joven rey, que con el carro y el mayor número de veteranos a su alrededor al fin fue capaz de romper las líneas enemigas. Sin embargo, a ojos de Gorhum, el movimiento romano era un engaño. Era como si lo estuviera viendo años atrás con Horacio, que empleó esa estrategia contra los lacringios y los asdingos en la Germania Ulterior, con un final tan favorable a Roma que, tras el cierre de líneas, lo que se conseguiría sin remisión sería dar por concluida la batalla. Como si los legionarios fueran granos de arena, en un abrir y cerrar de ojos se tragarían al rey.

Así sucedió, y Facio agachó la cabeza para no ver cómo se llevaban a Ascalis arrastrándolo por el cuello y sin uno de sus brazos.

Entonces Gorhum, antes de que algún romano o mauro gritara: «¡El rey ha caído!», viendo conmocionada a Ania, que bajó los brazos y sus párpados azules, la desarmó y la asió de la cintura para, como si fuera un fardo de paja, elevarla y echársela sobre uno de sus hombros.

Ania no lo entendió; posiblemente ninguno, ni siquiera Tartos, que se encontraba tan cerca de Ascalis, lo había entendido; sin embargo, aquella escena de escudos, corazas, cascos y lanzas romanas engullendo el cuerpo del rey de los mauros llevaba para Gorhum los signos catastróficos de su muerte.

El hombre que vino del frío podía sentir la rabia de Ania, pero también un llanto interior que la ahogaba. Podía sentir el desbordamiento de su tristeza al pensar qué sería de ella sin el amor de su vida. Pues no era tan solo amor, sino un vínculo animalesco que los hacía ser diferentes del resto de los mortales.

Mientras Gorhum buscaba un caballo y Ania pataleaba como un becerro, Tartos hizo sonar el cuerno de la retirada.

—¡El rey Ascalis ha muerto! ¡El rey mauro ha caído!

Gorhum, en medio de la vorágine, intentaba explicarle que todo había acabado. Que ya no había rey, y que el mismo Ascalis le había hecho prometer que, en nombre de su padre Ahenobarbus y de su hermano Facio, la protegería de todo peligro.

Cargada en su hombro, Ania golpeaba con sus manos la espalda de Gorhum con una furia indómita, hasta que la dejó clavada en el suelo y, viendo sus intenciones de querer matarlo, la agarró del cuello.

—¡Tu padre y hermano Facio viven! —gritó para calmarla o, cuando menos, para obligarla a pensar y que por un instante olvidara su ira contra los romanos.

Un repentino mareo dejó a Ania con la mirada vuelta, lánguida, como si de un instante a otro fuera a desplomarse a los pies del germano, y Gorhum se preocupó. Rápidamente, retiró sus manazas de su cuello y la sujetó por la cintura. Supuso que había apretado demasiado y que esa era la causa de su desvanecimiento. Pero no, no había empleado tanta fuerza como para dejarla de ese modo. Entonces supuso que la noticia la había impresionado tanto que la dejó sin aire y en un estado de conmoción parecido al de las… A Gorhum algo hermoso le dio en la nariz. Mirando con detenimiento los posibles rasgos comunes con su señor Facio, observando con ternura cómo poco a poco iba recuperando el color entre sus brazos, le tocó el vientre.

De entre las miles de flechas que caían desde las murallas de Itálica y las que se lanzaban a la orden de silbato de Vallio

Maximiniano, una de ellas atravesó uno de los gemelos de Gorhum y otra más rozó el cuello de Ania.

—¡Si no huimos, moriremos! —gritó Gorhum—. ¡Por mis muertos que lo que digo es cierto! ¡Yo no puedo correr, pero tú sí! ¡Corre, Ania! ¡Corre hacia los árboles!

Unos pocos mauros que huían, al reconocer a su reina, se agruparon para protegerla. Flechas y más flechas se clavaban en sus escudos mientras corrían hacia un carro que estaba siendo asaltado. Todos los mauros parecían querer los caballos para escapar de la muerte.

—¡Es Mesalina! ¡Dejadla! ¡Es mi escudera! —vociferó Ania.

Cuando vieron que se trataba de la reina y que se hallaba bien protegida, escondieron sus miradas y se perdieron entre la multitud de gentes que, despavoridas, se dirigían hacia la nada.

Mesalina, que había estado inmersa en varias refriegas, cubierta de sangre y con un cuchillo entre las manos, incrédula porque había llegado a pensar que ya no volvería a ver a Ania nunca más, de inmediato le hizo entrega de su arco. En ese instante, Ania mostró una seguridad inigualable y Mesalina la miró con admiración. La reina amiga ahora era otra mujer que disparaba sus flechas contra los romanos.

Gorhum, que llegaba a la pata coja defendiéndose de unos escaramuzadores que le seguían el rastro, tropezó con una piedra incrustada en la tierra y cayó al suelo. Estaba vendido a un *pilum* cuando uno de ellos dijo:

—¡Espera! ¡A este le conozco! ¡Es de los nuestros!

—¡¿De los nuestros?! ¡Pero si huye como una fulana!

—¡Sí! ¡Es cierto! —dijo otro—. Es el bárbaro que va siempre con el general Facio.

—¿Y qué haces que no estás con el gene…?

Las flechas de Ania los atravesaron a los tres, uno tras otro.

—¡Escapa sin mí! ¡Soy un estorbo! —gritó Gorhum.

Ania fue a dar la orden de que lo levantasen y lo subieran al carro, pero los soldados que creyó que le serían fieles hasta la muerte las habían dejado solas.

—Vamos, Mesalina —dijo Ania—. Ayúdame a cargar con ese gigante porque hay que subirlo al carro como sea.

XL

La reprimenda

Itálica se llenaba de heridos. Sobre todo, de las gentes de la zona baja que se las tuvieron que ver con la caballería de los mauros en el portón y en las murallas este y oeste. Lucio Valerio atravesaba la zona central, apedreada y completamente vacía, salvo por algunos devotos que, corriendo más que su caballo, querían llegar cuanto antes al templo de Trajano para orar a sus dioses.

Allí encontró a Gallo, omnipotente entre las ruinas, que parecía estar esperándolo. Valerio no quería entretenerse, pero como el sacerdote no tenía buen aspecto detuvo al caballo.

—La lacra ha sido expulsada, ¿cierto, legado? —dijo Gallo.

—Cierto es. —Lucio miró a su alrededor—. Todo volverá a ser como antes. Piedra a piedra se reconstruirá y te prometo que haremos un templo más grande.

—Mi amigo Cayo Albio solía decir que cientos de generaciones romanas pasarían por delante de sus puertas y contemplarían la riqueza de Itálica. Aquí mismo, donde me hallo, todos reconocerían a sus emperadores y a los gobernantes que fueron dueños de la tierra. Pero qué rápido se fue, ¿verdad? Y de qué manera tan

acrisolada, ¿cierto? El pobre no tuvo un final honorable. No, no lo tuvo.

Gallo hablaba con poesía pero con resentimiento.

Lucio lo miró con recelo.

—¿Dónde están todos, Gallo? No veo a ninguno de tus sacerdotes ni a los nobles administradores que juraron permanecer aquí dentro mientras el pueblo se enfrentaba al invasor. ¡Ah! —dijo frunciendo la frente, con sorna—. Posiblemente, como todavía no he llegado a la zona alta de la colonia, por eso no veo a ninguno.

—Todos se han marchado, legado, pero yo me he quedado para orar por ellos a los dioses.

—Tal vez seas el único romano que merezca serlo, Gallo.

El sacerdote asintió y sonrió al cumplido, pero al ver que se acercaban gentes que parecían no tener muy buenas intenciones, añadió:

—Los dioses estaban furiosos contigo y temí por tu vida más que por la de ningún otro en el campo de batalla. —Hizo una mueca amistosa, pero que expresaba un escozor muy claro, como si los dioses le hubieran revelado que él fue artífice directo del asesinato de su amigo—. Cayo Albio decía que al pueblo había que darle y después quitarle lo justo; de lo contrario, mira lo que ocurre, legado.

Gallo señaló a quienes venían hacia ellos. Eran un grupo de gentes armadas, la mayoría prisioneros cristianos que acababan de sufrir lo indecible en aquellas murallas y pedían justicia de sangre.

—Tú fuiste uno de tantos que apoyaron la idea. ¿Es que no te acuerdas, Gallo? Yo era el único que no quería esto para el pueblo de Itálica.

—¿Yo? Sí, claro que sí —dijo llevándose un dedo a la frente—. Yo lo dije, sí, pero creo recordar que el bueno de Cayo Albio no pudo decidir. Tú quieres gloria. Eso es lo único que ansía un romano como tú. Desechas a quien se te antoja y te desposas con una buena mujer para tener un hijo. Así, como un santo mártir cristiano, te entregas a los dioses, y luego dices que estás libre de culpa porque tú, precisamente tú, el ser más egoísta que he conocido, alegas no tener nada que ver con el sufrimiento de tu pueblo. ¡No culpes a nadie, Lucio Valerio, sobrino de Máximo Valerio! ¡Él sí que fue un auténtico gobernador de Itálica! ¡No presumas de dejar un legado en Itálica cuando tienes las manos manchadas de la sangre de un hermano!

Lucio, que ante eso no fue capaz de decir nada más, sobre el caballo miró al grupo enardecido de cristianos y se apartó de Gallo.

—No esperaba menos de ti, bravo legado. Pero, como ya he dicho, los dioses lo ven todo y nadie escapa a la ira de los dioses.

Lucio Valerio espoleó a su caballo y, mientras se escuchaban los gritos de «¡Solo hay un Dios y es el cristiano!» mezclándose con los de dolor y sufrimiento del sacerdote Gallo, se dirigió a la zona alta de Itálica, pensando que ojalá Lotus hubiera tomado la misma decisión que todos los ricos patricios que habían huido hacia los bosques que llegaban hasta Onuba: llevarse a Lidia y a su hijo junto con todo su dinero lejos de aquel nido pútrido y rencoroso de víboras cristianas.

Mientras avanzaba, se podía sentir el eco de las *domus* y había rastros de los saqueos y la huida de todos los nobles por el sendero que llevaba a la parte más elevada y, por supuesto, más alejada de la batalla. Y empezó a temerse lo peor.

Lucio Valerio tenía esperanzas de no encontrar a nadie en su casa, pero la idea de que Lidia fuera una fiel amante y, ante todo, la esposa del gobernante y general de los soldados de Itálica, le inquietaba sobremanera. Aquella consideración hizo que sus expectativas menguasen hasta el punto de que un escalofrío en su espalda le advirtió de que debía tener mucha cautela. Por el camino había visto monedas desparramadas por el suelo y manchas de sangre fresca, posiblemente de manos que tapaban heridas mortales de una sublime cuchillada.

En la cúspide de la colonia, los sauces llorones le dijeron que había llegado.

No había tan siquiera brisa y albergaba un calor extremo bajo su coraza. Sentía cómo las espinilleras de cuero le retenían el sudor, y notaba una picazón insoportable por todo el cuerpo. Todo le era molesto y, si no fuera porque aún presentía peligro, se las hubiera quitado y se habría introducido de cabeza en la fuente de la entrada, la que daba a las *fauces* en donde los visitantes solían refrescar a las bestias.

Empujó sin miramientos la puerta de entrada. Estaba abierta. Unos gorriones que picoteaban en el suelo alzaron el vuelo y su aleteo rompió un silencio que le transmitió sordidez. En el interior había algo y se preparó para plantarle cara. Sin pensarlo mucho, se adentró en la casa: el *atrium* vacío, el *tablinum*, las *alae*, el *andron*, y el peristilo con la fuente y el jardín, intactos e igualmente vacíos; por último, las cuatro habitaciones de la familia.

Decidido, fue a abrir la suya, pero su intuición de guerrero, aquella que detecta el fresco olor de la sangre humana, lo detuvo.

—No hay nadie, mi señor —dijo la voz de Varinia, que descendía por las escaleras exteriores, las que llegaban hasta la habitación que compartía con Belonia.

—¡Varinia! —dijo Lucio con sorpresa—. ¿Dónde están todos? ¿Dónde están mi esposa y mi hijo? ¿Se los ha llevado Lotus?

La joven descendía con misteriosa lentitud a la vez que se iba desabrochando el cinturón de la túnica.

—Te he hecho una pregunta, Varinia. ¿Y tu hermana Belonia? ¿Dónde están todos? ¿Y los esclavos?

—Se fueron —dijo con una voz casi infantil, que acompañó con una risita a la que le faltaba cordura.

—Pero… ¿Todo está bien entonces? ¿Se marcharon? ¿No ha habido saqueadores? ¿Lidia y Maximino están a salvo?

—Entremos, mi señor. Se te ve agotado. ¿Hemos ganado la batalla? Veo que sí. Si mi señor ha derrotado al africano, ya no hay nada que temer. —Se quedó muy próxima a Lucio—. Necesitas descanso. Un buen baño y un poco de vino te sentarán bien.

Varinia le acarició la mano que sostenía el gladio.

Lucio, que comenzó a sentir su sensualidad, se retiró de la puerta y de ella.

—Cuando la VII reinstaure el orden, todo volverá a ser como antes. Regresa a tu habitación con tu hermana y permaneced allí. Yo parto de inmediato en busca de mi mujer y mi hijo.

—Pero mi hermana y yo podríamos quitarte la coraza, bañarte y así cuidarte un poco antes de tu partida. ¿Sabes, mi señor? Ella está dentro.

Lucio arrugó la cara.

«¿Dentro? ¿Qué hace Belonia dentro de mis aposentos?».

Lucio abrió la puerta y no halló a nadie en la cama, tampoco por ninguno de los rincones de la habitación. De espaldas al lecho, con las palmas de las manos hacia arriba, le pidió explicaciones a una Varinia que se abría la túnica. En ese instante, hallándose absorto ante la desnudez de Varinia, Belonia salió de su escondite y, como una exhalación, le clavó una lanza.

Valerio soltó el gladio y cayó de rodillas.

—Me hubiera gustado hacerlo de otra forma, hermana —dijo Varinia.

—Ya —dijo Belonia situándose delante de Lucio—. La forma planeada con el baño, el vino y las corridas de leche sobre su cara hubieran sido un pletórico final.

—¿Aguantará? —preguntó Varinia.

—Yo creo que sí que aguantará.

Mientras Lucio se retorcía en el suelo, Belonia le pasó una soga por el cuello. Entre las dos lo arrastraron hasta las *tabernae* de la *domus*; un lugar regentado por un liberto que solía estar siempre cerrado.

Colocaron a Lucio de rodillas y lo amarraron a un poste en el umbral de la puerta de entrada. Belonia tiró de la soga para levantarle el cuello y Varinia abrió la puerta interior, donde se guardaban las mercaderías que se vendían, en su mayoría tejidos, frutos y vino.

—Ahí los tienes, gran legado —dijo Belonia—. ¿Querías encontrarlos? Pues ahí los tienes.

Lucio, desangrándose por dentro, cimbreaba la cabeza para intentar librarse de la soga. Le apretaba tanto el cuello que no podía emitir sonido alguno.

Ante él, colgados de una viga como carne de animal para secar, se hallaban Lidia y Lotus, ambos desnudos y claramente torturados.

Belonia aflojó la soga y Valerio al fin pudo soltar el grito desgarrador que guardaba en lo más profundo de su ser.

—¡Tú mataste a nuestro padre! —dijo Varinia.

—Tú y esa zorra de Adriana planeasteis su muerte, y vais a pagar por ello. ¿Dónde está la viuda de mi padre? ¡Dilo ahora y no sufrirás más dolor! —amenazó Belonia.

—¡Dinos dónde está la puta de Adriana! ¡Vamos! —gritó Varinia.

—¡Os mataré! —Los ojos de Lucio parecían a punto de salirse de sus órbitas y salpicaban lágrimas—. ¡Mi hijo! —exclamó de repente, con las venas marcadas por el apretón de la soga.

—Tu hijo vivirá si nos dices dónde podemos encontrarla.

—Quiero verlo. Quiero ver a mi hijo.

Lucio no soportaba mirar las caras azules de Lidia y Lotus y desvió la mirada.

—Antes, dinos dónde está tu puta. Es un trato justo: la vida de tu hijo por la de esa víbora.

—¡No lo sé! ¡Por los dioses, no lo sé!

—Entonces no nos sirves —dijeron al unísono.

—Tu hijo y tú haréis compañía a estos dos desgraciados. ¡Tráelo, Varinia! Quiero ver cómo sufre este bastardo.

Lucio Valerio gritaba de impotencia. Maldecía y clamaba a los dioses que se cobraran sus ruegos: el sacrificio que ofreció el día que nació su hijo Maximino.

—¡Yo soy quien debe morir! ¡Yo y no él!

Unas horas más tarde, tres cuerpos desnudos colgaban de una traviesa de las *tabernae* y un niño envuelto en una sábana lloraba a sus pies. Las mellizas no fueron capaces de acabar con la vida de un recién nacido y, tras alimentarlo, rodearon su cuello con una cruz.

—Serán los cristianos quienes paguen por todo —dijo Belonia—. La cruz será la prueba que los inculpe.

—Parte de la venganza de nuestro padre se ha cobrado —dijo Varinia.

—Salgamos cuanto antes —dijeron al unísono.

XLI

Restauración

Entrar en Itálica no fue fácil para el joven general de la VII. Instalar a su ejército en la tierra que lo vio nacer le causaba angustia, una desazón parecida a cuando siendo un niño tuvo que marcharse con Horacio, imaginando que ya nunca regresaría; que nunca más volvería a ver a los suyos porque todos habían muerto y estaban en un rincón del firmamento plagado de estrellas. En cambio, ese dolor regresaba ahora que era un hombre con un cargo importante, de vital importancia para Roma, que veía en Itálica el centro mismo de una Hispania que sufría el desgaste de sus legiones en los nuevos limes del imperio.

El césar, enterado de las circunstancias que rodeaban a Facio, viendo en él un afecto, una entereza y una lealtad infinita, le envió un comunicado que le llegó por la noche. Facio, en el atrio de una casa con tejado y no de humedecida tela de un campamento a orillas del río Istro, conoció el nuevo apodo por el que sería nombrado por todos los miembros del Senado de Roma: «Un apodo muy de la Bética», decía.

En la legación se le daba carta blanca para reinstaurar el orden en la colonia, elegir gobernantes, administradores y la parte del ejército

de la que tendría que desprenderse la legión VII para proteger tanto Hispalis como Itálica.

Al final del informe, junto al sello inconfundible de Marco Aurelio, transformado en humano y no en divino césar, le hacía constar sus condolencias.

> Sabido ha quedado, joven general, que debes tomarte tiempo en la tierra que te vio nacer. Ojalá pudiera estar contigo, mi amigo, para dar paseos bajo el cielo azul que da techo a la colonia que levantó Publio Cornelio Escipión, a quien, como a ti, admiro. Él también derrotó a los africanos de Cartago en la batalla de Ilipa para después fundar la que todavía es la primera colonia de Hispania. En ti queda que en ella recuperes fuerzas y el ánimo que te haya podido sesgar la tiranía de Roma en estos años, así como en ti queda regirla a tu antojo, que será irrevocablemente lo mejor para mí y el imperio.
>
> Espero que nos veamos muy pronto, general de la VII en Hispania, apodado: Facio Catulo, el Reconquistador y el Compasivo de la Itálica.

Esa misma noche, después de leer las palabras de aliento que le dedicaba Marco Aurelio, Facio se vistió con la túnica más humilde que tenía y se dirigió a las mazmorras.

No lo había visto desde su primera operación en una tienda para el cuidado exclusivo de heridos romanos que dispuso solo para él, y huía —tal vez por no poder hacer más— de la idea de tener que mirarlo fijamente a los ojos.

Ascalis, su hermano, seguía vivo gracias a la pericia de los sanadores, y aunque pedía a gritos la muerte, se le mantenía con vida.

—Es inútil, no comeré —dijo Ascalis, pensando que eran las pisadas del carcelero.

El hombre había acordado con el general que sería paciente con el indeseable rey de los mauros. Estaba en una celda limpia, sin ratas, y aunque ordenó que lo atendieran bien, que le dieran buena comida y lo asearan, se hallaba sucio, demacrado y con las barbas largas.

Facio se situó frente a la celda y aproximó la luz de una tea para verlo mejor. Así, vio a Ascalis sentado en el suelo rastrillándose el cabello con su única mano.

—¡Te he dicho que te vayas!

—No te traigo comida, hermano —dijo Facio—. He venido para hablar contigo.

Ascalis se incorporó y acercó la cara a los barrotes.

—Ya veo. Mi hermano está aquí —dijo con firmeza, pero con una expresión de derrota.

—Quiero luchar por tu vida —dijo Facio.

—¿Mi vida? —Se echó a reír.

—Todos quieren ver al rey de los mauros humillado y crucificado, pero no les daré el gusto de disfrutar con tu ejecución.

—Yo quiero esa humillación —dijo Ascalis mostrándole los dientes apretados.

—No. No lo voy a permitir. Voy a hablar con el césar para que seas liberado y formes parte de mi ejército. A mi lado.

—¡¿Un soldado con un solo brazo?! ¡Qué idiotez! ¿Un legionario romano? Ni en sueños, hermano —dijo con retintín—. Todos quieren mi muerte y se la vas a dar.

Facio, intentando llenar los pulmones con el espeso aire que los envolvía, negaba con la cabeza. Lo necesitaba vivo para no permanecer el resto de sus días en penumbra.

—Desde que me encerraron aquí, solo he pedido una cosa. La respuesta a una pregunta breve y muy concisa que nadie ha sabido darme. Y por lo que veo, tú tampoco has venido para sacarme de la duda.

—No, Ascalis. No hemos encontrado el cuerpo de Ania. He buscado y rebuscado entre todos los caídos y los apresados, y ninguno…

—¡Busca mejor! Sé que está ahí fuera. Viva. Ella no puede morir, ¿me oyes? —Se agarró a los hierros—. ¡Ella no puede morir!

—No dejaré de buscarla, ni a ella ni a nuestro padre.

Ascalis abrió los ojos y tragó saliva.

—Por eso debes vivir —insistió Facio—. Debes aferrarte a la posibilidad que se te brinda. Tu muerte para el pueblo mauro no será más que el fin a toda esperanza; sin embargo, uniéndote a mí, Roma te entregará a tu padre y a tu hermano. Ania tal vez también nos esté esperando.

Ascalis soltó los barrotes y, después de deshinchar el pecho, y con él soltar la ira, miró a Facio con tristeza.

—Si nuestro padre vive, tampoco querrá saber nada de Roma. No deberías insistir en reunir a una familia que se quedó destrozada el mismo día en que los codiciosos romanos ultrajaron y asesinaron a nuestra madre.

Ahora fue Facio, tras escuchar las verdades que se negaba a comprender, quien apretó la mandíbula lleno de ira.

—Un rey no puede vivir sin su pueblo —añadió Ascalis con templanza—. Un rey no puede vivir sin orgullo. Entiéndelo, hermano, y deja que mi pueblo lo sepa.

A Facio le costaba retener las lágrimas.

—Sea, pues. Sea que nunca tuve hermano y que todo recuerdo quedará en el olvido. Mañana al anochecer, después de nombrar a un nuevo gobernador, serás crucificado ante el pueblo de Itálica y haré que graben tu nombre en piedra para que todos sepan que fuiste el caudillo derrotado por Facio, general de la legión VII en Hispania.

Se dio la vuelta y, dando apenas unos pasos, ya estaba arrepentido. Todavía no sabía si sería capaz de ordenar su crucifixión, pero… ¡Tenía tanta razón! Había dicho tantas verdades juntas que, de haber cambiado las tornas y ser él quien estuviese prisionero en una mazmorra africana, probablemente ya hubiera pedido la muerte más de cien veces. Al instante, como un latigazo en las sienes, recordó la frase de Horacio en uno de aquellos días de lectura: «La deshonra es un mal inevitable que todo soldado alberga en su interior, y solo se puede revertir en público con la propia muerte».

A la mañana siguiente, Facio fue a visitar a Flavia, la mayor de las tres hijas de Cayo Albio Umbro. De niño, él conoció al antiguo duoviro de la colonia cuando, regresando de Gades, su padre, que fue legionario a sus órdenes en el pasado, le presentó a Ascalis. A Flavia ya la había conocido antes en su casa, junto a su adorable marido y a sus dos hermanas mellizas que, si bien le parecieron bastante silenciosas, también le dieron la impresión de ser un tanto pegajosas y trastornadas. Eso fue cuando todos los patricios que se habían escondido en el camino de Onuba regresaron, una vez restablecida la seguridad en las calles de Itálica. Para entonces ya se

sabía de la trágica muerte de Lucio Valerio y su familia en su *domus*, y Flavia era a quien por línea de sangre, la mayor de su linaje, le correspondía la gobernación.

Facio quería conocerla un poco mejor antes de su proclamación en público, y esta vez quiso concentrar en su casa a los posibles candidatos. Era un cargo muy importante y, como gobernante, procurador y administrador tanto de Hispalis como de Itálica, aunque provisional, toda la responsabilidad del nombramiento recaía en él. Estaba sentado a su lado, tomando agua, pues él nunca bebía vino, y sabía que de entre todos los patricios a su alrededor podría haber nombrado a quien se le antojase. Los había viejos y pensadores; los había de mediana edad e impetuosos, pero lo que más abundaba en la reunión de nobles era la inquina por el cristiano y el africano que durante largas semanas causaron el terror en sus vidas.

Facio les daría lo que con tanta ansia esperaban desde que supieron que el rey de los mauros se encontraba prisionero, y todos, con palabras y ojos de venganza, se lo agradecieron. Todos excepto Flavia, y por supuesto su esposo Arrio, que no miraba nada sin que ella le diese su consentimiento. Justo en ese momento pensó que no habría mejor duoviro que ella para un pueblo en llamas.

Nadie se opuso a que Arrio fuese elegido, y por su mente cruzó una idea: «¡Ay de aquel que se oponga a Flavia!».

Después de nombrar a los encargados del tesoro, de administración y de leyes, se quedó un rato más para conversar y dejar puntos en claro, en especial los concernientes a la fe cristiana y al sentido militar que habría que darle a la colonia.

Flavia en todo momento supo ganarle el corazón. De tú a tú, le habló de cuestiones tanto de seguridad como de religión, afirmando que, igual que hiciera su padre en época de bonanza, mantendría la calma con los cristianos y que no faltarían recursos para los limes del imperio.

Facio encontraba en ella lo más cercano a lo que pensaba que podría ser el futuro de las gentes, y en medio de una de esas maravillosas explicaciones que sosegaban al general, una esclava doméstica irrumpió con mesura.

—*Domina*, alguien a quien requeriste no hace mucho está aquí y pide audiencia.

—¿Está aquí? ¿Lo encontraron? —A Flavia le brillaron los ojos.

—Sí, *domina*. Está esperando en las *fauces*.

—Tengo muchas ganas de verlo. ¡Que se presente!

Flavia miró a Facio con alegría. Era como si le dijera, sin haber dejado el hilo de la conversación, que precisamente el hombre que iba a entrar era el que necesitaba a su lado para llevar a cabo sus ideas.

Cuando apareció, ella se levantó. Lo vio muy desmejorado, pues el tiempo y el hambre lo habían dejado con profundas marcas en el rostro. Pero era él, y aquel hombre que aceleró el paso la tomó de las manos.

—¡Flaco, cuánto tiempo!

—*Domina*, ¡qué alegría más grande cuando me dijeron que necesitabas de mis servicios!

—Lo haremos como cuando mi padre vivía. Todo igual. —Al instante, dándose cuenta de que debía presentarlo, dijo—: General

Facio, este es Flaco, él fue la mano derecha de mi padre. ¡Qué digo la mano derecha! Para mi padre era mucho más que eso. Mi padre…

—No hay día que no lo eche en falta, Flavia —la interrumpió Flaco con emoción—. Él me dio educación y un puesto digno en su casa, lleno de honradez y de bienestar entre su familia.

Belonia y Varinia, que de intrigas sabían un rato, se acercaron para saludarlo. Una levantó una ceja y la otra achicó los ojos. No mostraron ninguna empatía por el amante de la que fue esposa de su padre.

—¿Sabes dónde está Adriana? —preguntó Varinia.

—¿Sabes dónde puede estar la viuda de mi padre? —insistió Belonia.

A lo que Flaco no respondió.

—¡Belonia! ¡Varinia! —Las saludó con una falsa sonrisa de oreja a oreja que enmascaró a la perfección—. ¡Me alegra veros convertidas en auténticas mujeres patricias! ¡Estáis bellísimas las dos!

—Todavía les quedan muchas cosas que aprender —dijo Flavia.

—¿Por ejemplo? —preguntaron las mellizas al unísono.

—Por ejemplo, ciertos modales, ¿os parece poco? —Flavia, no viendo buenas sensaciones en ellas, se situó en medio. Luego, para limar asperezas por sus extravagancias, añadió—: ¡Qué buena época cuando aún vivían nuestros padres! Ven, Flaco, siéntate a mi lado. Te contaré cosas, ideas para nuestra Itálica.

Facio, sin saber nada de aquel hombre de chupado rostro y aviesa mirada, se acordó de Horacio con aquella mención a Cayo Albio. Quizá tuvieran en común un pasado duro y triste que recordar, y aunque en apariencia no era de su agrado, le estrechó el antebrazo.

—Itálica necesitará de Flavia. Cuídala mucho porque será como cuidar de todos ellos. —El general señaló al exterior como si señalara a cada uno de los agricultores, ganaderos y artesanos de la colonia; la clase de gente pisoteada de la que provenía él.

A continuación, Facio se giró para marcharse. Fue un movimiento idéntico al de la noche anterior cuando se despidió de Ascalis, porque a los pocos pasos se detuvo. Algo le recordó que su padre nunca se le uniría porque él simbolizaba lo que más odiaba en la tierra, que no era otra cosa que Roma. Le vino su imagen en el presidio de Singilia Barba, su voz contándole con precisión el complot para asesinar a Cayo Albio y culparle a él de todo, y la posterior persecución hasta llegar a África. Su tono de voz, que le pedía venganza al tiempo que piedad con sus hermanos mauros, le hizo recordar el nombre de quien se ensañó con él a golpes.

Facio miró primero a Flavia y después a Flaco.

Encontró en ambos el día y la noche. Una mujer criada entre algodones y un hombre forjado en las brasas del inframundo. Teniéndolos delante, vio a Roma desde la primera línea del anfiteatro: el silbido de la codicia en los oídos del poder.

Facio repitió su nombre dos veces para sus adentros antes de preguntar, y contra todo pronóstico, creyendo que cuando lo tuviese delante la ira le haría perder la razón y lo mataría con sus propias manos, de nuevo no sintió más que aquella frialdad aprendida de su mentor para esconder lo que pensaba.

—¿Eres Flaco Silano?

—Sí, señor. Ese es mi nombre.

—Deberás acompañarme.

Su tono de voz dejó escamada a Flavia, que preguntó:

—¿Es que ocurre algo, general?

—Nada. Acabo de acordarme de que se están tomando los registros a todos los que van llegando. Como bien sabes, pocos documentos han quedado después del alzamiento cristiano, y ahora más que nunca es de obligado cumplimiento.

Flaco, viéndole las orejas al lobo, titubeó. Facio lo invitó a pasar delante de él, donde dos alguaciles lo esperaban, y su mirada inquieta buscó una salida imposible.

Belonia y Varinia, que como melosas gatas rondaban a los dos escoltas del general, les obstruyeron el paso.

—Con tu permiso, general —dijo Belonia—. Nos gustaría que Flaco nos respondiera a una pregunta. Será solo una pregunta y es importante para nosotras.

—Si me vais a preguntar por Adriana, mi respuesta es que no sé nada de ella —dijo Flaco levantando la barbilla—. A mí también me gustaría saber dónde se encuentra. Sin duda, puede ser de gran valía en la nueva Itálica.

Las dos lo miraron con repugnancia. Ahora, después de conocer la alianza de Lucio Valerio con Adriana, no les era difícil detectar la traición de Flaco para quedarse con la viuda de su padre para él solo. Pero ¿cómo lo había adivinado el joven general? Belonia y Varinia, que se jactaban de saber descifrar los pensamientos ocultos de los romanos, imaginaron que él llevaría dentro una deuda de igual magnitud que la de ellas.

Sin más, las dos descubrieron en Facio el brillo metálico de la venganza. Reconocieron su figura y el momento exacto en que años atrás se cruzaron las miradas. Se trataba de aquel niño, el hijo del

cabrero de falo enorme y vello púbico rojo que llevó animales para la fiesta en honor a la preñez de Flavia.

«Desde luego que es él. —Las mellizas se miraron y asintieron—. Es él y se lleva a Flaco para que al fin reciba su castigo».

Flaco, que ante ellas sintió una desazón extraña, dijo:

—¡Y bien! Pues quedando aclarada la pregunta… ¿Nos vamos, general? Me gustaría volver para…

Ambas soltaron sus escalofriantes risitas y Flaco arrugó la frente.

—¡Oh, Flaco! ¿Volver? —dijo Varinia.

—¡Oh, Flaco! ¿Volver? —repitió Belonia.

—Pero, Flaco, si están clavando cruces fuera de las murallas, ¿cómo piensas volver? —dijo Varinia, y después las dos rieron.

Facio, pese a encontrar en las mellizas un físico atractivo, perfumado y cuidado, con la vulgaridad y el sucio misterio que atesoraban, poco o casi ningún agrado le causaban. En cambio, su manera sigilosa de moverse y enroscarse como una venenosa serpiente alrededor de Flaco le reveló que ellas tenían las mismas o incluso más ganas de verlo crucificado. Pero como no quería descubrir sus intenciones para con el hombre que hizo de su padre un prófugo y un desgraciado, al menos no todavía, tuvo que mirarlas como si mirase al mismo Marco Aurelio, con una mirada afable que no podía contener un secreto. Y asintió.

XLII

La pira y la niebla

Atardecía y los cuerpos crucificados ladeaban sus cabezas. Por el camino que descendía hasta una alameda, mauros, cristianos, saqueadores romanos y asesinos, con agónico sufrimiento, iban gastando la poca vida que les quedaba.

«Roma» era la palabra que llenaba las bocas de los que se acercaban para ver de cerca el cuerpo de Ascalis en la cruz; el fiero león pintarrajeado que pudo con Lucio Valerio el Devastador, pero nunca con la VII de Facio el Compasivo.

En el tiempo que duraron las cruces en la entrada de la colonia, Facio nunca se acercó a ellas. «¿Cómo puedo contemplar el sufrimiento de alguien que durante tantos años formó parte de mis recuerdos más hermosos y que más aliento me dio para continuar adelante en la Germania?». Casi todo su tiempo lo pasaba en su cuartel general, que había instalado en el mismo centro, muy cerca del templo de Trajano, lugar donde comía y dormía, y donde esperaba impaciente las nuevas órdenes de Roma.

Aunque dio su palabra de olvidar, de borrar todo apego por Ascalis, el pasado le llegaba con más fuerza que nunca. Recordaba el momento de su adopción y cómo, siendo tan rebelde, se entregó

al abrazo del amparo que le ofreció su familia. Luego, galopante, la imagen de Ania y él, tan distintos y, sin embargo, tan afines, buscándose con los ojos en cualquier rincón de la casa. Una tarea, una comida, un juego, o cuando sacaban al ganado, y siendo Ascalis más veloz que Magno o el mismo Cástor, se adelantaba a las cabras que salían huyendo y las reunía.

Ascalis, sobresaliendo ante Facio, nunca tuvo sonrisa de vanidoso.

Era su hermano y jamás podría sacar de sus adentros aquel sentimiento.

Uno de esos días en que las cruces ya se iban bajando y Facio creyó que todo había terminado, unos jóvenes patricios, cuya idea de la batalla parecía ser únicamente denigrar al enemigo con comentarios soeces y de lejos, desde el vallado del cuartel comenzaron a endiosar a Facio. Gritaban su nombre con vítores que lo hicieron salir. Pero una vez que saludó y volvió dentro, esos mismos enclenques, blanquecinos por la leche de vaca que les restregaban sus nodrizas, empezaron a abuchear al rey Ascalis. Dijeron que se habían reído a gusto a los pies de la cruz del sucio mauro; la última cruz que quedaba por bajar porque el muy demonio todavía seguía con vida.

Facio quiso salir y molerlos a palos. Deseaba encerrarlos en una fría mazmorra hasta que sus madres rogasen piedad, pero debía mantener la calma, hacer oídos sordos y agachar la cabeza ante un Vallio que, aunque se mostraba prepotente por cómo luchó en la batalla —porque fue él quien se manchó las manos y no el joven que le daba órdenes—, también apreciaba su talento para la estrategia y su capacidad para sacar adelante una gobernación difícil o, al menos para él, imposible de pacificar a no ser que todo el pueblo fuera

erradicado de la faz de la tierra. Vallio, a quien no le faltaba sensatez, como ya hiciera el gran césar, además de ver en Facio el ingenio que tanto necesitaba el imperio, llegó a sentir el apego y el orgullo del soldado veterano hacia un hijo que, a todas luces, se hacía respetar y querer a partes iguales.

—¡Escúchalos, Facio! —decía crujiendo los huesos de su corto cuello—. Te quieren. Te admiran. Te llevarían a sus casas y te casarían con todas las hijas de Itálica y de Hispalis. ¿No has pensado en quedarte? Sé que ahora no es posible, pero con el paso de los años, igual que hizo Lucio Valerio, podrías pedir la gobernación.

—Quién sabe lo que nos depararán los dioses.

—Cierto es. Más que nunca hay que saber dar gracias a los dioses.

Ambos se miraron con la complicidad del devoto.

—Tú regresas a Roma, ¿verdad, Vallio?

—Me iré en cuanto lo creas oportuno. Allí se me quiere tanto como a ti aquí —dijo con una sonrisa.

—Te agradezco cuanto estás haciendo y por ahora te necesito a mi lado, pero escribiré para que regreses cuanto antes con los tuyos. Pronto serás laureado, Vallio. —Este inclinó la cabeza en señal de fidelidad—. En cambio, yo calculo que en un año, cuando la III de Mauritania tenga bien controlados a los mauros, tal vez pueda acercarme a Roma. Nunca he estado en Roma.

—Quédate aquí. Busca una mujer guapa de la Bética y quédate mejor aquí, entre los tuyos. Serías un buen gobernante —dijo Vallio con sinceridad, y luego torció la boca—. Roma…

Aquella noche, bien entrada la madrugada, Facio no podía dormir y dio instrucciones a los centinelas de que nadie lo siguiera. Tomó a pie el camino que llevaba a la alameda. Pasó por delante de todas las cruces en el suelo, de carros y carretillas repletos de muertos que, amontonados y listos para ser quemados, todavía eran llorados por sus familiares y amigos.

La mayoría de los crucificados tenían los rostros desfigurados, ya fuera por una paliza anterior o por el sol que les abrasaba la piel, y en una de esas aproximaciones a los varales encendidos, uno de esos rostros, asomando entre otros, parecía que quisiera salir del entramado de piernas y brazos flácidos para decirle algo. Facio, que llevaba una tea, sintió curiosidad y se acercó. Era la cara de Flaco, que con los ojos muy abiertos buscaba el infinito.

Al final del camino, una sola cruz quedaba erguida. Ascalis todavía vivía. No había quien lo llorara, a su alrededor solo se veían las teas de los guardias que de vez en cuando lo alumbraban y le daban con un palo para saber si aún se movía.

Facio se miró la mano. Con el pasar de los años había cambiado mucho, pero era la misma palma que se cortó para unirla en sangre con la del niño africano.

«Sí. Tú y yo ahora hermanos de sangre».

Facio se situó bajo sus pies cruzados y clavados en el madero. Se había prometido no desviar la mirada para decirle lo que al término de la visita en las mazmorras debió haberle dicho, porque si se lo guardaba, probablemente jamás se lo perdonase.

Ascalis agonizaba, y aunque ni lo viera ni lo escuchase desde la cruz, pues parecía estar sumido en un dolor que ya no le hacía daño, Facio le habló de cosas que tal vez, si Ascalis hubiera estado en

plenas condiciones, jamás le habría dicho. Estuvo delante de él largo rato, le contó que los había echado mucho de menos, recordó los mejores momentos que vivieron juntos en la niñez, y le aseguró que si hubiera posibilidad de volver atrás no elegiría persona mejor para que fuera su hermano. Dijo varias veces que no dejaría de remover cielo y tierra hasta encontrar a Ania. Y le rogó que, allá donde fuese, desde el lugar al que se lo llevaran los dioses, lo mirase con buenos ojos y que lo perdonara.

—Perdóname, hermano —dijo sintiendo que ya se le iba la vida.

Al poco, ordenó que lo bajaran de la cruz. Estaba muerto y mandó a los guardias que prepararan una pira allí mismo. Una vez lista, les dijo que se apartaran y que se ocuparan de otros muertos porque los había a cientos y necesitaban de sus teas.

Facio prendió la leña y miró a su alrededor. Nadie estaba allí para presenciar la marcha eterna de un rey mauro. Tan solo él y la negrura de la noche serían cómplices de su despedida.

Con el alma apenada, contemplaba las llamas y miraba a la oscuridad. Sin lugar a dudas era una noche aciaga y la más negra de cuantas recordaba. Aunque despejada de nubes, no distinguía ni la luna ni las estrellas que tanto buscaba; astros luminosos en los que ubicaba a su madre y a donde necesitaba enviar a su hermano para que estuviera junto a ella. Y así, mirando el cielo y el fuego, permaneció lo que quedaba de noche hasta que Ascalis, el León de Mauritania, hijo de Ascalis de Volubilis y Aminara la Grande, hija del general númida que dirigió el primer levantamiento mauro, dejó de ser carne, huesos y corazón; ya solo era ceniza blanca entre cenizas.

Un amanecer blanquecino y húmedo, muy parecido al de los bosques bávaros, comenzó a envolver la alameda.

Al levantar la mirada, no demasiado lejos, Facio vio una figura encapuchada que subía a un caballo. Era una figura delgada, de estatura media que parecía haber estado esperando a que la cruz de Ascalis fuera desclavada. Facio, como si una cuerda tirase de él, comenzó a caminar en dirección al jinete. Luego aligeró el paso a través de hierbajos para alcanzarlo. Pero con la espesa niebla, lo perdió de vista. Pensó que tal vez se tratase de un mauro que había regresado para despedirse de su rey, porque aún los había desperdigados y escondidos que escapaban de su justicia.

De pronto, se vio en mitad de una niebla espesa en un campo que no hacía mucho había sido testigo de una matanza cruel como pocas había visto en su vida. Todas las tribus germanas luchaban por no ser sometidas por Roma. Casi todas tenían en común no dejarse subyugar por los latinos, de costumbres y dioses que nada tenían que ver con los suyos, pero los mauros habían demostrado que el odio y el rencor se conservaban durante generaciones para que, el día menos esperado, con toda la fuerza del pueblo, ancianos, hombres, mujeres y niños, unidos por una misma voz esperanzada, pudieran no solo clamar en su tierra la palabra «libertad», sino sentirla de verdad.

Ocho meses después

Facio, mientras veía cómo sus obligaciones para con Roma se veían cumplidas, las suyas, las más íntimas, lo hacían apartarse de conversaciones y comidas a las que tenía que acudir por el mero hecho de ser el general de la VII en Hispania, hijo predilecto de

Itálica. Cansado de tanta farsa de la sociedad romana, había rechazado varias invitaciones, pero como ya había anunciado que se marcharía en pocos días, esta última, por ser quien era su anfitriona, la aceptó.

Era un mediodía caluroso y Facio se encontraba en una de esas comidas opíparas en la *domus* de Flavia. Sentía cómo sus pensamientos se iban evaporando y el sueño lo alejaba de las voces de los tertulianos, cuando su anfitriona lo despertó.

—¿En qué piensas, Facio? —dijo con su voz aterciopelada.

Facio sonrió. Gesticuló como si de repente le hubiera entrado apetito y cogió un trozo de ave.

—Nuestro general se marcha, es lógico que sienta añoranza —dijo Arrio, su esposo.

—Ya no puedo retrasarlo más. Me requieren en otras colonias. Pero me quedo tranquilo —dijo con firmeza—. Estando bien controladas las dos Mauritanias, la Bética fluirá más aún de lo que ya lo hace.

—¿La VII te requiere en otros puntos de Hispania? ¿Dónde? —preguntó Flavia con interés.

—El frío del norte y su relieve montañoso me espera.

—Bueno, tú estás acostumbrado al frío, ¿verdad? No te será difícil adaptarte al clima.

—Al frío, como al calor extremo, no se acostumbra nadie, querida Flavia.

Facio se limpió el sudor de la frente y todos rieron.

—¿Te has quedado con alguna villa de Itálica, general? Lo digo porque hay algunas sin dueño y, si quisieras volver por aquí, yo mismo me encargaría de que estuviese lista para tu regreso.

Facio iba a responder cuando Arrio le abordó con otra pregunta.

—Quizá sea una indiscreción, querido Facio, pero nos llegaron rumores de que antes de la milicia eras hombre de campo. ¿Has vuelto a pisar las tierras de tus antepasados?

Facio se quedó un momento absorto. Aquella mañana, de nuevo, después de ocho largos meses buscándolos, sus espías le dijeron que no había rastro de ellos. Ellos. Su padre y su hermana eran su obsesión. Poder encontrarlos, dar con alguna pista de adónde fueron o con quiénes habían estado, le causaba una inquietud que interrumpía sus pensamientos, sus sueños e incluso le impedía disfrutar de la comida.

Claro que había estado en la tierra en la que de niño se empleaba como cabrero. Claro que había estado más de diez veces desde la mañana hasta el anochecer esperando un posible regreso de alguno de los suyos.

—Esas tierras están ocupadas. Sería largo de contar… —dijo irresoluto.

—Pero eres el hijo predilecto de Itálica, si quisieras…

—Ahora pertenecen a una buena familia romana que trabajaba para unos tiranos. Como la guerra se los llevó por delante, me pidieron quedarse con cuantos camperos pudiesen emplear. Creo que los conoces porque ya te habrán rendido cuentas. Es lo primero que les dije.

—¡Qué bondadoso eres! —dijo Flavia tomándolo de la mano.

—La casa en la que me crie ya no existe, y donde había cuatro paredes y una techumbre, ahora hay una gran *villa* con atrios y jardines. Sinceramente, el tiempo la ha cambiado y poco fruto sacaría de ella.

—Pues escoge otra. Hay muchas de camino a Onuba.

Facio mordisqueaba el hueso de ave. Se entretenía tirando de la carne para no tener que contestar de que sí. Sí que las había, y en concreto una que, con esperanzas de encontrar al amor de su vida, incluso llegó a visitar.

«La casa de Mesalina».

—Tal vez haya una —dijo con algo de ánimo—. La trabajan un par de ancianos sin hijos, y creo que no les vendría mal retirarse.

—¡Eso es, general! —dijo Arrio—. Construye una buena *domus* y nosotros la cuidaremos en tu ausencia. No sé por qué, pero algo me dice que no tardarás en volver.

A la mañana siguiente, Facio cabalgó hasta la casa de los alfareros. Como bien dijo en casa de Flavia, los dueños eran dos ancianos que pagaron la cuota en el mercado de bienes cuando se quedó sin propietario. Como era confiscada, tuvieron prioridad en la puja quienes siguieran con el oficio y pagaran más denarios.

La primera vez que estuvo allí, la mujer lo reconoció.

—Me acuerdo de ti. No tienes el pelo ni la envergadura de tu padre, pero eres tú. Te pareces más a Silvia, la hija de Tertio y Asina —le dijo con una expresión muy lúcida, pero rebosante de melancolía—. Tú eres el hijo de Emilio Nevio, el cabrero. Recuerdo la injusticia que se cernió sobre toda familia que lo conociese.

—Si vienes a por respuestas solo puedo decirte que la casa es nuestra y es legal —dijo el anciano con más énfasis—. Salomón murió. No sé cómo fue, pero lo enviaron a una mazmorra y no se

supo más de él. No sabemos ni de Galla ni de su hija. Llevamos años aquí y ninguna ha regresado.

—Como ves, nosotros seguimos con el barro —añadió la anciana mostrando sus manos marrones, con las que moldeaba una cabeza de ánfora.

Y ahora Facio volvía a aquella casa cruzando un riachuelo que, en los años de niñez, tenía caudal suficiente para que las barcas que comerciaban con el viejo Salomón se detuvieran para hacer trueque. El vadeable era un paraje amplio, un llano donde con apenas subir por un pliegue, desde lo alto se podía contemplar la casa de Mesalina.

«Mesalina —dijo en su pensamiento por millonésima vez—. Si no puedo tenerla a ella, tendré su casa».

Una mujer acuclillada llenaba el cántaro. Estaba lo bastante cerca como para saber que se trataba de una mujer, pero ¿qué tipo de mujer era? Al verse sorprendida por la llegada del jinete, se fue en dirección al pliegue.

Facio arreó al caballo y sus patas blancas con pezuñas negras chapotearon en el agua. Cuando llegó a su lado, ella se colocó la capucha.

—No tengas miedo —dijo Facio—. Creo que vas a casa de los alfareros y yo también. Si quieres, te puedo ayudar con el cántaro.

La mujer caminaba indecisa. Parecía que quería correr y, por momentos, detenerse para retroceder. Escondía la cara y llevaba sandalias como las que usaban las africanas. Facio supuso que era una mauritana que habían acogido los ancianos o, tal vez, los habían atacado para quedarse con los víveres de su casa.

Entonces Facio sacó el gladio.

—¡Detente, mujer!

Descabalgó con asombrosa rapidez y ella se detuvo en seco. Aquella túnica y aquella forma de moverse las había visto antes.

«En el funeral de Ascalis, con un caballo pardo».

Viéndola estática y misteriosa, Facio se retiró un par de pasos, pues toda cautela era poca cuando se estaba frente a una maura.

—No te haré nada, puedes confiar en mí, pero muéstrame el rostro y dime qué haces en las tierras de los alfareros. ¿Sois muchos más?

—No —respondió ella, aún con la capucha puesta—. Soy amiga de Sardino y Pontia. La guerra me condujo hasta aquí y, a cambio de comida y lecho, les ayudo en las tareas.

Facio, después de escuchar su voz, destensó el brazo.

—¿Por qué no dejas que te mire a los ojos? Si no tuvieras nada que ocultar me mostrarías el semblante.

—Oculto mi cara porque…

Dejó la vasija en la hierba y con lentitud se bajó la capucha. Estaba de perfil y Facio se quedó sin aliento. Un calambre como un relámpago estalló en su pecho y, del impacto, cayó de rodillas al suelo.

—¡Mesalina! ¡¿Eres tú?!

—Sabía de ti porque… ¿quién no querría conocer al general que derrotó al rey Ascalis? Él era tu hermano, y sin embargo… Debes saber que fui a verte muchas veces al cuartel y todas me vine con la idea de que el joven que conocí, y con quien me prometí, ya nada tenía que ver con el romano en el que te has convertido. Márchate, Facio, y olvida que me has visto. Márchate y no vuelvas.

Mesalina ocultaba su perfil rajado y hablaba en un tono suave, pero con una dureza insuperable.

—¿Sabes la de veces que te he imaginado? He sobrevivido gracias a tu recuerdo. No me digas que me marche, te lo ruego.

Facio seguía de rodillas, sin tener muy claro si lo que veían sus ojos era real o se trataba de otra de esas fantasías que tenía en las noches de hielo en la Germania.

Mesalina caminaba hacia la casa mientras le decía que se marchara. Pero Facio fue tras sus pasos. Seguía su estela como un perrillo detrás de su dueño para que le diese agua y comida, y un techo con lumbre donde poder descansar los huesos a la espera de cariño.

Al llegar a la cima, desde donde ya se veía la casa que fue de sus padres, la asió del hombro por la espalda. Tenía decidido arrastrarse ante ella una vez más y pedirle perdón por no ser lo que en su promesa de jóvenes se esperaba de él. Entonces Mesalina descubrió su semblante al completo y Facio se quedó mudo, desconcertado.

—Así es —dijo Mesalina—. El tiempo nos ha convertido en otras personas. Lárgate y conserva este recuerdo de mí.

Viéndolo estupefacto, se giró y se apresuró por el llano que la conducía hasta la casa. Miraba hacia atrás para ver si la seguía, pero Facio se había quedado atónito ante la crueldad de los hombres.

Cuando Mesalina llegó con el cántaro, los ancianos acudieron a su encuentro.

—Nos ha descubierto —dijo una cuarta voz, la de un hombre armado—. Ya os dije que mi señor, tarde o temprano, daría con nosotros. Lo mejor será afrontar la verdad. Se ponga como se ponga ella —añadió dirigiendo la mirada hacia el interior de la casa.

—No —dijo Mesalina—. Ella no quiere saber nada del asesino de su marido. Lo prometiste. Igual que yo, tú prometiste fidelidad a la reina.

Cuando Facio llegó, Sardino y Pontia, que lo esperaban en las inmediaciones, le pidieron calma. Se excusaron por haberle mentido, argumentando que tuvieron que ocultar a Mesalina por temor a las represalias.

—Ella combatió del lado de los mauros. ¿Es que no has visto su rostro? Odia a los romanos por lo que le hicieron. Y a ti te odia por ser un general romano.

Facio, hueco y anulado, sin palabras, necesitado de más explicaciones y, sobre todo, ávido por mantener una conversación a solas con Mesalina que le mitigara el sufrimiento, buscó una excusa para quedarse en el porche delantero de la casa y les pidió agua.

—Te daremos agua, pero luego te marcharás. ¿Nos das tu palabra, Facio?

Él asintió, sabiendo que su palabra era la más piadosa de las mentiras. Además, ¿acaso no sabían que era el hombre más poderoso de Itálica y que con el sutil movimiento de su mano podía conseguir lo que quisiera?

Tras preguntarse eso, miró a los humildes ojos de Sardino y se dio cuenta de que eso mismo era lo que detestaban de él. Un hombre que causaba miedo.

—Yo… yo… —Facio balbuceaba.

Quería decirle a Sardino que amaba a Mesalina. Que no le importaba su aspecto y que no había fuerza en el mundo que le hiciera cambiar de parecer sobre ese sentimiento. Pero no le salía. Cierto que se había convertido en un hombre orgulloso y con poder,

que ya no era aquel niño que conoció, y que lo sentía. Sin embargo, algo inmediato, un brote de certidumbre que lo levantó del asiento, transformó sus ojos apenados en una mirada salvaje. Se dijo que él había sido adiestrado tanto para arrasar pueblos como para saber amar a una mujer, y no se daría por vencido.

Fue tan veraz la mirada de Facio, que Sardino le permitió entrar.

Facio se quedó a la puerta de la casa como el gato que espera a su dueña. Aguardó con paciencia a que Mesalina saliera, hasta que una sombra grande tras de él dijo:

—Abre la puerta, mi señor. Ábrela sin miedo.

Cuando se giró y vio a Gorhum, todo comenzó a cobrar sentido. Siempre tuvo la corazonada de que su hombre no le fallaría, porque de igual modo que él de camino a Itálica le encomendó la misión de sacar a los suyos de la batalla, de convencerlos de que enfrentarse a la VII era un suicidio, Ascalis, no viendo más opciones que la de ser rey y sacrificarse por todo su pueblo, también le encomendó en forma de ruego que cuidara de Ania.

Facio abrió. En un lecho desprovisto de seda, Mesalina y Ania acunaban a un niño recién nacido.

—Mi señor —dijo Gorhum solemne—. He ahí a la reina Ania y a su hijo. Tu sobrino de sangre, Ascalis.

XLIII

El cabrero romano

Unos años después
Valle de Arduca

Donde el más alto de los desniveles se acababa y la vista de un valle les devolvía el aliento, una de las mujeres detuvo el carro. Era una vega hermosa y verde, de la que ya le hablaron algunos pastores de la montaña. Un lugar nuevo de colonos provenientes de tierras lejanas, como la Galia, Britania o la misma Germania, que alrededor de un sinuoso río parecían autosuficientes.

El hombre que iba a pie, cayado en mano, lanzó un silbido. Un perrillo de abundante pelo rizado pastoreaba a cuatro cabras. Las reunió en torno al hombre que, viéndolo con la lengua fuera, le lanzó un hueso de lobo.

—Ya no quedan más montañas que atravesar, Nevio —dijo Adriana —. Este es un buen lugar para instalarnos.

El viento propio de aquel norte, que les cortaba la cara, los invitó a descender y probar, pues llevar a seis mujeres en un carro no siempre fue fácil en el camino de la búsqueda de la paz.

—Después de ese valle, nos encontraremos con el mar. ¿Podéis olerlo? —dijo Nevio, que en sus años de legionario no estuvo muy lejos de aquella cuenca.

Adriana y Pricila inspiraron un aire puro que les trajo el yodo y la sal del Mare Cantabricum.

—Nunca he visto el mar, pero sí lo huelo —dijo Adriana con una sonrisa.

—Lo cierto es que sería un buen lugar… ¿De verdad creéis que la alargada mano de Roma no ha llegado hasta aquí? —preguntó Pricila con recelo, pues en su periplo, cuando encontraban buenas aldeas para asentarse, siempre había una comunidad romana que exigía obediencia. Roma y sus romanos, ladrones y oportunistas, convirtieron aquella búsqueda en un sinfín de desventuras.

Descendiendo la ladera, a medida que se acercaban al núcleo habitado, hombres altos de largos cabellos y mujeres de pelo claro araban la tierra. Era lógico, como en todos los sitios donde estuvieron, que les preguntaran adónde iban, quiénes eran y cuáles eran sus intenciones; si iban de paso o si pretendían instalarse en su tierra, el lugar que los había visto nacer y después crecer hasta hacerse personas de provecho.

En este caso, Nevio, tras la información que le dieron los montañeses, imaginando que sería cierto que se trataba de una comunidad alejada del dominio romano, les contestó que solamente buscaban un lugar para trabajar la tierra y quedar en paz, tanto con ellos mismos como con el clan que los recibiera.

—Aquí hay un pastor —dijo el hombre—. Aquí todos somos cristianos. Si quieres quedarte, deberás hablar con el apóstol. Una

cosa más —añadió con cortesía—. Si decidís pasar la noche, tu gladio no es bien recibido. Guárdalo bien.

Nevio apreció en el granjero los valores innatos del guerrero y miró a sus acompañantes con resignación. En cada lugar poblado de cristianos, aunque llevaban el estandarte romano como un puño sobre sus cabezas, siempre había sido el primero en pasar de largo y desestimar las ofertas. Para ello, las convencía de la siguiente manera: «Vamos huyendo de los dioses, buscamos un lugar en el que no nos encuentren. ¿De verdad creéis que el Dios cristiano nos traerá la felicidad? Los romanos persiguen su fe; si nos convertimos, seremos condenados. No hay plena libertad con la fidelidad a un dogma».

Pero las opciones se habían estrechado hasta el punto de que habían llegado a los limes de Hispania. Era un hermoso lugar en el que las gentes manifestaban alegría, les llevaban frutos y les ofrecían agua. Incluso a Nevio unas niñas, enviadas por sus madres, le entregaron una corona de flores grandes y blancas que despedía un sutil olor. Rechazar aquella bienvenida parecía ir en contra de las leyes de la felicidad, y Nevio, después de sonreír sintiendo el rubor de la dicha, mirando a sus acompañantes, tuvo que tragarse su orgullo.

Una capilla de madera, con una cruz grande en lo alto, era el lugar que les indicaron. A pocos pasos de la entrada, asentaron las ruedas del carro. Un hombre de mediana edad, cuya apariencia norteña transmitía una pulcritud poco común, salió a recibirlos. Tendió su mano fuerte a Nevio y después, como si hubiera visto a seis ángeles caídos del cielo, dijo:

—Bienvenidos a la casa de Dios. Yo soy Concano. Contadme qué os ha traído hasta mí. ¿Cómo os llamáis?

Todos, incluido Nevio, se presentaron. La última fue Adriana, que añadió:

—No seguimos la palabra de Jesús. Vamos buscando una aldea en la que pasar la noche y después partir al amanecer. —Miró a Nevio con complicidad, y este se lo agradeció con un asentimiento.

—¿De dónde venís?

—Venimos del sur —dijo Nevio.

—Un largo camino, desde luego. —Por la experiencia de otros muchos que buscaban refugio en las montañas, preguntó—: Si vuestra intención no es quedaros en la aldea… ¿Es que tenéis pensado cruzar el mar?

—Sí —respondió Nevio con aplomo—. ¿Sabes qué dirección hay que tomar para ir al puerto?

Concano lo miró de arriba abajo con detenimiento. Al igual que Nevio había reconocido en las gentes de aquella aldea los ilustres latidos de los que sabían manejarse con las armas, aquel hombre de afable rostro intuyó lo mismo en su corpulencia, en su mirada y en sus gestos. También, y no le fue difícil por lo común que resultaba, adivinó la huida de las leyes de Roma.

—Aquí estáis a salvo de todo peligro, y lo de ir al puerto será mañana al amanecer. Si os parece, ahora os enseñaré mi casa, y me sentiré muy honrado si os quedáis a pasar la noche y cenáis con mi familia.

Nevio miró a Adriana y Adriana miró a Nevio. Era la suya la mirada de la sumisión. La de una mujer que en momentos cardinales

siempre le respondía con las mismas palabras: «Sabes que lo que tú decidas estará bien para mí».

Concano les presentó a su esposa, Amaya; ambos eran nativos de la Vasconia. Luego, como si fueran tesoros, les presentó a sus cinco hijos. Dos niñas pequeñas y tres varones crecidos que, con sus cruces al cuello, les mostraron sus respetos.

Tras la cena y la buena conversación, charlas con argumentos e historias amenas que nada tuvieron que ver con la palabra de Jesús, Amaya les mostró el lugar donde las seis mujeres, al fin, después de un mes de travesía, podrían dormir bajo un techo.

Concano, que ya había advertido a Nevio que o dormía con ellas o le tocaría ir al establo, dejando claro que sus relaciones amorosas con Adriana, por el momento, no habían pasado de caricias y arrumacos, se fue directo a las dependencias de un par de caballos a los que no les faltaba heno.

En cuanto los vio, ya no pudo contener la intriga que llevaba dentro.

—Estos caballos han combatido, tienen marcas de guerra. ¿Quiénes sois?

Concano ya esperaba que se lo preguntase, pues si su pueblo tenía algo era que sus habitantes resultaban diferentes a cualquiera de las aldeas que se hubieran encontrado por el camino.

—Como sabes, llevamos la palabra de Dios y la paz es con nosotros y con nuestro espíritu, pero hemos combatido y hemos defendido nuestras vidas con el metal. Habrás intuido, y aciertas, que somos guerreros desde que nacimos. Conocemos el adiestramiento militar y muchos han luchado en la arena de famosas urbes; los hay que incluso en el Coliseo de Roma ante el césar.

Nuestras gentes provienen de muchos lugares: nativos cántabros, galos, bretones o germanos, pero todos hemos luchado por Roma de manera obligada hasta que nos rebelamos.

—Entonces ¿estáis en guerra con Roma? —Nevio arrugó la amplia frente y añadió—: La verdad, no me lo parece.

—Ahora somos sus aliados. A cambio de la paz y una generosa cantidad de denarios, protegemos la zona de posibles incursiones rebeldes, llevando con nosotros nuestro credo.

—Sois mercenarios.

Concano encogió un hombro, estrechó los ojos y le mostró una sonrisa pirata.

—Solo queremos vivir en paz, y en este mundo eso significa estar del lado del más fuerte con el Dios adecuado. Únete a nosotros, Nevio. He visto en tus acompañantes que sienten curiosidad por pertenecer al rebaño, pero sobre todo he visto en ti la necesidad de creer en Dios. El único Dios que está en los cielos.

—Oh, no —dijo Nevio con la sonrisa de medio lado—. Ya te digo que los dioses al fin me olvidaron y que los demonios del inframundo ahora me temen. Creer en tu Dios solo me traerá de nuevo el castigo. Todos los dioses imponen penas crueles y yo escapo de ellos. Ninguno me devolverá lo que me quitaron, Concano. No me devolverán ni a mis hijos ni a mi mujer.

—Como quieras. Yo nunca insisto. Como habrás visto, no utilizo la palabra de Dios ni lo menciono a no ser que sea en la capilla. Descansa, amigo Nevio, porque mañana os espera un largo viaje.

Emilio Nevio, sobre una manta limpia y suave que cubría un acolchado heno, tuvo un sueño. Uno dulce como el almíbar y de lágrimas saladas como el mar. Probablemente, nunca hubo un sueño tan real y esclarecedor, tan lleno de luz en su vida, porque aunque era similar a los que tuvo cuando se hallaba en ese mismo congelado norte y necesitaba el calor de Silvia, ansiando regresar y tocar su piel, en este sueño, si bien se le aparecía en carne y hueso, ella terminó manifestándose como una silueta sin rostro que le anunciaba la eterna paz tras despedirse de él.

Nevio subía una pendiente rocosa con cabras como las que tenía cuando era pastor en Itálica. Chivas de buena calidad que daban el mejor de los quesos, y que luego vendía o cambiaba por pescado, útiles o medicinas para cuando alguno de los suyos cayese enfermo. Durante el tiempo que el ganado pastaba en las montañas, él mataba el tiempo lascando ramas o haciendo un juguete de madera para sus pequeños, que aún estaban en edad de arrastrarse por el suelo y lloriquear por algún dolor de muelas, o simplemente por los achares tontos que les entran a los hermanos que han sido mimados. Nevio, madera y cuchillo en mano, moldeaba un caballo, una cabra o, mirando a sus perros Cástor y Magno, y esforzándose para que Silvia dijera: «¡Qué artista tengo!», intentaba copiarlos lo mejor posible, pero siempre intuyendo que, ante ella, sardónica y picante, nunca tendría el éxito esperado. Nevio sonreía para dentro. También sonreía al páramo y el páramo le devolvía la sonrisa con hojas de otoño que lentamente volaban hasta sus sandalias nuevas de ganadero romano. Era una buena vida aquella que había conseguido, y su rostro joven y barbudo disfrutaba del cambio de temperatura que le traía la cima.

Mientras acariciaba la coronilla de Cástor y se ponía en pie, espigado y doble como era él, que parecía un oso ante sus diminutos animales, imaginó en qué lugar de Hispania estaría en ese preciso instante si se hubiera quedado en la VII. La zarpa grande, el cabello rojo y los ojos vivos sin ojeras agradecían a los dioses todo cuanto estaban haciendo por él.

Nevio, en mitad del descenso, se quedó paralizado. La vista que tenía frente a él ya no era ni por asomo el camino a casa. No era el sendero amarillo de hierba seca por los calores de aquel septiembre, sino que la vereda y los campos por donde siempre trashumaba con el ganado se habían transformado en verde arboleda de troncos anchos y altos, a cuyos pies brotaban humedecidas plantas exóticas y carnosas.

Miró para atrás, y aunque las cabras llegaban y pasaban de largo por su lado, la pendiente no era de arcilla y suave granito de fácil acceso, sino que se había vuelto abrupta y de peñascos grises como el cielo cuando va a haber tormenta.

A sus espaldas, las inmensas montañas eran defensas ante un peligro, y más abajo, un caudaloso río serpenteaba entre casuchas bajas con chimeneas humeantes. Tampoco olía a pino quemado, sino que el olor se asemejaba al de los robles o las hayas del Cantabricum o la Tarraconense.

De repente se sintió solo. Con la idea de que la soledad lo acompañaría el resto de sus días, un pánico absurdo se apoderó de él. Si hacía un instante sus manos agarraban el cayado con seguridad, ahora le temblaban como a un anciano enfermo. «¡Silvia!», repetía. Sabiendo que no la hallaría, Nevio extendió la mano en dirección a la aldea. Cerró los ojos y volvió a abrirlos con la

esperanza de que aquel paisaje se convirtiese en el camino que lo llevara hasta las personas que había perdido: su mujer y sus hijos.

De entre los árboles de copa frondosa con ardillas que mordían nueces, la voz de Silvia le decía que no tuviese miedo. «No estás solo, amor mío», le repetía a la vez que, tomándole de la mano, una silueta de luz que irradiaba calor lo iba guiando. Nevio sentía que la voz lo adoraba y que a su lado no tendría nada que temer si bajaba siguiendo el rastro que iban dejando las cabras.

«Es un buen lugar para que seas feliz, Nevio. Hay guerreros que como tú buscan la paz».

Abajo, un niño que reconoció al instante los estaba esperando. Era el niño mauro que rescató de la barcaza y le tendía la mano con ternura. Una mano pequeña en cuya palma mojada reposaba un brazalete de cuero.

«Padre, me iré con madre. Mira este lugar. Es un buen lugar para que seas feliz, padre».

Se estaban despidiendo y Nevio no comprendía por qué querían que fuese feliz sin ellos. No entendía por qué tenía que continuar viviendo, si vivir era estar en continuo sufrimiento. Sin embargo, aquella luz, a medida que las dos siluetas se iban alejando, le transmitía calor en mitad de un presumible frío, dándole una serenidad profunda y placentera. Era como si el temor que sentía se transformara en esperanza y en la necesidad imperiosa por encontrar con premura el bienestar. Era como si quisiera llorar y que, al contrario de siempre, le fuera fácil hacerlo.

«Por favor, Silvia, dime cómo están Facio y Ania. No te vayas. Dímelo».

Mientras Nevio preguntaba repetidamente por sus otros hijos y lloraba, las siluetas de Silvia y Aspellus se unieron formando un círculo de luz candente, que poco a poco, de manera celestial, se fue alejando de él, elevándose hasta los cielos.

Cuando Nevio se despertó, sus pies grandes toparon con otros pies igualmente desnudos. No se sorprendió cuando encontró a Adriana a su lado, y supo que durante buena parte de la noche le había dado calor con casi todas las partes de su contorneado cuerpo. Nevio, girándose, la abrazó. Sabía que sus ojos grandes de almendra estarían mirando hacia la ventana a la espera del inminente amanecer.

Nevio le apartó el pelo, y un mechón que andaba suelto lo enredó tras su oreja: su pequeño lóbulo, que antes lucía alhajas, ahora se hallaba libre de adornos.

Iba a besarla en la mejilla cuando ella dijo:

—Has llorado mucho esta noche. Nunca te había escuchado llorar.

Nevio se azoró. Permaneció mudo mientras recordaba el sueño. ¡Había sido tan real!

—Sabes que haré lo que decidas. Lo sabes, ¿verdad? Lo que veas conveniente será lo mejor para mí, pero creo que es un buen lugar para intentarlo. Sé que la imposición de un Dios es lo último que deseas, pero no es un mal Dios, y conociéndote tampoco creo que haga falta ser demasiado fervoroso con él.

Como no contestaba, Adriana se giró para mirarlo a los ojos. Ahora fue ella quien le tocó el pelo y le pasó una yema suave por el pómulo desprovisto de barba.

—Yo también he tenido un sueño —dijo como si supiera lo que había soñado Nevio—. Me hacía cabrera y tú me enseñabas a

ordeñar las cabras.

—¿A ordeñar? —sonrió arrogante—. ¿Y a hacer quesos también?

—También.

Nevio sonrió de nuevo, pero esta vez de satisfacción. Parecía convencido.

—¿Qué ocurre? ¿Qué te hace tanta gracia?

—Adriana la cabrera —dijo Nevio a modo de burla.

—Pues sí —dijo animosa, deteniendo su cara a cinco dedos de la suya—. Yo sería Adriana la cabrera, la mujer fiel de un buen hombre de Itálica. —Y le dio un beso lento en los labios.

Al apartarse, los ojos de Emilio Nevio se entreabrieron y vio que seguía a un palmo de su boca. Sintió que el renacer se hallaba frente a él. Una nueva esposa, con nuevos hijos en un lugar donde poder ofrecerles protección.

Tras recibir su cálido aliento, sujetó la cabeza de Adriana con las dos manos. Era una mujer tan extraña como hermosa que le había devuelto la fuerza y las ganas de regresar a un mundo del que ya no quería formar parte. Un ser diferente al resto, que le entregaba más cariño del que se merecía, y que durante la travesía le había demostrado con hechos su pleno compromiso.

Mirándola, en muchas ocasiones le era inevitable recordar de dónde provenía y su linaje. Reconocía en su semblante las comodidades de una reina, el abrigo del poder y del dinero; sin embargo, tampoco podía evitar albergar pena, porque había padecido el castigo de los dioses y de los hombres, sufriendo injustamente en demasía.

Nevio y Adriana, en líneas diferentes y paralelas, se habían unido en un vértice de necesidad. Perdidos, pero atraídos, huyendo de los

dioses, desafiando sus veleidosas leyes, habían desviado los trazos hasta lograr que se cruzaran en un mismo punto.

«El Dios cristiano».

Pensó en él, y al instante un recuerdo cruel, que lo alejaba de la realidad y hacía que se sintiese tan repugnante como un gusano en el interior de un muerto, le hizo cerrar los ojos y apretar los dientes.

Nevio, que entre sus manos grandes tenía los pensamientos de la nueva Adriana, todavía con las siluetas de Silvia y Aspellus recientes por el sueño, percibiendo cómo en un segundo podría machacar su delicada cabeza y así borrar toda absurda idea de proseguir con la felicidad, apretó un poco más.

Adriana, sintiendo el empuje, lo asió de las muñecas.

—Cálmate —le dijo acariciando sus manos—. Soy yo. Y yo nunca te haría daño.

Nevio volvió a la realidad y las retiró. Cogió las suyas y se las colocó en el pecho. Otra vez esa sensación que lo hacía temblar por dentro, esa desconfianza hacia todos los dioses que jugaban con los mortales, pero sobre todo esa desconfianza que se había impuesto a sí mismo: la sospecha de que siendo atraído por ellos, luego, utilizándolo a su antojo, le harían padecer el peor de los sufrimientos.

Después de negar con la cabeza, la miró compungido. Sentía que la despedida le haría daño y a duras penas pudo explicarse.

—Por cómo era, por mi conducta, siempre, en multitud de ocasiones, hui de él. Sé que él me quiere a su lado como lo quieren todos, pues la misión de un dios es atraer a los mortales y así dominarlos. Pero este en concreto… —Tragó saliva—. Este es tenaz y convincente, y por ese motivo me causa más miedo. A lo largo de mi

vida he creído que sirviendo a los dioses guerreros sería más fuerte que cualquier hombre. Que acatando sus normas, los míos estarían más protegidos, y sin embargo… —Cerró los ojos. No quería pronunciar aquellas palabras mientras contemplaba su rostro—. Lo siento, Adriana —dijo al fin, con la ternura de quien se sabe derrotado por ser amado y no poder corresponder del mismo modo —. Temo que un nuevo Dios, como venganza por lo que diga o haga, quiera hacer daño a las personas que quiero.

Aquella misma mañana, de tibio sol y de viento frío que provenía del interior de las montañas, seis mujeres cogidas de la mano paseaban por la orilla del río. Pricila sonreía a Adriana y a las demás, mientras que una sigilosa chiquillería que cargaba con una gran cruz perseguía las huellas de todos aquellos pies blancos y descalzos que se iban clavando en la arena. Concano, ya en el agua, con túnica blanca y mirada serena, acompañado de su esposa e hijos, las esperaba con los brazos abiertos.

El apóstol guerrero era un hombre razonable. Aunque no comprendía la postura de quien, con un perro, cuatro cabras, agua y comida para una semana, ya ascendía por la empinada ladera, estaba convencido de que volvería. Tanto como de que, en breves momentos, vería sumergirse en el agua las cabezas de aquellas seis mujeres, que como seis ángeles serían bautizadas.

La montaña era dura y en la aldea una nueva devota lo esperaba. En la despedida, Concano le dijo lo que a pocos pudo decirles para convencerlo, pues la mayoría se cristianizaban sin resistirse.

«Ni los lobos que habitan aquellas montañas saben vivir en soledad». «Ni las piedras soportan el golpe de la lluvia y de la nieve en el invierno». «Allá arriba hay seres perversos, pues las serpientes cohabitan con el diablo. Te transforman y te conviertes en discípulo del mal».

La sosegada mirada de Concano en la capilla le rogaba que no se marchara, pero Nevio, que ya había tomado la decisión, no se echó atrás. Incluso imaginando osos, reptiles, rapiñas e insectos, se sintió atraído porque sería algo con lo que mantener ocupada su mente. Había conocido al menos a dos montañeses en la travesía de aquella rocosa montaña y a ninguno lo había visto con peor aspecto que el suyo. No parecían dementes o faltos de energía. Al contrario, y aunque fueran poco habladores, eso sí, daban la impresión de tener una lucidez en la mirada muy parecida a la de un filósofo o un dramaturgo griego.

Adriana, mojada, salía del agua. Había sido la última en recibir el bautismo y con Concano de la mano se iba aproximando a la orilla.

Ella nunca dejó de mirar hacia la montaña. Ella, imaginándolo al acecho, como si fuera una curiosa ardilla que la observaba desde la tupida y húmeda negrura de las sombras, fijaba una y otra vez los ojos en el sendero ascendente que se perdía entre el verde de los árboles y el gris ceniza de las rocas.

Una media luna de gente envolvía la cruz que, por no quedar bien anclada en la arena, tuvieron que sostenerla los hijos de Concano. Este, que se situó junto a ellos, cerrando los ojos y abriéndolos de par en par, comenzó a hablar con énfasis de la importancia de Dios para los hombres; de lo todopoderoso y bondadoso que era porque sin rencor aceptaba en el seno de su credo a seis almas perdidas.

—¡He aquí ante nosotros, hermanos, la cruz! ¡El instrumento de tortura que simboliza la promesa de la vida eterna!

Aquella voz resultaba tan vigorosa que hasta el perro del cabrero, que tomaba la delantera, detuvo sus pasos. Nevio, no queriendo mirar hacia atrás, se dijo que antes de marcharse para no regresar jamás, pues lo había decidido así, era importante tener una última imagen para el recuerdo.

Con el viento gélido de cara, colocando un pie en una roca y apoyando las manos sobre el cayado, achicó los ojos para divisar bien la escena. Observó con detenimiento la hermosa y fértil aldea cristiana; la tierra removida de los huertos, las humeantes casas y los frutales, así como los animales recogidos en sus cuadras, rediles o gallineros. Pero después, queriendo mirar más allá, preguntándose dónde se hallarían las hacendosas gentes, en un pedazo de la orilla donde se apiñaban cabezas y una destacable cruz en medio, seis mujeres recién salidas del agua se agarraban de las manos.

Entonces supuso que una de ellas, la que desviaba el semblante hacia la montaña, sería Adriana. Tal vez hubiera sido el magnetismo de su encanto y no la voz entusiasta de Concano lo que hizo que se detuviera para verla una vez más. Quizá, en la distancia, quería decirle con los ojos que él tenía toda la razón porque ya se arrepentía de haber aceptado la purificación de su alma y, siendo así, tiraría el nuevo colgante e iría corriendo hacia la loma para alejarse de aquella aldea.

«Juntos, vivir en soledad. Sin dioses. Sin compromisos ni deudas. Únicamente con las promesas del uno con el otro».

Pero esa fantasía duró lo que tardó Concano en santiguarse y ordenar que se hincasen de rodillas ante la cruz.

Todos los aldeanos se arrodillaron, y aunque la última y con dudas fue Adriana, Nevio, tras su perro lanudo y sus cuatro cabras, ya no estaba sobre aquella roca para verlo.

Nota del autor

Salvando la dificultad que supone la escasez de documentación sobre los enclaves y los sucesos concretos referidos en esta novela, los acontecimientos que sirven de base, así como la chispa que enciende la hoguera de más de quinientas páginas, tienen un fundamento real. *Vientos de Hispania* se apoya en hechos históricos verificados y en una minuciosa labor de investigación que ha permitido reconstruir, con el mayor rigor posible, la atmósfera política, militar y cultural del siglo II de nuestra era.

Capítulos como «La culpa fue de Adriano», el levantamiento en armas en Volubilis, la conquista de Singilia Barba por los mauros o la posterior irrupción de las huestes africanas en Hispalis e Itálica se sustentan en episodios históricos plausibles y en referencias documentales y arqueológicas contrastadas. El autor ha recurrido a fuentes romanas, crónicas tardías y estudios epigráficos modernos para trazar un panorama coherente y verosímil de un periodo poco explorado por la narrativa histórica.

El marco temporal de la novela se sitúa durante el reinado de Marco Aurelio y el coemperador Lucio Vero, época de expansión en Germania, así como de tensiones fronterizas y rebeliones intermitentes en las provincias del norte de África. Roma, aunque poderosa, comenzaba a mostrar las primeras grietas de un sistema

imperial sobreextendido. Las legiones debían sofocar levantamientos en la Mauritania Tingitana y la Cesariense, al tiempo que la peste antonina y las guerras en el Danubio debilitaban la estabilidad interna del Imperio.

En periodos anteriores, bajo emperadores como Trajano o Adriano, también se registraron insurrecciones de tribus africanas, pero nunca con la persistencia ni el alcance que tuvieron durante el gobierno de Marco Aurelio. En estos años, las revueltas locales llegaron a poner en riesgo las rutas comerciales que unían el Mediterráneo con el interior de Hispania, y las incursiones de grupos mauros —descritas en fuentes como la *Historia Augusta*— cruzaron el estrecho, llegando incluso a las ciudades béticas del sur.

Mi propósito no ha sido reconstruir una crónica militar exacta, sino revivir el pulso humano de una época: la tensión entre civilización y barbarie, entre la Roma imperialista y los pueblos oprimidos de África. Los personajes, aunque en su mayoría ficticios, se mueven sobre un tablero con fondo histórico real, donde las decisiones de los emperadores, los procuradores y las legiones marcaron el destino de millones de personas.

Así, esta novela no pretende sustituir a la Historia, sino dialogar con ella sobre los huecos del pasado, allí donde la arqueología calla y solo la imaginación, apoyada en el rigor, puede devolver la vida a los silencios del tiempo.

Agradecimientos

En primer lugar, deseo dar las gracias a Ángela Reynolds por seguir representándome. Sin ella, sin su primera lectura atenta y su empeño por que esta novela viera la luz, nada de esto habría sido posible. Mi gratitud se extiende a Ana María Caballero, mi primera editora, cuya orientación y sensibilidad fueron decisivas para que este libro llegara a las manos del lector. Y, por supuesto, al equipo editorial que me ha acompañado con profesionalismo y cariño durante todo el proceso: Marta Esteve y cada una de las personas que se volcaron para hacer de esta novela una obra completa, cuidada y fiel a su espíritu.

Cuando pienso en todo ese tiempo que me ha llevado escribir *Vientos de Hispania*, cargada de ficción mezclada con realismo, me vienen los nombres de Lola y Ruth, a quienes agradezco ante todo su compañía; su animosidad, su sinceridad y su paciencia conmigo. Seguramente esté en deuda con ellas porque me inspiraron algunos personajes nobles de la novela; sus conductas y ciertas expresiones que solo un padre puede alcanzar a ver en sus hijas.

Este libro es una obra de ficción y así es como debe leerse. Se inspira en figuras y sucesos reales, pero me he tomado muchas libertades para disponer el material en forma de una narración accesible. Sin más, todo mi agradecimiento a los libros que me

documentaron y a aquellos cuentos de romanos que desde niño fueron cayendo en mis manos. A los historiadores más antiguos como Polibio, Tito Livio, Tácito; así como a Marco Aurelio, personaje fundamental en el que se asienta *Vientos de Hispania*.

Batallas, rebeliones y grandes gestas en una apasionante ficción histórica ambientada en un tiempo decisivo para el Imperio romano.



Hispania, 161 d. C. El sur del imperio se ve amenazado por el avance de los mauritanos: los rebeldes arrasan ciudades enteras, dejando tras de sí un rastro de fuego, sangre y devastación. Lejos del fragor de la batalla, el exlegionario Emilio Nevio, ahora convertido en cabrero, lleva una vida apacible junto con su familia en los campos béticos.

Sin embargo, ese sosiego se verá perturbado cuando se cruce en su destino un niño mauro cuyos padres han sido asesinados. Sin saber que se trata del primogénito del caudillo que ha liderado las

revueltas, la familia de Nevio acogerá en su hogar al pequeño huérfano. Pero la verdad no tardará en salir a la luz…

Daniel Rojas (Sevilla, 1975) cursó Ingeniería técnica agrícola y un ciclo de formación superior en Desarrollo de proyectos de construcción. Apasionado de la lectura, comenzó a escribir historias desde muy temprana edad. Es autor de la ficción histórica *Gigantes de sal* y los thriller *La rabia contenida*, *La llamada del gato*, *El secreto de los vulnerables*, *Negro, un color demasiado oscuro* y *Los susurros del cielo*.

Ahora emprende una nueva etapa en su carrera literaria con la publicación la novela histórica *Vientos de Hispania* (Ediciones B, 2025).



Primera edición: febrero de 2026

© 2026, Daniel Fagundo Rojas
Autor representado por Reynolds Literary
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Imagen de portada: composición fotográfica
de Agustín Escudero a partir de las imágenes de © Freepik, © 123RF y © Dreamstime

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-666-8404-0

Compuesto en: Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @penguinlibros
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

[1] Actual Walili, en Marruecos.

[2] Actual Tánger, capital de la provincia romana Mauritania Tingitana.

[3] Actuales Galicia, Castilla y León y Trás-os-Montes en Portugal.

[4] Actual Constantina, en Argelia. Antigua capital de Numidia.

[5] En Jerez de la Frontera (Cádiz).

[6] Actual río Guadalete (Cádiz).

[7] En la actual ensenada de Bolonia (Cádiz).

[8] Yacimientos mineros en la actual Huelva.

[9] Actual ciudad de León.

[10] Importante ciudad en la actual Marruecos, cerca de Larache.

[11] Situada más al norte, cerca de la actual Arcila (Marruecos).

[12] Actual Constantina (Argelia).

[13] Actual Melilla. Punto de comercio y control marítimo.

[14] Río Danubio.

[15] Actual Szőny (Hungría), a orillas del Danubio.

[16] Actual El Djem, en Túnez.

[17] Antiguo castro cerca de Tagourart Ain Karma, en Marruecos.

[18] En la actual Baja Austria, cerca de Petronell-Carnuntum.

[19] Actual Austria, la Baviera alemana y parte de Eslovenia.

[20] Actual Suiza oriental, oeste de Austria, sur de Alemania y norte de Italia.

[21] Al noroeste de la actual Antequera (Málaga).

(1) *Caliga*: calzado romano. Sandalia fuerte de cuero.

(2) *Tiro*: recluta, en fase inicial de su formación.

(3) *Miles*: soldado que pasaba a formar parte de una legión.

(4) *Estirge*: criatura mitológica temida por su carácter maléfico.

(5) *Garum*: salsa de pescado que se guardaba en ánforas para luego transportarla.

(6) *Ordo decurionum*: Asamblea de decuriones.

(7) El culto a Baal provenía de los cartagineses, y se expandió por el norte de África.

(8) *Vilica*: Esclava destinada a ser la compañera del capataz encargado de la villa.

Índice

Vientos de Hispania

Prólogo

Primera parte

- I. La culpa fue de Adriano
- II. El niño
- III. El nuevo procurador
- IV. Traición
- V. No, no era el día
- VI. Tingis
- VII. La ofrenda
- VIII. Al alba
- IX. Castigo
- X. Velo
- XI. El esclavo de Horacio
- XII. Regreso
- XIII. El hijo olvidado
- XIV. Revelación
- XV. Llorar por ti
- XVI. ¡Vivos! ¿Me oyes?
- XVII. La imaginación de Marcio
- XVIII. El gesto de Baal Hammon
- XIX. Belonia y Varinia
- XX. Agua en forma de barro rojo
- XXI. La mejor de las fiebres y un pacto roto

Segunda parte

- XXII. Germania Magna
- XXIII. El Callejón del Placer
- XXIV. Sí, y mil veces sí
- XXV. Pensamientos que hacen temblar
- XXVI. Sin Neptuno
- XXVII. El legado de Itálica
- XXVIII. La marca

XXIX. Dioses, entregadme lo que os pido
XXX. Singilia Barba
XXXI. La manzana de Lotus
XXXII. La frialdad
XXXIII. La confianza de Marco Aurelio
XXXIV. El presagio de la derrota
XXXV. Odio
XXXVI. Sino la vida
XXXVII. La manifestación de Lotus
XXXVIII. En las murallas
XXXIX. Creyó imaginar
XL. La reprimenda
XLI. Restauración
XLII. La pira y la niebla
XLIII. El cabrero romano
Nota del autor
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Daniel Rojas
Créditos
Notas